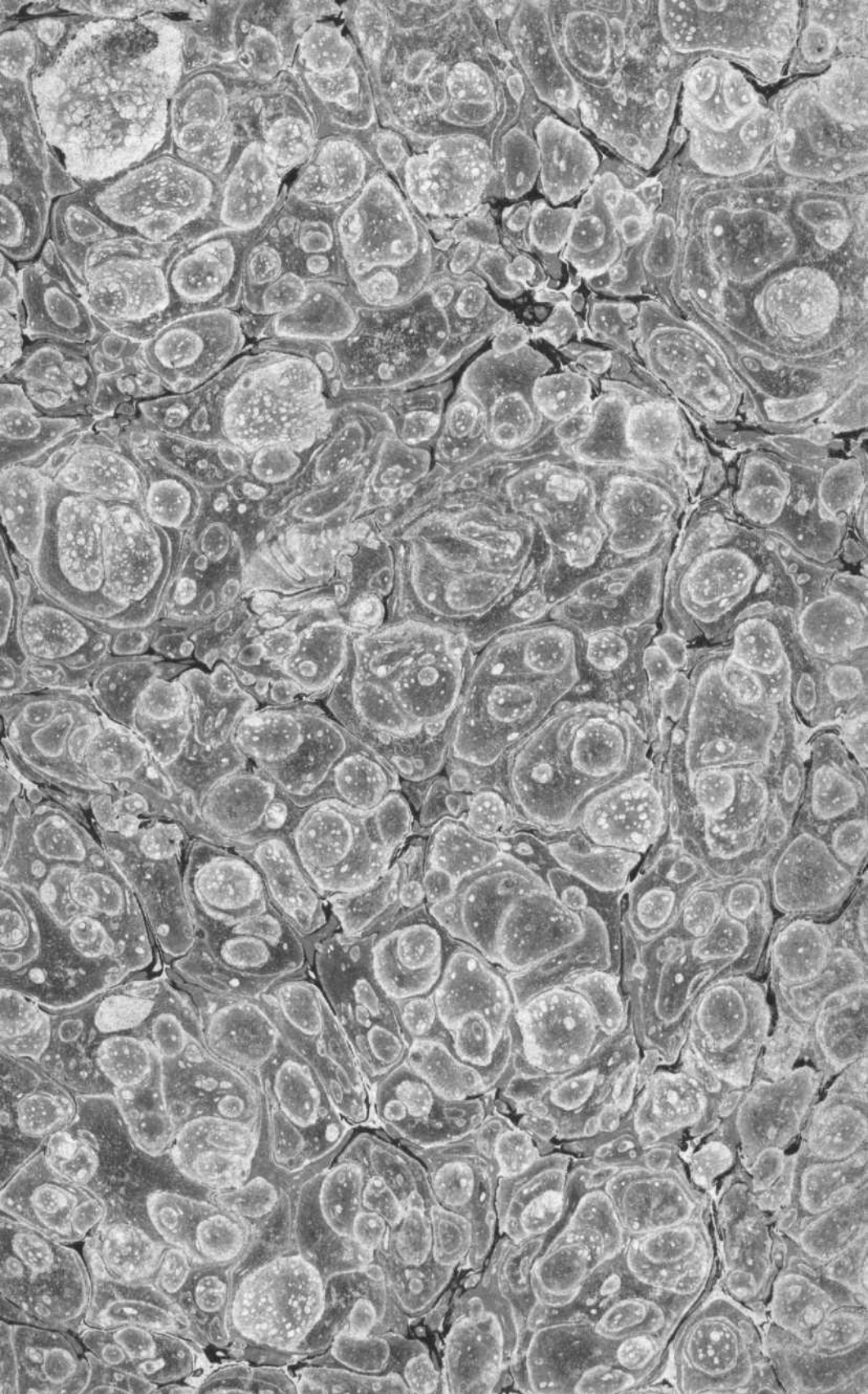










EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.

C. 1128306

t. 99964

EL COMITÉ DUCAL DE OLYMPIAS

436653





EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE IV).

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.



MIGUEL PRATS,

EDITOR.

CALLE DE CARRETAS, NÚM. 45, CUARTO SEGUNDO,

MADRID.

DE OLIVARES

Aprobada por la censura,

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Es propiedad del editor.

MIGUEL PRATS

CALLE DE CARRERAS, NÚM. 43, CUARTO SEGUNDO.

IMPRESA DE SANTOS LARREA, CALLE DEL RÍO, 24

CAPÍTULO PRIMERO.

En que el capitán Ponferrada se encuentra con una mujer sin buscarla.

I. **Estamos en Madrid, y en las Vistillas de San Francisco.**

La noche es clara, pero tempestuosa; zumba un huracán violento que proviene del Norte, y que impulsa de través un fuerte aguacero.

Los negros nubarrones que descargan esta espesa lluvia, pasan atropellados, por decirlo así, impelidos por el viento, oscureciendo y aclarando la luz de la luna, que brilla más ó ménos en las relucientes pizarras del alcázar, dejándolas por intervalos en una completa oscuridad.

El viento arrastra, en el momento en que levantamos el telón para dar principio á nuestro drama, una campanada, luego otra y otra y otra, hasta doce; es la media noche, la hora de las apariciones, de las fantasmas, de los espectros, de los vestiglos; la hora en que las brujas montan en sus escobas despues de bien untadas, para hacer un rápido viaje al distante aquelarre; cabalmente es sábado.

II.

En la época en que tuvieron lugar los interesantísimos sucesos que vamos á referir á los benévolos lectores que nos tomen en las manos con la intencion de procurarse un honesto recreo, en 1622 y bajo el reinado del señor don Felipe IV de Austria, y bajo el gobierno del funestamente célebre don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, duque de San Lúcar de Barrameda; en aquellos tiempos en que la Inquisicion daba á nuestros abuelos el espectáculo de los autos de fé, en que se quemaban herejes, brujos y brujas, y á que el buen público asistia con la misma aficion con que asistimos nosotros hoy á las corridas de toros, se creia en los aparecidos, en los espectros, en las fantasmas, en los endemoniados, en las brujas y en los duendes, con la misma fé con que los cristianos de hoy creemos en Dios.

La supersticion se mezclaba á las creencias religiosas y á las no ménos preciosas para un pueblo, de la patria, del honor, de la dignidad y del valor.

Las doce de la noche en ciertos lugares y en ciertas situaciones atmosféricas, imponian un vaporoso respeto á los más alentados de nuestros abuelos, que tenian llena la imaginacion de lo maravilloso y de lo sobrenatural.

Por eso cuando en un descampado, ó por el contrario, en una estrecha y torcida callejuela heria sus ojos el vivísimo resplandor de un relámpago, se santiguaban y rezaban el trisagio; y si estaban en poblado y en su casa, al primer trueno que retumbaba, encendian la vela del Santísimo con la misma fé con que un mecánico de nuestros dias colocaria sobre su casa un pararrayos para precaverse contra la descarga eléctrica.

III.

Relampagueaba, y por cierto con una brillantez terrible, porque la tormenta estaba muy baja, en la noche del 16 de Enero de 1622 en Madrid.

Los truenos eran horribles.

El vendaval terrible.

El aguacero formidable.

Aquella luz movible, por decirlo así, que aclaraba, que se oscu-

recia, que cesaba á veces del todo, daba un vaporoso color fantástico al apiñado caserío de la imperial y coronada villa, que se veía desde las Vistillas de San Francisco, en la una y otra vertiente del barranco de Segovia, y allá más lejos la vega indeterminada, borrada, parecía unirse con el celaje á causa de la niebla.

IV.

La soledad era perfecta.

No se veía ni una sola luz entre el caserío; sólo allá, en uno de los torreones del alcázar, y en su parte más alta, se veía el turbio y opaco reflejo de una luz á través de una pequeña ventana.

V.

Por la calle de Don Pedro apareció, á punto que sonaban las doce en el reloj del alcázar, un hombre embozado hasta los ojos con una larga capa negra, calado hasta los ojos un gran sombrero chambergo, quitada la presilla para que cayera más el ala sobre el semblante.

La contera de una larga espada asomaba por la parte posterior de la levantada halda de la capa, y sus piernas se veían cubiertas por unas botas de gamuza.

Este hombre marcha rápido, erguido, dejando conocer en su talante mucho de marcial y otro tanto de hidalgo.

Resonaban á su andar dos sonoras espuelas, y todo en él indicaba á un hombre de respeto.

A pesar de que en el momento en que le presentamos en escena retumbó un trueno terrible y brilló un relámpago deslumbrador, este hombre ni se santiguó, ni se detuvo, y si rezó fué para el embozo de su capa y para el ala de su sombrero.

Siguió adelante, y se detuvo en lo más alto de las Vistillas, dando frente al alcázar, y mirando, á juzgar por la inclinacion de su cabeza, á aquella luz opaca, que á través de una ventana de una de las torres del alcázar se percibía.

VI.

Aquel hombre permaneció allí inmóvil despreciando el viento y la lluvia, siempre embozado y siempre echado el sombrero á los ojos.

El viento agitaba el ala del sombrero, que cuando no volaba debía estar sujeto por una cinta bajo la barba, y agitaba también violentamente la capa, no desembozando á aquel hombre, porque tenía asido por delante la punta de su embozo.

Así pasaron algunos minutos, inmóvil el hombre como un poste, recibiendo de frente el huracan y la lluvia, y con la mirada fija en la distante luz que aparecía opaca en la ventana del alcázar.

Aquella luz desapareció.

El hombre descendió con paso firme y rápido hacia el barranco de Segovia.

Llegó á él, le atravesó, subió por una calle pendientísima, dió en la de Malpica, y después en la de la Almudena, deteniéndose en la próxima esquina de la iglesia de Santa María, teniendo al frente las caballerizas reales, y á la espalda la casa del duque de Lerma, hoy de los Consejos.

A poco, por el arco de las caballerizas, apareció un bulto pequeño, robusto, un tanto deforme al parecer, envuelto en un capotillo y calada una gorra negra.

Siguió adelante, y no se detuvo hasta una distancia como de diez pasos del hombre que esperaba en la esquina de la iglesia de Santa María.

—Si sois quien busco, hablad luego, dijo con voz ronca el reciénvenido, porque la noche no está para andarse en espera.

—¿Sois vos, señor Estebanillo? dijo con voz vibrante el embozado de la esquina.

—Basta, dijo el preguntado; os conocí, hermano; vos sois el capitán Ponferrada, como soy Estebanillo Mercuelo; vente detrás, que importa, y sobre todo quitémonos de este azotadero de viento y lluvia, y de este frío que pone la carne de gallina.

El embozado se fué detrás del hombre pequeño, que había dado frente á retaguardia, y se había puesto rápidamente en marcha.

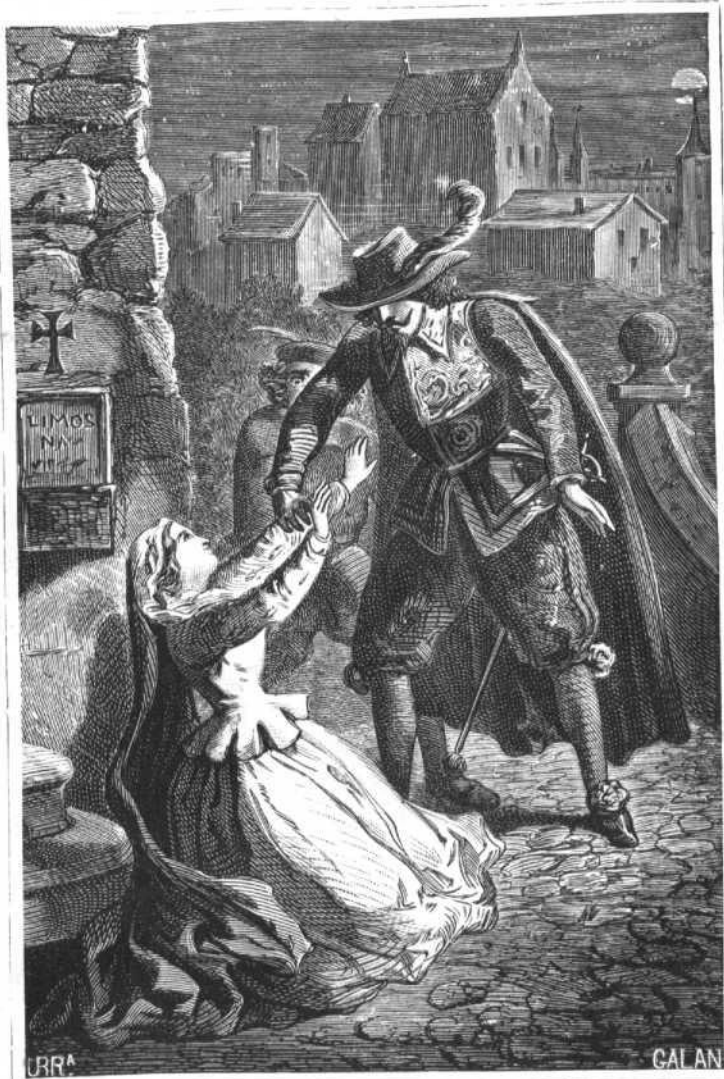
De improviso Estebanillo se detuvo, tembló, se santiguó, retrocedió, y se asió á la capa del capitán Ponferrada, cubriéndose con ella.

—Eh, ¿qué diablos te sucede, mono ingerto en hombre? dijo Ponferrada. ¿Has visto alguna araña, aunque mala noche de arañas hace?

Estebanillo no contestó.

Temblaba asido á la capa del capitán.

Pero no fué necesaria la contestación de Estebanillo, porque volviendo acaso la cabeza el capitán á su derecha, vió que por la



..no me mateis, yo no tengo la culpa.

plazuela de Santa María cruzaba un bulto blanco como la nieve, que aparecía entre la tormenta como un fantasma, y que se deslizaba rápidamente hacia el arco de la iglesia, con intencion sin duda de ganar la calle de la Almudena.

Al mismo tiempo, habiendo caído el viento, llegó á los oídos del capitán áspero crujir de espadas que resonaban en la inmediata calle del Factor.

Ver y oír esto, y dispararse el capitán Ponferrada, desprendiéndose violentamente de Estebanillo, hacia el bulto blanco que ganaba ya el arco de la iglesia de Santa María, fué cosa de un momento, y tan rápido el avance del capitán, que alcanzó al blanco bulto en el momento en que, ganando la salida del arco, entraba en la calle de la Almudena.

Al sentir junto á sí aquel bulto, que era el de una mujer, al capitán Ponferrada, se detuvo y exclamó juntando las manos:

—¡Ah, no por Dios, padre, no por Dios, no me mateis; yo no tengo la culpa!

VII.

Brilló entonces de claro en claro la luna á través de un rompimiento del celaje, y el capitán Ponferrada vió el rostro más hermoso de mujer que habia visto en toda su vida.

—Ni yo soy vuestro padre, señora, exclamó Ponferrada con la voz trémula por la violenta impresion voluptuosa que aquella hermosura le habia causado, ni os conozco, ni esperaba ver tal divinidad en tan apretado lance, porque apretado debe ser lo que os sucede; cuando creyéndome vuestro padre, me habeis pedido que no os mate.

VIII.

A este tiempo el capitán sintió que le tiraban fuertemente de la capa.

Volvióse de una manera brusca, y vió que quien le asia temblando era Estebanillo.

—Eh, suelta enhoramala, dijo el capitán Ponferrada; ¿no ves que esta señora, este ángel de Dios, se me ha desmayado en los brazos?

En efecto; la desconocida, cediendo al terror que le causaba su situación, se habia desvanecido, habia vacilado, y á no haber acudido á sostenerla á tiempo Ponferrada, hubiera dado consigo en tierra.

—Mirad, exclamó Estebanillo, que ya no se oyen cuchilladas, y que hacia aquí vienen corriendo dos hombres.

—Pues voto á tal, dijo Ponferrada, que de aquí no han de pasar; ténme aquí á esta dama, Estebanillo, y fuera miedo.

Y abandonando á la mujer en brazos de su compañero, se replegó por la derecha la capa al hombro, tiró de la espada y avanzó hacia la otra salida del arco, á tiempo que entraban por él corriendo dos hombres, que se detuvieron un momento al ver ante sí un hombre erguido, cubierto el rostro con el embozo, con una larga y brillante espada en la mano.

Pero aquella detencion duró un solo momento.

Los dos hombres, que tenian en sus manos las espadas desnudas, acometieron á Ponferrada.

El callejon era estrecho, y no podian pasar ni arrollar el obstáculo que se les habia puesto delante.

Ponferrada dió buena muestra de sí, yéndose con una lluvia de tajos y reveses sobre aquellos dos hombres, resultando que uno de ellos perdió la espada y cayó mal herido, y el otro dió á correr, encomendando su salvacion á la fuga.

IX.

—No me mateis si sois hidalgo, dijo el hombre que habia caido, que no es de hidalgos herir á indefensos.

—¿Qué me importa á mí de vos? dijo el capitan Ponferrada.

Y envainando, se fué hacia el sitio donde habia dejado á la dama encomendada á Estebanillo.

Pero Estebanillo no parecia ya por el mundo.

No muy seguro de que el capitan Ponferrada pudiera resistir á los dos hombres que le acometian, temeroso de no pasarlo muy bien si aquellos dos hombres vencian al capitan, tomó las de villa-diago, dando la vuelta por la calle de San Nicolás, deslizándose por la del Viento, ganando el arco de caballerizas, y dando consigo, despues de haber reconocido el costado del alcázar, en el postigo de los Infantes, que se abrió apenas llamó á él con el apresuramiento del miedo.

X.

Dejemos por ahora dentro del alcázar á Estebanillo, y volvámonos al capitan Ponferrada, que si á Estebanillo no encontró, en-

contró á la dama blanca, llamémosla así por ahora, que empezaba á volver de su desmayo.

La tormenta habia pasado.

Como sucede siempre que domina el Sudeste, las nubes, violentamente impelidas por él, habian desaparecido.

La luna, sin obstáculos ya, relucia sobre el suelo encharcado, enlodado, sin empedrar.

Solamente se oia el zumbir del viento, que no habia cedido en violencia, y entre los mugidos del viento que pasaba retronando por el estrecho callejon del arco, se oia la voz del hombre que habia mal herido el capitan Ponferrada, que se quejaba dolorosamente y pedia confesion.

Pero, ó abstraído en la contemplacion de la dama no le escuchaba Ponferrada, ó si le escuchaba, hacia oidos de mercader.

Al fin la dama pudo ponerse de pié, y dijo con voz anhelante al capitan:

—Seais quien fuéreis, salvadme.

—Salvémonos los dos, dijo Ponferrada, para lo cual será necesario que cobreis aliento y me sigais á buen paso, que si sobreviene alguna ronda, no escaparemos bien ni vos ni yo.

Y asiendo á la dama por la cintura y ayudándola á andar, partió con ella rápidamente hácia la inmediata calle del Sacramento.

XI.

Aun no habian acabado de entrar en ella, cuando por el lado de abajo de la calle de la Almudena se oyeron pasos de algunos hombres tardos y perezosos, y se vió el reflejo de una linterna, de todo punto inútil, porque la noche se habia hecho clarísima.

Era una ronda que adelantó, y hubiera dejado atrás el arco de la iglesia, si el alcalde no hubiera oido la dolorida voz del hombre que tan mal parado habia quedado allí.

El alcalde acudió á los quejidos, alegrado como un lebre! que olfatea el rastro del conejo.

El buen alcalde Pedro Gutierrez de Santistéban, de los de la real sala de Casa y Corte, habia olfateado un crimen.

Se metió, pues, con la vara enhiesta y seguido de sus seis alguaciles, por el arco, y dió con el hombre que estaba en tierra.

CAPÍTULO II.

Las ruínas de una casa ilustre.

I.

La luz de la linterna que uno de los alguaciles tenia en la mano, dió en el rostro de lleno al herido.

—¡Jesucristo! exclamó el alguacil con voz de grande asombro y de gratísima sorpresa, al ver el lívido, descolorido y descompuesto semblante de aquel hombre; aquí le tenemos, señor alcalde, y mire vuesa señoría cuán justiciero es Dios, que no deja que se escape sin castigo ningun pícaro.

—Pícaro no, desventurado, dijo con voz desmayada el herido.

—¿Qué es lo que decís, ministro Perdigon? preguntó el señor Pedro Gutierrez mientras buscaba apresurado en un bolsillo interior de su loba negra sus antiparras, que en seguida se caló; ¿con qué pícaro hemos dado de bruces?

—Pues ahí es nada, dijo Perdigon; aquí tenemos no ménos que al famoso salteador Andrés del Páramo.

—¡Ah! ¡Oh! ¡Eh! exclamó acandilando la boca el alcalde de Casa y Corte; pues Dios no le libra del salto de la horca; buenos están los autos suyos.

—Déme vuesa señoría sacerdote que me confiese, en vez de amenazas, dijo Andrés del Páramo, que tengo un tajo aquí en lo alto de la cabeza, por el que se me va la vida.

Y esto diciendo, le entró tan fuerte desmayo, que todos, alcalde y alguaciles, le tuvieron por muerto.

—Dios hace sus justicias, cuando no las hacen los hombres, dijo el alcalde; á ver, recójale dos ministros, y llevémosle á la iglesia de San Nicolás, en donde le depositaremos.

—Mire vuestra señoría, dijo otro de los alguaciles que se habia inclinado para reconocer á Andrés, que este hombre no está muerto, sino desvanecido de la pérdida de la sangre; y bien se me puede creer, porque antes de ser ministro fui barbero, y como los de este oficio suplen muchas veces á los cirujanos, algo de cirujano tengo, y aun de médico, y bien sé yo lo que me digo.

—Pues voto hago, dijo el alcalde, de dos cirios y una misa á Nuestra Señora de Atocha, porque de esta suerte no muera, para que pueda morir con escarmiento de malhechores de su muerte natural de horca; ea, cárguese con él y vamos cuanto antes á la cárcel, que allí se buscará quien le cure y quien le cuide.

—Mire vuestra señoría, dijo el ministro que habia sido barbero, que aunque no ésta muerto, entre las manos puede quedársenos, si á la cárcel, que está lejos, le llevamos; y digo yo, salvo la vénia de vuestra señoría, que mejor fuera llevarle al cuerpo de guardia del Alcázar, que está cerca; y por aquí por la calle de los Autores, bajando por la del Viento, daremos con el cuerpo de guardia en ménos que se tarda en rezar un credo.

—Me parece muy bien, dijo el alcalde; á ver, ministros, cargad con ese hombre, adelante.

Cuatro ministros, asidos cada uno á un remo de Andrés del Páramo, y sosteniéndole otro la herida cabeza, le levantaron y se pusieron en marcha.

Delante iba el alguacil Perdigon alumbrando; á su lado, con la vara enhiesta, el señor Pedro Gutierrez de Santistéban.

Atravesaron la plaza de Santa María, se metieron por la calle de los Autores, y á poco que anduvieron por ella, se encontraron un hombre anciano, y caballero al parecer, por su traje, tendido en medio de la calle y muerto.

—¡Hola, eh! exclamó el señor Pedro Gutierrez; otro difunto; tome uno de los que llevan á ese la linterna de Perdigon, y quédese Perdigon aquí guardando ese difunto mientras volvemos.

Perdigon dió su linterna á uno de los alguaciles que llevaban por una de las piernas al herido.

Poco despues descendian por la calle del Viento, y llegaban al cuerpo de guardia.

—¡Alto! les dijo un centinela tudesco antes de que llegasen á la puerta.

—Es la justicia del rey nuestro señor, contestó el alcalde con voz llena de autoridad.

—Señor alférez Garrido, aquí viene la justicia, dijo el centinela.

Apareció al momento un buen mozo armado de casco y coselete, con galas de soldado de la guardia tudesca, aunque su apellido, segun hemos visto, era puramente español.

—Pase en buen hora la justicia del rey, dijo,

—Guárdeos Dios, señor hidalgo, y os dé muy buenas noches, dijo cortésmente el alcalde. Allí en la Almudena hemos encontrado á un gran salteador, á un pícaro á quien se ha buscado en vano, con la cabeza partida por un tajo, y de tal manera mal herido, que le traemos aquí por más cerca que otra parte alguna, adonde pudiera habérsele llevado á fin de que se le socorra.

—Pase, pase vuestra señoría, dijo el alférez Garrido.

Y atravesaron un gran espacio húmedo, en el cual, al redor de un inmenso brasero en que habia una enorme cantidad de carbon encendido, estaban algunos soldados, mientras los restantes de la guardia dormian en un largo tablado.

Entraron en otro aposento, no más limpio ni mejor tratado, que servia de cuarto del alférez de la guardia de las reales caballerizas.

Allí habia, en vez de lecho, otro pequeño tablado.

—Vuestra señoría puede colocar donde guste á ese hombre, dijo el alférez.

—Ministros, dijo el alcalde, ponedle sobre ese tablado y quedaos aquí dos, uno para guardarle y otro para avisar y traer á los médicos.

Y despues añadió, dirigiéndose al alférez:

—Señor hidalgo, espero me deis un recibo de la persona de Andrés del Páramo, salteador perseguido por la justicia, y sentenciado en rebeldía á muerte.

—Con mil amores, señor alcalde, dijo el alférez.

Y sentándose junto á una mesita, que en el aposento habia, tomó un moreno papel, al que se le podian contar los hilos, y escribió el recibo que el alcalde le habia demandado.

—Muy bien, dijo el señor Pedro Gutierrez; vóime confiado en que en nombre del rey nuestro señor, guardareis fiel y cumplidamente á este hombre; que os servireis de los alguaciles que os dejo y de los soldados de vuestra guardia, para que se le socorra y se le cure en la manera que fuere posible, bien que yo no tardaré en volver, porque voy en demanda de otro difunto, que le he dejado atrás, guardado por uno de mis ministros hasta que vuelva. Señor alférez, que os guarde Dios.

—Guarde Dios á vuestra señoría, dijo el alférez Garrido.

II.

El alcalde salió con los tres alguaciles que le habian quedado, y con paso rápido, trepando por la pendiente calle del Viento, torció á la derecha y se metió en la de los Autores, y se encontró al alguacil que habia dejado en guardia del difunto en conversacion con algunas viejas de la vecindad, que se habian asomado á las ventanas.

—Y bien, ¿qué es ello? dijo el alcalde al oir aquellas voces desdentadas que alternaban con la vinosa voz del alguacil.

—Esto es, señor alcalde, dijo el que allí habia dejado de guardia, que el cuerpo difunto que junto á mí aparece, es el señor don Mendo de Salvatierra, capitan inválido que vivia en la casa cuya puerta está forzada y abierta, con su hija doña Esperanza.

—Y bien, ¿qué?

—Nada más, señor alcalde, sino que estas buenas vecinas hará como cosa de media hora han despertado asustadas al ruido de los tajos y reveses, de los votos y de los improperios que resonaban en la calle, y declaran que el señor don Mendo de Salvatierra peleaba con dos hombres, y al fin le mataron y escaparon, y su hija doña Esperanza habia escapado antes.

—¿Y decís que la puerta estaba abierta y forzada?

—Sí, señor, héme enterado de ello reconociendo el sitio, despues que se marchó vuestra señoría.

—A ver, ministro Perdigon, dijo el alcalde, alumbrad con vuestra linterna, y penetremos en este domicilio violentado.

El alguacil Perdigon se llegó á la puerta, y como prudente y experimentado ministro de justicia, antes de entrar metió mano á la daga y la desenvainó poniéndola de punta por delante.

Despues empujó la puerta.

III.

Encontráronse un zaguan enladrillado, en el zaguan una puerta, un cenador en un pequeño patio, en el centro del cual habia algunos tiestos de flores ó de plantas, porque no era estacion de flores aquella.

Al fondo del patio habia una gran puerta que daba á una gran sala baja; aquella sala estaba deshabitada, y sólo se veian en ella algunos muebles inútiles.

Salieron de allí y siguieron reconociendo; á la derecha encontraron una cuadra, y en ella dos buenos caballos, que relincharon de una manera particular al entrar el alcalde y sus ministros, como si su instinto les hubiese dicho que tenian encima la justicia.

Continuó la inspeccion del piso bajo.

Hallaron una cocina, de la que sin duda, á juzgar por su estado, no se hacia uso; y por último, un pequeño cuarto, en el que habia una cama revuelta y caliente aún, como si hiciera poco tiempo que la habia abandonado el que la ocupara.

A la derecha del cenador, que estaba inmediatamente junto á la segunda puerta del zaguan, encontraron una escalera de mediana anchura, de peldaños de madera; subieron por ella, y se encontraron en un recibimiento, despues en una sala amueblada de todo lujo, con muebles antiguos, pero buenos, alfombras, tapicerías, reposteros cubriendo las puertas, y una araña de cristal en el centro, cosa que entonces representaba un gran lujo.

En el testero de la sala habia un estrado, es decir, un gran canapé de seda sobre un tablado cubierto con alfombras, y á los lados grandes sillones; sobre el canapé habia dos grandes retratos de cuerpo entero; el uno representaba á un caballero como de unos cincuenta años, cabellos y barba canos, hábito de Santiago y manto capitular de la órden.

En el ángulo inferior derecho del retrato, se veia un escudo campo de oro con banda diagonal de gules, saliendo de las cabezas de dos dragantes.

En un zócalo que se veia bajo el retrato, se leia esta inscripcion: «Ilustrísimo señor don Mendo de Salvatierra, capitan de los tercios viejos de Flandes, del hábito de Santiago, secretario honorario de S. M.»

Aquel era el retrato del difunto. A la izquierda de él se veia

el de una dama tambien de edad provecta, y que mostraba haber sido hermosísima. Tenia un traje de terciopelo negro tomado de oro, y sobre el pecho collares y joyas á la usanza del siglo XVI; las manos cargadas de sortijas, y el cabello entre cano, peinado como hubiera podido tenerlo una jóven, en pequeños rizos sobre la frente.

Debajo de este retrato, á la derecha, se veia un escudo campo de plata y con águila volante negra, y en el zócalo este letrero:

«Doña María Gomez de Salcedo, condesa de Santillana, esposa del ilustrísimo señor don Mendo de Salvatierra, del hábito de Santiago.»

Al lado del caballero, fuera ya del espacio relativo al canapé, se veia el retrato de un jóven como de treinta años, armado á la jineta, moreno, de ojos negros, con la fisonomía vivamente expresiva, y sobre el coselete pintada la roja cruz de Calatrava.

A los piés de este retrato, y á la derecha, se veia el mismo escudo que aparecia en el retrato de don Mendo de Salvatierra, y en el zócalo esta inscripcion:

«Don Juan de Salvatierra y Gomez de Salcedo, alférez de caballos, de los tercios de Flandes, del hábito de Calatrava.»

A la izquierda de la dama, y haciendo simetría con este último retrato, se veia el de una jóven hermosísima, con traje de brocado de plata en blanco, cargada de joyas, y cuajadas las manos de cintillos.

Esta jóven era blanca, blanquísima, con los cabellos y los ojos negros, y representaba cuando más diez y siete años. Por bajo tenia el mismo escudo de Salvatierra, y esta inscripcion:

«Doña Esperanza de Salvatierra y Gomez de Salcedo, hija del ilustrísimo señor don Mendo de Salvatierra, del hábito de Santiago.»

En la pared de enfrente, y en la de los extremos, sobre las tapicerías, se veian cuadros de Historia Sagrada, de diferentes tamaños y de distinto mérito.

Por último, sobre la puerta de entrada, que estaba en un extremo, aparecia el gran escuson de los Salvatierras, y sobre la puerta del otro extremo, el árbol genealógico de la familia.

IV.

—En noble casa hemos dado, dijo el alcalde; y es extraño que en ella no encontremos gente alguna, porque aquí debia haber muchos criados.

—Se engaña vuestra señoría, dijo el alguacil Perdigon, que segun lo que me han dicho las viejas de la vecindad, esta ilustre familia habia venido á gran pobreza, y sólo les servia un negro viejo que hacia de criado, de mozo de cuadra, en fin, de todo lo que hacia falta.

—Pues no demuestra esta sala pobreza, dijo el alcalde.

—Ya sabe vuestra señoría, que un hidalgo se quedará sin cenar, y no se desprenderá de cosas que acrediten su buena cuna.

—Teneis razon, ministro, dijo el alcalde; lo último que pierde un bien nacido, es la dignidad.

Entraron por la puerta sobre la cual estaba el árbol genealógico, y dieron en un gabinete tambien ornamentado, aunque á la antigua, con lujo, y cubiertas las paredes de cuadros al óleo.

En uno de los lados habia una chimenea.

—Indicio claro de pobreza, dijo el alguacil Perdigon, señalando á la chimenea que estaba completamente limpia y barrida. Aquí no se ha encendido fuego hace mucho tiempo, se conoce bien, y por el frio que hace, representa los pocos haberes de los amos de la casa.

—Continuemos, continuemos, dijo el alcalde.

Siguieron, y se encontraron en un despacho, en que habia algunos estantes de libros, y sobre la mesa muchos papeles.

Examinó el alcalde los papeles, y se encontró con que eran piezas de pleitos.

—Hé aquí, dijo don Pedro Gutierrez, la razon de la pobreza de esta honrada familia. Quien quiera quedarse en poco tiempo sin dinero, no tiene más que pleitear por cuatro ó cinco negocios, y á poco que pleitee se quedará en las guias. Sigamos.

La pieza inmediata era un gran dormitorio, en el cual habia un antiguo lecho nupcial.

Aquel lecho estaba revuelto, y con la señal de un solo cuerpo en su grande extension.

—Otro indicio de pobreza, dijo el alguacil Perdigon; estas sábanas están remendadas, y con tela más vasta que la primitiva.

—Los pleitos, los pleitos, dijo el alcalde; sigamos.

Se entraron por una puerta, y se encontraron en un callejon, por aquel callejon dieron en un aposento, que á todas luces era el dormitorio de una mujer.

Junto á un pequeño brasero, y sobre el que quedaba algun rescaldo, habia un silloncito viejo, y en el sillón un canastillo con tela blanca, cuya costura estaba aún sin concluir.

—¡Será posible, dijo el alcalde, que la hija de tan ilustre familia ayudara á las necesidades de la casa con el trabajo de sus manos!

—Quién sabe, quién sabe, señor alcalde, contestó el alguacil Perdigon.

Los demás alguaciles, ó no tenían confianza con el alcalde, ó eran poco amigos de hablar, porque ninguno despegaba los labios, como hemos visto.

Perdigon llevaba sobre sí todo el trabajo de dar conversacion al alcalde.

Aquel cuartito era modesto; habia en él cuadros, pero no al óleo, sino de estampas de santos y de vírgenes.

La cama era sencilla.

Sobre una pequeña mesa de nogal, bastante usada, habia un estantito de libros.

Examinó el alcalde uno de estos, y se encontró con el *Flores Sanctorum*.

Siguió reconociendo, y encontró que todos los libros eran piadosos, á excepcion de uno solo.

Aquel uno era un ejemplar de la primera edicion de la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

—En todas partes se encuentra al buen Miguel de Cervantes, dijo el alcalde. ¡Qué ingenio tan portentoso! ¡Bendito sea Dios, que ha dado á nuestra patria tal gloria en tal hombre!

—Pero dicen que fué muy desgraciado, señor alcalde, observó Perdigon.

—¡Siempre es desgraciado el ingenio! repuso el alcalde.

—No tanto, no tanto, señor alcalde, dijo Perdigon, que ahí tenemos al señor don frey Félix Lope de Vega Carpio, que está rico y muy considerado de su majestad; y sin ese, al señor don Pedro Calderon de la Barca, que tiene muy buen haber, y lo pasa como yo quisiera pasarlo; y todavía se puede citar á don Francisco de Quevedo, que además es señor de la torre de Juan Abad, y muy temido y bien mirado.

—En cambio, ¡cuántos ingenios han muerto de miseria! dijo el alcalde. Tanto nos lo dice la experiencia, que yo me asusté de mí mismo, un dia que, poniendo una sentència, me salieron dos versos de arte mayor sin que yo lo pensase, y el susto que pasé fué terrible. Poeta soy, me dije; soy hombre muerto, de miserias no saldré en toda mi vida; pero afortunadamente no se me volvieron á soltar dos versos de la pluma.

V.

En la habitacion no habia más muebles que los que ya hemos indicado, y algunas sillas heterogéneas.

Junto á la cama, un crucifijo con una concha á los piés, que servia de piliila de agua bendita.

En el suelo una estera blanca de pleita de esparto.

Sobre la pequeña mesa en que estaba el estantito, un tintero de bronce cincelado, formado por una guirnalda de flores y pámpanos, y un velon bajo, de cobre, de cuatro mecheros, uno de los cuales ardia aún, aunque próximo á apagarse.

VI.

De aquel pequeño aposento pasaron por una puertecilla á un oratorio.

Este oratorio estaba más cuidado.

Sus paredes estaban pintadas al temple, representando adornos místicos.

El pavimento estaba cubierto por una alfombra bastante usada, pero al fin alfombra.

Delante de la ventana pendiente de una varilla dorada, de ya remota fecha, á juzgar por lo tomado de su color, pendia una cortina de tafetan rojo, tambien usado y antiguo.

En el testero, al frente de esta ventana, habia un reclinatorio de ébano.

Sobre el atril del reclinatorio, un libro de horas.

A los piés, dos cojines de damasco carmesí.

Encima, un gran crucifijo de ébano con los extremos de plata y la estatua de marfil,

—Pero, señor, exclamó el alcalde acercando la linterna al crucifijo, ¿por qué estaban estas gentes en la pobreza, poseyendo un santo Cristo de Benvenuto Cellini, y de los mejores que yo conozco de este escultor? ya... vivirían de los inválidos del padre y de la soldada del hermano; á más, que si el hermano está en Flandes ó en Holanda, con los sacos que de tiempo en tiempo logran los soldados de su majestad, puede muy bien haber socorrido á su familia: esta casa es respetable, ministro Perdigon, solo que han caído sobre ella dos desgracias; la primera una hija, y donde hay hija y hermosa,

está acechando siempre la desventura; y la segunda, pleito, Sigamos, sigamos adelante.

Y por otra puertecilla del oratorio salieron á un pasadizo, del pasadizo á un corredor que daba al patio, y en cuyo corredor habia tres puertas.

La una daba á un aposento, al parecer de hombre, y de hombre de armas, pero que sin duda no vivia por entonces en la casa, porque la cama tenia levantados los colchones.

En el cuarto, habia además en un rincon un buen arnés de ginete.

En una percha, dos hermosas escopetas de Vizcaya, dos pedreñales, una media pica, y hasta cuatro espadas y dagas.

Un estante con libros, examinados los cuales muy por encima, encontró el alcalde que todos ellos pertenecian al arte militar.

Ademas un armario cerrado, destinado al parecer, á guardar ropa.

El pavimento estaba sin estera.

Lo que demostraba que en todo el invierno no se habia habitado aquel cuarto.

Salieron de él, y entraron en otro aposento, indudablemente comedor, á juzgar por la gran mesa redonda que habia en el centro, y por los dos aparadores de nogal que se veian en los extremos.

Por último, dieron en la cocina, cuya bateria estaba completa.

En el ángulo del corredor, habia una escalera de ojo.

Bajaron por ella, y al fin dieron en un cenador, despues del cual, se extendia un jardin ó huerto bastante grande, con un parapeto en su limite, desde el cual se veia á la derecha el alcázar, en frente la vega, y á la izquierda las Vistillas de San Francisco, porque el jardin estaba en alto.

Grandes y añosos árboles frutales le poblaban.

Le cubria una menuda yerba verde, sobre la cual se destacaban aqui y allá arbustos.

Las calles eran irregulares é intrincadas.

El escaso raudal de una pobre fuente, caia sobre un pilon, produciendo un leve ruido monótono.

—Buena casa, espaciosa y cómoda, y con el buen recreo de este huerto, dijo el alcalde; ¿será esta casa propiedad del difunto?

—Me parece que sí, dijo el ministro Perdigon; porque recuerdo haber visto muchas veces que he pasado por esta calle, una piedra de armas sobre la puerta, igual en un todo al escudo que se vé en el retrato del caballero que está sobre el estrado.

Parecióle bien este dato al alcalde, porque al fin el difunto había dejado una propiedad, por medio de la cual pudiesen hacerse efectivas las costas del proceso.

VII.

Salieron del huerto por una puerta en que antes no habían reparado en el piso bajo, y en un callejón á que aquella puerta daba entrada encontraron algunas habitaciones que podían servir para criados, pero desguarnecidas.

Acabando de registrar por último toda la casa, encontraron arriba desvan, pajera, y palomar poblado de palomas.

VIII.

El alcalde hizo meter dentro el cadáver de don Mendo de Salvatierra, y que le pusiesen en su mismo lecho.

Después de esto, envió á un alguacil á buscar á su secretario para autorizar en forma las diligencias necesarias, y ayudado de Perdigon empezó, mientras su secretario llegaba, á hacer el inventario de la casa que le había caído entre las manos, sin desatender por esto al herido que estaba en depósito en el cuerpo de guardia de las reales caballerizas.

CAPÍTULO III.

Un perfil del Conde-Duque y un esbozo de Estebanillo Mercuelo.

I.

Estebanillo Mercuelo, en cuanto le abrió la puerta el criado de palacio que esperaba, se precipitó á lo largo de una galería lóbrega, apenas alumbrada por un farol turbio; tomó á oscuras por un caracol de piedra, fué á dar en la galería de los Infantes, y de allí á la gran galería del alcázar, y sin que el suizo que guardaba una de las puertas le impidiese el paso, se metió en una antecámara y luego en una cámara.

Aquella cámara estaba completamente desierta.

Estebanillo llegó á un ángulo de la cámara, abrió una pequeña puerta bastante disimulada, se aventuró á oscuras por otro caracol de piedra, y despues de haber superado sesenta escalones, llegó á una pequeña galería como de tres varas de ancho por seis de largo, en cuyo centro, á la derecha, habia una puerta ornamentada á manera de retablo, del gusto del Renacimiento, y con un poco de sabor á esa arquitectura que se ha llamado jesuítica.

El costado izquierdo le componian tres arcos de medio punto guarnecidos de cristales que daban al exterior.

Sobre el patio del alcázar un farol clavado á la derecha de la puerta, alumbraba esta decoracion.

Estebanillo abrió la mampara que cerraba el vano de la puerta, y entró en una cámara de seis varas en cuadro alfombrada, entapizada de damaseo amarillo, cubiertas de cuadros las paredes, coronadas estas por un friso dorado, y terminada la cámara en su parte superior por una media naranja pintada al temple, representando un Olimpo.

Al frente de la puerta, sobre un estrado ó tabladillo cubierto con un tapiz de seda, habia una mesa con repostero de terciopelo rojo en cuatro aldetas galoneadas de oro, unidas por broches de plata sobredorada.

Estas haldetas llegaban hasta el estradillo.

En el centro de la mayor, en la del frente, se veia, bordado en oro y sedas de colores, un escuson conteniendo los cuarteles del condaño de Olivares y del ducado de San Lúcar de Barrameda.

Banderas orlaban el escuson, le rodeaba el toison de oro, y le timbraba una doble corona condal-ducál.

Entre las hojas de viña de esta corona, que representaban la calidad de duque, asomaban las perlas que representan la calidad de conde.

A un lado y otro de la mesa, junto á la pared, habia sobre sus piés de tigera, grandes papeleras de ébano y sándalo incrustadas de marfil, nácar y concha con alambrería retorcida y enclavada de oro, plata y cobre.

Un gran sillón de terciopelo con alto respaldo, y en su coronamiento el escuson del conde-duque, estaba detrás de la mesa.

Sobre esta habia un enorme tintero, de plata, una especie de cuerpo arquitectónico del Renacimiento que parecia obra de Arfe, con medallones sobredorados en que se veia las fábulas de Júpiter y Leda, de Júpiter y Danae, de Júpiter y Europa y de Apolo y Daphne.

Estos medallones estaban ejecutados con una tal pureza de dibujo, con una tal bravura de modelado, que hacian pensar en Miguel Angel.

En el coronamiento se veia una águila imperial de dos cabezas teniendo entre sus garras, de la una parte el blason de Austria, de la otra el blason de España, porque esta doble águila imperial de cuatro alas, de cuatro garras y doble cabeza, con una sola corona, estaba al aire afianzada sobre un mundo.

Aquel tintero habia pertenecido sin duda al emperador Carlos V, y era de un valor inmenso, no tanto por su gran volúmen y su gran peso, como por su admirable ejecucion artistica.

A ambos lados de la mesa habia algunos legajos de papeles perfectamente ordenados: en la pared, detrás del sillón, á bastante altura, habia una pequeña ventana cuadrada y cerrada, de cuyo pestillo pendian para poder abrirla y cerrarla, dos cordones de seda.

Este era el único vano por donde podia penetrar la luz en aquella, aunque pequeña, magnífica cámara.

Detrás del sillón, y como á vara y media de él, habia una gran chimenea de mármol sanguíneo en que ardía un buen fuego.

Sobre la chimenea un gigantesco espejo embutido en la pared.

Delante del espejo, cuatro candelabros de bronce con cinco bujías cada uno, y encendidas todas; y entre los candelabros, un gigantesco reló de bronce representando á Apolo cuando guardaba los ganados del rey Admeto.

En el siglo XVII, la literatura, la pintura y la escultura, eran muy dadas á la mitología.

II.

Un solo candelero de plata, con una bugia de cera perfumada y de color de rosa, alumbraba el plano de la mesa.

En el momento en que entró Estebanillo, un caballero como de treinta y cinco años, escribía, ó por mejor decir se entretenía; porque hacía versos, los rayaba, volvía á hacerlos, los volvía á rayar, y así habia embadurnado no sabemos cuantos pliegos de papel.

Este caballero tenia la cabellera castaña, grandemente crecida, hasta caerle sobre los hombros, fuertemente rizada, no naturalmente, sino á fuego: la frente alta, espaciosa, protuberante; las cejas algo rectas y pobladas; los ojos grandes, pardos, casi negros, profundos, penetrantes; la nariz enérgica, larga, ensanchada, como aplastada en su extremidad; el bigote poblado, aguzado en puntas retorcidas; la perilla abundante, la boca enérgica, de labios gruesos, contraídos de una manera nerviosa, y generalmente apretados el uno contra el otro.

La cabeza de este hombre, que imponía al mismo tiempo recelo y respeto, era algo grande, comparada con sus hombros y con el resto de su persona, que aunque estaba sentado se comprendía que no era aventajada.

Vestia una gola alechugada, una ropilla sencillísima de terciopelo con herretes de azabache, calzon ancho de terciopelo con lazos

de lo mismo, calzas blancas de seda, zapatos atacados con lazos, y pendiente sobre el pecho, de un cordón de oro, el Toison, representante de la Orden de caballeros teutónicos.

Las manos de este hombre eran muy hermosas, y de una blancura casi igual á la de sus ricos puños de encaje de Flandes.

En el dedo del corazón de la mano izquierda, tenía un ancho cintillo cubierto de gruesos brillantes en forma de elipse.

En un sillón, á la derecha de la mesa, había una capa y un rico sombrero de piel de castor con gran pluma negra de cisne, y una espada y una daga, cuyas empuñaduras estaban admirablemente cinceladas.

III.

Este hombre era el excelentísimo señor don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, secretario de Estado y del Despacho Universal del señor rey don Felipe IV, y su caballerizo mayor.

En la frente de don Gaspar de Guzmán había algo que hubiera podido llamarse una sombra fatídica.

Si aquel no sé qué en que reparaban todos, se hubiera concentrado y tomado cuerpo, forma y color, hubiera aparecido la cabeza degollada de don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, que algunos años antes había gozado de Felipe III el mismo favor que entonces gozaba de Felipe IV el conde duque de Olivares.

En la parte interior de la frente del nuevo favorito, había quedado indeleblemente fotografiada la cabeza del otro favorito que había llevado al patíbulo; y como si aquella sombra interior se hubiese transparentado confusamente á través de la caja huesosa del cráneo del conde-duque, aparecía en su frente como una nube sombría.

IV.

¿Por qué el conde-duque estaba en una cámara situada en lo alto de una torre del alcázar, sin más que una estrecha ventana para darla luz, y á la cual se llegaba por una estrecha puertecilla que correspondía á la antecámara real?

En otros tiempos, la parte superior de aquella torre, iluminada de otro modo, había servido de estudio al buen Pantoja de la Cruz, pintor de cámara de Felipe II, y al cual pertenecen la mayor parte de los retratos que de aquel rey quedan.

Felipe II habia querido tener á mano á su pintor de cámara.

Ahora bien, el conde-duque de Olivares queria tener á mano al nieta de Felipe II, y habia pedido á este, para que le sirviese de despacho reservado, aquella empinada estancia.

Asintió graciosamente Felipe IV al deseo de su favorito, y la cámara se restauró, se entapizó, se describió su media naranja, se pintó su alegoría mitológica, se pusieron en las paredes hermosos cuadros; se hizo, en fin, de ella, un apartamento esplendoroso en el que solo debian penetrar el rey, el conde-duque y algunos servidores íntimos.

Cuando se entraba de dia en aquella cámara, se sentia una impresion extraña; aquel ventanillo elevado á cinco varas del pavimento, y de pié y medio cuadrado de vano, daba á la cámara la luz de los calabozos; mucho de tétrico, de sombrío, y aun de fantástico, aumentado por el color rojo del tafetan extendido y clavado sobre el marco de su vidriera.

El conde-duque nunca pensaba mejor que cuando lo que le rodeaba era sombrío, y sobre todo, cuando pensaba á oscuras.

Todos los hombres célebres han adolecido de una manía ó de extravagancia: la extravagancia del conde-duque era rodearse de tinieblas cuando necesitaba confeccionar un proyecto importante.

V.

Pero no hay manía ó singularidad en un hombre que no corresponda á una tendencia de su espíritu ó á una necesidad de su organismo.

¿Amaba acaso el conde-duque las tinieblas, porque en las tinieblas la imaginacion aborta los fantasmas? ¿Se le aparecia acaso entre las tinieblas la ensagrentada sombra de don Rodrigo Calderon? ¿Adolecia el conde-duque de una sed de venganza póstuma, de odio continuado más allá de la tumba, ó era que le aquejaba el grito inexorable de su conciencia, y provocaba la sombra irritada de su enemigo inolado para acostumar á su conciencia al horror, para familiarizarla con él?

No lo sabemos; pero sabemos sí, que la mitad por lo ménos de su vida la pasaba á oscuras el conde-duque, y que no salia nunca á la luz sin llevar en la mente la minuta de un decreto ó de una ley trascendental.

VI.

Ocupémonos del pequeño personage deforme que acababa de entrar en aquella sombría cámara.

Estebanillo Mercuelo era un hombrecillo de cuatro piés de altura, ancho de hombros, reelevado de pecho, algo givado de espaldas, con las piernas y los brazos muy cortos, pero muy robustos, la cabeza grande y el semblante con la marcada expresion de un sátiro. Cejas pobladas y cerdosas, ojos pequeños y hundidos de color rojo como los del leon, nariz larga, corva, ensanchada en su base, boca rasgada, barba puntiaguda, malevolencia y sarcasmo en la expresion, la astucia de la zorra y la movilidad y cobardia del raton: lo pequeño, lo mezquino del espíritu y el odio á todo, la fealdad con la deformidad, y para aumentar el mal efecto, una cabellera crespa, áspera, revuelta, de color rojizo con cambiantes cenicientos: por traje, ropilla y calzon de velludo, especie de terciopelo ordinario, cinturon de cuero con un largo puñal atravesado á la izquierda, y como por sarcasmo, un rosario á la derecha. Calzas de lana rojas, grandes zapatos de becerro con lazos de lo mismo, en los cuales se marcaban los grandes juanetes de sus piés.

Por abrigo, un capotillo de paño entrefino de Segovia, forrado de gruesa bayeta: en la cabeza, oprimiendo mal su revuelta cabellera, una gorra de velludo semejante al de la ropilla y los calzones, con un herrete de acero bruñido.

VII.

Cuando entró Estebanillo, reverentemente descubierto, el conde-duque acababa de hacer algunas borraduras sobre los versos que escribía sin objeto.

—¡Señor! ¡Excelentísimo señor! dijo con su voz ágría y desapacible Estebanillo.

—¡Eh! dijo el conde-duque estremeciéndose como al impulso de una conmocion nerviosa: ¿estais ya ahí? ¿por qué no ha entrado Ponferrada?

—Porque vengo yo solo, contestó de una manera medrosa Estebanillo.

—¿Y por qué vienes solo? ¿no has encontrado á Ponferrada? yo cerré á tiempo la ventana, y su magestad espera.

—Ponferrada ha estado pronto, excelentísimo señor: le encontré donde vuestra excelencia me dijo que le había de encontrar, en la esquina de la iglesia de Santa María; pero al venir hacia el arco de caballerizas, me asustó un fantasma blanco que salió de la calle del Factor.

—¡Ah! y como eres más cobarde que el mismo miedo, has huido.

—No, señor; por lo mismo que tenía un miedo que no me cabía en el cuerpo, me fui detrás del capitán Ponferrada, que es un valiente sujeto, á cuyo arrimo nada hay que temer.

—¿Y á dónde fué Ponferrada?

VIII.

Estebanillo relató entonces al conde-duque lo que les había acontecido á Ponferrada y á él.

—¡Una dama blanca, joven, hermosa, con los cabellos y los ojos negros, que había salido de la calle del Factor, en la cual resonaba ruido de espadas! exclamó el conde-duque.

—Y su voz era trémula, y una intensa palidez cubría su semblante.

—¡Y Ponferrada se quedó con ella! añadió con acento opaco, ¡y aun no ha vuelto Ponferrada! y entretanto, su magestad espera. Estebanillo, véte á la saleta; en ella estará mi ayuda de cámara Juan Pérez: dile que venga y espere: espera tú abajo.

Estebanillo salió.

El conde-duque se dirigió entonces á la pared de la derecha de la chimenea, apretó un resorte, se abrió una puerta secreta, que dejó ver una estrechísima y oscura escalera, por la que descendió el conde-duque.

La puerta secreta volvió á cerrarse.

Aquella escalera estaba practicada en el espesísimo muro de la torre, é iba á dar á otra puerta secreta que correspondía á la recámara del rey.

CAPITULO IV.

De cómo llevó á doña Esperanza á una muy noble casa, el capitan Ponferrada.

I.

Ponferrada no se detuvo hasta que llegó á Puerta de Moros con su pobre compañera.

Habia tenido que llevar á esta casi en peso.

Un dolor agudo hacia gemir á la jóven.

Ponferrada gemia tambien: sentia una inquietud para él desconocida, una tendencia irresistible hácia la incógnita.

La necesidad de haberla llevado rodeada la cintura para ayudarla á marchar, habia influido de una manera terrible en el capitan: habia podido apreciar lo voluptuosamente cimbrador de aquella esbelta cintura.

La jóven era un prodigio de belleza, y como pureza, como candor, como frescura, una poesía encantadora.

II.

Ponferrada se habia detenido á la puerta de una casa de grandes apariencias: la decoracion en piedra barroqueña pertenecia al gusto plateresco, y las dos grandes hojas eran de nogal labradas en gran-

des cuarterones, y guarnecidas de gruesos clavos de bronce en figura de estrella.

El capitán asentó tres terribles golpes con uno de los enormes llamadores, golpes que retumbaron dentro, despertando ecos sonoros, lo que demostraba la grandiosidad interior de la casa.

No respondieron por el momento, y entretanto la joven dijo á Ponferrada:

—¿A dónde me traeis?

—A casa de mi tía la señora condesa de Santurces.

—¡Ah! exclamó la joven como si hubiera recibido un consuelo en medio de su triste situación, al saber que se la llevaba á una casa respetable.

Esto, por otra parte, abogaba en pró de la honradez y del buen corazón del capitán; pero no armonizaba bien con aquello de prestarse el capitán á servicios secretos en favor del conde-duque, que rara vez eran honrosos.

III.

Volvió á llamar Ponferrada; pero con más fuerza y con más número de golpes.

Aquello habia sido una verdadera descarga, ó como si dijéramos, echar la puerta abajo.

Se oyó abrirse violentamente una puerta interior, y poco después una voz que dijo con muy poca cortesía:

—¿Quién diablos llama de tal manera á estas horas?

—Quien te va á rajar de alto á bajo si no abres pronto, dijo el capitán.

—¡Ah! exclamó cambiando en profundo respeto su grosería la voz del interior: perdone vuestra señoría, señor don Lope: ¿quién habia de esperar á vuestra señoría al cabo de los años mil y á estas horas?

Y al mismo tiempo sonaban cerrojos que se descorrían y una llave que se desechaba.

IV.

Se abrió la puerta y apareció un gran zaguán iluminado por un farol que pendía delante de un cuadro de una virgen de la Soledad, colocado á una altura como de tres varas, en un retablito á la izquierda de la puerta.

Estas imágenes, en los portales de las casas grandes, eran muy frecuentes en aquella época, y aún se conserva algun ejemplo de esto en Madrid.

La luz ardia perennemente delante de estas imágenes: excepto en las noches de sarao en que el portal se iluminaba, no habia alli otra luz que aquella.

—Buenas noches, Pedro Gomez, dijo don Lope entrando y sosteniendo aún por la cintura á la dama que no se habia repuesto bien de su desmayo.

Al ver á aquella hermosísima jóven en tal estado y sostenida por don Lope, Pedro Gomez puso la cara más original del mundo.

—¿Qué es esto, señor? dijo.

—Esto es, que necesito ver al momento á mi señora tia.

—Su excelencia hace ya mucho tiempo que se ha recogido.

—No importa, no importa, el asunto para que la busco es gravísimo.

—Ya lo veo, señor, ya lo veo; pero la misma gravedad del asunto, va á afectar gravemente á su excelencia.

—¿Qué dice este hombre? exclamó la jóven que veia una cosa desfavorable hácia ella, en las palabras del portero.

—Este hombre, contestó don Lope, no sabe nunca lo que se dice, y para abrirle los sentidos y que piense algo racionalmente, no hay más que un remedio, y ese remedio lo llevo á la cintura.

—¡Por el nombre de Dios! exclamó asustado Pedro Gomez, haciéndose un paso atrás, porque sin duda conocia ya por experiencia el remedio á que aludia don Lope; yo no hago más que una observacion.

—Que podrás excusar, contestó don Lope, porque no sabes con quién tratas, es decir, no conoces quién es esta señora: con tu villana imaginacion, servil, supones que es no sé yo qué cosa: estúpido, vamos, vamos, ¿no ves que esta señora está enferma y que sufre? Mientras avisas ó no á mi señora tia, enciende una luz y condúcenos á donde esta señora pueda reposar.

—Muy bien, señor don Lope, dijo Pedro Gomez entrándose en la portería; pero la señora se va á sorprender.

V.

Don Lope llevó á la desconocida hasta el asiento de piedra que habia en el portal debajo de la imagen y la sentó en él.

La jóven se hallaba abatida, con la cabeza inclinada.

A poco, algo más vestido, porque Pedro Gomez habia aparecido muy ligeramente, salió este de la portería con una luz en la mano.

—Cuando guste vuestra señoría, dijo.

Don Lope volvió á sostener á la jóven y siguió á Pedro Gomez por las anchas escaleras que empezaban en el fondo del portal.

En su descanso habia una gran mampara, en la cual estaba estampado en oro un gran escudo de armas.

Despues de esta mampara habia un gran recibimiento, por el cual se pasaba á una antecámara y de allí á una cámara puesta con gran lujo.

—Y bien, señor, dijo Pedro Gomez; ¿qué quiere vuestra señoría que yo haga ahora?

—Haz de modo que mi tia sepa que estoy yo aquí.

—Aquí empiezan las dificultades, dijo Pedro Gomez. ¿Y de qué manera hago yo para avisar á la señora?

—Avisa á una de sus doncellas.

—Necesario será, dijo Pedro Gomez que estaba muy puesto en respeto por don Lope.

Y salió.

Quedaron solos don Lope y la desconocida.

En una chimenea que habia en la cámara quedaba aun fuego.

La desconocida estaba sentada junto al fuego en un gran sillón de terciopelo.

Junto á la chimenea estaba tambien don Lope.

Su capa destilaba agua y humeaba bajo la influencia del fuego; no así la ropa de la desconocida.

No se habia mojado, porque cuando habia aparecido en la plazuela de Santa Maria asustando á Estebanillo, habia empezado á cesar la lluvia y cesado de todo punto poco despues.

El blanco traje de la desconocida era de lana; más que otra cosa parecia un hábito de órden por la correa negra que ceñía su cintura y que pendia de un extremo por la izquierda; además, en su manga llevaba el escudo de la Virgen del Cármen.

Una sencilla toca la cubria los negros y riquísimos cabellos.

No hemos descrito á esta jóven, que como habrán comprendido nuestros lectores, no era otra que doña Esperanza de Salvatierra, hija del capitán inválido don Mendo de Salvatierra.

Tenia la jóven lo más diez y siete años; era blanca, blanquísima, mórbida, con los cabellos ondulados y negrísimos, los ojos intensa-

mente negros y excesivamente hermosos; los labios frescamente puros, y todas las partes de su semblante, el corte encantador de su cabeza, la esbeltez de su garganta, la anchura y la dulce inclinacion de sus hombros tenian entre sí una armonía tal, tal delicia embriagadoran que constituia una gran hermosura, una hermosura perfecta, una de esas hermosuras que impresionan vivamente á quien las vé, que inspiran á primera vista amor, y sobre todo una gran expresion de pureza y de inocencia, que no excluía otra expresion de una gran fuerza de alma.

Las manos de doña Esperanza que tenia abandonadas, eran mórbidas, admirables y excesivamente pequeñas.

Por descuido asomaba bajo la borla de su hábito un pié imponderablemente bello.

Don Lope la contemplaba con delicia, pero se comprendia que estaba hecho á prueba de impresiones amorosas, porque en él no habia conmocion.

Veamos lo que era don Lope.

Se habia quitado el sombrero que estaba lleno de agua, y le habia puesto sobre la chimenea y habia quedado descubierta una cabeza admirable.

Don Lope tenia cuando más veinte y seis años, era muy bello, y con una hermosura excesivamente simpática.

Tenia el cabello negro, largo hasta el punto de caer sobre sus hombros, y naturalmente rizado.

Era lijeramente moreno, ó mejor dicho, blanco con un tinte trigueño.

Sus ojos grandes, serenos, imperturbables, con las pupilas negras y con largas y curvas pestañas.

La nariz larga, fuerte, hermosa; la boca excesivamente correcta; el bigote negro, espeso, aterciopelado, así como su larga perilla; lo demás del semblante estaba afeitado.

Llevaba un cuello alto blanco, muy limpio, muy bien armado, que dejaba ver una garganta hermosa, una garganta de nieve.

Era don Lope hermoso, simpático, pero un tanto apicarado en la expresion, sin que esta expresion picaresca tuviese nada de soez ni de grosera; por el contrario, aumentaba el encanto de su semblante.

Llevaba una coracina muy rica, riquísima, de la cual no podemos dar buena idea sino comparándola con el coselete que se guardaba en la armería real, y que pertenecia al cardenal Cisneros.

Era una coracina con pavon color de castaña, sobre la cual resaltaban menudos adornos Rafaelescos, con incrustaciones de oro; una coracina que era una joya, y una joya de gran valor, y muy bella por su corte y por su elegancia.

Debajo de esta coracina, llevaba un colete de ante, cuyas haldetas le caian hasta el nacimiento del muslo, y este colete sin mangas, dejaba ver otras mangas de terciopelo negro tomadas de oro.

Los gregüescos eran asimismo de terciopelo tomados oro, de color de granate, las calzas de grana y los zapatos atacados con lazos dorados.

Sobre todo esto, una capa de paño fino de Segovia; de un talabarte bordado de oro, y de su doble tahalí pendia una espada, cuya empuñadura cincelada estaba como la coracina empavonada de castaño con incrustaciones de oro.

La daga no se veía, la tenia oculta á la espalda, así como dos largos pedreñales.

Las manos de don Lope eran manos de dama en la forma, pero de excesiva fuerza.

En la izquierda llevaba un cintillo de gran valor, sus guantes estaban sujetos sobre la limosnera en el talabarte.

VI.

No podia verse nada más bello, ni más elegante, ni más rico, y era de extrañar que un hombre de tal figura y de tal trage y que tan noble y tan caballero parecia, se hubiera encontrado en una aventura sospechosa; porque ¿para qué habia ido don Lope á las Vistillas, habia esperado á que cerrasen el ventanillo de la torre del alcázar para bajar á la esquina de la iglesia de Santa Maria? ¿por qué despues habia seguido á Estebanillo, que era á todas luces un bajo servidor? ¿por qué, como sabemos, el conde-duque nombró á don Lope llamándole el capitan Ponferrada en el mismo momento en que el rey escribia al conde-duque?

Todo esto ha podido dar á nuestros lectores una idea un tanto equívoca de don Lope, antes de que le hayamos dado á conocer.

Ahora la situacion de don Lope es extraña; su figura, su trage, su lujo, su hidalguía, rechazan las suposiciones que han podido hacerse antes.

¿Era Ponferrada el apellido de don Lope, de quien nos hemos olvidado de decir que llevaba sobre la coracina la cruz de Santiago? De ninguna manera.

Ponferrada era un apodo, un sobrenombre de filas, y esto provenia de una costumbre de don Lope.

Desde que entró en el ejército como soldado hidalgo, en todos los empeños peligrosos ó en los lances personales en que arriesgaba á cada momento el pellejo, decia:

—Por vida de mi buena madre Ponferrada, que he de hacer y acontecer.

La madre á quien don Lope se referia, era su patria, la buena villa de las montañas de Leon, así es que á fuerza de oirle jurar de esta manera, acabaron por conocerle no bajo el nombre de don Lope de Sanabria, que así se llamaba, sino bajo el nombre del capitán Ponferrada.

Bajo este apodo, se habia hecho don Lope horriblemente célebre; si se trataba de mujeres, no habia una que le resistiera; si se trataba de hombres, todos le guardaban como suele decirse el aire, porque si no se le guardaban bien, tenian encima un lance en que el capitán Ponferrada les acuchillaba por lo ménos el rostro.

Si se trataba de una funcion de guerra, como soldado, como capitán, se le habia visto el primero en el peligro, el primero sobre el hierro enemigo.

El capitán Ponferrada era una especie de Juan Tenorio, y á más de esto riquísimo.

VII.

Contemplaba á doña Esperanza más que con deseo y con empeño con una hidalga compasion; le dolia el estado en que se encontraba aquella pobre niña, y no se atrevia á aventurar acerca de ella juicio alguno, porque la fuerza y la dignidad resplandecian en el semblante de doña Esperanza.

Todo esto queria decir, que eran buenas y generosas las propensiones de don Lope.

Pasó bien media hora, hasta que volvió Pedro Gomez.

Esa media hora pasó en silencio para los dos jóvenes.

Doña Esperanza habia permanecido con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Don Lope, ó junto á la chimenea contemplándola, ó paseando á lo largo de la cámara.

—La señora condesa, dijo al fin á la puerta Pedro Gomez.

Y se retiró.

Se oyeron precipitados y fuertes pasos de mujer, y de mujer al parecer buena moza por la intensidad característica de las pisadas.

Doña Esperanza levantó la cabeza, y se puso de pié á tiempo que entraba en la cámara una señora de estatura que podríamos llamar épica, robusta, esbelta, magnífica, como de cuarenta años de edad.

CAPITULO V.

La señora condesa de Santurces.

I.

Esta señora era blanca, con los ojos azules y excesivamente hermosos.

Como hemos dicho, parecia por la gravedad de su semblante y por ese no sé qué que marca el tiempo, como de cuarenta años, pero cuarenta años frescos y mórbidos.

Venia con un tanto de desaliño, como quien acaba de dejar el lecho y de vestirse de prisa con un traje de terciopelo color de violeta, un gran gaban de terciopelo negro con pasamanería de seda negra tambien, y una toca en los cabellos recogidos de prisa, y que por lo mismo aumentaban su profusion de una manera excesiva.

Venia soñolienta, lánguida.

Se detuvo á poca distancia de don Lope que se habia vuelto hácia ella, y de doña Esperanza que estaba de pié delante del sillón en que estuvo sentada.

—¡Ah! exclamó la condesa, ¿qué es esto? ¿qué jóven es esta?

—Yo soy una desgraciada victima de un crimen, contestó con voz trémula, opaca, ardiente, simpática doña Esperanza, mirando de una manera suprema á la condesa, que le habia inspirado á primera vista una gran confianza; tal benevolencia, tal nobleza, tan generosa,

tan buena alma aparecia en el semblante de la condesa de Santurces.

—¿Víctima de un crimen? dijo con acento severo la condesa fijando una mirada serena, pero terriblemente severa en don Lope.

—Crimen en que yo no tengo parte alguna, contestó don Lope.

—Sí, sí, es verdad, dijo doña Esperanza; este caballero en vez de haberme ofendido me ha salvado.

—¡Ah! gracias, don Lope, gracias; al fin y al cabo, aunque se me os presentais despues de no sé cuanto tiempo, de una manera extraña y en una hora más extraña aún, tengo la satisfaccion de no poder reprenderos. ¿Qué es esto?

—Señora, contestó don Lope, esto es, que andando por la calle á mis aventuras, sobrevino huyendo de un mal suceso esta doncella.

—¿Vos huyendo de un mal suceso? dijo con extrañeza la condesa; ¿y vos andando en vuestras aventuras con tal noche y á tal hora? porque la noche ha sido terrible, una noche de tormenta.

—La mejor noche para las aventuras, mi querida tia, contestó don Lope.

—Siempre sereis el mismo y concluireis por volver á enojarme, contestó la condesa.

—Reservad vuestro juicio, señora mia, para cuando sepais cómo y de qué manera he encontrado yo y he salvado á esta señora, y puesto que la veo bajo su noble proteccion, me retiro.

—¿Que os retirais? ¿nada teneis que decirme?

—Nada absolutamente, señora.

—Me parece por el acento con que acabais de hablar, que os despedis de una manera indeterminada.

—Sí, mi queridísima tia, sí; me despido para no volver median-
te Dios.

—Sí; pues id con Dios, don Lope.

—Bésoos las manos, mi querida tia.

Y despues de haber besado las manos á la condesa y á doña Esperanza, salió.

La mirada de doña Esperanza involuntaria, como obligada por un móvil de que ella misma no se daba cuenta, siguió al jóven que desapareció por la puerta de entrada de la cámara.

II.

—Sentaos, señora, sentaos, dijo la condesa; lo que acontece es demasiado extraño.

—Esto, señora, es, dijo doña Esperanza, que la desventura no ha cesado de afligir á mi familia, que mi padre tal vez en estos momentos no existe; nuestra casa ha sido acometida esta noche.

—¡Qué decís! exclamó la condesa, ¿acometida vuestra casa?

—Sí, sí señora, y tal vez por culpa mía.

—¿Dónde vivís?

—En la calle del Factor,

—¿Quién sois?

—Soy hija del capitán inválido don Mendo de Salvatierra.

—Y decís que vuestro padre...

—Sí, sí señora, mi padre se quedó riñendo con los hombres que acometieron nuestra casa.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! exclamó la condesa; pues es necesario, de todo punto necesario averiguar...

Y yendo á una mesa cubierta con un rico tapete de terciopelo y sobre la cual habia una escribanía y dos candelabros, tocó vivamente una campanilla de plata.

Apareció inmediatamente una doncella tan soñolienta como su señora.

—Pronto, Inés, pronto, dijo la condesa, que se levanten Juan, Antonio y Francisco, que pongan una litera y que Petra venga á vestirme. Venid, hija mía, venid, añadió la condesa.

Y asiendo de la mano á la jóven, desapareció con ella por una puerta lateral de la cámara.

Detrás de aquella puerta, habia un gabinete alhajado con sumo gusto y con gran riqueza; era una especie de gabinete-tocador.

La condesa habia llevado consigo la luz que habia sobre la repisa de la chimenea y que era una lamparilla de mano.

Aquella luz no bastaba para esclarecer completamente el gabinete donde habian entrado, pero á pesar de esto se podia ver que como hemos dicho era riquísimo, y estaba amueblado con un gusto perfecto.

Un grande espejo al frente con una mesa de mosaico cargada de vasos y botes de plata, de cristal y de oro con esencias y perfumes, constituian lo que podia propiamente llamarse el tocador.

A los dos lados de esta mesa y formando un ángulo con ella, habia dos grandes espejos de pié, y otros dos del mismo género en los ángulos correspondientes á la entrada del gabinete; entre estos espejos habia de un lado un balcon cerrado cubierto por un gran tapiz; al otro lado un grande armario de ébano ricamente entallado; una

gruesa alfombra cubria el pavimento; del techo de madera labrada y dorada, pendia una lámpara de cristal; en las paredes habia cuadros mitológicos de muy buena ejecucion.

Aquello era bellissimo.

Dejemos alli á las dos señoras, porque el órden de nuestra relacion nos lleva á otra parte.

CAPITULO VI.

Del arbitrio de que se valió Quevedo para tener una audiencia del señor rey don Felipe IV.

I.

Don Lope atravesó á gran paso las calles desde Puerta de Moros al alcázar.

Durante el trayecto habia traído consigo un soliloquio incoherente.

—Es hermosa, pura, sí, eso no se puede dudar; pero sin embargo esta aventura, aquellas cuchilladas... despacio, despacio, capitán Ponferrada, no vayais despues de haber resistido á tantas culebras astutas á dar de bruces en otra más astuta aun; toda esta pureza que aparece en esa jóven, puede ser un accidente de su hermosura; hélas conocido yo que parecian unas santas cuando se las miraba, y despues de tratadas se convertian en demonios; sea como quiera, la aventura ha sido extraña y no muy favorable á la reputacion de esa señora; por sí, ó por no, en buenas manos la he dejado; mi excelente tia, ya se vé, como no soy á estas horas canónigo ó arzobispo segun ella se habia propuesto... si yo no tenia vocacion para la Iglesia, ¿á qué hacerme mal clérigo cuando podia ser, y lo soy, un buen soldado? Nada, nada, he hecho bien, y si mi buena tia no me perdona nunca el haber hecho mi voluntad, sin su perdon me pasará y no me dolerá por esto la cabeza, ni me sabrá mal lo que coma. Adelante; y pienso que su magestad estará dado

ahora mismo á los diablos por mi falta. Y bien, ¿qué le hemos de hacer? ¿por qué no busca su magestad otro hombre que le resguarde? ya me vá dando á mí esto fastidio; me parece que hay casos en que un caballero no puede servir ni al mismo rey, sin dejar de ser caballero; porque, vamos claros, capitán Ponferrada, tú no eres completamente inocente, tú te has encargado de tener limpia la calle de la María Calderon, y cada noche te ves obligado á dar un par de palizas si no un par de cuchilladas. ¿Por quién hago yo esto? ¿Por mí? no, por el conde-duque... ya, sí, pero el conde-duque me ha prometido un título de Castilla. ¡Qué diablo de escrúpulos estos! ¡Si cada uno de los hombres que existen hoy en la corte es un picaro! ¿Qué se me dá á mí servir al rey á testarazos en campaña, ó servirle á testarazos en paz? Esto de que su magestad no ha de salir á la calle si no me lleva pegado á su capa, esto me honra. Se cree tan seguro llevándome tras sí, como si fuera en medio de la guardia Española; pero ya me fatigo, y además que me voy enamorando de esa loca de Calderona, y creo, Dios me perdone, que en vez de enamorarse del rey, se vá enamorando de mí. Esto puede ser un tanto comprometido; pero bah, bah, sea lo que le diere la gana; nunca he reparado yo en el precio de las cosas, ni he mirado cuando he ido á entrar en alguna parte, si podía salir de ella; continuemos siendo lo que hemos sido.

Y hablando de esta manera el capitán, llegó al postigo de los Infantes, y llamó.

Abriéronle al momento.

—¿Ha venido Estebanillo? preguntó á un viejo portero, que era el que habia abierto el postigo.

—Sí, señor, hace más de una hora que está ahí.

—¿Y su excelencia, está aun en el alcázar?

—Debe estar, porque no le he visto salir, contestó el portero.

—Buenas noches, dijo don Lope.

Y pasó.

Subió por la misma escalera que Estebanillo, atravesó las mismas galerías, se metió en la saleta, y despues en la antecámara sin que nadie le estorbase el paso; entrando por la puertecilla que ya conocemos, y salvando los sesenta peldaños que conducen á la cámara particular del conde-duque, se entró en ella.

Estaba esperando aún el ayuda de cámara del conde-duque de Olivares, Juan Perez.

El conde-duque no habia vuelto aún.

II.

Disgustóle á don Lope el encontrar allí á un servidor subalterno.

—¿Y su excelencia? dijo por decir algo.

—Su excelencia debe estar con su magestad, contestó Juan Perez, y por cierto que debe estar de muy mal humor.

Don Lope no contestó á esta insolente observacion del ayuda de cámara, sino que dando vuelta á la mesa, arrastró un sillón hácia la chimenea, para tender en él su capa que estaba demasiado mojada, y sentado en otro sillón, se puso á enjugar su sombrero como si hubiera estado en su casa.

El señor Juan Perez puso el rostro más avinagrado del mundo.

No se atrevia á hacer otro tanto de lo que habia hecho el capitán en una estancia de su excelencia.

Y sin embargo, Juan Perez se creia tanto como el primero, simplemente porque era ayuda de cámara del Secretario de Estado y del Despacho Universal del señor rey don Felipe, su excelencia el conde-duque de Olivares.

Don Lope parecia hacer caso omiso de Juan Perez.

Este iba palideciendo más y más, señal clara de que su bilis se iba exaltando, y como no hay nada que dé más atrevimiento que la bilis, dijo:

—¡Qué buen humor tiene hoy su excelencia!

Don Lope no contestó.

—¡Y qué buen humor debe tener tambien su magestad! insistió Juan Perez.

Continuó el mismo silencio por parte de don Lope, que seguia dando vueltas en sus manos á su sombrero que humeaba.

—Me parece, dijo Juan Perez ya perdida toda la prudencia, que os está hablando un cristiano, y que si vos sois caballero, yo soy hidalgo, y de los buenos de la montaña.

Volvióse don Lope, miró fijamente al ayuda de cámara, y le dijo:

—No os he contestado antes, porque en esta cámara no hay ventana, ni más que ese ventanillo, y está muy alto, y por donde no cabeis, que á haber ventana no habriais esperado mucho tiempo la respuesta.

Y volvió á su ocupacion de enjugar el sombrero.

—Paréceme á mí, dijo Juan Perez, que eso de tirarme por una ventana se dice con facilidad, pero no se hace.

El capitan don Lope continuó en silencio, como si no hubiera hablado con él.

—De modo que si yo dijera á su excelencia, que anoche estábais en la huerta del Gato, á pesar de que no hacía muy buena noche, con cierta dama...

Continuó el silencio del capitan.

—Y si le digo que esa dama era una dama de comedias...

El capitan continuó callando.

—Y si añado que esa dama se llama María Calderona...

—¿Y si yo os salto un ojo? contestó tranquilamente don Lope.

—¡Bah! eso es lo mismo que lo de la ventana.

—Mirad, Juan Perez, idos enhoramala, que no quiero daros la honra de hablar con vos, ¿lo entendéis? y esto que hablo, es para que pongais punto en boca; y si no os digo que os vayais, es porque no estoy en mi casa; y si no me voy yo por no alternar con vos ni siquiera partiendo el aire de una habitacion, es porque me importa secar este sombrero. Por lo demás, el que digais á su excelencia y que su excelencia se lo diga á su magestad, que anoche estuve con la Calderona, ó no con la Calderona, me importa tres pitos: esto será cuestion de que yo diga á mi buen Silvestre, al soldado viejo que conoceis, que os trille tres ó cuatro veces hasta que se os pueda vender en la alhóndiga como trigo. Y no me provoquéis más.

En aquel momento se abrió la puerta secreta, y apareció el conde-duque.

Miró profundamente á Juan Perez, y le dijo:

—Otra vez no te mandaré esperar en mi despacho: así excusáremos atrevimientos y necedades tuyas. Vete, y espera abajo.

Juan Perez salió temblando.

Indudablemente el conde-duque habia oido sus últimas palabras, palabras que eran demasiado graves.

Salió.

El conde-duque cerró la puerta.

El capitan don Lope volvió la cabeza sin levantarse, extendió la mano izquierda hácia el conde-duque que se acercaba, manteniendo en la derecha el sombrero á la accion del calor, y el conde-duque asió aquella mano y la estrechó.

—Buen remojó me habeis hecho pasar, don Gaspar, dijo don Lope.

—Buena espera y buena impaciencia habeis hecho pasar á su magestad, contestó don Gaspar de Guzman.

—¿Qué quereis, amigo mio, si me ha pasado una aventura?

—Y ¿qué aventura, si gustais, don Lope?

—¡Diablo! una aventura increible. Figuraos que á la hora convenida salí de mi casa: diluviaba. ¡Bueno! Adelante: algo hay que hacer por la fortuna, y no se hace asi estando muy reposado y muy sin trabajos. ¡Adelante, venga agua! Llegué á las Vistillas, miré la torre, vi que oscurecia la luz en ese ventanillo, bajé, llegué á la iglesia de Santa Maria, se acercó Estebanillo, vi cruzar una sombra blanca sobrehumana, y detras dos hombres, los seguí, maté á uno, corrió el otro, y me llevé la dama á casa de mi tia la condesa de Santurces.

—¿Conque habeis recogido una dama perdida? dijo el conde-duque poniéndose pálido.

—Sí, don Gaspar, una dama que huia de su casa.

—Habian resonado cuchilladas en la calle del Factor, ¿no es verdad?

—Sí, amigo mio, sí; pero, ¿quién os lo ha dicho?

—Estebanillo, que ha venido todo aturdido. Mandé subir á mi ayuda de cámara Juan Perez para enviarle á ver lo que habia sucedido, cuando oí indudablemente dos palmadas, cuyo sonido llegó á mí á través de la escalera secreta: era que el rey se impacientaba.

—Pues bien, como supongo que el rey se habrá disgustado por esta noche, porque su magestad no tiene firmeza para nada, y si espera se cansa y el cansancio le hace cambiar de propósito...

—Por el contrario, amigo mio, por el contrario; el rey quiere ir esta noche de aventura.

—Pues, don Gaspar, la tal niña está muy rebelde: dice que no le gusta el rey.

—¿Eso dice María?

—Porque dice que le gusta otro hombre.

Se puso pálido el conde-duque.

Don Lope lo notó y dijo:

—No, no sois vos el hombre que gusta á María más que el rey.

—Pues ¿quién es?

—Yo.

—¿Vos, don Lope? ¿Y os habeis atrevido?

—¡Vaya si me he atrevido! Anoche estuve cuatro horas en la huerta del Gato, cenando mano á mano con María. Por cierto que

me tenia frita la sangre, porque junto al plato tenia un papel de una comedia de Lope, y mientras hablaba, mientras comia y me decia una terneza y yo otra á ella, siempre dále que dále al papel.

—No ama otra cosa más que la escena.

—Esó me decia anoche: —El teatro y vos, me teneis perdido el seso.

—No seais loco, don Lope, no seais loco: mirad que el rey ha contraido una verdadera pasion por esa mujer.

—Pero esa mujer es una singularidad; yo no la comprendo bien. ¿Greeis que he obtenido algun favor suyo? ¡Cá, ni por asomo! Le gusta hablar conmigo, le gusta estar sola conmigo, dice que me ama, pero que me ama con el alma, que los amores soñados son los que embriagan. En fin, su magestad podrá estar loco, vos tambien, y yo creo que no tengo la cabeza tal como la tenia antes de conocerla.

—Pues el rey quiere ir á darla música.

—Pues entonces su magestad vá á ver lo que son cuchilladas á oscuras.

—¿Cómo que cuchilladas?

—Como que cuchilladas; como que hay un individuo con el cual no puedo ni él puede conmigo, que se viene á rondar la casa de la Calderona.

—¡Cómo! ¡qué! ¿un individuo con el cual no podeis?

—Digo, á menos que yo no me olvide de lo que soy, y eche mano á un pedreñal y le suelte un tiro: eso seria un asesinato, y yo no asesino: yo mato un hombre frente á frente y con peligro, y ni me acuerdo á los dos minutos de lo que he hecho; pero una cosa es matar en riña y otra matar sobre seguro.

—¿Pues no sois la primera espada de España?

—¿Qué quereis? Soy la primer espada de España ¡en buen hora! y aun me satisfaria con que dijéseis la segunda; porque la primera espada de España, por más que Quevedo sea vuestro enemigo, es don Francisco de Quevedo.

—¡Ah! ¿y es don Francisco de Quevedo el que ronda por la calle de la Calderona, y con el cual andais á estocadas todas las noches?

—Poco á poco, don Gaspar; yo no tiraria de la espada contra mi amigo don Francisco de Quevedo.

—¿A pesar de que es mi enemigo?

—La culpa es vuestra: le irritais, no sabeis tratarle, quereis que se os rinda, y don Francisco de Quevedo es demasiado altivo para rendirse á nadie.

—Pero ¿quién es ese con el cual no podeis ni él puede con vos?

—¡Oh! ¡si supiera yo quién era!...

—Contadme, contadme.

—Figuraos que hace quince dias, es decir quince noches, mandé yo á dar música á María. Pues bien, cuando yo estaba perfectamente en temple, cuando me agradaba á mí mismo el romance que cantaba, he aquí que detrás de una esquina aparece un bulto y me dice:

—Señor hidalgo, dejad la vihuela y poned mano á los hierros, ó ¡vive Dios! llevais una vuelta de cintarazos que no la olvidais en toda vuestra vida.

Ya sabeis que se necesita mucho ménos para que yo conteste atentamente á la persona que me hable.

Arrimé la guitarra á la pared, tiré de la espada y me fui hácia el bulto con la sana intencion de darle una paliza como mia. Pero hé aquí que me encuentro con un hombre que paraba y reparaba de una manera admirable.

—¿Y no os hirió?

—No, amigo don Gaspar, porque yo paraba y reparaba de la misma manera.

—Esto es increíble: por iguales que sean dos espadas, alguno saca ventaja, alguno se cansa el primero.

—Pues nada de eso, amigo mio, increíble. Ni él me mete á mí una punta, ni yo á él. Tajo que le tiro, parado: tajo que me tira á mí, parado; nos rendimos y propusimos mutuamente una tregua.

—Hasta mañana, me dijo mi hombre.

—Hasta mañana, le respondí yo.

Y él envainó su espada y se fué por un lado, y yo la mia y me fui por otro.

—¿Estais seguro, amigo don Lope, de que ese hombre no es don Francisco de Quevedo?

—Segurísimo, como que me habló.

—¿No sabeis que don Francisco de Quevedo tiene la voz que quiere tener?

—¡Cómo!

—¿Cómo crecis que escapó de Venecia cuando la conspiracion de Osuna?

—Dicen que hablando el dialecto veneciano.

—Y cambiando el tono y el acento de su voz. Don Francisco donde quiera que va es muy conocido, y su voz áspera, campanuda,

imperativa cuando habla naturalmente no puede confundirse con otra.

—Me habeis dejado pensativo, don Gaspar; pero os juro que como esta noche se nos venga encima le conoceré.

—Es muy fácil, debeis conocerle por las piernas.

—Lleva muy larga la capa. Las noches han sido oscuras.

—Veamos, dijo el conde-duque, ¿ha reñido á pié firme?

—¡Ah! exclamó don Lope, es verdad; Quevedo, por la configuración de sus piernas mantiene siempre la guardia, no se retira, no cambia, teneis razon; lo mismo ha hecho el bulto.

—Pues es Quevedo.

—¿Y qué interés puede tener Quevedo en rondar á la Calderona?

—Y ¡quién sabe! Puede haber averiguado, ó adivinado, ú oído que el rey tiene empeño por ella.

—Pues eso lo hemos de ver muy pronto. Ya he enjugado mi capa y mi sombrero y podemos irnos á casa de María.

—Pero ¿no oís que quiere venir su magestad y que yo no he subido á otra cosa sino á saber si habíais venido ya?

—Pues bien, no importa, á no ser que Quevedo ó quien sea no parezca al ver que no estoy solo.

—Sabed que lo que más le gusta á don Francisco, es acometer á muchos hombres juntos y más en una calle estrecha en donde no le puedan tomar las espaldas. Pero en fin, ya veremos lo que sucede: su magestad está esperando, y voy para que no espere más. Bajad, don Lope, y esperad junto al postigo de los Infantes.

—¿Y la aventura de la calle del Factor?

—Ya enviareis allá á Juan Perez para que se informe. Id, amigo mio, id.

II.

Don Lope salió al mismo tiempo que el conde-duque abría la puerta secreta.

Todo lo que hemos dicho acerca del capitán Ponferrada, indica que era una gran persona. De otro modo, no le hubiera tratado con tanta lisura el soberbio conde-duque de Olivares.

Así se explica que se sentase como en su casa en el despacho privado del conde-duque, extendiese su capa en el respaldo del sillón para que se secase, y se pusiese á secar su sombrero.

El capitán desanduvo el mismo camino que había andado, y se detuvo junto al postigo.

Notó que allí había algunos hombres replegados en un ángulo.

—Esos deben ser los músicos, dijo don Lope; esperemos.

Algunos minutos despues, bajaron el conde-duque y otra persona completamente envuelta en una capa.

El conde-duque mandó abrir el postigo y el portero abrió y miró profundamente al bulto embozado.

Salió este con el duque y trás él don Lope.

Los hombres que estaban replegados en el ángulo, y que llegaban á seis, salieron detrás.

III.

Se estaba poniendo la luna, y las calles estaban casi sumergidas en las tinieblas.

En aquellos tiempos no había en Madrid ni alumbrado público, ni serenos.

Solo de trecho en trecho se encontraba la luz de una imágen puesta en un nicho ó en el pórtico de una iglesia de convento, ó de una parroquia, ó en alguna capilla.

El conde-duque, el embozado que le acompañaba, don Lope detrás, y detrás los seis hombres, atravesaron el laberinto de callejas de las manzanas que ocupaban lo que hoy se llama Plaza de Oriente; llegaron á la calle del Arenal, continuaron por la Puerta del Sol y se metieron por la Carrera de San Gerónimo, que era entonces mucho más estrecha, casi una callejuela, y que si se llamaba Carrera, consistía en que desde allí se iba directamente al Monasterio de San Gerónimo del Prado.

Recorrieron toda la Carrera, y habiendo atravesado el Prado de San Gerónimo, se detuvieron en la desembocadura de una de las callejuelas, de una especie de barrio que había delante de lo que hoy constituye el Buen Retiro, y que entonces era una magnífica posesion de recreo del conde-duque de Olivares.

Al fin de la desembocadura de la Carrera de San Gerónimo, había una pequeña casa, aislada, que hacía esquina á la callejuela, junto á la cual se habían detenido el conde-duque y el embozado.

Por el lado de la calleja, por la parte que correspondía al Prado, corría una tapia sobre la cual descollaban los árboles deshojados de un extenso jardin.

El lugar era ameno y extenso por la parte del frente de la casa, porque era el Prado.

En cambio la callejuela era estrechísima é interrumpida de trecho en trecho por arcos que ponian en comunicacion las casas de una acera con las de la otra.

El conde-duque se dirigió á los seis hombres que venian detrás y que se habian detenido, y les dijo:

—Templad vuestros instrumentos y preparaos á tañer. Si sobreviene alguien, instrumento debajo del brazo y espada en mano, ¿lo entendeis?

—Sí, excelentísimo señor, dijo uno de los hombres.

IV.

A poco los músicos empezaron á templar las vihuelas, á alguna distancia de la casa por la parte del Prado.

El conde-duque y los músicos que con él iban, se habian puesto junto á la puerta de la casa.

Don Lope que tenia curiosidad de ver si aquella noche sobrevenia el embozado de las noches anteriores, se metió un tanto en la callejuela.

Despues de haber templado los instrumentos, una voz muy buena y muy extensa, cantó un romance de amor.

Estando en esto, don Lope oyó de la parte interior de la callejuela un siseo.

Se volvió, y vió á alguna distancia el bulto de las noches anteriores.

—Que me place, dijo don Lope adelantando hácia el bulto.

—¿Conque esta noche habeis venido acompañado? le dijo el bulto con acento breve y ácre. ¿Conque no podemos divertirnos como de costumbre esta noche? Siéntolo, vive Dios, porque la broma puede aguararse, ó mejor dicho, enrojecerse; á sangre huele; os estimo, don Lope, hacedme la merced de salir de esta callejuela y perdederos, que ya podreis inventar disculpa bastante para que á mal no se tome vuestra ida.

—¿Eh, qué decís, amigo? contestó don Lope; si otras veces he estado solo y no me ido, ¿cómo quereis que me vaya esta noche que estoy acompañado?

—Pues porque yo quiero hacer correr á los que os acompañan, porque me conviene mucho y conviene mucho más á quien yo me sé, os suplico, don Lope, que no me obligueis á tomaros por estorbo y quitaros de mi paso.

—Una palabra, dijo don Lope. ¿Me hacéis el favor de enseñarme vuestras piernas?

—¿Zapatero sois, hermano, ó curador de callos y de juanetes? contestó el bullo.

—¿Juanetudo sois? pues heos cojido; yo no riño con vos, don Francisco.

—Mal hacéis en decir nombres propios en calleja estrecha y á vuelta de esquina en que anda gente, pero puesto que don Francisco habeisme llamado, y que don Francisco soy, y que por amigo os tengo, y que por teneros por mi amigo no os he hecho sentir hasta qué punto alcanza mi mano, y por donde meto yó la hoja de mi espada, sin que haya quien la vuelva, os ruego me dejéis el paso; porque me importa hablar con ese señor rey, á quien no se puede hablar si no se atropella al conde-duque; y atropellado le hubiera ya, si para atropellarle no tuviera que embestir con la guardia tudesca ó italiana, y con toda la canalla del alcázar; que para echarle la vista encima á su excelencia, es menester convertirse en huron y perder la paciencia.

—Y decidme, don Francisco, ya que os ñabeis desembozado conmigo, ¿por qué diablo venis á rondar á la Calderona?

—No rondo á la Calderona, rondo al rey; y como el rey habia de venir alguna vez á rondar á la Calderona, por eso he venido yo tantas noches á rondar á esa señora, para ver si alguna de ellas podia rondar al rey.

—¿Decidme, don Francisco, quereis aclararme una duda?

—Mucha conversacion gastaís; pero no importa, porque trazas tiene su magestad de hacer vomitar á esos músicos un madrigal, despues un romance, y despues del romance, ¡qué se yo! las entrañas, si no tienen otra cosa que vomitar los pobres músicos; venga pues lo que tuviéreis que decirme.

—¿Habeis reñido de burlas conmigo las noches anteriores?

—No me he burlado de vos, pero os he entretenido. De modo que si no hubiérais sido mi amigo, no os hubiera matado porque no me gustan los cargos de conciencia, pero os hubiera adobado.

—¿Cierto?

—Cierto que sí.

—Pues don Francisco, es para mi la de esta noche una negra aventura.

—Echadla en jabon para que se aclare.

—¿En jabon?

—Sí por cierto, el jabon es escurridizo, y si os untais de jabon los zapatos y os dejais ir por la callejuela adelante, la aventura no será negra.

—¿Me proponeis que me deshonne?

—No, sino que tengais juicio.

—Don Francisco, de aqui no me meneo ni os dejo pasar.

—Don Lope, mirad que yo me olvido de los amigos en el momento en que los amigos me estorban, y los trato más duro que á los enemigos.

—Bah, eso lo decis por decir, don Francisco, y os advierto, que yo tambien dejo de considerar á un hombre mi amigo, desde el momento en que me amenaza.

—Yo no os amenazo, os advierto.

—Hay advertencias que ofenden.

—Pues tomadlo como querais, que yo no doy satisfacciones á nadie más que á Dios, y aun así cuando es necesario, porque no me gusta importunar ni aun á su divina magestad.

—Don Francisco, libradme de este compromiso, idos.

—Idos vos para que entrambos nos libremos de él.

—No puede ser.

—Pues yo necesito dar una paliza al conde-duque, y ahuyentar á esos músicos.

—Pues para eso será necesario que paseis por encima de mi.

—¿Estais decidido, don Lope?

—Completamente decidido.

—Ea pues, veámoslo; vos teneis la culpa, no me culpeis, ni me pongais mal gesto cuando os cureis.

Y tirando Quevedo de la espada, se fué recto á don Lope y le dió por más que se reparó este, una estocada en el hombro derecho haciéndole vacilar.

—Vive Dios, exclamó don Lope, que me habeis pinchado y de firme.

—Pero no de muerte, convenceos, y dejadme el paso.

—No será sin que me mateis.

—No os mataré y pasaré.

Y á seguida Quevedo tiró un corte á una pierna de don Lope, y ganando despues el terreno pasó.

Don Lope estaba vencido, aunque levemente herido.

Quevedo en aquella ocasion más que esgrimidor habia sido cirujano; habia herido al jóven lo únicamente necesario por el momento; habia sido un enemigo amigo.

V.

Estaban los músicos cantando á poca distancia de la desembocadura de la calle, y no se enteraron de la riña, porque de tal manera se habia batido Quevedo, que habia huido el hierro y las espadas no habian chocado; por consecuencia ningun ruido habia avisado á la música.

El primer aviso que tuvieron, fué una lluvia de cintarazos que les metió Quevedo: echaron mano á las espadas, porque eran gente brava; pero en cinco minutos dos vinieron al suelo, otros dos se encontraron demasiado castigados y los otros corrieron.

El conde-duque al ver aquella bataola, se habia puesto en marcha con el rey y á buen paso hácia la Carrera de San Gerónimo.

Quevedo no podia correr por causa de la configuracion de las piernas, pero lo que le faltaba de ligereza, le sobraba de fuerza de voz.

—¡Eh! señor, señor, exclamó; un necesitado os pide audiencia, y para pedirlosa, ha tenido necesidad de aporrearos la música; ved, señor, que la necesidad aprieta, que no es cristiano dejar sin socorro á los que os piden limosna.

Conoció el rey á don Francisco de Quevedo, volviéndole el alma al cuerpo; porque la verdad era, que de tal manera se habia tirado sobre los músicos Quevedo, que el rey sin conocerle creyó que podia ser muy bien le alcanzase á él alguna parte: detúvose y dijo al conde-duque:

—Esperemos, que vive Dios, que creia que era otra cosa; ya me pensaba yo que eran cosas de Quevedo.

—Rebeldias intolerables, señor, exclamó el conde-duque.

—¡Eh! ¿qué decís de rebeldias, don Gaspar de Guzman? dijo Quevedo, que al acercarse habia oido las últimas palabras del conde-duque. Con la vénia de su magestad, no podeis hablar vos de rebeldias, porque de traicion en traicion, de picardía en picardía, habeis llegado al puesto que ocupais, siempre con la vénia de su magestad.

—Explicaos bien, don Francisco, explicaos bien y dejad vuestro doble sentido; no parece, cuando decís que de picardía en picardía y con mi vénia ha subido el conde-duque al puesto que ocupa, sino que suponeis que yo os permito digais tales cosas.

—De todo hay, de todo hay; sin la vénia de vuestra magestad, ¿me atreveria yo á decir lo que digo, ni el señor conde-duque esta-

ríase donde está sin la vènia que vuestra magestad le ha concedido siempre?

—Reparad, don Francisco, que este no es lugar, ni hora de hablar á su magestad, dijo el conde-duque.

—Cojo á su magestad donde puedo, dijo Quevedo; me agarro á la ocasion por el cabello, puesto que tan guardada se me tiene á su magestad que no puedo llegar á él ni con una escopeta.

—¿Y qué quereis, don Francisco?

—Quiero que me escuche vuestra magestad y que se deje escoltar por mí hasta el alcázar, que ¡vive Dios! algo mejor escolta soy yo que el conde-duque; que si no fuera por el respeto que vuestra magestad me inspira, yo aseguro que no estaría delante de mí el señor don Gaspar de Guzman más tiempo que el que yo necesitare para echar al aire estos hierros que siempre son mis amigos y siempre me sacan de apuros.

—Vos estais desesperado, don Francisco, y no sabeis lo que os decis.

—Desde que murió mi señor el gran duque de Osuna, ni sé lo que hago, ni lo que veo, ni por donde ando; miserias repugnantes encuentro por todas partes, la traicion royendo el trono, el cohecho y la infamia en el gobierno.

El conde-duque sudaba.

El rey no sudaba ménos, viéndose obligado á escuchar las insolentes verdades del inalterable Quevedo.

—Por no callar á Lerma, estuve en San Márcos de Leon aburrido no sé cuanto tiempo, continuó Quevedo; por no callar, he pasado más tribulaciones que los malos navegantes que se meten en mares desconocidos; y por no callar, estoy seguro que acabaré de mala manera; pero ¿qué quiere vuestra magestad, señor? Dios ha dado la lengua al hombre para que diga la verdad, y la verdad es santa y no debe ocultarse ni ante los reyes ni ante Dios, si fuera posible que á Dios se ocultara la verdad. Y tan mal tratado me veo por vuestros favoritos, tan desesperado estoy y tan á punto de cualquier cosa, que á este extremo me he visto reducido para que escuche vuestra magestad, no solo lo que á mí me conviene, sino lo que le conviene á vuestra magestad, y no solo á vuestra magestad sino á vuestro reino, que conviniéndole á vuestro reino conviene también á vuestra magestad.

VI.

El rey no contestó.

No sabia qué contestar; estaba inmutado porque le habian cortado la música, y vivamente contrariado porque Quevedo le habia cojido en aquel renuncio.

A Felipe IV le habian acostumbrado desde muy jóven á los galanteos y á las aventuras amorosas, alternativamente segun que cada uno de ellos habia sido puesto al lado del principe por el buen Felipe III, el conde de Lemos y el conde de Olivares, que no se llamó conde-duque hasta que llegó al colmo de su ambicion siendo ministro universal de Felipe IV, su caballerizo mayor, y capitan general de su guardia.

Pero aunque Felipe IV fuese dado á los galanteos y á las aventuras hasta tal punto, que por la tradicion que de sus costumbres ha quedado, no hay rey que más usado haya sido para enredos de comedias, ni del cual se cuenten anécdotas más originales, tenia un grande empeño en pasar por grande y por grave, puesto que á sus aventuras iba de noche en altas horas con antifaz, acompañado del conde-duque, y resguardado por gentes de pelo en pecho que el conde-duque tenia á su servicio, y que si conocian que era el rey el embozado á quien su señor acompañaba, se guardaban muy bien de decirlo.

Felipe IV creia pues envueltas en un profundo misterio sus aventuras, y no pudo ménos de contrariarle y aun de desesperarle el que don Francisco de Quevedo á quien el conde-duque cerraha tenazmente la puerta de las audiencias del rey, le hubiese cazado de tal modo, y aporreándole sus músicos y sus guardias que lo eran todo á un tiempo, se hubiese venido á pedirle audiencia en medio del prado de San Gerónimo á las dos de la madrugada.

VII.

En cuanto al conde-duque, tenia sus puntas y ribetes de miedo, porque no era el valor la virtud más notable de su excelencia, y desesperábase el ver hasta qué punto llegaba la desesperada audacia de aquel rarísimo ingenio, de aquel hombre terrible que despedia de sí sátiras y estocadas, que iban á dar en medio de la reputacion ó del corazon de aquel á quien las asestaba; de aquel hombre

extraordinario cuya entereza no rendian las largas prisiones, las persecuciones más encarnizadas.

De aquel terrible enemigo que combatia de frente y á pié firme, provocando el peligro como si su vigorosa organizacion hubiera necesitado para alimentarse de una eterna lucha con todo género de contrariedades.

VIII.

—En verdad, en verdad, dijo el conde-duque con voz insegura, porque para él en aquellos momentos don Francisco era un salteador temible, que no se comprende tal desacato como el que cometeis, en hombre tan docto como vos, en palacio criado y con gran experiencia de lo que los vasallos deben á su rey y señor natural.

—Y desgraciadamente con más experiencia de lo que deben los reyes y señores naturales á vasallos tales como yo, que criados en su servicio y en su servicio asendereados y mal trechos y por ellos gastados y aun malgastados, llegan á un dia en que si quieren gastar no tienen cosa que para gastarse sirva fuera de la paciencia que en estos tales suele ser tan larga, que por más que de ella se gaste y se regaste siempre queda: y con más, que al pordiosero que pide se le dice, perdone por Dios en caridad, hermano, mientras á quien cual yo con tanta urgencia y en tanto aprieto pide, que tal vez lo hace con voz desfallecida porque trae el almuerzo de visperas, ni aun la caridad de la palabra se le concede, y vase el triste con el sombrero en la mano tirando de sus andrajos, detras de su señor que se le escapa.

IX.

Y así era en efecto.

El rey y el conde-duque iban anda que te anda, y Quevedo detrás, sombrero en mano puesto como para recibir á lo pobre y siguiendo con fatiga á causa de la mala configuracion de sus piernas á los que de él huian.

Detúvose el rey, cuando don Francisco hubo pronunciado sus últimas palabras.

—Lo que se os deba, se os pagará, dijo con la altisonancia de que se armaba cuando queria ser grande; llevad la cuenta mañana al alcázar.

—Siempre que no sea para dar en contadores, ni en secretarios, ni en favoritos, iréme yo con el corazon abierto á ponerme á los piés de vuestra magestad, para que en mis cuitas ponga los oidos y la benevolencia y la caridad de su justicia; mas si no he de ver á vuestra magestad porque delante se pongan mis enemigos, por en audiencia con vuestra magestad me doy y empiezo; que para oir á un menesteroso de justicia y un tísico de bolsa, todo, señor, es alcázar, y á fê á fê que no hay alcázar tan magnífico como aquel que tiene por bóveda el cielo.

—Basta, basta, se apresuró á decir el rey; mañana os recibiré en audiencia.

—No permita Dios que yo dude de la real palabra de tan cristiano y tan noble rey, pero bien pudiera ser que de hoy á mañana mis piés ya bastante torpes se encontrasen aun más entorpecidos por cadenas, y mal que les pesase no pudiesen acercarse á los reales vuestros; que tan acostumbrado estoy á que se me prenda de relámpago al ruido de tormenta improvisa que ennegreció el poco antes limpio azul del firmamento de mi esperanza, que nada me extrañaría se hiciese conmigo violencia y traspapelo, y tal, que el amigo que quisiese dar conmigo tuviese que valerse de sabuesos para encontrarme: así es que, señor, os pido vuestro seguro real de que nadie será osado á empacharme el que en vuestra cámara os vea y á mi placer os hable; ó de no, allá vá el alegato de mis desdichas en busca de providencia que de desdichas me saque.

—Basta, basta, don Francisco, contestó el rey; ya os hago merced en perdonaros de buen talante el descomedimiento con barruntos de traidor desacato, que os ha hecho cometer la desesperacion de vuestra pobreza y de vuestros trabajos, y os empeño mi palabra real de que mañana os oiré en justicia: guárdeos Dios y no deis un paso más para seguirme. En cuanto á lo de que guardéis secreto acerca de lo que habeis visto, me excuso de ordenároslo porque ya vuestra propia discrecion os lo habrá ordenado.

Y sin decir más palabra, el rey tiró para adelante llevándose á remolque, como quien dice, y turbado y asustado con la sola idea de que don Francisco de Quevedo iba á hablar largamente con el rey y no podia impedirlo, al conde-duque.

Quevedo se quedó inmóvil en el puesto en que le habian dejado el rey y el conde-duque, mordiéndose las yemas de los dedos, señal clara de que no estaba muy seguro de la situacion.

—Fiar en un rey, y en un rey como el señor rey don Felipe, que

tiene pegado á sí á un favorito tal como el conde-duque, que mal rayo parta, viene á ser lo propio que fiar en mujer liviana, que no tiene más razon que la del postrero que la habla: ¡poder de Dios! ¡y que esto me pase á mí que he tenido entre las manos tan grandes cosas, y tal vez acaso la paz del mundo, por necio y alentado en mi fortuna que siempre se me ha mostrado madrastra, malcriada y antojadiza! pero del suelo, por caído que esté, nadie pasa; y tanto me dá que con prision me maltraten, como ser maltratado por la miseria: á estados viene el hombre que ni aun soñado creyera posible le afligiesen, y cuando la casa se hunde y no hay medio de salir de ella, no hay más que asegurar el buen ingenio para conocer el sitio donde aunque la casa se hunda, porque alguna viga se atravesase quede algun espacio en donde se respire: ¿y cuál es aquí la viga maestra debajo de la cual podemos repararnos? ¡la pobrecilla de la María Calderon! ¡pobre hija de la desgracia, arrojada como por ballesta al teatro! esto es, al albañal donde todo lo que cae se pudre; y pensar que sin los grandes sucesos que han revuelto á esta monarquía y que han levantado el cadalso tal vez para quien lo merecia ménos, esa pobre hija del amor oculto, en vez de vestirse de reina de farsa, sería casi una reina de veras... la continúa metamorfosis por la cual has pasado tú tantas veces, don Francisco... Pero se me hinchan los piés, se me arde la cabeza, me late el corazon como un martinete, y allá me he dejado un excelente jóven alicortado, por ser un tonto que sirve á quien de seguro ni aun se acuerda en este momento de él: vamos, vamos allá, amigo; cristiano eres, caridad tienes, bien nacido fuiste, de tu cuna no te has hecho indigno, y como honrado debes reparar en lo que pudieres el daño que has hecho sin poder evitarlo.

Y don Francisco se aseguró el sombrero en las anchas sienes, porque el viento era fuerte, se arregló la capa, giró en el sentido del viento para poder embozarse, y tiró hácia la callejuela donde habia reñido con don Lope.

CAPITULO VII.

María Calderon, vulgo la Calderona.

I.

Penetremos en la casa, cerca de la cual han acontecido los sucesos anteriores.

Hay un pequeño zaguan embaldosado de ladrillo, blanqueadas las paredes, con techo de bovedillas, cuyas viguetas están pintadas de un color de castaña oscuro, con perfiles rojos.

A la derecha de la entrada, hay en un marco azul y oro, un cuadro que representa con bastante buena ejecucion una imágen de Nuestra Señora de las Misericordias.

Debajo del cuadro hay un pescante de hierro terminado en una palometa, y puesto en esta palometa hay un vaso de lámpara, en el cual arde perennemente una luz.

Perpendicularmente debajo de la imágen, á una altura como de dos varas del suelo, hay un cepillo, y sobre él, en medio punto esta inscripcion pintada imitando los tipos de imprenta entonces usuales, que dice:

«Limosna para sufragios por las almas de los cómicos difuntos de la compañía del rey.»

Y dentro de este medio punto, esta otra inscripcion:

«Lo pide María Calderon.»

II.

Después de este pequeño zaguan, había un pequeño patio rodeado de un estrecho cenador, y en el centro del patio muchos tiestos con flores perfectamente cuidados.

Por la noche, aquellos tiestos estaban cubiertos de esteras, primer invernáculo inmemorial de las flores contra las heladas.

A la izquierda había una escalera de mediana anchura, partida en dos tramos: allí empezaba verdaderamente el lujo de la casa.

Los peldaños de las escaleras estaban cubiertos por una rica alfombra, y las paredes pintadas al temple con bellos adornos del Renacimiento.

En el descanso ó meseta que partía los dos tramos, se veía dentro de un bello retablo, y de talla, la imagen de San Cosme, patron de los cómicos, alumbrada también perpétuamente por una lámpara que pendía del techo pintado, y que por la noche llenaba el doble objeto de alumbrar la escalera.

III.

Superada la escalera, se llegaba á un recibimiento en que había algunas puertas.

Este recibimiento estaba alfombrado, pintado, amueblado con banquetas de terciopelo, y con una mesa de mármol y piés de bronce, sobre la cual se veían una escribanía de plata y una gran bandeja del mismo metal cincelado, puesta contra la pared.

Había además sobre la mesa dos grandes quinqués de bronce con bombas de alabastro.

La luz ardía en estos quinqués desde que oscurecía hasta que amanecía.

Bien es verdad, que aquella casa estaba completamente iluminada de una luz á otra luz; porque decía la Calderona:

—Así no hay necesidad de que nadie lleve nada en la mano para alumbrarse.

IV.

Entrando por una puerta cerrada por una mampara de seda, situada en el primer ángulo de la derecha del recibimiento, se pe-

netraba en una especie de antecámara que tenia un balcon á la callejuela, otro al Prado de San Gerónimo, y á la izquierda una puerta que correspondia á una gran cámara que tenia tres balcones sobre el Prado.

Alfombras, muebles, tapicerías, cortinajes, el techo pintado, todo era bellissimo.

En los ángulos de la antecámara se veian las estatuas de Cérés, de Pomona, de Ganimedes, de Baco, copias excelentes en mármol de los originales griegos, enviados de Italia á la Calderona por ricos apasionados que solo habian obtenido de ella una buena y amable conversacion, alguna que otra sonrisa, y alguna que otra mirada indeterminada.

Hasta aquí habian llegado hasta entonces los favores que los más favorecidos podian jactarse de haber obtenido de la Calderona.

Las paredes de la cámara, podia decirse que estaban cuajadas de bocetos y de cuadros de los primeros pintores de aquel tiempo, tanto regalados por los pintores españoles que personalmente conocian y admiraban no solo como grande actriz, sino como hermosa y honrada á la Calderona, sino tambien regalos de grandes señores apasionados ó admiradores de ella, que se habian comprado á buen precio en Italia.

El techo pintado al temple por Velazquez, que empezaba entonces á darse á conocer en la corte como artista, representaba una alegoría de la comedia, de la tragedia, de la música y del baile, en que era extremada la María Calderon.

Y no fué este techo lo que ménos reputacion dió á Velazquez, visto por los grandes señores que iban á visitar á la Calderona, prestando un alto homenaje á su mérito como actriz, y á su belleza como mujer, con sus visitas.

Por la puerta situada al otro extremo de la cámara, se pasaba á un lugar que podia llamarse el Sancta Sanctorum de la casa, donde nadie extraño entraba, el retrete donde María Calderon estudiaba, donde concebía y desarrollaba los grandes caracteres, desempeñando los cuales asombraba al público en el corral del Príncipe.

Aquel retrete era una ilusion: el techo, pintado por el famoso Coello, representaba á Diana en el baño, defendido su pudor por sus perros y por sus ninfas cazadoras.

Sobre una tapiceria azul celeste y plata, se veian retratos de grandes ingénios y de grandes actores: sobre la exquisita alfombra, habia una gran copa de plata destinada al fuego.

Los muebles eran dorados con rehenchidos de terciopelo azul; por último, en los cuatro ángulos habia cuatro gigantescos espejos, en los cuales estudiaba la Calderona sus gestos, sus actitudes y sus movimientos.

Una magnífica papelera de ébano con bellísimas y ricas incrustaciones, donde la jóven actriz guardaba lo que podia llamarse su repertorio, las ricas joyas con que se engalanaba y el dinero que poseia, estaba colocada en un testero frente á la puerta de comunicacion, entre el retrete y la cámara.

Aquella papelera estaba virgen, por decirlo así; aun no habia guardado un billete amoroso.

A la derecha de la puerta de entrada habia otra que conducia al dormitorio, misterioso apartamento conocido solo de Laureta, la doncella de confianza, ó mejor dicho la amiga, la hermana de la Calderona.

Respetemos lo virginal, lo purísimo de este departamento y pasemos adelante sin describirle.

Por una puerta de escape, se pasaba á otro pequeño dormitorio, tan virginal y tan puro como el primero; el dormitorio de Laureta.

Otra puerta de escape daba paso á una habitacion cuadrada, rodeada completamente de armarios, que constituian el riquísimo guardaropa de la actriz.

Más allá habia un cuarto severo y sencillo que pertenecia á doña Rosario Dábalos de la Peña, tia carnal por parte de madre de María Calderon.

Las ventanas de estos dormitorios correspondian al jardin, por la parte de este que daba al Prado.

El resto de la casa en el piso principal, consistia en un comedor muy bello que ostentaba aparadores cubiertos de vajilla de plata, y al que ponía en comunicacion con la cocina que estaba en el piso bajo una escalera de servicio, en una sala de labor y en un aposento en el que habitaba un viejo soldado, llamado Andrés Porcuna, que hacia en la casa el oficio de rodrigon y de mayordomo de la señora.

Las ventanas de estas habitaciones daban al este, á la parte del jardin que correspondia á la callejuela, y en cuya tapia habia un postigo, que de no servir habia criado telarañas: un postigo con telarañas es un buen testimonio de la honradez de la mujer que habita en la casa á que el postigo pertenece; porque hay que tener en cuenta que en aquellos tiempos se guardaba mucho el decoro por

las damas, y que si estas tenían amantes les encubrían, y si en la casa entraba era secretamente en alta hora, siempre por el postigo, nunca por la puerta principal: de aquí el proverbio antiguo de «casa con dos puertas mala de guardar.»

V.

Las habitaciones del piso bajo de la casa de la Calderona, consistían en un hermoso salón de verano abierto sobre una galería por la parte del este del jardín.

La cocina, los cuartos de los criados menudos, tales como pajes, lacayos y cocheros, las caballerizas y la cochera, en que había una carroza de gala, dos hermosas sillas de manos y una litera, daban al mediodía.

Por la parte del poniente estaban la habitación del portero y un cuarto inútil que solo servía para guardar muebles viejos.

Sobre el piso principal había una especie de ático ó sotabanco, y en él la perrera, el palomar y la pajarera.

VI.

Por lo que hemos dicho al describir la casa de María Calderon, se comprende que esta vivía con lujo, casi, casi como una grande de España, y por consecuencia que era rica.

¿Y de dónde podía provenir la riqueza de la Calderona, si no tenía amante, si no aceptaba dinero de sus pretendientes, ni más que algun objeto de arte que venía á pagar cumplidamente con una discreta expresion representante de su reconocimiento; ni el teatro que estaba entonces en embrion producía á los cómicos más que un miserable sustento?

María Calderon había heredado de su padre, que había sido poderosísimo, todo lo que poseía, y que no estaba ciertamente representado por haciendas, sino por gruesas cantidades de dinero, puestas á ganancia en manos de genoveses.

¿Y quién era el padre de María Calderon?

Vamos á referir una ligera y sencilla historia.

VII.

Allá por los años de 1600, cuando por el advenimiento al trono

del señor rey don Felipe III, gozaba de todo el poder real, y más que de todo el poder real, el excelentísimo señor don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, duque de Lerma, ministro universal y favorito único del rey, presentóse un día casa del duque una anciana acompañada de dos hijas jóvenes de diez y seis y diez y siete años, hermosa la una, y la otra fea cuanto era hermosa su hermana, pero extremadamente dulce y simpática la de diez y seis años; la hermosa era altiva, lo cual se comprendía á primera vista en la mirada profunda y seria de sus grandes ojos negros.

Esta se llamaba María; la de diez y siete años, la fea, la humilde, la simpática, se llamaba Rosario.

VIII.

Era difícilísimo ver al duque de Lerma, como es siempre difícil hacerse ver de todos los que gozan el favor de los reyes.

Aquella viuda, que lo era de un capitán muerto en campaña, había ido muchos días con sus dos hijas á pedir á Lerma por los méritos del marido y del padre, una pension para ella y para sus hijas.

Pero nada había conseguido más que hacer largas antesalas.

IX.

Un día al fin, salió de la cámara de su excelencia y atravesó la antecámara donde esperaba desesperada doña Eusebia con sus hijas, un page rubio, blanco, hermoso, como de diez y ocho á veinte años, que se detuvo asombrado al pasar junto á la hermosísima María.

La joven se puso sucesivamente pálida y encendida.

El page era hermosísimo y la miraba con afán, con asombro, con enamoramiento.

Aquel page se llamaba Rodrigo Calderon.

Gozaba de todo el amor del duque de Lerma, que le protegía hasta tal punto, que se murmuraba acerca de los lazos que podían existir entre el bello page y el poderoso magnate.

Había quien se atrevía á asegurar que eran padre é hijo.

Sea como quiera, el joven Calderon por el cariño del duque de Lerma, era una verdadera potencia en la corte, y se hablaba de los regalos que recibía en agradecimiento de sus buenos oficios para con los pretendientes que tenían el buen juicio de servirse de él.

X.

Calderon no servia propiamente dicho al duque de Lerma, sino á otra más alta persona: al rey.

Habia empezado, es verdad, por page del ministro; pero hacia ya algun tiempo que habia pasado como page, al servicio del rey que le estimaba en gran manera, no solo por la estimacion en que le tenia el duque de Lerma, sino tambien por el grande ingenio de Rodrigo, y por la habilidad con que sabia satisfacer los gustos, las inclinaciones de aquel buen soberano, que estaba contentisimo con aquellos de sus súbditos que eran más devotamente cristianos, y que á más de esto, eran inteligentes en la caza.

Porque Felipe III era un rey muy devoto y muy cazador.

Rodrigo Calderon era hermano de todas las cofradías, llevaba diariamente al rey noticias circunstanciadas de todas las solemnidades religiosas, le hablaba de los predicadores que más se distinguian en la oratoria cristiana, y cuando acompañaba al rey á caza, era la mejor escopeta de todos sus monteros.

Bastaba esto y aun sobraba para que Felipe III tuviese sobre sus ojos, como suele decirse á Calderon, y para que los cortesanos viesesen en las distinciones con que le trataba, un favorito que se levantaba de una manera segura á una posicion omnipotente.

XI.

No podia haber tropezado con mejor persona doña Eusebia, cuando desesperada ya, hacia su céntesima antesala al señor duque de Lerma.

—¿Solicitais algo, señora? dijo Calderon á doña Eusebia, despues de haber contemplado estático durante algunos segundos á Maria.

—¡Ay, señor! contestó la viuda, ¡y qué bien me hariais, y á estas dos doncellas mis hijas, si me pudiéseis alcanzar lo que con tanta justicia solicito!

—Si con justicia pedís, dijo Calderon, dadlo por concedido, señora; pero á fin de que yo me informe con espacio, porque ahora no le tengo, decidme donde habitais, que yo iré á veros hoy mismo.

Y Rodrigo miraba de una manera avara á Maria, que tenia los ojos inclinados al suelo, y estaba vivamente encendida.

—¡Ah, señor! dijo con sumo respeto doña Eusebia, porque veia que los entrantes y los salientes saludaban con un profundo respeto al jóven, que parecia además por sus costosas galas, muy rico y muy principal; ¿y habeis vos de ir á la pobre choza donde habitamos?

—Donde habita el sol, dijo Rodrigo, mirando de una manera singular á Maria.

—Vivimos, dijo su madre, junto á San Pedro, en las casas que llaman de Santistéban, en un aposentillo que hay á lo último del segundo patio, y al que se llega por una negra y fementida escalera.

—Iré, dijo Calderon: esperadme dentro de dos horas, y adios, que la urgencia de mis quehaceres no me permiten entretenerme por más tiempo.

—Guarde Dios á vuesamerced, dijo doña Eusebia.

Rodrigo se alejó despues de haber devorado con una última y ardientísima mirada á Maria.

XII.

Pocos dias despues doña Eusebia y sus hijas habian cambiado de habitacion y de trage.

Vivian en una hermosa casa, en la Almudena, y asistian en carroza al Prado de San Gerónimo, en sillas de manos á las iglesias, á aposento de los mejores (palco) á los corrales de las comedias.

Tenian pension concedida por el rey por los méritos del capitán difunto, la madre y las hijas, y pension, ó mejor dicho, buena renta de Rodrigo Calderon, por sus méritos propios, Maria.

Poco escrupulosa la madre, habia preferido deshonra con lujo á miseria con honra.

Maria, por su parte, no habia hecho sacrificio alguno porque adoraba á Calderon.

De tal manera convenian ambos jóvenes en altivez, en gusto y en inclinaciones, que no podian menos de amarse con toda su alma.

XIII.

Obligado Calderon á grandes gastos, se prestó á infames negocios, y vendió, valiéndose de su influencia, todo cuanto podia venderse: la justicia, la patria, la dignidad real.

Calderon era una terrible influencia para con Lerma, y Lerma era una terrible influencia para con el rey.

XIV.

Algunos meses despues de haber conocido Calderon á María, esta dió á luz una niña.

Su nacimiento costó la vida á su madre.

De otro modo, la esposa legítima de Calderon lo hubiera sido María.

Porque del mismo modo que Calderon influia sobre el duque de Lerma, y el duque sobre el rey, María influia sobre Calderon.

Reconoció, pues, este á la niña, á quien se puso en la pila el nombre de su madre.

Algun tiempo despues murió doña Eusebia.

María Calderon quedó al cuidado y bajo la tutela de su tia María del Rosario, que á causa de su fealdad no fué amada por nadie, y que ansiosa de amor, reconcentró todo el que tenia en su alma en su sobrina.

XV.

Creció María, llegó á sus quince años, y su hermosura sobrepujó á la de su madre.

Distraido Calderon con los cuidados de su vida pública, apenas veia á su hija.

Calderon no era ya el jóven page, sino el prepotente ministro de Felipe III, sobrepuesto á Lerma, á Uceda y á todos cuantos ambiciosos se disputaban el favor del rey.

Y como la soberbia era el gran pecado de Calderon, que le perdió y dió con él en el patíbulo, por más que su ambicion se ocupara de tal modo que le hubiese hecho olvidarse casi de aquella pobre hija de sus primeros amores, como al fin la habia reconocido y llevaba su nombre, porque su nombre brillase la habia hecho una inmensa fortuna imponiendo á nombre suyo, en manos de genoveses, crecidísimas cantidades que la producian una pingüe renta.

La casa en que habitaba María, la habia hecho construir don Rodrigo algun tiempo antes de su terrible caida.

Véase explicado cómo María Calderon podia tener buena casa, buena servidumbre y buen tren.

XVI.

Pero lo que no se explica á primera vista, y lo que nosotros vamos á explicar, es cómo siendo hija, aunque natural, de un tan alto personaje como el marqués de Siete Iglesias, y rica y hermosísima, era dama de comedias, y se la llamaba por todo el mundo la Calderona, lo cual hubiera quemado grandemente la sangre á su padre, si hubiera resucitado.

La costumbre de asistir á las comedias en los corrales, (que así se llamaban entonces los teatros) habia creado en María la afición á la escena.

Altiva, soberbia como su padre, cuya sangre habia heredado, é hija de una mujer que por soberbia tanto como amor habia sucumbido á una union ilegítima y deshonrosa, teniendo sobre sí las consecuencias del pecado de su origen, habiendo heredado la deshonra de la muerte afrentosa de su padre como ladron y asesino en un patibulo, Maria no podia aspirar legítimamente á nada que satisficiera su soberbia.

Pero habia un lugar donde cabia su infamia, un lugar ocupado por gentes á quienes de consuno el juicio público y la fama declaraban infame.

Este lugar era el teatro.

La culpa de la infamia del teatro consistia en la depravacion de las costumbres de los cómicos, y en lo exagerado de las creencias sociales y religiosas de entonces.

Pero hasta aquella cloaca de infamia llegaba la gloria, representada por los aplausos del público.

XVII.

Mientras su padre vivió, no se atrevió Maria Calderon ni aún á expresar sus deseos de pertenecer á la escena.

Pero asistia asiduamente á todas las representaciones, y estudiaba desde su aposento y en magníficos modelos el arte escénico.

Compraba todas las comedias en el momento en que se imprimian, las aprendia de memoria, estudiaba, no solo la parte de la dama, sino tambien las de todos los demas personajes; y cuando se recogian su tia y sus criados, á solas consigo en medio del silencio de la noche representaba aquellas comedias, recordando ó imitando lo que en ellas habia visto hacer á los cómicos.

XVIII.

Mediante este estudio privado y esta predisposición de su alma, María Calderon á los diez y ocho años, y sin que nadie lo supiese, sin que nadie la hubiese oído recitar un solo verso, era una cómica consumada.

Representó por primera vez un soliloquio de Lope de Vega en que dió un sarao en su casa, y todos los poetas y no poetas que al sarao asistieron, se maravillaron y no vacilaron en declararla un prodigio.

Su mismo padre se enorgulleció de su talento, harto ageno de que viniendo días, el talento de su hija habia de brillar en la escena.

Quiso que la admirara la corte, y María representó en el alcázar, tomando parte en una loa, cuyos otros personajes fueron representados por pages del Rey y por meninas de la princesa de Asturias.

XIX.

Hasta un año despues de la muerte de su padre, María no se lanzó públicamente á la escena.

Empezó á trabajar para beneficio de los hospitales y de los pobres, y por último, aclamada por el público, admirada de todos, ocupó definitivamente su lugar de primera dama de la compañía de cómicos del Rey, en el corral del Príncipe.

A vuelta de esto era muy respetada por su virtud, y sin contar con el empeño que por ella tenia Felipe IV, más de un magnate se hubiera dado por satisfecho con arrebatarla de la escena para hacerla su esposa.

Pero Maria rechazaba á todos sus adoradores, incluso el rey, y cuando la acusaban de que no sentia el amor, exclamaba:

—¡Ah! sí; yo amo una cosa con toda mi alma: ¡los aplausos del público!

CAPÍTULO VIII.

En que se habla largamente del capitan don Lope.

I.

Tal era Maria Calderon.

Vengamos ahora al momento en que hemos dejado solo á Quevedo en medio del Prado de San Gerónimo.

Permaneció un momento inmóvil, viendo alejarse al rey y al conde-duque.

—Allá van, dijo; allá van, el uno lleno de miedo, el otro lleno de dudas; ¿qué saldrá de esto en que te has metido, don Francisco? nada bueno; y milagro sería que cosa buena te aconteciese; vamos, vamos, no olvidemos por nuestros asuntos los agenos, que hidalgos somos y cristianos, y no está bien que habiendo dejado allá estropeado, porque así lo quiso nuestra mala fortuna, á don Lope, le dejemos sin auxilio. ¡Pardiez, y en qué oficios se nos ha metido el buen capitan! malos efectos de la codicia y de la ambicion, que todo lo corrompe, y que bajan á dueña al más estirado, al cebo de la vanidad y de la ganancia: almas chicas que á todo se doblan, y que á cada momento se hacen más chicas por crecer; miráranme á mí é imitáranme, que me pudro de pobre y en la miseria envejezco por no doblar ante soberbios el espinazo; y cata ahí que me va pareciendo nécio esto de no encorvarse para ganar, cuando por andar

tieso no se saca otra ganancia que el ¡ay! continuo del no tener, que es mas feo que todas las fealdades conocidas y aun soñadas.

Y como todo esto lo hubiese dicho andando el buen ingenio, a llegar á la última palabra de su monólogo, estaba en la mitad de la callejuela y delante de una puerta en cuyo escalon se habia sentado, no pudiendo andar á causa del corte que le habia dado en una pierna Quevedo, el capitan Ponferrada.

—Paréceme que venís hablando solo, don Francisco, dijo el capitan de una manera tan natural y tan amistosa, como si no hubiese sido Quevedo el que le habia puesto en estado de no moverse.

—Qué quereis, amigo; cuando hablo solo es cuando hablo más á gusto, porque puedo decir verdades sin temor de que me encierren; Dios me oye y esto basta, si no es ya que Dios se me ha hecho sordo, cansado de mis importunaciones; que pobre y pedigüeno y cansado es una misma cosa, y no hay quien resista un pedir sin medida; pero agarrádome hé al rey por los cabezones, y de esta vez puede ser que se escape sin darme, pero no se escapará sin oir más de cuatro cosas lisas y mondas, que aunque le sepan á ágrío habrá de tragarse: y suceda lo que quiera, y enciérrenme y pónganme á dieta, y despáchense á su gusto como grajo en carne momia, que ya no hay paciencia que aguante y las verdades se me pudren en el cuerpo y se me salen á borbotones por la boca: pero así nos estamos charlando como si nos encontráramos en el lugar más apacible y más apetitoso del mundo y á todo nuestro contento, cuando á vos debe escoceros lo que os hice y á mí me está escociendo, porque os estimo, el habéroslo hecho.

—La pena que yo paso, contestó el capitan, no es por lo que me habeis hecho, don Francisco, sino por el lugar en que os habeis puesto; que con un pinchazo y un revés me habeis echado abajo de la mitad por lo ménos de lo alto de la escalera de mi fortuna.

—Cuando nos empinamos mal, dijo severamente Quevedo, tenemos bien merecido el que nos caigan, y el porrazo es siempre el provechoso, porque muchas veces viene á ser el primer paso en el camino de la enmienda; pero alzaos agarrado á mí, y reparad en que no todos los que os hagan caer os darán despues de caido la mano para levantarlos.

—¿Y á dónde vamos, pese á mí? dijo don Lope alzándose levantado por Quevedo.

—¿Os tratais con el rey? dijo este.

—¿Que si me trato con el rey? preguntó con extrañeza el jóven.

—Sí: os pregunto si sois más afortunado que yo, que hace un siglo no veo la cara de su magestad; y cuando llego á verla es como si viera moneda falsa, en mal paso, medio á oscuras, y con mala compañía; en resúmen, lo que yo pregunto es si teneis dinero.

—Lo bastante para cualquier empeño de honra, contestó el jóven.

—Pues hágome contigo, hostería de Zampacrudo, bodegon de pobres, amparador de casi arrepentidas, nido de mochuelos de mala pluma, pandemonium de galopos, Sierra-Morena de tontos, y por último, resúmen de cuanta picardía es no solo creible, sino maravillosa; pero paréceme, don Lope, que renqueais más de lo justo; porque yo rebati la mano á tiempo, y os ladeais más de lo que á mí me parece debíerais.

—Es que teneis la mano dura, don Francisco, y paréceme que me habeis dejado cojo.

—Cojeárame á mí la conciencia toda la vida si tal sucediera, dijo don Francisco; pero haced un esfuerzo galan, que, como sabeis, la hostería de Zampacrudo está aquí á la vuelta, y en llegando envíarase por cirujano; y si tardare, haré yo de tal, que tanto me he visto obligado á curarme mis buenas heridas en los malos calabozos en que me han tenido, que bien me parece pudiera cirujanear sin miedo.

—¿Pero habeis logrado lo que deseábais, don Francisco?

—¿Pues no os dije que tengo cogido al rey por los cabezones y asustado al conde-duque, que allá se ha ido dando diente con diente? Concedánme á mí una pensioncilla ó una encomienda con que comer la olla y comprar ungüentos en mi torre de Juan Abad á trueque de que me calle, y daréme por bien servido y bien pagado; de no, á sátiras y á romances acribillo al conde-duque y á quien no es el conde-duque, hasta que por no ser acribillados den conmigo otra vez en cárcel, y en calabozo me pudran, y entre murallas ahoguen mi voz: pero ved aquí que ya estamos á la puerta del nobilísimo Zampacrudo.

Quevedo, que sin duda conocia mucho aquella casa, buscó á la derecha del marco de su puerta el nudo de un cordel, tiró con fuerza, y á poco preguntaron quién era desde adentro.

—Dos peregrinos, contestó Quevedo, que por no tener á mano otra parte mejor donde abrigarse, se vienen á la venta de mal abrigo.

—¡Ah! que sois vos, don Francisco, dijo el de adentro que habia reconocido por la voz á Quevedo; allá voy.

II.

Oyóse descorrer un cerrojo y crugir una llave.

La puerta se abrió, y en calzas y jubon apareció con un farolillo en la mano un mozo de hostería.

—¿Viene ese señor enfermo? dijo viendo que don Lope se apoyaba fuertemente en el brazo de Quevedo.

—Se le han alojado un poco los nervios y le ha entrado languidez en las piernas con el frío: dános un aposento en que haya dos lechos, y por lo que fuere, busca á un cirujano para que acuda á este mi amigo.

III.

Sin duda debia tener una grande influencia en la hostería de Zampacrudo Quevedo, puesto que á pesar de que conoció el mozo que don Lope iba herido, no hizo de ello reparo y se apresuró á dar aposento en el piso bajo, para evitarles subir escaleras, á los dos amigos.

Trájoles luz, y para Quevedo cena, y fué en busca de un cirujano.

Pero apenas habia puesto el pié en la calle cuando se le atravesó un prógimo.

—Decid, amigo, preguntó este; ¿acabais de recibir en la hostería á dos hidalgos?

—Y de los buenos, contestó el mozo, porque uno de ellos es caballero de hábito.

—Y decidme, ¿viene herido uno de esos caballeros?

—Sepamos aquí de lo que se trata, dijo con reserva el mozo; porque si sois porqueron de alguacil, os advierto que venís á mala parte.

—No porqueron de alguacil, sino criado de la mejor moza que alegra al Prado de San Gerónimo habitando en sus distritos, soy yo; y habeis de saber, amigo, que tanto se interesa mi ama por el uno de esos galanes, que menester será que de él me deis noticias.

—Por eso no quede, dijo el mozo; y para que os las dé y yo no me entretenga, porque á lo que voy urge, venios conmigo si os place.

—¿Y á dónde vais?

—¿A dónde he de ir sino á buscar un cirujano que bien lo ha menester uno de esos caballeros?

—¡Conque era verdad! ¡Conque uno de esos caballeros está herido! dijo con apresuramiento el fámulo, ¿y cuál de ellos es?

—El más jóven.

—Pues adios, que voy á avisar á mi señora.

Y sin esperar más palabra el criado se fué, y el de la hostería siguió á buen paso hácia la Carrera de San Gerónimo.

IV.

Entretanto Quevedo, despues de haber restañado la sangre á don Lope, que estaba echado sobre una cama, y despues de haberse convencido de que las heridas, si no de todo punto leves tampoco eran graves, engullia con el apetito de un hambriento unas uñas de vaca con tocino y morcilla, adobadas con una salsa verde, cuyo guisote, aunque ordinario, olia muy bien.

V.

—Pero estais dejado de la mano de Dios, don Lope, dijo Quevedo como si continuase una conversacion anterior, ¿sabeis hasta qué punto es hinchado y lleno de sí mismo el rey nuestro señor? Si se le pincha no sale más que aire; y el aire que sale de la hinchazon de un rey, cuando es pinchado, suele ser un sutil veneno para los imprudentes que se atreven á manosear la vanidad de un rey.

—La culpa es suya, dijo don Lope.

—Más claro, hablad con precision: ¿de quién es la culpa, del rey ó de la Calderona?

—Pues ya que me habeis advertido, sabed que la primera culpa la tiene el rey; porque ¿á quién se le ocurre enviar á un hombre como á mí á hacer proposiciones á una mujer tal como Maria Calderon?

—Pues entonces la culpa no es del rey, sino del conde-duque, que ha nacido para no hacer otra cosa más que culparse; pero en resumidas cuentas, la culpa es vuestra, porque habeis dado en lo que dado hubiera cualquier barbilucio; esto es, en la torpeza de enamorarse de la mujer de quien está enamorado el señor que á solicitarla le envia: pero esto sucede siempre, y no sé cómo hay quien de hombres se valga habiendo dueñas; aunque estas tales tampoco son muy de fiar, porque suelen hacer mercancia para otro aquello

que uno les ha encargado compren para él. Lo mejor que se hace con las mujeres es no comprarlas ni venderlas, sino pasar de largo y no buscar por ellas la fortuna; que fortuna que por mujeres viene es de mal asiento, y se aguachirla y se nubla y se marcha sin saber cómo.

—¿Qué quereis, don Francisco? El conde-duque y yo somos grandísimos amigos.

—Así escapareis con esa amistad, como si la tuviérais con el demonio; y creedme á mí, puesto que sois rico y noble, y con hábito, y capitan de los buenos, y buen mozo, dejaos de crecimientos, que no os hacen falta y que pudieran ser tales, que os apretaran el corazón y os ahogaran; y en cuanto á la Calderona, pasad de largo, no os enamoreis; mirad que de mala sangre viene, podrida y soberbia, y que ahora es honrada, que bien me lo sé yo; en cuanto se le suelte un punto de su honra, por allí se va á ir toda; y queriendo vos á una mujerzuela, os vais á encontrar con que en su amor entra con vos á la parte la mitad por lo menos del género humano.

—¿Vos no creéis en la virtud de las mujeres, don Francisco?

—Como no creo en duendes; y duende debe ser la virtud de las hembras, porque yo no la he visto nunca.

—Eso es que habeis sido muy desgraciado con las mujeres, don Francisco.

—Si desgraciado hubiera sido, hubiera tenido la culpa la virtud de ellas y no andaria tan descorazonado acerca de las mujeres; pero porque he sido de ellas muy favorecido y porque muy de cerca me las he aprendido, es por lo que digo que en su virtud no creo.

—¿Y no creéis que en ningún tiempo de su vida, ni aun niñas, puedan ser virtuosas?

—No, porque creo que antes de pecar por los hombres pecan por el diablo.

—Conque no creéis...

—No creo más que en Dios, en mi mala suerte y en mi espada; pero calla, pongámonos sobre las armas, al enemigo tenemos encima; mujer se acerca, faldellín cruge, ¿quién será ella? ¡Ah! guardaos Dios, regocijo de las musas, sol de la escena, norte de los corazones, tesoro acechado.

—¡Ah, que estais aquí, don Francisco, dijo tímidamente y como encogiéndose una joven hermosísima que acababa de entrar.

Era María Calderón.

Venia vestida con un lujosísimo y rozagante traje, lo que hizo murmurar á Quevedo:

—Así vestida y á estas horas... pues esperaba, y lo que esperaba no era ciertamente la Extremauncion.

Engañábase Quevedo; la Calderona se habia puesto de improviso aquel traje para venir á la hostería, en el momento en que supo que don Lope estaba herido en ella.

A más de aquel magnífico traje, se habia puesto un manto de terciopelo de los piés á la cabeza, con gran velo de encaje de Flandes.

VI.

Era María Calderon morena, graciosa, con una gran correccion de formas, una grande armonía entre ellas, y unos admirables é irresistibles ojos negros.

Sus cabellos eran ponderados por su riqueza y por su suavidad.

Era esbelta, larga y lánguida la garganta, dulcemente contornados los hombros; largo y esbelto el tallo, torneadas las manos, mórvidos y pequeños los piés, y en el conjunto gallarda, flexible, viva, casi aérea.

No tenia más que veintiun años, y parecia una niña muy desarrollada, hecha antes de tiempo mujer; pero en sus ojos adormidos lucia el volcan de una pasion infinita, de una pasion irresistible.

El rey se habia enamorado de ella como un loco, no embargante fuese hija de aquel don Rodrigo Calderon, á quien habian matado de consuno la ley, el rey y el conde-duque.

María en cambio no podia amar á un rey que, pudiendo perdonarlo, no habia perdonado á su padre.

Así es que todas las solicitudes del rey, todos los ofrecimientos, y aun todas las amenazas, habian podido nada para con María Calderon.

Otros muchos grandes y señores la solicitaban, la daban música, la regalaban, pero sin obtener nada de ella.

María Calderon decia que era bastante rica para poder casarse á su gusto, y que si no quisieran casarse con ella porque era cómica, sin marido se pasaria como estaba resuelta á pasarse sin amante.

Pero la mujer propene y Dios dispone.

Un dia la María Calderon, acompañada de su dueña y de dos pajes, paseaba por las huertas de Atocha.

De improviso oyó junto á sí una voz que le dijo:

—Esperad; llevais una araña en el manto.

María Calderon se volvió estremecida á la noticia de que tenia una araña, sacudió el manto, un pié masculino acudió al suelo é hizo el movimiento de matar una araña que María Calderon no habia visto, y esta, levantando su mirada del pié á la cabeza de quien tenia delante, se encontró no menos que con don Lope de Ponferrada que la sonreia.

Don Lope vió en la turbacion de la Calderona, quasi no le amaba ya, porque no pueden ser tan violentos los efectos del amor que se ame en un punto, estaba en buen camino de amarle; y esto le halagó de tal manera, que pudo decirse que desde el punto en que se vieron, don Lope se puso en más peligro que la Calderona.

Como era natural, entablaron una conversacion que al punto se hizo larga é interesante; porque las mujeres, cuando les gusta un hombre, dilatan todo lo que pueden su conversacion con él.

Se separaron á la puerta misma de la casa de María, y esta tuvo que hacer un esfuerzo y acordarse de lo que á su dignidad debia, para no ofrecer á don Lope su casa.

Pero este, que no era lerdo, la tuvo por ofrecida, y los dos jóvenes se despidieron sin citarse, pero tácitamente citados.

Ella y él pensaron en volver á la tarde siguiente á las huertas de Atocha.

VII.

Pero don Lope se habia guardado muy bien de decir á la Calderona que su ida á las huertas no habia sido al acaso.

Aquella mañana le habia dicho el conde-duque:

—Creo que sois mi amigo.

—¿Y cómo dudar eso? contestó don Lope.

—Es que voy á poner á prueba vuestra amistad.

—Probadla en buen hora.

—¿Conoceis á la Calderona?

—Sí; ¿quién no la conoce?

—¿Y no os habeis enamorado de ella?

—No.

—Enamóranse todos.

—Necios son en empeñarse por un imposible.

—¿Por imposible teneis á María Calderon?

—Sí; puesto que habiendo tanto lobo carnívoro en la corte, que siempre andan á caza de hermosuras célebres, nadie ha conseguido nada.

—Así es la verdad, dijo el conde-duque; la firmeza en la virtud de esa ilustrê cómica ha desesperado á todo el mundo; pero persona hay que de ella gusta, que solo con que conozca el nombre, se derretirá su entereza.

—¿Y quién es esa persona, si os place?

—El rey nuestro señor.

—Paréceme que ni aún del rey ha de hacer caso María, segun que es de altiva y soberbia; se parece mucho á su padre.

—Sí; pero su padre, que con todos era soberbio, se arrastraba á los pies del rey.

—Achaques de la ambicion.

—Pues bien; la ambicion vencerá á la Calderona, como venció á su padre.

—¿Y á qué propósito me decís esto, don Gaspar?

—Sois un gran galanteador.

—Y bien, ¿qué?

—Sois jóven y hermoso.

—Gracias.

—Estais acostumbrado á las lides de amor.

—En las que no siempre se vence; y en que con mucha frecuencia, de conquistadores nos convertimos en conquistados.

—Pues es necesario que procureis conquistar á la Calderona.

—¿Para el rey?

—Para el rey.

—Buena empresa me encomienda su magestad.

—Los reyes honran siempre á aquellos de quienes se valen, sea cualquiera la empresa que les encarguen.

—Hay empresas sumamente difíciles.

—Por lo mismo estas empresas producen grandes recompensas; ¿qué diriais si á vuestra edad os encontráseis cuartel-maestre general, y conde, marqués ó duque de este título ó del otro, gentil-hombre de su magestad, y de su consejo, y tal vez, tal vez su secretario de Estado? Que para llegar á estas secretarías es bueno empezar siendo secretario de otros negocios.

Sabíalo esto demasiado el conde-duque: empezando por ser secretario de la índole de lo que proponia al capitan Ponferrada, se habia encontrado á la vuelta de algunos años, y poco despues de haberse convertido en rey el señor principe de Asturias, secretario de Estado y del Despacho Universal; en una palabra, atendida la nulidad para el gobierno del rey don Felipe IV, rey de hecho.

VIII.

Mordióle en el alma el demonio de la ambicion á don Lope, y se prestó á los bajos servicios que de él se exigian; siendo esto en él tanto más vituperable, cuanto que era riquísimo, de ilustre casa, tenia el hábito de Santiago, no solo por su gran nobleza, sino por su valor, y mandaba un bravo tercio de infantería española.

Pero consideró, cediendo á las insinuaciones del conde-duque, tan alta empresa el rendir la pureza casi salvaje de María Calderon, como si le hubiesen encargado sitiarse y tomar la ciudadela de Ambrés.

Todo era combatir; la única diferencia consistia en las armas de que habia de hacer uso.

Ofreciósele por el conde-duque una batería completa de joyas y preciosidades, que son, segun lo ha acreditado la experiencia, los mejores proyectiles que pueden emplearse para rendir la constancia de una mujer, como lo prueba el refran que dice «dávivas quebrantan peñas»; y apretado don Lope por el conde-duque para que cuanto antes estableciese el asedio, se fué aquella tarde á las huertas de Atocha, donde, como se sabia de público, tenia su paseo favorito la Calderona.

Una supuesta araña, como hemos visto, sirvió á don Lope para pegar la hebra con la jóven.

IX.

Pero aunque la conversacion de los dos duró desde las tres hasta las cinco, tal impresion, vista de cerca y tratada, habia causado la Calderona en don Lope, que tomando el negocio por su cuenta, se olvidó de que en aquel negocio él no era otra cosa que un instrumento pagado con esperanzas de grandezas.

Don Lope se habia enamorado; pero apenas se separó de la Calderona, esto es, apenas dejó de estar bajo su inmediata influencia, se estableció en él una lucha representada por el problema siguiente:

—¿Vale una mujer, por hermosa que sea, un alto grado militar, un titulo y una alta posicion en el gobierno?

Don Lope creyó que no.

Además, en la latitud que los corrompidos hombres de entonces daban á todo, encontró don Lope un expediente plausible, aunque

poco decoroso; podia amar á la Calderona y ser amado de ella, no embargante que ella engañase al rey y le hiciese creerse exclusivamente amado.

No podemos disculpar á don Lope; se habia colocado en la situacion de un canalla, pero los hombres de aquel tiempo... Hay una dolorosa época de corrupcion en la historia de nuestra patria, que coincide con la decadencia de la casa de Austria desde Felipe III hasta fin del reinado de Carlos II, esto es, hasta la extincion en España de la dinastía austriaca.

Todos los favoritos, todos los ministros, todos los altos funcionarios que intervinieron en la cosa pública desde Felipe III hasta Felipe V, fueron unos bandidos sin pudor.

Si la bajeza pudiese tener disculpa, el ejemplo de lo que todos hacian hubiese sido la única disculpa de don Lope.

Se habia convenido en que todo era lícito para obtener el favor de un rey; y como todo lo ilustre habia sucumbido á la deshonra, la deshonra, llamada á formar parte de las costumbres, se habia convertido en una convencion social.

Nadie podia decir á otro quitate allá que me tiznas.

Es verdad que nadie, aunque estuviere negro como la pez, se consideraba tiznado.

Nada, pues, tenia de extraño que don Lope hiciese oficios de rufian sin dejar de creerse caballero, y sin exigir una satisfaccion de sangre al que se atreviese á ponerlo en duda.

Hay, ha habido y habrá convenciones absurdas: ser rufian de un rey era una cosa admitida, que en nada amenguaba la honra, y cuya posicion envidiaban todos, porque era un principio de favor.

La culpa de esto habia que buscarla en los príncipes vulgares, sin grandeza, propiamente dicho, que á nadie estimaban más que á los que mejor los adulaban y servian mejor sus pasiones.

El conde-duque de Olivares conocia demasiado á don Lope.

Segundon este de una ilustre familia, se habia criado en palacio y habia sido paje del príncipe de Asturias, por cuya razon habia estado siempre en contacto con don Gaspar de Guzman, puesto por don Baltasar de Zúñiga al lado del príncipe, de quien don Baltasar habia sido ayo.

Desde muy temprano don Lope habia dado buenas muestras de lo que con el tiempo habia de ser: como bravo, no aguantaba á los pajes, sus compañeros, ni una leve sombra de burla ó de desprecio; los zurraba; se le castigaba por esto, encerrándole por algunos dias

y poniéndole á pan y agua; pero no se le echaba de la casa de pajes, porque siempre en el fondo de los cuestiones de don Lope con sus compañeros habia una razon de honor ó de amor propio ofendido.

Añadíase á esto que don Lope era hermoso á maravilla, vivo, gracioso, decididor, lleno de ingenio y dotado de muy buen carácter.

Huérfano desde la cuna, hermano del marqués de Orveto, sobrino por parte de su madre de la marquesa de Santurces, y pupilo del rey, favorecido por este, querido por el príncipe, parecia destinado á las más altas dignidades.

Pero vino en mal hora para decidir el destino de don Lope á la córte, una especie de napolitano hechicero, que en esto de levantar figura y leer el sino tenia una gran fama.

La condesa de Santurces acudió como otras tantas y tantos á rendir su homenaje de credulidad al sábio; pero no fué ciertamente por sí misma (ya nos ocuparemos más adelante de la condesa de Santurces), sino por su sobrino, á quien amaba con toda su alma.

Convidó á comer la condesa á su sobrino cuando este contaba quince años, es decir, en el mismo dia que los cumplia, y de sobremesa le llevó á un camarín donde esperaba ya el Cagliostro napolitano.

Examinó este detenidamente el *bultus faciæ* del jóven, las rayas de su mano, ciertos signos y rombos en un libro que llevaba debajo del brazo, y quedándose á solas con la condesa, porque el jóven ya no hacia falta, la dijo:

Que aquel mancebo se veria expuesto á grandes peligros y desgracias si no se le sujetaba á la estrecha vida de la Iglesia.

Lo que tomado al pié de la letra por la condesa, produjo el resultado de que esta se fuese á ver el rey y le suplicase concediese á su sobrino una beca en el colegio eclesiástico de Santa Cruz de Valladolid.

X.

Era la condesa una persona tal y tan del aprecio de Felipe III, que este no podia negarla nada; y por otra parte estaba tan en armonía con la religiosidad del rey la excelente carrera que la condesa habia elegido para el buen paje del príncipe de Asturias, que el jóven don Lope fué enviado al colegio de Santa Cruz, sin que se esperase para ello más que el tiempo necesario para hacerle el manto, la beca y el bonete, tres prendas que don Lope se puso contra toda su

voluntad, y contrayendo el firme propósito de arrojar manto, beca y bonete por la ventana en la primera ocasion favorable.

Pero esta tardó dos años, durante los cuales don Lope aprendió latin con el aprovechamiento que era de esperar de su buen ingenio.

Muy al contrario de lo que debia suponerse en él, atendida la quisquillosa irascibilidad de que habia dado muestras como paje, como escolar destinado á la carrera eclesiástica, fué un modelo de humildad y obediencia á sus superiores, de dulzura para con sus compañeros, y de aplicacion para los estudios.

Esta era una industria de que don Lope se valia pensando en su emancipacion, y tuvo talento bastante para engañar al rector y á los maestros.

El obispo, jefe natural del seminario, contestaba con ponderativos elogios á don Lope, llamándole, entre otras cosas, una de las primeras esperanzas de la Iglesia, á las cartas en que la condesa de Santurces le pedia informes acerca de su sobrino; y lo que sobre todo elogiaba en él el obispo, era su ardiente caridad.

Volviase loca la condesa leyendo y releiendo las encomiásticas cartas del prelado á propósito de su sobrino; y como para practicar la caridad una de las cosas indispensables es el dinero, el ayo que en Valladolid tenia don Lope recibia con suma frecuencia decentes cantidades que entregaba al jóven colegial.

Gastaba este las dos terceras partes, sosteniendo con ellas su reputacion de caritativo, y escondia la otra tercera en un mechinal que habia encontrado en su cuarto.

A los dos años, don Lope poseia una razonable cantidad; y como por aquel tiempo fuese á Valladolid un capitán de los viejos de Flandes con bandera de recluta, don Lope fué á entenderse con él y á manifestarle que la carrera eclesiástica no era para él carrera, sino desesperacion; que en vez de la sotana queria la coraza, y que mejor emplearia su mano en dar reveses y cuchilladas en servicio del rey que en echar bendiciones.

Quiso enterarse el capitán si el jóven servia para el caso, aunque ya le hubiese prevenido en su favor su buena presencia, y descolgando de la pared dos espadas prietas, dió la una al jóven y le dijo:

—Veamos si como dais con la lengua esos tajos y esos reveses, los dais con este hierro.

Y puestos en guardia, á las primeras de cambio don Lope metió tres botonazos al capitán, que no era rana, le descompuso de un revés una pierna, le malparó de un tajo un hombro, y aunque esto no

supiese bien al veterano, declaró á don Lope tan buen soldado como el primero, le alistó en su bandera y le dejó volver al colegio, conviniendo en avisarle el día en que reclutada la gente que para completar la compañía faltaba, hubiese de emprenderse la marcha para Flándes.

Dejó don Lope al capitán dineros que llevaba prevenidos para que le comprase armas, arreos y galas de soldado, y se volvió al colegio, donde por dos meses aún continuó sosteniendo el papel que tan bien había representado durante dos años.

Pero un día el rector se encontró con un quidam que le llevaba una carta y un envoltorio.

El envoltorio contenía el manto, la beca, el bonete y las ropas interiores de escolar, de las que don Lope se había despojado:

La carta decía de la manera siguiente:

«Señor rector del colegio de Santa Cruz, prebendado de la santa iglesia catedral de Valladolid: *Nemo dat cuo in se non est*; yo no tengo vocación que ofrecer á la Iglesia; yo me amparo de la *sancta libertas* que Dios en su infinita sabiduría ha concedido á todas sus criaturas para elegir la vida que crean más en consonancia con sus inclinaciones. El sacerdocio no es mi destino: *Non sum dignus, et vado*. Podeis remitir á mi buena y excelente tía la excelentísima señora condesa de Santurces esas prendas que os envío, para que se las encaje á otro que, como yo, no se ahogue dentro de ellas. *Salutem plurimam*.

Vale.»

XI.

Dióse cuenta al ayo encargado de don Lope de lo que acontecía, y se buscó al jóven por todas partes, pero inútilmente.

Don Lope, en un poderoso overo, ceñido un reluciente arnés de jinete, vestidas galas de soldado, empuñada una lanza, con un arcabuz al arzon de su caballo, caminaba muy camarada y muy amigo del capitán Diego de Meneses, al frente de una buena compañía de á caballo, hacía el puerto de Barcelona, donde debían embarcarse y tomar la vuelta de Flándes.

La primera noticia que se tuvo del jóven, fué á los tres meses, en una carta que el general de nuestros ejércitos en los Países Bajos escribía al secretario de Estado y del Despacho Universal, duque de Loma.

En ella se proponia para el empleo de alférez por los grandes méritos que habia contraído en las escaramuzas habidas delante de Ostende al soldado don Lope de Ponferrada, que él solo habia rendido á diez genizaros, arrancándoles un estandarte que se enviaba en un cajon para que fuese colocado en el templo de Nuestra Señora de Atocha con el nombre del valiente que le habia tomado al enemigo.

Alegróse de esto Felipe III, y dijo:

—Si hemos perdido un buen cura, hemos ganado un buen soldado: está visto que la vocacion de nuestro paje no era la de la Iglesia; désele la bandera para que se le propone, y añádase merced de hábito de Santiago; que aunque por su cuna bien pudiera tenerle, cae muy bien sobre nobleza heredada nobleza adquirida, porque de este modo muestran los nobles que son dignos de la nobleza que les han legado sus abuelos.

XII.

Dió por esta, cuando recibió la merced, buenas y cumplidas gracias al rey don Lope, en una carta, mitad en latin, mitad en castellano, lo que le valió un buen regalo de su magestad en sendos doblones de á ocho, que siempre vienen bien á un alférez, aunque sea rico; añadiendo la honra de que le contestase en nombre del rey el duque de Lerma, lo que causó grande envidia en el ejército; y alentado con esto don Lope, escribió una amorosísima carta á su tia, rogándola le perdonase por haber querido ser mejor general que obispo, contrariando su voluntad.

Pero la condesa, que no podia perdonar á aquel desertor de la Iglesia, hizo que su administrador le contestase secamente:

«Que su excelencia habia visto con mucho disgusto se atreviese á escribirla despues de haberse atrevido á desobedecerla, dejando la sotana por la coraza; que no volviese á contar con que tenia una tia hermana de su madre; y que para evitar todo género de comunicacion entre ellos, puesto que ya era un señor alférez y con hábito, se habia impetrado y obtenido de su magestad, no embargante la menor edad de don Lope, se le pusiera en posesion de su patrimonio, para que hiciese de él lo que le placiese, como ya lo habia hecho de su persona, á cuyo fin se le decia el nombre del sugeto á quien, provisionalmente y hasta que él determinase como dueño, se habia encargado la administracion de su hacienda.»

Recibió don Lope esta carta al mismo tiempo que la del admi-

nistrador nombrado; contestó á este, que puesto que para tal encargo le habian elegido, debia ser digno de él, y en tal empleo le confirmaba; y á su tia manifestándole que, aún á riesgo de enojarla, no podia menos de protestar que la amaria siempre como merecia ser amada; y que habiéndola ya desobedecido cuanto podia desobedecerla, y por necesidad, se ponía humilde y cariñosamente á su mandado.

La condesa no contestó ni por sí ni por otro á esta cariñosa carta de su sobrino.

Tuvo paciencia don Lope, porque amaba á su tia; dióse por solo en el mundo, sin más arrimo que sus rentas y su espada; y lleno de ambicion de gloria y mando, fué tan buen soldado, que aún no habia cumplido veintidos años y ya era capitán de una compañía de corazas de Farnesio, bravo regimiento que sostenia la prez y el buen nombre del príncipe que le habia creado.

XIII.

Corrieron así los tiempos, sin que, á pesar de sus hazañas, el capitán Ponferrada, que ya sabemos que este era el apodo que en el ejército tenia don Lope, lograse dar el salto á maestre de campo, escalon inmediato del grado de cuartel-maestre general.

Escribia con mucha frecuencia don Lope á don Gaspar de Guzman, y le decia casi siempre lo mismo:

«A muertos y á idos no hay amigos: paréceme que habré de renunciar á vuestra amistad, porque teniendo vos la mano que todos saben en la corte, no haceis nada para que yo salga á maestre de campo, por más que yo deshago enemigos y hago milagros con mi buena compañía de corazas en servicio de su magestad y en prez del nombre español.»

A lo que el conde-duque contestaba, que no tenia tanta mano como se creia, principalmente en esto de empleos; que todos los vendia don Rodrigo Calderon, sin dejar uno á vida para nadie; y que puesto que no podia ser de otro modo y que dineros tenia, comprase lo que deseaba.

A lo que don Lope contestaba:

«Que él no habia de rebajarse hasta el punto de comprar lo que tan ganado tenia con su sangre, y que habian de dárselo como recompensa, y que si no, no lo queria.

XIV.

En esto y otras cosas, pasaron tres ó cuatro años, murió Felipe III, sucumbió en el cadalso don Rodrigo Calderon, se vieron en el destierro Lerma y Uceda, feneci6 de un berrinche don Baltasar de Zúñiga, y no teniendo ya nada que le hiciese sombra, el conde-duque de Olivares comenzó á ser de hecho, si no de derecho, rey y señor absoluto de las Españas y de sus Indias; y no habiéndose olvidado de don Lope, y contando con él para los propósitos que ya sabemos, le escribió enviándole licencia para que de Flándes se viniese, y advirtiéndole, que si no le enviaba la provision de maestre de campo, era porque le guardaba para mayores honras y dignidades.

XV.

Tomó la vuelta de la corte de España don Lope, apenas recibió esta carta del conde-duque, dejando tristes á sus soldados y descorazonadas y amargas á no sabemos cuantas flamencas; y llegado que hubo é inmediatamente despues de la visita á su protector y amigo el conde-duque, fuése con gentil donaire á Puerta de Moros á visitar á su tia, creyendo de buena fé que su sola presencia seria bastante para desarmarla.

Pero encontr6se con que le hicieron esperar en la antecámara, y con que despues de un cuarto de hora largo, un maestresala le dijo que su excelencia le mandaba dijese á su señoría, que su excelencia no existia para él, que la tuviese por difunta y enterrada, y que no se hablase más en ello.

—Pues decid á su excelencia, contestó don Lope, que por tan muerta y tan enterrada la doy, que de aquí me voy á casa del sastre á ponerme luto, y luego á la parroquia á mandar sufragios por su alma.

XVI.

Y así como lo dijo lo hizo don Lope; y cuando al otro dia en las gradas de San Felipe, en el llamado Mentidero, al verle tan negro le preguntaron por quién era aquel duelo, respondió:

—¿Pues qué, no sabeis que para mí se ha muerto mi muy querida tia la condesa de Santurces?

—¿Y de qué enfermedad se os ha muerto vuestra tia? le preguntaron.

—De sentimiento porque no puedo decir una misa de *requiem* por su alma; pero ya las he mandado rezar á quien puede, y tanto dá.

En palacio contestó lo mismo á todo el mundo, y aún al mismo rey, que encontrándole al pasar en la saleta, y extrañando su luto, tuvo la dignacion de apearse de su hinchada prosopopeya, y preguntarle por el difunto.

Contaba don Lope con que esta excentricidad haria ceder á su tia: pero no habiendo dado luz este medio, quitóse el luto y se resignó á tener por muerta á su tia, salvo cuando la necesitase de veras.

XVII.

Después de este tiempo, en el cual sirvió mucho don Lope al rey como su acompañante nocturno, á causa de su destreza en la esgrima y del temple de su corazon, se le hizo el encargo de la Calderona, que don Lope aceptó como habia aceptado otros, por las razones que ya hemos dicho; viniendo por este encargo á la situacion en que se encontraba en la plebeya hosteria ó más bien, bodegon de Zampacrudo.

XVIII.

Maria Calderon habia entrado, como hemos dicho, desalentada, pálida, cuidadosa, hasta un punto mortal.

Pero hemos dejado muy atrás á otras personas de nuestra historia, y por lo mismo, para ocuparnos de ellas, vamos á dejar en este punto á Maria Calderon, á don Lope y á Quevedo.

CAPÍTULO IX.

Quién era la condesa de Santurces.

I.

Tenia treinta y ocho años; pertenecía á la servidumbre de palacio, habia sido camarista de la princesa de Asturias, y cuando esta habia ascendido á reina, habia seguido siendo su camarista, ó más bien, su confidenta.

Y no era dama de honor doña María Estébez de Gormaz, porque no era casada.

¿Y por qué no era casada doña María Estébez, condesa de Santurces, grande de España de primera clase, con pingües rentas y sobre todo esto discreta, dulce, sencilla y hermosa en alto grado?

Este era un misterio: habian llovido sobre ella pretendientes; la habian asediado los más galanes; la habian tendido redes los más astutos, y de todo habia triunfado la virtud ó la indiferencia de doña María.

II.

Decian malas lenguas que allá en sus buenos tiempos, la condesa habia tenido unos amores misteriosos é imposibles, de resultas de los cuales la habian metido en el convento de Santo Domingo el Real, y que si no la hicieron profesar, fué porque cuando se andaba en esto, se murieron sus padres, inmediatamente despues de lo que,

mayor de edad ya doña María, se salió del convento, se puso en su casa con dueñas que la autorizasen, y entró de camarista en la servidumbre de la princesa doña Isabel.

Añadian las lenguas viperinas, que por este tiempo habia sucedido algo misterioso y terrible que se habia traslucido, pero que no se habia aclarado: esto es, la muerte repentina de doña Clara, hermana menor de la condesa, casada con el marqués de Orveto, y añadía la maledicencia siempre carnívora, que si la condesa de Santurces no se habia casado con el marqués de Orveto, era porque mientras pasó el luto y se pidió la dispensa, adoleció el marqués de unas fiebres malignas, de las que murió al cabo. Pero todo esto se decia muy por lo bajo y con gran reserva; y alguno, que enamorado de la condesa por obtener alguna prueba con que comprometerla habia buscado cuantos datos habia podido, habíase encontrado con que doña Clara habia muerto de congestion cerebral, á causa de una violenta caída por las escaleras, y con que ningun antecedente habia en la curia eclesiástica acerca de que hubiesen pedido dispensacion para casarse el marqués de Orveto y la condesa de Santurces.

La envidia, pues, era materialmente la causa de aquellas calumniosas murmuraciones: apoyábanse principalmente estas en el tenaz celibato de doña María, siendo tan hermosa y tan rica; en cierto sobreejejo sombrío, que se parecia algo al resultado de un remordimiento, que nublaba de vez en cuando su siempre serena frente, y en lo exagerado de su devocion; puesto que cuando no estaba de servicio en el alcázar, ó comiendo, ó durmiendo, se pasaba el tiempo en la iglesia; y cuando esta se cerraba, en su oratorio, que venia á ser otra iglesia por sus dimensiones, por su ornamentacion y por sus riquezas.

En esto veian los ociosos malignos una gran necesidad de la condesa de ponerse bien con Dios.

III.

Pero nosotros, que como novelistas tenemos el privilegio de penetrar en el corazon de nuestros personajes y desentrañarle, podemos afirmar, que si bien habia algun viso de verdad en lo que la murmuracion decia, ningun crimen que pudiese juzgar y condenar la ley humana ennegrecia el alma de la condesa de Santurces.

Pero si la vista de los hombres no podia ver en ella crimen, Dios podia ver y veia en ella pecado.

IV.

Los padres de la condesa, seis años despues de su casamiento, y no habiendo tenido hijos, hicieron á Dios un voto temerario: le ofrecieron, si les concedia un hijo, consagrarle al claustro.

Hizose este voto solemnemente y con gran funcion de iglesia, y por casualidad sin duda, en el plazo necesario despues de pronunciado el voto, nació la pobre doña María.

Criáronla, desde el momento en que pudo sentir y conocer algo, como para la vida á que se la destinaba, y se la hizo devota por la costumbre de una manera exajerada.

Un año despues del nacimiento de doña María, nació con mejor fortuna, al parecer, doña Clara.

Pasaron años y años; llegó á cumplir los quince doña María, desarrollada ya y hermosa como un ángel, y cumplió sus catorce doña Clara, no ménos hermosa que su hermana, no ménos desarrollada, y muy parecida á ella.

V.

Vino por entonces á la córte un hermoso jóven de alta cuna, napolitano, rico, valiente, instruido, seductor.

Este jóven era el marqués de Orveto, grande de España que, como tal, venia á prestar homenaje á Felipe II, sirviendo algun tiempo en su casa como gentil-hombre.

Conoció, pues, á doña María, se enamoró de ella, enamoróse ella de él, mediaron mensajes de dueña, y despues cartas muy reservadamente, y se convino entre los amantes que el marqués pidiese al conde de Santurces la mano de doña Maria.

Confiaban los dos enamorados en el buen éxito de su pretension, puesto que no habia motivo para creer que los padres de doña María se negasen á un enlace conveniente.

VI.

Pero quedóse helado el marqués de Orveto cuando apenas indicada su pretension, el conde de Santurces le dijo:

—No pasemos adelante: mi hija mayor tiene esposo.

—¿Y quién es ese esposo? dijo poniéndose pálido de celos el marqués.

—Jesucristo, contestó el conde.

Y á seguida, reveló al marqués el voto que su mujer y él habian hecho á Dios por que les concediese hijos.

El marqués se hizo atrás, seguro de que nada recabaria de la severidad del conde de Santurces, y de que se veria obligado, si se obstinaba en casarse con doña María, á esperar, ó que la muerte de sus padres ó que su mayor edad la dejasen el ejercicio de su libre alvedrio.

Esto sin contar con que el conde le habia manifestado, que habiendo cumplido ya su hija mayor quince años, iba á hacerla tomar el hábito de novicia en el monasterio de Santo Domingo el Real.

Y como doña Clara era tan hermosa como doña María y muy parecida á ella, el marqués, en la misma visita en que habia ido á pedir la mano de María, vista la imposibilidad, pidió la de Clara, que se le otorgó.

Esto fué un rayo para doña María, que se habia enamorado de veras, con toda su alma, del marqués de Orveto, mientras que este solo habia sido sensible á la hermosura de la jóven y á las buenas rentas del condado de Santurces.

En este estado de despecho y aun de cólera, doña María oyó por la primera vez la revelacion de que antes de haber nacido habia sido prometida á Dios por sus padres, y desesperada é irritada, en un acceso de pasion, pronunció confirmándole voluntariamente el voto hecho por sus padres.

Algun tiempo despues y en un mismo dia, se celebraron dos solemnidades; la toma de hábito de doña María en el monasterio de Santo Domingo el Real, y el casamiento de doña Clara con el marqués de Orveto.

VI.

Pero cuando hubieron pasado algunos dias y tuvo lugar la reflexion para sobreponerse á la exacerbacion del espíritu de doña María, comprendió esta que no habia nacido para el cláustro, que sus sombríos muros la ahogaban, y que entre ellos acabaria por morir muy pronto devorada por la melancolia.

Pidió, pues, á su padre la sacase del cláustro, lo que escandalizó al conde de Santurces, que se mostró severisimo con su hija, y la conminó con los más terribles castigos, si en el término de un año no pronunciaba los irrevocables votos que debian apartarla para siempre del mundo.

Calló doña María aterrada por las amenazas de su padre, pero dotada de una grande fuerza de voluntad, se propuso aprovechar el primer medio que se la presentase para defenderse de la tiranía de su padre.

VIII.

Acertó á hacer algun tiempo despues una visita á los conventos de monjas de su diócesis, el cardenal arzobispo de Toledo, inquisidor mayor Valdés, anciano de gran rectitud y de gran firmeza.

Aprovechó la ocasion doña María, y asombrando con su audacia á las madres, á las novicias y á las educandas, manifestó al cardenal que le iba la salvacion del alma en que la escuchase en confesion.

A tan graves palabras, el cardenal contestó asintiendo al deseo de doña María: escuchóla en el confesonario, y la jóven revelándole por completo su situacion, le afirmó que moriria desesperada y perderia su alma si la obligaban á profesar.

El cardenal hizo presente á doña María lo irrevocable del voto de castidad que solemnemente habia pronunciado, el cual no podia romper sin poner en grave riesgo su salvacion; pero la aseguró de que con tal de que guardase el voto de castidad, podia muy bien dispensársela la profesion de monja, y de ella la dispensaba, autorizándola para negarse á la profesion y ampararse de él si se pretendia obligarla.

A esto añadió el buen prelado una enérgica recomendacion á la superiora del convento para que no se castigase, ni se oprimiese, ni se violentase á doña Maria cuando se negase á obedecer á su padre en cuanto á lo de la profesion.

Además, el cardenal llamó al conde de Santurces y le amonestó haciéndole comprender que en materias tan graves como la eleccion de una criatura acerca del empleo que ha de dar á su existencia, era necesario irse con piés de plomo, y no dar ocasion con rigores excesivos á que la desesperacion se apoderase de su alma y esta se perdiese.

Le advirtió de que habia dispensado á su hija, usando de sus facultades, del voto que habia hecho de ser monja, pero no del de castidad.

Y le advirtió que él miraria con gran disgusto el que se ejerciesen contra doña María violencias de ninguna especie, y de que la tomaba bajo su proteccion.

—Pero por más que vucencia ilustrísima, dijo el conde de Santurces, haga lo que puede en lo que ha hecho, no puede impedirme el uso de mi autoridad paterna; y con arreglo á ella, pero por mi fé y por mi honor, que si bien ninguna violencia se ejercerá sobre mi hija mientras yo viva y mientras viviese su madre, si me sobrevive, doña Maria permanecerá en el convento.

—En buen hora, respondió el cardenal; libreme Dios de atentar contra los derechos de un padre; pero advierto á vucencia que se expone á quedarse sin su hija.

—Mejor la quiero muerta que triunfando contra su padre.
Y el cardenal y el grande de España se separaron muy disgustados el uno del otro.

IX.

Murió á poco el conde de Santurces.

Doña Maria le lloró porque era buena hija y alentó la esperanza de que conmoviera á su madre y la sacaría del convento.

Pero sus esperanzas se desvanecieron muy pronto.

Su madre fué tan inexorable como su padre.

Este habia prevenido terminantemente y con grande energía, en su testamento, que no se sacase del monasterio á su hija, sopena de su maldicion.

No necesitaba de este estímulo la condesa viuda.

Guardó á su hija en el convento y guardó en tutela sus rentas.

Sobrevivió algunos años á su marido, y cuando se sintió próxima á la muerte, llamó á uno de sus parientes y le nombró tutor de doña Maria; pero con la condicion de que la retuviese siempre en el monasterio de Santo Domingo el Real.

El tutor electo lo juró así, aunque bien se le alcanzaba que cuando doña Maria llegase á su mayor edad, podia disponer libremente de sí misma.

X.

Doña Maria lloró mucho á su madre, pero lloró tambien tanto despues delante de su tutor, que este empezó á ablandarse, y como pasasen dias y más dias y no la sacasen del convento, le dijo probando el último recurso:

—La mitad de mis rentas os dejo desde ahora hasta que llegue á mi mayor edad, si en el momento me sacais de aquí.

Estas palabras conmovieron mucho más al tutor que lo que le habian conmovido las lágrimas y las súplicas de doña Maria, y de allí á un mes la sacó del convento y la puso en su casa autorizada por respetables dueñas.

XI.

Tenia doña María diez y ocho años, salió del convento y entró al servicio de la princesa de Astúrias, como camarista.

A poco murió casi de repente su hermana, y de ello tomó acta la murmuracion maldiciente, atribuyendo en voz baja, y como ya hemos dicho, á doña Maria la muerte de doña Clara.

El marqués de Orveto, viudo, encontrando más hermosa y más desarrollada á doña Maria que cuando se enamoró de ella, quiso con ella casarse mediante una doble dispensacion del voto de castidad y del parentesco de afinidad; pero doña Maria se negó, primero porque no se atrevia á romper su voto que habia confirmado una y otra vez, y luego y principalmente, porque la injuria que la habia hecho el marqués lastimando su amor y casándose con su hermana, habia trabajado de tal manera en su corazon y en su amor propio, que se habia curado del amor que por el marqués habia sentido, cambiándole primero en desprecio y en olvido despues.

Sin embargo, como el marqués, creyéndose seguro del éxito, habia hablado decididamente de sus segundas nupcias con doña Maria á sus amigos, de aquí nació lo que se murmuraba, de que el marqués y la condesa habian pedido la dispensacion necesaria para su casamiento, y que si este no se habia verificado culpa habia sido de la muerte que se habia llevado prematuramente al marqués.

XII.

Dejó este dos hijos, don Gaspar, heredero de su título y de su mayorazgo, y don Lope, heredero de la mitad de los bienes libres que el marqués habia comprado con el sobrante de sus rentas de cada año para que su hijo segundo no se quedase pobre desamparado, y atendido á unos alimentos transitorios que debian cesar cuando su hermano mayor tuviese sucesion.

Y tal habia sido el amor del marqués hácia su segundo hijo, que sin atender en nada á los gastos de representacion á que le obligaba su rango, estableció tal arreglo en su casa, tal y tan prudente

economía, que con la parte que de los bienes libres del marqués correspondía á don Lope, quedó este riquísimo.

Y no fué esto solo, el marqués encomendó interinamente la tutela de don Lope al tutor de su cuñada, hasta que habiendo llegado esta á su mayor edad pudiera ser tutora de su sobrino.

XIII.

Veinte años tenia la condesa de Santurces cuando murió su cuñado el marqués de Orveto, doce don Gaspar y once su hermano don Lope, que era ya paje del príncipe de Astúrias.

Era como hemos dicho un niño delicioso.

Para desgracia de doña María se reveló en ella por el hijo, á pesar de que era un niño, el amor que habia sentido por el padre.

Don Lope se le parecia completamente, pero aventajándole.

Era más bello y más gracioso.

Doña María vió en el niño al hombre con esa infinita viveza de la imaginacion de las mujeres, y amó al hombre en el niño con una pasión impetuosa, volcánica, terrible.

Este era el pecado que ocultaba en su alma doña María.

Este pecado el que hacia aparecer alguna vez el tinte sombrío que nublaba su serena frente y que los murmuradores atribuian á un remordimiento causado por el horrible crimen de un patricidio oculto.

¿Pecaba doña María? somos ó no somos cristianos y católicos.

Por ante la teología católica, doña María pecaba gravemente: habia ofrecido solemnemente á Dios su castidad y faltaba á ella, la manchaba amando con una pasión del infierno á su sobrino, con un amor hasta cierto punto repugnante, por lo temprano de la edad de don Lope, con un amor de los sentidos que apresurando fantásticamente el tiempo, le hacia ver como hemos dicho al hombre en el niño.

El muchacho, vivo, alegre, dotado de muy buen carácter, adoraba á su tia, pero de una manera pura, purísima, con el amor de un sobrino, que nada tenia que ver con el amor del hombre hácia la mujer con quien se une.

Don Lope sonreía á su tia, la guiñaba el ojo, la hacia picardigüelas, la sacaba dinero, la llamaba hermosa y la besaba en la boca.

Doña María besaba en el niño al hombre, y al besarle su frente

se cubría con la oscurísima nube que representaba la tormenta de su alma.

Al besar á su sobrino se le representaba de improviso, allá en el fondo de su conciencia, el sombrío espectro del pecado.

Lloraba á solas y se desesperaba, cuando allá por la noche en altas horas pasaba algun hermano del Pecado Mortal cantando con voz y son espantable aquellas coplas que se llamaban saetas, y entre ellas aquella de

¡Mira que te mira Dios!
¡Mira que te está mirando!
¡Mira que vas á morir!
¡Mira que no sabes cuándo!

Doña María temblaba estremecida de terror, la parecía que el infierno entero se entraba en su alcoba y se la llevaba por debajo de la cama; y se encomendaba á Dios, y se daba golpes de pecho, y se levantaba y se iba á su magnífico oratorio, y allí se disciplinaba para ahuyentar al infierno.

De aquí nacieron las exageradas prácticas religiosas de doña María, que buscaba su fuerza en Dios contra la tentación.

Era una pecadora valiente que luchaba brazo á brazo con el pecado, pero que no tenía fuerzas bastantes para echarle completamente de su alma.

XIV.

Creció el mozo y creció el terror de doña María.

A los quince años era don Lope para doña María la locura, el delirio del enamoramiento.

Y, sin embargo, aquella pobre víctima de su destino, sentenciada á morir, lo sufría de una manera imponderable, sin haber hecho mal á nadie.

Tenía bastante temor de Dios y bastante fuerza de voluntad para que no se exhalase por sus miradas el amor voraz, el extraño amor en que su alma ardía.

Amor del infierno, como la decía irritado su severo y grave confesor fray Lucas de Avila, de la orden del seráfico Padre San Francisco, en la casa de Capuchinos de la Paciencia en la villa y corte de Madrid, sita en el terreno que hoy ocupa la plazuela de Bilbao.

XV.

Vino por entonces un hechicero napolitano, y deseosa doña María de conocer el destino de don Lope, más que por don Lope por si misma, consultó supersticiosamente á aquel hechicero y recibió de él una inspiracion cuando la dijo que destinase á su sobrino á la Iglesia para evitar las desgracias que de otro manera sobrevendrian irremisiblemente á don Lope.

Y decimos que doña María recibió una inspiracion, porque se dijo:

—Añadamos al voto mio un voto suyo, y de esta manera habré opuesto al infierno cuantas dificultades pueden oponérsele.

XVI.

Pero don Lope hizo lo que quiso.

Ahorcó el manto y la beca de seminarista, se encajó la casaca, se ciñó la espada, montó á caballo, se fué á la guerra, se hizo un valiente de los de nombradia, alcanzó honras y premios, y acabó de volver loca á su tia, que reventaba de orgullo por su sobrino, y que considerándose más débil que nunca, tomó el partido de enojarse aparentemente con él, y rechazarle y no consentir ni aún el que la hablasen de él siquiera.

Pero aunque no le hablase, le veia alguna vez en palacio.

El hombre se habia hecho cada vez más hermoso, más seductor de lo que doña María habia creido llegaria á ser; y luego las damas de la corte contaban de él bizarrías y galanteos y diabluras, y la pobre condesa enloquecia más y más, y al tormento de su amor añadía el de sus celos, y extremaba su defensa mostrándose con las gentes que de su sobrino la hablaban, cada vez más severa con su sobrino, á quien llamaba apóstata y mal hombre y dejado de la mano de Dios, y merecedor por sus vicios de que el rey le enviase á remar en una galera.

Y, sin embargo, lo que más despechaba ya á doña María era que su sobrino no la buscase y no se enamorase de ella y con ella no se casase, porque doña María, completamente rendida ya, habia pronunciado sin miedo esta blasfemia:

—Mi alma por su amor.

XVII.

En tal estado, pues, se encontraba la condesa de Santurces cuando, viéndose con doña Esperanza don Lope en una situación difícil, y sin tener á dónde llevarla, arrostró por todo y la llevó á casa de su tia.

Cuando esta le recibió convertida ya en sumisa de terrible que habia sido antes, estaba muy lejos de creer que don Lope iba de tal manera acompañado.

Creyó más bien que á causa de alguna fechoría iba á su casa á buscar abrigo contra la justicia.

CAPITULO X.

De cómo envió la condesa á uno de sus criados por noticias, y este se trajo quien se las diera mejor que él.

I.

Dada la situacion en que se encontraba la condesa de Santurces, que despues de largo tiempo de haberse negado ténazmente á recibir á su sobrino, vencida al fin por su amor le recibia en una hora intempestiva, júzguese cuál seria su sorpresa al verle conduciendo á una jóven tan hermosa como doña Esperanza.

Sin embargo, acostumbrada á disimular profundamente sus afectos y sus pasiones, doña Maria se dominó, se armó de una tranquilidad aparente, y llevándose consigo á su aposento á la desconsolada doña Esperanza, la dijo:

—¿Qué ha sucedido, hija mia? ¿Qué es esto? Explicadme por qué os ha traído á mi casa mi sobrino.

—Una gran desgracia, señora: una desgracia de que yo en parte é inocentemente he tenido la culpa.

—¿Conocíais á mi sobrino? preguntó la condesa.

—No, señora; no le he visto hasta esta noche en que tan generosamente me ha amparado.

—¿Dónde le encontrásteis?

—En la calle.

- ¿A qué hora?
- Poco antes de que me trajera á vuestra casa.
- ¿Y qué haciais á tales horas en la calle?
- Huía.
- ¿Y de qué?
- Del furor de mi padre.
- ¡Cómo! ¿Habeis dado ocasión á que vuestro padre se enfurezca?
- Sí, engañada por mi amor.
- ¿Amais? dijo la condesa pronunciando estas palabras de una manera singular.
- Sí, contestó doña Esperanza ruborizándose y bajando los ojos.
- ¿Y á quién amais?
- A un desgraciado.
- Ese desgraciado no es mi sobrino, ¿es verdad?
- Ah no, no señora; yo no he conocido á ese caballero hasta esta noche: pero Dios mio, añadió doña Esperanza como quien vuelve de un sueño; yo no sé ni lo que pienso ni lo que digo; estoy aquí, no sé lo que ha pasado allá; mi padre, Dios mio, se quedó riñendo con Andrés, con Andrés que no reñía con él sino porque no me matara: por piedad, señora, quiero saber lo que ha sido de mi padre, lo que ha sido de Andrés: un criado vuestro puede ir á informarse.
- ¡Oh! sí, sí, exclamó la condesa.
- Y agitó una campanilla de plata que estaba sobre una mesa.

II.

Al momento se presentó una respetable dueña, una de las guardadoras del recato de la condesa.

—Doña Apolinar, dijo esta, hacedme el favor de mandar digan á Someruelos que se levante y venga.

—Muy bien, señora condesa, dijo doña Apolinar; se despertará á Someruelos, pero tiene el sueño tan pesado, que si á vucencia le urge lo que ha de mandar le seria mejor llamar á otro.

—Someruelos, Someruelos; se necesita un hombre de corazon y de buen ingénio para lo que le necesito.

—Muy bien, señora.

III.

La observacion de la dueña consistia en que estaba gratisima-

mente entretenida en hablar con el tal Someruelos, que era un camastron, por una reja de las habitaciones de la condesa que correspondía á la galería principal del patio.

La condesa no pudo ménos de reparar en que la dueña habia acudido demasiado pronto vestida aunque sin toca, y con algo de desaliño.

Doña Apolinar era una cincuentona muy fresca, muy rolliza y con muy buenos bigotes, como suele decirse, una buena moza madura.

IV.

—Me parece, dijo para sí la condesa, que hay algun desórden en mi casa.

Y añadió dirigiéndose á doña Esperanza:

—No os aflijais, hija mia, que Dios querrá que la desgracia que ha acontecido y que os ha traído aqui, no sea irremediable.

—¡Ah señora, señora, y qué bien se vé no conocéis á mi padre! y él, él, yo estoy segura que si no hubiera temido por mi vida, hubiera huido antes de cruzar su espada con la de mi padre.

—¿Pero qué habeis hecho, desventurada? exclamó la condesa.

—He recibido á un hombre en mi jardin, contestó doña Esperanza con la voz trémula, casi apagada haciendo un violento esfuerzo para pronunciar estas palabras.

—Dios mio, exclamó la condesa, ¿eso habeis hecho? ¿Hasta tal punto os habeis olvidado de vos misma?

—Yo estaba loca, señora.

V.

—Aquí está Someruelos, dijo doña Apolinar apareciendo en la puerta.

La condesa no pudo ménos de reparar en que Someruelos habia sido más ligero de sueño que lo que doña Apolinar habia supuesto.

—Entrad Someruelos, entrad, dijo doña Maria; y vos, doña Apolinar, retiraos.

VI.

Someruelos entró.

Era un lacayo de muy buen corte, alto, recio, muy sacado de

pecho y muy alto de cabeza á lo galan y á lo bravo, con grandes mostachos retorcidos, con la certificacion de picaro en la cara, y como de treinta años.

La condesa le tenia á su servicio así como á algunos otros de su estampa y de su jaez para que la guardasen la casa y para que la acompañasen de noche cuando volvía tarde de la disciplina de la bóveda de San Ginés, ó de acompañar el rosario de la Soledad, ó de otro ejercicio piadoso nocturno.

Ya sabemos que de tal manera inquietaba su pecado oculto á doña María, que no perdonaba medio á fin de merecer que Dios la diese fuerzas para librarla de una derrota.

VII.

—Venid acá, Someruelos, dijo la condesa, vais á ir á informaros de lo que ha sucedido en la calle y en la casa que os dirá esta señora.

—En la calle de los Autores, casa del capitan don Mendo de Salvatierra.

—Muy bien, señora, dijo Someruelos.

—Id y no volvais sin traer informes de todo lo que hubiere acontecido.

Someruelos salió.

VIII.

Doña Esperanza estaba en un estado verdaderamente alarmante.

Ardian sus ojos con el fuego de la fiebre.

Estaba mortalmente pálida con la expresion del terror y de la ansiedad en el semblante, y temblaba de tiempo en tiempo de los piés á la cabeza.

Su propia excitacion la habia sostenido hasta entonces.

Pero sobrevino el aniquilamiento de sus fuerzas.

Apenas habia salido Someruelos extendió los brazos hácia la condesa, dió un grito, se llevó á la cabeza las manos y se desplomó.

La condesa acudió aterrada á sostenerla.

El subido color rojo que aparecia en el semblante de doña Esperanza, indicaba un terrible y peligroso acceso de sangre á la cabeza.

Doña María, acomodando en un sillon á la jóven, fué á la mesa y agitó violentamente la campanilla.

Presentóse doña Apolinar.

—Al momento, al momento, mis médicos, mis doncellas, id, no os detengais.

Doña Apolinar salió á escape.

Algunos momentos despues entraron á medio vestir dos doncellas soñolientas que colocaron á doña Esperanza que estaba sin sentido, sobre el lecho de la condesa.

Desnudaron á la jóven y la cubrieron.

Poco despues entraron otras dos doncellas.

IX.

La condesa estaba vivamente sobreescitada y no sabia que hacerse.

Pero se la habia quitado un peso del corazon.

Ni su sobrino amaba á doña Esperanza, segun ella creia, ni doña Esperanza amaba á su sobrino.

Esto hacia que la condesa se interesase por doña Esperanza infinitamente más de lo que se hubiese interesado si hubiera habido amores entre los dos jóvenes.

Doña Esperanza no daba señales de volver en sí.

Su estado era aterrador.

Se encontraba dominada por una congestion cerebral, y solo el que haya visto algun congestionado, comprende lo espantoso de un sér humano que se encuentra en esta situacion.

X.

Sobrevinieron al fin los doctores Angulo y Zarzaparra, famosos médicos que tenian por aquel tiempo el privilegio de matar impunemente á la gente noble y rica de la córte, y se encargaron inmediatamente de la enferma, mandándola emplastar y sinapismar de lo lindo.

La condesa les preguntó ansiosa acerca de lo que se podia temer, y la contestacion fué tan científica y tan intrincada, que la condesa se quedó sin entender una palabra, sacando solo en claro, que los doctores reservaban su opinion acerca de la enferma para cuando la tuviesen.

Todo se reducía á esto: es grave, gravísimo, no podemos decir nada por ahora, por esto y por lo otro, y volvian las frases técnicas y el intrincamiento, y el no entender nada la condesa.

No podia deducirse otra cosa sino que sería lo que Dios quisiera.

XI.

En esto volvió Someruelos, bien pasada or a y media, y dijo á la condesa:

—Negro, negrisimo, es lo que ha sucedido; el capitan don Mendo de Salvatierra, es ya alma del otro mundo, y puesto que vucencia quiere saberlo todo, en esto anda el conde-duque de Olivares.

—¡Cómo! ¿Que en esto anda el conde-duque? ¿en un asunto que ha producido la muerte del padre y la fuga de la hija?

—Si, sí, señora; en esto anda el conde-duque, porque cuando de órden de vucencia fui á reconocer los lugares que se me indicaron, me encontré allí con Gil Perez, ayuda de cámara del conde-duque, en quien este señor tiene puesta toda su confianza; y como yo habia comprendido que vucencia tenia un gran interés en saber lo que habia pasado, dije: Gil Perez, hermano, si quieres hacer un buen negocio, vénte conmigo: y ¿adónde? me preguntó; á casa de mi señora, le dije: bueno, con tal de que tu señora no me entretenga demasiado, no importa, porque mi amo está entretenido para mucho tiempo, tal vez para toda la noche: y se vino conmigo.

—¿Y está ahí ese hombre?

—Sí, señora.

—¿Dónde?

—En la antecámara.

—Pues bien, llevad luces á la cámara.

La condesa se fué á la cámara y se encontró en ella al mismo criado con quien al principio de este libro habia tenido una reyerta don Lope en la cámara reservada del conde-duque, en el alcázar.

CAPITULO XI.

De lo que contó Gil Perez á la condesa de Santurces.

—Dios os guarde, dijo la condesa á Gil Perez. Sois criado de don Gaspar de Guzman, ¿no es cierto?

—Sí señora, contestó Gil Perez; soy su ayuda de cámara.

—Sois, creo, además muy amigo de Someruelos.

—Sí señora; somos de una misma tierra y algo parientes.

—Someruelos ós habrá dicho lo bien que yo pago y lo bien que yo agradezco los servicios que se me hacen.

—Sí, señora, lo sé; vucencia es una magnánima señora.

—Bien, me alegraré de tener ocasion de recompensaros.

—Haré lo posible, señora, por merecer la proteccion de vucencia.

—Decidme, ¿qué ha sucedido esta noche en la calle de los Autores casa del capitan inválido don Mendo de Salvatierra?

—Me pregunta vucencia, señora, una cosa harto grave.

—Pues porque es grave tengo más deseos de saberla.

—Pues entonces ruego á vucencia que se sienta, porque la relacion será larga.

La condesa se sentó en el gran canapé que habia en el estrado y Someruelos quedó respetuosamente de pié á corta distancia.

II.

—Pues ha de saber vucencia, señora, dijo Gil Perez, que el don Mendo de Salvatierra tenia una hija de quinze á diez y seis años, hermosa como un sol.

—La conozco, dijo la condesa.

—Pues bien; conocióla el conde-duque un dia que su padre con poco advertimiento la llevó consigo á una audiencia al alcázar, verdad es que el pobre señor estaba enfermo y no se podia tener bien de pié; pero el caso fué que vieron á doña Esperanza, el rey y el conde-duque...

—Y bien, sí, dijo la condesa viendo que Gil Perez se habia detenido.

—Callábame por respeto á vucencia.

—Seguid, seguid.

—Pues su majestad y su excelencia se enamoraron á cual más de doña Esperanza.

—Bien, bien, adelante.

—Y resultó de aquí, que como no era posible entrar en la casa del honradísimo capitan Salvatierra, aunque indirectamente, se pensó en robar á la niña.

—Pero Dios mio, ¿esas cosas hace el conde-duque?

—El conde-duque es muy galan y muy poderoso señor, y obra con las mujeres tal como puede. La verdad del caso es, que para que hubiese ocasion de robar á doña Esperanza, mi señor dió á su padre el gobierno del castillo de Guadalajara, al que tenia que trasladarse; y para que no pudiese llevar escolta, dió un empleo de alférez á su hijo Juan de Salvatierra y Gomez de Salcedo con alguna anticipacion; de suerte, que cuando don Mendo se puso en marcha para tomar posesion de la alcaidia del castillo de Guadalajara con su hija, no llevaba más resguardo que los mozos de mulas de la litera en que su hija iba y otro mozo que le acompañaba en una mula.

Ahora bien, y aquí entra la parte más grave del suceso, habia en Guadarrama un famoso bandido llamado Andrés del Páramo, hombre de muy buena casa y de muy buena familia, pero muy desgraciado, que por desventura se ha visto en la necesidad de echarse al camino y de hacer fechorías, si bien nada hace que no revele en él un buen corazon, porque él no mata á nadie ni roba á los pobres ni maltrata á las mujeres.

En uno de los pueblos del tránsito acertó á estar, cuando pasaba don Mendo con su hija, Andrés del Páramo, desconocido de la gente del pueblo y entretenido en la posada mientras tomaba un descanso su caballo; algunos de los de su gente estaban fuera del pueblo, al que Andrés del Páramo habia ido por una cuestion de mujeres; pero en el momento en que vió á doña Esperanza se enamoró de ella, y doña Esperanza sin conocer que se enamoraba de un bandido, creyendo que Andrés del Páramo era un soldado, pues preseas de tal gastaba, se enamoró tambien en aquel mismo punto.

Comprendieron los dos sin hablarse que se amaban, diciéndoselo con los ojos, y habiendo entrado en conversacion Andrés del Páramo con don Mendo de Salvatierra, supo que iba al castillo de Guadalajara con su hermosa hija á servir aquella alcaidia, sin más resguardo que los criados que le acompañaban, que era gente inútil.

Andrés del Páramo calló y no hizo ofrecimiento alguno, despidiéndose cortesmente de don Mendo de Salvatierra y de su hija; pero cuando estos salieron del pueblo, se fué detrás, recogió su gente y á lo largo siguió escoltando á don Mendo de Salvatierra y á doña Esperanza.

Aconteció que algo despues de Alcalá, unos hombres que estaban emboscados en el camino se arrojaron sobre la litera en que iba doña Esperanza y sobre don Mendo, al que cercándole, le imposibilitaron de toda defensa; pero no habian contado con la huésped; en el mismo instante, tres de los raptos enviados por el conde-duque cayeron al suelo heridos de bala de arcabuz. Los otros se aterraron y huyeron.

Sobrevino Andrés del Páramo, tranquilizó á don Mendo de Salvatierra y á doña Esperanza, les dijo que era soldado de aventuras, que iba á tomar bandera en Barcelona para Flandes con algunos compañeros suyos, y como todos los salteadores de Andrés del Páramo son gentes bien portadas, bien dispuestas y galanas, muchos de los cuales habian sido soldados, el viejo capitán Salvatierra creyó lo que Andrés del Páramo le habia dicho, esto es, que eran soldados de aventuras que iban á Barcelona á tomar bandera.

III.

—¿Y acompañó ese salteador á don Mendo de Salvatierra y á su hija hasta Guadalajara?

—Sí señora; y durante el camino, que hacian á pequeñas jornadas



Cayeron al suelo heridos de bala de arcabuz.

y en el que tardaron dos dias despues del encuentro de Andrés del Páramo, tuvieron lugar los dos amantes de hablarse y decirse que se amaban y de jurarse fidelidad eterna.

—¿Y por dónde sabeis vos eso, Gil Perez? dijo la condesa; porque supongo que tal cosa no os la habrá revelado doña Esperanza, que es una honrada doncella á pesar de todo, segun he podido juzgar.

—Esto, señora, contestó Gil Perez, me lo ha contado el mayordomo de Andrés del Páramo, que tambien los salteadores tienen mayordomo, y más de esto, que el tal Andrés del Páramo sabe Dios quién es, cómo se llama y qué persona.

—¿Y no lo sabeis vos?

—No, excelentísima señora; el mayordomo de Andrés del Páramo, á quien conozco porque antes de servir á ese señor sirvió en la casa donde yo servia antes de servir al conde-duque, suele verme alguna vez y hablarme y contarme de sus cosas, y entre ellas me ha contado más de una vez los amores de su amo.

—¿Es decir que entran en Madrid y viven en él salteadores?

—Ya lo creo, señora, ya lo creo; en Madrid hay más ladrones que en Sierra-Morena; los unos son ladrones de camino, los otros ocultos y encubiertos, que son los peores, y con capa de hombres de bien; en fin, yo no soy ni de los unos ni de los otros, pero conozco mucha gente, porque esto no puede remediarse. Por ejemplo, ayer Juan García, que así se llama el mayordomo de Andrés del Páramo, era un hombre de bien á carta cabal; despues se acomodó con su nuevo amo y tomó sus mañas; yo no tengo que ver con nada de eso; fuimos buenos amigos en otro tiempo, y porque haya resbalado, no es cosa que yo le niegue la palabra; tanto más, cuanto que aquí nadie le conoce, ni sabe lo que es, ni lo que no es; porque él, como mayordomo de su amo, es el que va y viene para llevar noticias á la compañía, y traer noticias á doña Esperanza, y proveerse de lo que necesitan, ya de armas, ya de ropas, ya de caballos; en fin, Juan García es un salteador que nunca sale al camino sino para hacer un viaje, y á quien nadie conoce como salteador, y se le puede tratar sin peligro y sin vergüenza. Si yo he revelado á vuestra excelencia esto, ha sido porque vuestra excelencia es una principalísima señora que quiere que se la sirva y á quien se debe servir.

—Bien, bien, dijo la condesa; vengamos al asunto que aconteció despues.

—Aconteció que Andrés del Páramo acompañó hasta Guadala-

jara al padre y á la hija; que se despidió de ellos antes de llegar á la ciudad, y se volvió triste y cabizbajo apenas los hubo perdido de vista.

—¿Y no sospechó el padre nada de aquella gente al ver que antes de llegar á la ciudad se despidió?

—No sé de qué pretexto hubo de valerse Andrés del Páramo, pero debió ser bueno, porque don Mendo no desconfió.

IV.

Pasó algun tiempo, y como don Mendo de Salvatierra se apercibiese de que el conde-duque enviaba mensajes y solicitudes secretas á su hija doña Esperanza, solicitudes y mensajes que esta rehusaba, porque estaba enamorada hasta el alma de Andrés del Páramo, comprendió que no era decoroso para él mantenerse en una alcaldía que le habia dado un hombre que solicitaba á su hija; y haciendo dejacion de aquel empleo, se vino á Madrid y á su casa y escribió á su hijo que dejase la plaza de alférez que en el ejército tenia; pero contestóle este que no le era posible de ninguna manera, sin que se menoscabase su honra; porque soldado que estando en medio de una tan recia campaña como la que entonces habia pide que se le licencie, se tacha de cobarde y de torpe.

Comprendió don Mendo la razon que su hijo tenia para no dejar su empleo de alférez, y volvió á escribirle manifestándole que en la primera ocasion lo dejase, y que si esta ocasion se dilatase, se metiese en parte de tal modo donde le mal hiriesen y pudiese pedir la licencia como inválido; porque, decia el buen don Mendo, es preferible la muerte á deber el pan á una persona que ha querido deshonorarnos.

V.

Y no hubo parado en esto solo; que don Mendo, á pesar de sus sesenta años, habia pedido una audiencia al conde-duque y le habia denostado, le habia echado en cara su mala intencion y le habia desafiado; pero el conde-duque se contentó con negar vivamente que él hubiese tenido ni aún intencion de atentar al honor de doña Esperanza; se disculpó con la edad de don Mendo para aceptar el reto, pretendió colmar de mercedes al viejo soldado, que las rechazó con indignacion; viéndose obligado á volverse sin satisfacer lo que á su honor convenia, á causa de la rotunda negativa

del conde-duque, porque don Mendo, á pesar de sus sesenta años, era fuerte como un roble.

VI.

—Pero bien, bien, dijo la condesa; vengamos al suceso de esta noche.

—El suceso de esta noche no se comprende todavía, señora.

—¿Por qué?

—Porque el conde-duque, empeñado por la resistencia que había encontrado en doña Esperanza, por lo que su padre le había sonrojado, y en el afán por el amor que doña Esperanza le inspiró, había preparado para esta noche un asalto á la casa de don Mendo, contando con un negro que á don Mendo servía.

—¿Y bien, qué? repitió la condesa.

—¿Qué? que de nuevo Andrés del Páramo ha evitado el robo de doña Esperanza por gente del conde-duque, mi señor, pero no ha podido evitar la muerte á don Mendo de Salvatierra.

—¡Cómo!

—Sí señora; en el momento en que las gentes enviadas por el conde-duque saltaban las tapias del jardín y penetraban en él, hallaba en el jardín con doña Esperanza Andrés del Páramo, exponiéndose á una inmensa desgracia, porque está procesado y sentenciado en rebeldía, y se metió en Madrid solo por hablar con doña Esperanza. Sucedió, que se encontró en el jardín la gente, y sin ser poderoso á tenerse, Andrés del Páramo acometió espada en mano á los que en el jardín habían entrado. El combate duró algun tiempo porque eran cuatro contra uno, aunque Andrés del Páramo se reparaba bien...

—¿Pero quién os ha contado todo eso? ¿Fuisteis vos de los que penetrásteis en la casa?

—No, no, señora, eso me lo ha contado el mismo Andrés del Páramo, que está muy mal herido en el cuerpo de guardias de las reales caballerizas.

—Y si está mal herido, ¿cómo ha podido matar al infeliz padre de doña Esperanza?

—Voy á explicárselo á vuecencia: como la lucha que acontecía en el jardín se prolongaba á causa de ser cuatro los que iban contra Andrés del Páramo, oyó el ruido de los hierros don Mendo de Salvatierra y tuvo tiempo de vestirse, de cojer una espada y de bajar

al jardín; á la primera persona que encontró fué á su hija que estaba aturdida sin saber que hacerse; la cual, al reconocer á su padre que bajaba con una linterna, dió á correr dando gritos, en tanto que Andrés del Páramo, alejándose de aquellos con quienes combatía, salió á la calle llamando á don Mendo de Salvatierra para detenerle porque iba tras su hija espada en mano: don Mendo se volvió, estaba ya en la calle.

—Deteneos, dijo Andrés del Páramo á don Mendo, no pasareis de aquí si no me prometeis no tocar á vuestra hija.

La contestacion de don Mendo, fué tirar una estocada á Andrés del Páramo: uno de sus hombres que estaba en la esquina de la calle guardándole las espaldas, tiró de la espada y se vino á don Mendo sin que lo advirtiese Andrés del Páramo, y equivocándose, y no sabiendo que el hombre que estaba frente á su capitán era el padre de doña Esperanza, sin que Andrés del Páramo pudiese verlo, tiró una estocada á don Mendo que le atravesó de parte á parte; el grito de muerte del capitán, hizo que Andrés del Páramo y el hombre de los suyos que le acompañaba, dieran á correr, no tanto para ponerse en salvo como para ir en demanda de doña Esperanza que hacia poco habia escapado hácia la plazuela de Santa Maria; pero al llegar al arco de la iglesia, se encontró con un hombre espada en mano que les acometió de tal manera, que el salteador que acompañaba á Andrés del Páramo huyó, y haciéndose este fuerte, recibió una cuchillada en la cabeza que le tiró al suelo: aquel hombre se llevó á doña Esperanza.

VII.

La condesa reconoció en el hombre que habia malherido al capitán de bandoleros, á su sobrino don Lope.

—Bien, bien, dijo, ¿con que es decir que ese Andrés del Páramo no ha sido el que ha matado al padre de doña Esperanza?

—No, no, señoría; quien le ha matado ha sido uno de sus hombres por darle ayuda, ignorando que el muerto fuese el padre de doña Esperanza.

—¿Y decís que ese Andrés del Páramo es de buena familia?

—A mí me ha parecido un gran caballero, cuando algunas veces le he visto en casa de su mayordomo Juan García; cuando entraba en la corte gastaba trage de hidalgo, llevaba ricas preseas, espada cincelada como el más noble y el más rico, y no quisiera engañarme, pero creo que le he visto alguna vez con el hábito de Calatrava.

—Eso no significa nada, dijo la condesa; un salteador puede ponerse para disfrazarse cuantos hábitos le parezca conveniente, y tomar por disfraz todos los trages, hasta los más nobles.

—Pero no se disfrazan tan fácilmente la cara á un hombre bien nacido; á un hidalgo se le conoce en el momento en que se le mira por tal, que tiene la costumbre de andar entre los caballeros y gente principal.

—¡Qué misterio! dijo la condesa. ¿Y ese hombre está sentenciado á muerte en rebeldía?

—Sí, señora, y si se salva de la cuchillada que tiene en la cabeza, que bien podrá ser, porque ha sostenido conmigo una conversacion lo que me dá esperanza acerca de su cura, no se escapa de la horca.

—Veremos, veremos, dijo doña Maria; tal vez el delito por que ese desdichado se encuentra en tal situacion, no sea tan grave que no pueda indultarle su magestad; ¿sabeis quién es el alcalde que le tiene preso?

—Sí, es uno de los más temibles de la sala de los señores alcaides de Casa y Corte.

—¿Y cómo se llama?

—Es el señor Pedro Gutierrez de Santisteban.

—Gracias: tomad por las noticias que me habeis dado, para que podais recordar que habeis hablado conmigo.

Y dió una sortija de brillantes á Gil Perez.

—Obligadísimo, señora, contestó este.

—Guardad un profundo secreto con vuestro amo acerca de haber venido á hablarme.

—No tiene vucengia que aconsejarme eso, porque está en mi interés.

—Bien, os advierto que si seguis sirviéndome en este negocio, vuestra recompensa será grande.

—Estoy completamente á la disposicion de vucengia.

En aquella época, en que todo el mundo no miraba más que al dinero, nada tenia de extraño esta traicion al conde-duque por parte de sus confidentes; entonces, como ahora, la gente se vendia al que más pagaba.

Gil Perez se retiró muy satisfecho de la condesa de Santurces.

La sortija que esta le habia regalado era de un valor que Gil Perez apreció solo con verla, porque era tan conocedor de la bondad de las alhajas, que solamente por su brillo las apréciaba, como se aprecia á la gente principal solamente por la cara.

CAPÍTULO XII.

De lo que la condesa de Santurces habló con el señor Pedro Gutierrez de Santisteban, que á pesar de su terrible fama, era un juez como otros muchos.

La condesa llamó otra vez á Someruelos, y le dijo:

—Vas á buscarme al momento con esta carta (habia escrito una) al señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.

—¿Y dónde vive el alcalde, señora? preguntó Someruelos.

—Muy fácilmente podrás averiguarlo, contestó la condesa.

—¿Y cómo?

—En el cuerpo de guardia de las reales caballerizas está herido un hombre.

—Es verdad, señora.

—Dicen que ese hombre es el que ha matado al capitán don Mendo de Salvatierra por causa de su hija.

—Bien.

—Pero está preso; debe tener un alguacil de guarda de vista; preguntad á ese alguacil por la casa del alcalde de parte de la condesa de Santurces.

—Muy bien, señora.

Someruelos salió á gran paso, se trasladó al cuerpo de guardia

de las reales caballerizas y no le permitió entrar el suizo que estaba de centinela.

—Vengo de parte del señor alcalde de Casa y Corte que ha dejado aquí preso á un herido, dijo Someruelos.

Con esta mentira penetró en la habitación donde en un mal lecho estaba con su cabeza herida y devorado por la fiebre, Andrés del Páramo.

El alguacil, que estaba sentado junto á una sarten sin rabo con algun carbon encendido, no quitaba ojo de Andrés, como si á pesar de estar herido temiese que se le escapase; tan terrible era la fama de aquel salteador.

II.

—Hermano ministro, dijo Someruelos, tengo que hablaros de parte de una excelentísima señora que tiene mucha mano en la corte.

—Para servir á vuesa mercé, dijo el alguacil levantando la cabeza y mirando á Someruelos; ¿y quién es esa excelentísima?

—La excelentísima señora condesa de Santurces.

—¡Ah! sí señor; yo he oído hablar mucho de esa señora, y me han ponderado su piedad, su religiosidad, su virtud y su corazon, y hánme dicho que vive soltera consagrada al Señor, y que por mucho que la han solicitado grandes señores, no ha consentido en casarse.

—Todo eso está muy bien, hermano ministro; pero es la cuestion que yo no puedo detenerme en una larga conversacion. Ved, aquí traigo una carta para el señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.

—Pero mire vuesa mercé que el señor Pedro Gutierrez de Santisteban está ahora mismo en casa del difunto con su secretario haciendo el embargo de cuanto hay en la casa de dicho difunto don Mendo de Salvatierra; allí podreis ir á buscarle.

—Dios os guarde, hermano ministro, dijo Someruelos, y muchas gracias, y toma el ducado de parte de mi señora, para que podais echar un trago ó unas medias suelas á vuestros zapatos, lo que mejor os conviniere, y adios, que me urge entregar esta carta á su señoría.

Someruelos se fué y pasó sin detenerse junto al mezquino lecho en que se encontraba casi sin conocimiento Andrés del Páramo.

En la casa de don Mendo de Salvatierra encontró á la puerta una guardia de alguaciles de la ronda de su señoría, que le impidieron el paso.

—Poco á poco, dijo Someruelos; ¿por qué me habeis detenido de mala manera si yo no vengo á entrarme de rondón donde no me llaman? excusado es tratarme á mí de una manera tan tiesa; hágame la merced el señor ministro de poner punto en boca, porque persona soy yo, por la persona á quien sirvo, que puedo hacer muy bien que le quiten la vara, y tengamos la fiesta en paz y diga lo más pronto que le fuere posible al señor Pedro Gutierrez de Santisteban que aquí le busca con una carta de la excelentísima señora condesa de Santurces, un criado suyo.

Achicóse el ministro de justicia cuando vió que se las habia no ménos que con un criado de muy buena casa, de un grande de España; pidióle le dispensase por haberle tratado tiesamente, como Someruelos habia dicho, y se metió para adentro á llevar el mensaje al alcalde de Casa y Córte, volviendo con el recado de que entrase el portador de la carta.

IV.

Entró Someruelos en una sala haja, donde se encontraba el alcalde con su escribano haciendo el inventario de lo que en aquella habitacion habia.

Leyó el alcalde la carta á la luz de la linterna de un alguacil, y se encontró con que la carta decia lo siguiente:

«Señor alcalde de Casa y Córte, Pedro Gutierrez de Santisteban: muy señor mio y de todo mi aprecio: espero que si las ocupaciones de vuestro oficio no os impiden venir á verme al momento, lo hagais, porque importa y yo os lo agradeceré mucho. Si asentis á esta mi demanda, seguid al criado mio que os dará esta carta. Bésoos las manos, guardeos Dios.

LA CONDESA DE SANTURCES.»

V.

Sintióse un tanto halagado por esta misiva el alcalde, se estiró la golilla, tosió, miró al escribano y le dijo:

—Creo, señor Pedro Ponce, que bien podeis seguir haciendo el inventario sin mi presencia.

—¿Y quién lo duda? contestó el escribano. Yo estoy satisfecho de que vuestra señoría sepa, como sabe, la gran confianza que puede tener en mí, y que no se quedará por inventariar una telaraña de todo cuanto hay en la casa.

—Señor Pedro Ponce, si no fuérais vos quien sois, en la cárcel os metia por el desacato en que habeis incurrido.

—No veo el desacato, señor alcalde.

—El desacato ha consistido en suponer lo que no podiais ni debiais suponer; esto es, que yo tenga de vos la más mínima desconfianza, cuando hace tanto tiempo que estais á mi lado, que os conozco, y que sé que sois hombre á quien puede fiarse todo.

—Muchas gracias, señor alcalde; vuestra señoría vaya tranquilo, que acaba de pasar una mala noche; se hará todo cuanto hubiera que hacer tanto en la terminacion del inventario, como en la ratificacion de la declaracion del preso, si es que se encuentra en estado de declarar.

—Muy bien, señor Pedro Ponce.

—Una palabra, señor alcalde. ¿Se trasladará el preso á la cárcel, ó qué se hará con él?

—Esperad, no tardaré mucho; pero si tardare, ateneos siempre á lo que dijese los médicos acerca de la conveniencia ó no conveniencia de llevar al herido á la cárcel, porque os advierto que no quiero poner en peligro su vida; tengo empeño en que muera de su muerte natural de horca.

—Muy bien, señor alcalde.

—Quedaos con Dios, señor Pedro Ponce; y vos guiad á casa de vuestra señora, añadió el alcalde dirigiéndose á Someruelos.

VI.

Media hora despues el señor Pedro Gutierrez de Santisteban estaba delante de la condesa de Santurces y en su cámara.

La condesa habia mandado encender la chimenea, que resplandecia, y se veian sobre la mesa algunos licores y algunas conservas.

El alcalde entró birrete en mano y con la vara no enhiesta como se entra para prender, sino terciada en señal de cortesía.

La vara de la justicia se humillaba ante la nobleza y ante la hermosura, pero en los buenos términos, puesto que allí no iba el al-

calde como autoridad, sino como una persona á quien suplicaba verla una tan principal y tan noble señora como la condesa de Santurces, á quien todo el mundo conocia en Madrid.

—Bésoos los piés, excelentísima señora, dijo el alcalde inclinándose profundamente.

—Besoos las manos, señor alcalde, contestó la condesa haciendo una reverencia perfecta.

—Sentaos.

—Gracias, señora; vuecencia me honra.

Y el alcalde se sentó arreglando bien la loba y la capa para no hacer mala figura, manteniendo su vara y su gorra como en una visita de etiqueta.

La condesa se sentó.

—Tengo que preguntaros algunas cosas importantes, dijo la condesa.

—Pregunte vuecencia cuanto guste, que yo la responderé si puedo, contestó el alcalde.

—Empezad por dejar el tratamiento á un lado; aquí no hay más que un caballero y una dama.

—Gracias, señora; sois tan amable tratada como de vos se dice á los que no os tratan.

—Favor que me hacen.

—¿Y en qué puedo servirlos, señora?

—Teneis preso á un gran bandido, dijo con cierta intencion la condesa.

—Sí señora; contestó el alcalde, cuyo entrecejo se nubló un tanto y poniéndose en guardia.

—No, no os alarmeis, señor Pedro Gutierrez, dijo la condesa notando el movimiento del alcalde; no pretendo nada contra la justicia; si á ese hombre se le hace favor porque lo merezca, no sereis vos quien lo haga, porque vos, señor alcalde, no podeis hacer más que justicia.

—Ciertamente, señora; y no faltaré á ella por nada del mundo.

—Bien; no estamos en ese caso; si á ese hombre se le hace alguna merced bajará de donde pueden bajar tanto el castigo como la misericordia: del rey nuestro señor.

—Ah, eso es distinto; pero os advierto, señora, que no debeis interesaros por ese hombre; es un criminal terrible.

—Bien, bien; ¿cómo se llama?

—Andrés del Páramo.

—¿Y no tiene otro nombre?

—Es probable que le tenga, porque en sus palabras, en sus maneras en lo que de su persona se desprende, parece ser persona ilustre; pero con el nombre de Andrés del Páramo ha delinquido, con el nombre de Andrés del Páramo se le ha juzgado, y si el rey no le indulta, con el nombre de Andrés del Páramo se le ahorcará; esto es, si no muere del tajo que tiene en la cabeza.

—Esta es otra cuestion; ¿sabeis quién le ha dado ese tajo?

—Háselo dado una persona desconocida para él segun él ha declarado; pero ha declarado tambien que esa persona estaba con la hija del difunto don Mendo de Salvatierra, y por la hija del difunto se sabrá quién ha acuchillado al salteador Andrés del Páramo.

—Bien, muy bien; dijo la condesa: ¿y qué pena se impondrá despues al que ha herido de tal manera á ese salteador?

—Segun y cómo, señora; si tenia con él alguna complicidad y por la hermosa doña Esperanza hirió á su cómplice, entonces se le juzgará como cómplice del rapto; pero si no tiene complicidad, si sobrevino como es posible y encontró á doña Esperanza perseguida por el malhechor y la defendió, no castigo, sino gracias deben darse al hombre honrado que ha hecho que la justicia se apodere muerto ó vivo de un criminal terrible que se le ha escapado.

—Muy bien, señor alcalde; ahora hacedme la bondad de tomar un refresco.

—Con mil amores, y mucho agradecimiento, señora, contestó el alcalde; no digo yo tomar un refresco, sino cualquier otra cosa tomaria yo de vos y no podria negarme á lo que vos de mí demandáreis, á no ser, que como no lo espero, me demandáreis algo que fuese en contra de la justicia y por consecuencia contra mi rectitud y mi buen nombre.

VII.

La condesa sirvió por sí misma bebidas y conservas al alcalde, lo que obligó mucho á este, porque al fin tenia el honor, el altísimo honor de ser servido y amabilísimamente tratado por una grande de España, dama de la reina, tal y tan recomendable como lo era por su alta reputacion de casta y virtuosa á pesar de su grande hermosura, y por su encumbrada nobleza doña María.

—Soy bastante temerosa de Dios y bastante cuidadosa de mi buen nombre, dijo la condesa, para pedir os nada que á vuestro buen

nombre pueda perjudicar; pero por razones bastantes me intereso mucho, aunque no le conozco, por ese salteador, y estimaria de vos me pusiérais en antecedentes, por ver si se encontraba algun resquicio por donde pudiese llegar hasta él la clemencia de su majestad.

—¡Ah! ¿Con que vos, señora, os interesais sin conocerle por ese hombre? dijo el alcalde, que acababa de comerse con gran pulcritud una empanadilla de monja de cabello de ángel.

—Ya os he dicho, ó si no os lo he dicho, os lo digo, que el interés que ese hombre me inspira es por una persona que está bajo mi proteccion.

—¡Hum, señora! Sobre los delitos ya juzgados y sentenciados de ese hombre hay otro gravísimo delito: la muerte á mano airada del buen capitan don Mendo de Salvatierra.

—Dicese que no fué Andrés del Páramo quien le mató, sino por equivocacion, otro hombre que le acompañaba.

—¡Ah! dijo con asombro y mirando fijamente y con cierta severidad á la condesa el alcalde: esa ha sido la declaracion de Andrés del Páramo, hecha antes de que recargándole la fiebre le impidiese el uso de la palabra: ¿cómo habeis podido conocer, señora, una declaracion de un sumario que todavía es secreto?

—¡Ah, señor alcalde! esto me lo ha revelado un criado de confianza del conde-duque.

—¡Cómo! ¿el excelentísimo señor conde-duque de Olivares anda en este negocio?

—Sí por cierto; y por lo mismo os aconsejo que en este negocio y por lo que pudiese acontecer, os andeis con piés de plomo: como que puede probarse á poco que se busque, que unos hombres enviados por el conde-duque de Olivares entraron en casa del capitan difunto para robarle su hija, y Andrés del Páramo, porque ambos se aman, estaba en el jardin de doña Esperanza; que Andrés acometió á los salteadores; que arrojados estos de la casa, sobrevino el padre, é irritado contra su hija, á quien creyó criminal, como en efecto lo era, pretendió matarla; que doña Esperanza huyó, saliendo tras ella á la calle, de una parte el padre y de la otra Andrés, y que este pretendió detener al irritado don Mendo, á cuyo tiempo, uno de los salteadores que en la calle guardaban á Andrés las espaldas, acudiendo y equivocándose, hirió de muerte al desgraciado don Mendo.

—Eso es, eso es, dijo el alcalde: la misma, la mismísima de-

claracion de ese bandido, salvo lo del conde-duque que yo ignoraba, y que complica mucho este asunto.

—¡Pero señor! ¿Será posible que su excelencia se haya olvidado hasta tal punto de que quien tiene el gobierno de un reino debe ser el primero en respetar las leyes?

—Mucho tiento, mucho tiento, señor alcalde, porque este negocio puede intrincarse de tal manera que no se desenrede tan fácilmente.

—Estoy cubierto de sudor frio, señora; dijo el alcalde: ¡conque, sí!

—Sí, si señor; pueden suceder cosas terribles.

—¿Qué interés tiene el conde-duque?

—Un interés que me causa trabajo daros á conocer.

—¡Cómo, señora!

—Sí, si, señor alcalde; el conde-duque, un hombre casado, el primer magistrado de estos reinos, sin temor de Dios, sin miramiento á las buenas costumbres y sin respeto á las leyes, está enamorado de esa doncella.

—¡Qué cosas! ¡qué abominaciones suceden en los calamitosos tiempos en que vivimos!

—Verdaderamente calamitosos, señor alcalde, dijo la condesa; por lo mismo es necesario que los ministros de justicia tengan esto en cuenta para que no extremen su severidad por cosas que provienen de la corrupcion de costumbres que nos envuelve y mata las almas de criaturas extraviadas por débiles; la caridad debe ir unida á la justicia.

—Si, si señora: pero ni las Siete Partidas, ni el Fuero real hablan una palabra de caridad, sino de azotes, de galeras, de enrodamientos, de horca y de cuchillo: ¡y á dónde vamos á parar si la corrupcion de las costumbres no se corrige con la severidad de las leyes!

—Tratad, tratad con toda la misericordia que podais á ese Andrés del Páramo, y sobre todo, dadme noticias suyas.

—No sé deciros, señora, más que lo que os he dicho: hace algun tiempo en la carretera que pasa por el puerto de Guadarrama vienen sucediendo robos á mano armada: cierto que ni se mata, ni se maltrata, ni se ofende á los viajeros; pero la ley de Partida en su titulo...

—Basta, basta, señor alcalde; la ley de Partida mandará en buen hora que se ahorque á los que roban á mano armada, en des-poblado y en cuadrilla...

—Y allí donde los encuentren los cuadrilleros de la Santa Hermandad, y sin misericordia, contestó el alcalde ahuecando la voz y con un acento que nos atreveremos á llamar letal.

—Sí, señor mio, sí, dijo doña María: todo eso está muy bien, muy arreglado al derecho humano; pero tambien está arreglado al derecho divino que los magistrados juzguen con equidad á aquellos que caigan bajo su jurisdiccion. ¿Sábense acaso los motivos que han impulsado á ese infeliz á echarse al camino? Sábese si que es humano, generoso, que quita á los ricos, socorre á los pobres, y aún á los ricos no los deja tan desvalijados que no puedan continuar su camino.

—Las leyes no miran á estas cosas, señora; el que roba armado, en despoblado y en cuadrilla, pena de horca tiene; y no está en la mano del juez sin injusticia torcer la letra de la ley, interpretarla, acomodarla á esta ó á la otra razon; el juez no es otra cosa que el aplicador de la ley; y á San Juan de Dios, perdóneme el santo, porque para ponderaros mi rectitud me valgo de su venerable nombre, á San Juan de Dios ahorcaría yo por el pescuezo si le encontrara robando á mano armada y en cuadrilla en un camino.

—Bien, sí, dijo la condesa; pero lo que no podeis vos hacer puede hacerlo el rey con causa y razon bastante para ello.

—Indudablemente, señora, indudablemente.

—Por eso cuando os pido informes acerca de ese hombre, no es porque yo pretenda que hagais lo que no podeis hacer; sino que solicito que me busqueis una disculpa bastante y verdadera, á fin de ver si el rey nuestro señor puede indultar á Andrés del Páramo: dicen que no se llama así.

—Así no se llamará, dijo el alcalde; pero, como he dicho antes, con ese nombre se le conoce, con ese nombre consta en el proceso, y con ese nombre, si no muere, será ahorcado, á no ser que el rey nuestro señor disponga otra cosa.

—Dicen que bajo el nombre de Andrés del Páramo oculta ese hombre un nombre ilustre.

—Bien puede ser.

—Dicen que basta con verle y con hablarle para conocer que es una principal persona.

—Parécelo al ménos.

—Añaden que algunas veces le han visto en Madrid ciertas gentes vestido muy á lo señor y llevando sobre el pecho el hábito de Calatrava.

—¡El hábito de Calatrava! dijo asustado el alcalde.

—Eso debe ser un disfraz; pero puede averiguarse algo por esto del hábito.

—¿Y de qué manera, señora?

—Por el consejo de las órdenes; ¿hay más que ver si ha desaparecido sin morir algun caballero de Calatrava?

—¡Ah, señora! este es un rayo de luz que se debe á vuestros buenos informes y á vuestro buen ingenio.

—¿Y si en efecto por este medio descubriésemos el verdadero nombre del bandolero Andrés del Páramo?

—Todo se reduciría, á que en vez de ahorcarle...

—¿Qué?

—Le sentenciaríamos, corrigiendo nuestra anterior sentencia, á que en vez de ahorcarle se le degollase sobre un cadalso enlutado.

—Vamos, vamos, señor alcalde; permitid que os despidas, porque es ya muy tarde; estoy cansada y necesito recogerme.

—¡Ah señora! exclamó el señor Pedro Gutierrez de Santisteban: os beso los piés y os deseo muy buenas noches.

—Decid más bien, muy buenos dias.

—En efecto, señora; porque si no miente el reló de San Andrés que acaba de sonar, son las tres de la madrugada: que os guarde Dios.

—Que él os guarde, señor alcalde; y no os olvideis de que necesito saber el verdadero nombre de Andrés del Páramo, y que tendré un gran placer en veros mañana.

—Vendré, señora, y algo habremos averiguado, no solo por el consejo de las órdenes, sino tambien por sus alguaciles, á los que carearé con el preso.

Y despidiéndose de nuevo alcalde y condesa, salió el primero, y la segunda volvió al aposento, en el cual, sin haber todavía vuelto en sí, estaba doña Esperanza.

CAPITULO XIII.

De cómo Quevedo intrigaba como podía contra el conde-duque.

I.

Volvamos á la ilustre hostería de Zampacrudo, en el momento en que entró en ella María Calderon en busca de su idolatrado herido.

—Bendito sea Dios que tan temprano amanece, dijo Quevedo poniéndose de pié y saliendo al encuentro de la cómica.

—Dejaos de flores, don Francisco, dijo apresurada María Calderon, y no me llamais sol por figura: que si sol soy y tan temprano amanezco, amanezco con nubes.

—Póngamelas Dios en los ojos, dijo Quevedo, si no amaneceis tambien con relámpagos.

—¿Pero qué es esto, señor mio? dijo María Calderon: ¿quién os ha dejado tan mal parado?

—El mejor de mis amigos, querida mia, contestó don Lope: no menos que don Francisco de Quevedo.

—Pues maldigaos Dios amen, don Francisco, y que romance no salga de vuestra pluma que no os deshonne por nécio, y nécios os sigan y os persigan y os rodeen y no os dejen.

—Eso es mio, dijo Quevedo: de mi gran maldicion os habeis valido para maldecirme, lo que es lo mismo que arrancarme de la cinta la espada y cruzarme con ella de revés y de tajo.

—No merece la pena, dijo don Lope, de que maldigais á don Francisco por lo que conmigo ha hecho; porque lo peor que puede suceder es que me quede cojo.

—No paseis temor por eso, dijo don Francisco, que cuando yo quiero no es mi espada arma de ira que hiere á ciegas, si no bisturi de cirujano que sabe donde se mete: corte os di á la tibia, y no de lleno, sino de soslayo, y en sitio donde con dos posturas de ungüento quedareis tan derecho como un cirio de catafalco.

—Me habeis vuelto el cuerpo al alma, dijo María Calderon equivocándose.

—¡Con qué gracia tropezais en la locucion, María! dijo Quevedo; y en efecto, tanto dá que el alma vuelva al cuerpo como que el cuerpo vuelva al alma; y tratándose de vos, habeis hablado con más propiedad, porque lo mayor no puede ir á lo menor, sino lo menor á lo mayor; y aunque vuestro cuerpo por su grande hermosura y sus raras perfecciones, si no es grande en lo material es grandísimo en lo divino, todavía es más grande vuestra alma; así es, que habeis dicho muy bien cuando habeis dicho que á vuestra alma ha vuelto vuestro cuerpo.

—Cuánto ingenio y cuánta mortificacion de palabras para componer una equivocacion mia, adulator don Francisco, cruel lacerador de almas, que así habeis puesto la mia hiriéndome en las niñas de mis ojos.

—Casi estoy arrepentido de envidioso, dijo Quevedo.

—¿Y de qué os arrepentis, don Francisco?

—De no haber hecho blanco de mis iras al que tan buena ventura tiene, que siendo de vuestros ojos las niñas, es criatura de los cielos.

—Enrevesado andais.

—Ando borracho.

—No bebais más que aquello que os sufra la cabeza.

—Sería necesario ser ciego para no embriagarse con el fluido néctar de vuestros ojos.

—¡Don Francisco, don Francisco! dijo don Lope: ved que me estais enamorando lo mio, de tal manera que temo lo hagais vuestro, y esto en presencia mia, lo cual toca en impia burla de un caido.

—¡Válgame Dios! dijo Quevedo suspirando, y qué poco me andaria yo en contemplaciones si hacer mio pudiera lo que tan vuestro es y tan de vida y alma.

—Pero en fin, dejando á un lado lo que no sentís ni aun que lo

sintiérais os aprovechara, porque miedo me daría de quereros si me quisiérais; ¿qué es esto? ¿Por qué habeis herido, don Francisco, á vuestro grande amigo, y este aunque herido por vos como grande amigo os trata?

—En apuro me poneis verdaderamente, hermosa María: en verdad os digo que no quisiera deciros por qué he herido á don Lope, no sea que á vos os extrañe la compañía con que ha ido junto á vuestra casa este mi amigo á quien Dios perdone.

—De músicos era la tal compañía.

—Y de realísimos músicos, que más valia que no hubieran sido tan reales.

—Bah, dejad que el rey se venga con la noche oscura á darme música buscándome la soberbia, que todo lo que yo tengo en el corazon se parte entre el teatro y mi gusto, y no es mi gusto el señor rey don Felipe IV, ni ha de sacar en limpio otra cosa que cojer un catarro con las humedades del Prado.

—Cuidado, cuidado con eso, María, que la que tan empeñado tiene el corazon puede verse empeñada de tal manera, que para desempeñarse se pierda.

—¿Qué es lo que quereis decir, don Francisco? dijo María; que tan oscuro hablais á veces, que para entender lo que decís es necesario pedir luz.

—Pues bien claro me explico, ó es que yo tengo la desgracia de que todos me crean conceptuoso y en lo más claro mio vean tinieblas; vamos á ver si yo me traduzco. Estais jugando con la desgracia.

—Pues todavía no veo claro.

—Os habeis atrevido á amar sin licencia.

—¿Y á quién tengo yo que pedir licencia para disponer de mi corazon?

—A nadie, si no hubiérais dispuesto de él en provecho de un servidor del rey que es muy más servidor del conde-duque: como que es suyo en cuerpo y en alma.

—¿Del conde-duque sois? dijo severamente María dirigiendo la palabra á don Lope.

—En cuerpo y en alma, contestó Quevedo adelantándose á la respuesta del jóven; lo que es lo mismo que decir que se ha vendido en cuerpo y alma al diablo, ó algo peor; porque el diablo que no ha perdido la vergüenza hasta el punto que la ha perdido el conde-duque, no es capaz de meterse en los bajos oficios en que el conde-duque se mete.

—Más claro, más claro, dijo pálida y temblorosa de impaciencia María.

—Lo más claro es, dijo don Lope, que don Francisco está esta noche de muy mal humor.

—No lo creais, amigo mio, no lo creais, respondió Quevedo: esta noche tengo como barruntos de alegría porque he sacado algo en claro cuando hace tanto tiempo que lo estoy sacando todo en turbio.

—¿Y qué habeis sacado en claro, don Francisco? dijo la Calderona.

—Que el conde-duque me teme, que el rey me desea, que puedo atreverme á todo, y que ha llegado la hora de que yo saque la lengua de mal año, y enderece al rey nuestro señor cada verdad como un puño, gracias á vos, hermosa María.

—¿Gracias á mí? respondió la Calderona, ¿pues qué he tenido yo que ver en eso?

—Teneis que ver que el rey os vió, y que en vos vió algo que por no haber visto nunca le pareció tan raramente bueno, que quiso hacerlo y quiere prenda de la corona; y como aunque vos visteis al rey no visteis en él nada que de juicio os sacára, ni de él quisisteis hacer prenda vuestra, aconteció que el rey echó mano del conde-duque, que es su paño de lágrimas, y le abrió el corazon, mostrándole en él la hoguera que vos tan sin querer habiais encendido; y el conde-duque, que no pierde ripio, dijo hablando con su codicia: «Si yo entretengo al rey con la Calderona, entretenimiento es este que tendrá al rey tan entretenido, que elefantes han de pasar por delante de sus narices como si pasaran pulgas nonnatas, es decir, átomos de esos que cuando más si se respiran causan estornudo; que mientras el rey no haga más que estornudar, bien iremos, y saco abierto y oro al saco, y viva la Calderona, que tan buena venda es para los ojos reales.» Pero como estas cosas nunca se hacen por un hombre solo, cuando se trata de enamorados como un rey y de enamorantes como la Calderona, tuvo necesidad el conde-duque de cirineo, y tal que fuese capaz de usar de la cruz que llevase á cuestras como de maza, y quitar de en medio á todos: pero vive Dios que con esta barahunda que traigo en la cabeza me he perdido y no me acuerdo de dónde venia ni á dónde iba; que con tantas prisiones y tantas violencias y tantas pobrezaas como por mi han pasado y pasan y de tanto cavilar y no dormir, peleando con mi mezquina suerte, y sin acertar el por qué de encontrarme tan bajo cuando por toda

razon y derecho debia de estar muy alto, antójaseme que se me va secando el cerebro segun que me dan vahidos y que hasta se me borra de la memoria el nombre y el apellido que me pusieron en la pila y que heredé de mis padres, y me quedo hecho un mentecato en cuanto prolongo el discurso á quince palabras; que mayor miseria que la mia no se ha visto en nacido, y como esto siga habrán de llevarme á casa de orates, y agradecerélo yo porque no me han dejado en medio de la calle para befa y escarnio de muchachos: y con esto no digo más que no puedo, que el vahido me entra y se me embrollan las ideas y me quedo á oscuras.

Pero don Francisco habia dicho bastante: todo aquello de que la cabeza se le iba y de que no se acordaba del objeto á que iba encaminada su conversacion, habia sido un hábil giro para excusarse de decir lo que harto habia indicado, pero á lo que no podia llegar sin entrar en el terreno de las inconveniencias en que jamás entraba Quevedo.

—¿Conque todo eso que acabais de decir, don Francisco, exclamó María, traducido al romance, traído á la inteligencia comun, echando fuera todas las palabras y retorcimientos en que lo habeis envuelto, viene á quedar reducido á que yo soy una mujer á quien se ha engañado, á quien se ha tendido un lazo, y que no ha caido en la red porque el buen don Francisco de Quevedo ha cortado los tiros de esa red con la lengua?

—Ella os agradece, dijo Quevedo, el que le hayais dado calificativo de hacha, que cuando un hacha sirve para cortar á un árbol las raices podridas, buena obra hace.

—Vencido estoy, y vuestro prisionero, en verdad sea dicho, don Francisco, contestó don Lope, y os he dejado hablar, aunque bien veía que vuestra intencion se encaminaba á que María me tuviese tan en poco, que de sí me arrojase desdeñosa: habeis hecho esto por hacer daño al conde-duque, y yo os lo agradezco, porque me habeis dado una leccion que no olvidaré en toda mi vida.

—Leccion que debisteis traer al mundo en la buena é ilustre sangre que corre por vuestras venas, amigo don Lope, y evitar debisteis el que otro se valiera de vuestras manos para sacar las castañas del fuego; y no busqueis disculpa en aquello de que hoy el más estirado no tiene á menos ser pícaro, porque de todo hay en la tierra por permission del Señor y como en conserva; y aunque bien estoy yo necesitado, nunca bajé á oficios de pícaro, que para mí estan debajo de mi sepultura, y alégrome de entrecojeros á entram-

vos para enderezaros un sermón que llegará hasta al fin sin que me acometa vahido, porque cuando en oficio de fraile y predicador me meto, la gracia del Señor me acorre y soy invencible; y dígoos, que ni vos por hermosa, por honrada, por rica y por mujer de ingenio y de valía, necesitáis para brillar que os dé lustre el rey; ni vos, don Lope, venís de tan mala parte, ni sois tan poco que necesiteis para valer algo del mal aprecio que dá á sus malos servidores el conde-duque. Teneos vos en vuestro lugar, María, y vos, don Lope, en el vuestro; amaos si Dios ha querido que os ameís; dadle gracias porque os ha dejado conocer el amor, que es la más grande de las venturas y la mayor de las desdichas que Dios ha dado á los hijos de aquella nuestra madre, amiga del demonio y comedora de la manzana, y no ayudeis á traidores á engañar á reyes tontos con perjuicio de quien no tiene la culpa, y decaimiento y vergüenza de estos reinos, que en otro tiempo fueron tanto, y que hoy por culpas nunca castigadas han venido á tan poco.

—¿Y qué me importa á mí el rey, ni qué me importa el reino, ni nada de este mundo? dijo con altivez María Calderon; lo que á mí me importa es el lugar en que estoy sin deber estarlo, y la burla que de mí se ha hecho: ¿conque vos, don Lope, me enamorábais para venir despues á guardar las espaldas á otro enamorado que me daba música?

—Seguid, María, seguid, que el sermón que yo no he empezado me parece váislo á tomar vos por vuestra cuenta, y que lo vais á hacer mejor que un fraile de la orden del angélico doctor Santo Tomás: dadle récio, que á pecadores como este, toda la penitencia es poca; pero no le condeneis irritando en esto la misericordia del Señor que no condena más que á los contumaces relapsos; y paréceme á mí que don Lope está ya tan en camino de enmienda y de arrepentimiento, que no será necesario que os esforceis mucho para salvarle.

—Sálvese él si quiere, dijo creciendo en altivez la Calderona, y predíquele quien tuviese interés en predicarle, que yo doy muchas gracias á Dios de haber abierto los ojos á tiempo y me salgo de aquí harto pesarosa de haberme puesto en ocasion de haber venido.

—Pero se os salen las lágrimas por los ojos y el alma por la boca, dijo Quevedo mientras que don Lope callaba, ó por enojado contra la Calderona, ó por avergonzado de sí mismo, ó por ambas cosas á la par.

—Acompañadme, don Francisco, dijo María, puesto que vos

por más de un concepto habeis tenido la culpa de que yo venga aquí.

—Para dar compañía á tan buena persona no habrá jamás razon que me lo estorbe; y puesto que la otra parte no responde al traslado y se mantiene en silenciosa rebeldía, dejémosle para que el tiempo y su conciencia le traigan á buen conocimiento; y salgamos, que no es razon que una doncella tal como vos, ande á estas horas por la calle y por malos lugares, que no son estos á la verdad muy buenos, imitando á Angélica la bella.

—El simil, para ser vuestro, no es como debiera; porque si yo he de ser Angélica, fáltame un Orlando furioso que me persiga y un Medoro que me ame.

—Cogídoos he en error, dijo Quevedo, al echarme un error mio á las narices: tan á Angélica os pareceis, que teneis un Orlando furioso que os persigue en el conde-duque y un Medoro que no sabe lo que le pasa, en don Lope; y si no, ello dirá: preveo lo que va á suceder; pero como no cojeo de astrólogo, mis vaticinios me callo escarmentado de ser profeta, que tanto me han preso y me han traído y me han llevado por profecías, que ya de puro miedo, ni de burlas profetizo.

—Salgamos, don Francisco, salgamos, si no es ya que quereis obligarme á que yo desmienta á todo el mundo cuando vengan á hablarme de vuestra galantería: ¿no veis que ese hombre está allí como un leño, sin tener ni una palabra para disculparse?

—Dejadle, María, dejadle, que está echando en remojo su conciencia para jabonarla y sacarla en limpio lo mejor que pueda. Aprovechad el desengaño, don Lope, y adios y hasta luego, y vámonos, señora, y tomad mi brazo, aunque más bien necesito yo del vuestro.

II.

En efecto, María era más alta que Quevedo, é infinitamente más robusta.

Quevedo estaba enfermizo, y María rebosaba salud.

Rebozóse la jóven en su manto; rodeóse el embozo al cuello tapándose los bigotes bon Francisco, calóse el sombrero sobre las antiparras, y dando el brazo á la Calderona y haciéndose abrir la puerta, salieron.

Al abrirse la puerta llegaba á la hostería otro hombre de buen talante, al parecer hidalgo, que exclamó sin recatar la voz:

—¡Quevedo con tapada y á estas horas!

—¿A estas horas y tapado y á tal puerta, Villamediana? exclamó Quevedo.

—Estamos en paz, hermano, dijo Villamediana.

—En paz no, sino conocidos y reconocidos y en guerra; y guárdeos Dios, y paso y buenas noches.

—Id con Dios, don Francisco, dijo Villamediana.

Don Francisco y María se alejaron.

III.

—¿Va á entrar vucencia? dijo el mozo de la hostería.

—No, ahora no; luego, contestó Villamediana: cierra y vete.

El mozo cerró y Villamediana se quedó solo, fuera, envuelto en la sombra y al parecer esperando.

Cuando Quevedo y María hubieron salido de la calle y torcido á la izquierda, entrando en el Prado, Villamediana se puso en su seguimiento.

—¿Quién será esa mujer? dijo Villamediana: principal parece y hermosa, y aun me ha parecido la condesa de Lemos: ¡bah! no, la condesa de Lemos está en Nápoles: ¡diablo, diablo! me alegraría de saber quién es esa mujer que tan cogida va á don Francisco: me importa hacerme un amigo del buen Quevedo contra ese miserable conde-duque: ese hombre es mi gran obstáculo, la reina le teme: no puedo adelantar un paso, y estoy desesperado: ¡si yo pudiera asir á Quevedo por una mujer! sigámoslos, sigámoslos, pero á la larga, que Quevedo tiene mal genio y no me conviene disgustarle.

Y Villamediana, esto es, don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, poeta cortesano y correo mayor del rey, siguió á lo lejos á María y á Quevedo.

CAPITULO XIV.

De cómo Quevedo metió en confusión á Villamediana despues de predicarle un sermon de fraile capuchino.

I.

—No quiero ir á mi casa, dijo María; se me arde la cabeza: el frio de la noche me hará bien.

—No lo dudo, dijo Quevedo; puede ser que este vientecillo que corre os haga mucho bien metiéndoo en el cuerpo una pulmonia y sacándoo en tres dias de penas.

—Estoy desesperada, don Francisco, dijo Maria.

—¿Y de qué?

—¿De qué? de que cuando he llegado á amar he tropezado con lo peor.

—¿Lo peor llamais al capitan Ponferrada, al galan codiciado por las damas, al bravo temido por los perdonavidas, al gentil, al hermoso y al discreto?

—¿Pues no veis lo que ha hecho, don Francisco?

—¡Bah! cosas peores se hacen en el mundo.

—¿Peor que valerse de una mujer para medrar?

—Hay quien para medrar se vale del asesinato.

—¿Y qué, creéis que no es un asesino infame el hombre que con una torcida intencion busca á una mujer, la enamora, se hace amar de ella y luego la vende?

—Las mujeres, María, sirven para todo, y más cuando como vos

son un bocado que todos codician: mirad si estaré yo muerto y transformado, y de transformado desconocido, cuando con vuestro brazo sobre mi brazo me comunicais el terrible calor de vuestra pasión y de vuestra hermosura, y mi sangre permanece helada y mi corazón inmóvil, y mi imaginación tranquila: ¡oh, cuarenta y dos años de mis pecados! ¡oh, heridas por donde creo se me ha salido toda aquella ardiente sangre que yo tenía! ¡oh, desventuras no buscadas ni merecidas, y á qué punto me habeis traído, que ya á mí mismo me desconozco, y en mí mismo no creo! ¿Pero con quién hablo yo, señor? cabizbaja vais y abatida, como á los que á la horca llevan por la calle de la Amargura: ¿qué, tan enamorada estais, hija mía? ¿si tendremos en vos otra como aquella famosísima y malograda Dorotea que se envenenó por unos amores desgraciados?

—Hizo bien, dijo la Calderona.

—Pues yo digo que hizo mal: no encuentro nada más necio que matarse por penas; porque si ellas son tan grandes que disculpar pudiesen en quien las sufre la destrucción de sí mismo, ellas sin que el que las aguante se mate, le matarán; y si así no fuese, el tiempo que todo lo cura las habrá destruido sin necesidad de que nosotros hayamos cometido por ellas ningún delito contra nosotros mismos: ¡qué sabeis vos de desgracias! por un amorcillo que os ha salido, y no del todo de través, estais con el ay en la garganta, que no parece sino que os va á faltar la vida: diérais yo lo que á mí me sucede, mis cuarenta y dos que valen ochenta, mi reuma, mis postemas, mi catarro, que se va á toda prisa doctorando en asma, el resfriado de mi ingenio, que estoy ya que me asusto de mí mismo, y no tomo la pluma sin espeluznarme de miedo: aquella pluma, siempre favorecida por las musas, y que ahora no es otra cosa que una parte que de sus alas ha dejado sobre mi mesa un mochuelo que por la descuidada ventana ha entrado á chuparme el aceite de mi lámpara: pero os advierto, María, que el viento arrecia, que el amanecer se nos ha venido encima embozado en todos los hielos del Polo, y que ni vos por joven y fuerte, ni yo por viejo y débil, debemos esponernos á quedarnos aquí convertidos en carámbanos.

—Sí, sí, vamos á mi casa, don Francisco, que en efecto, me siento muy mala, dijo María volviéndose.

—¡Cáspita! dijo Quevedo, que al volverse de repente había visto á cierta distancia el bulto de Villamediana: pareceme que escolta traemos: ¿no os atreveis á iros sola, María? nadie hay ahora por aquí; además de esto, vuestra casa está cerca, y con un solo grito

que deis, acudiré yo y os socorreré: no quiero que ese hombre, que debe ser Villamediana, sepa que sois vos la dama que acompaño.

—Iréme sola, porque en verdad, en verdad, no quisiera supiese Villamediana andaba á estas horas con vos por la calle; tiene una lengua de víbora.

—Pues idos, idos, que yo me voy hácia Villamediana á fin de que se retire más y vea ménos.

II.

Maria Calderon se dirigió rápidamente á su casa, y Quevedo marchó de frente hácia Villamediana, que retrocedió; y así avanzando Quevedo y retrocediendo Villamediana, llegaron casi hasta San Fermin.

—Ya debe haber entrado en su casa, dijo Quevedo, porque sobrado tiempo ha tenido, y no ha debido haberla acontecido nada porque grito de mujer no se ha oido, y si algo la aconteciera, hubiera puesto el grito en el cielo para que yo acudiera al reclamo: tiempo es ya de que yo me ponga á la palabra con el señor conde, que el diablo sepa para que se ha venido á estas horas al Prado y á la hostería de Zampacrudo; pero mucho será que no se haya venido en pos del rey, por aquello de que el amante cela al marido por ver si puede cojerle en renuncio y delatarle á su mujer: ganancia es esta de pícaro, pero siempre es ganancia, y dicen que Villamediana pretende encontrarse ganancioso con la reina; capaz es él de todo, pero no creo que doña Isabel sea capaz de tanto ni de mucho ménos; pero cuando el rio suena... ¡Bah, tontería! hay muchas cosas que suenan y no son, y muchas que son y no suenan: el vulgo es maldiciente y cree todo aquello que trasciende á picardía, porque como el vulgo se compone de tontos y de pícaros, que son las cosas que más abundan por todas partes como la mala yerba, los tontos porque lo creen todo y los pícaros porque creen que todo el mundo es tan sin vergüenza como ellos, le levantan una calumnia y un falso testimonio al lucero del alba, y dan en un prójimo y no paran hasta que le ponen como trapo viejo, digno solo de ser cogido con un gancho; pero paréceme que Villamediana aprieta el paso y pretende escapárseme por la calle de Alcalá: no en mis dias, que necesidad tengo de meterle los dedos y hacerle que vomite hasta las entrañas.

Y alzando la voz, dijo:

—¡Eh! señor fugitivo, téngase ahí y sepa que le han conocido y que hay un necesitado que quiere hablarle, y no se me os largueis abusando de que podeis correr más que yo, porque como se me os escapeis, os agarro con un romance y no os dejo hueso sano mañana á la buena hora, en las gradas de San Felipe el Real.

III.

Las gradas de San Felipe el Real eran lo mismo que el Mentidero; hoy el Mentidero ha cambiado de sitio, ó por mejor decir, se ha extendido, se ha desparramado por todas partes: en 1622 se iba á mentir y á saber mentiras á las gradas de San Felipe el Real; hoy se vá á la acera del Ministerio de la Gobernacion, hácia la parte de la calle de Carretas, á lo que puede llamarse el Bolsin, á saber lo que pasa y lo que no pasa: en la acera de enfrente se vá á lo mismo, aunque allí las mentiras son más generales: á la una, el Mentidero se traslada á la Bolsa, y durante todo el dia y hasta las altas horas de la noche, el inmenso Mentidero se divide en todos los cafés y en todas las redacciones de los periódicos.

En aquellos tiempos las mentiras nacian exclusivamente en las gradas de San Felipe el Real.

Quevedo era uno de los concurrentes asíduos y más terrible del Mentidero, cuando no le tenian preso ó desterrado de Madrid.

Notábase cuando el buen ingénio no asistia á las gradas de San Felipe el Real dos horas, ó por lo ménos la mañana en los dias en que hacia buenos dias, ó dentro del cláustro del convento en los dias en que hacia malo: las mentiras, estando aquel en la córte, eran más profundas, tenian intencion, no se vulgarizaban, no eran, en una palabra, tonterías, sino disparos certeros que iban á dar en un blanco y le herian gravemente; así es que se temia á don Francisco.

IV.

El conde de Villamediana se detuvo.

Quevedo se acercó á él.

—Buenas noches, conde, le dijo, aunque debiera deciros noches malas, porque en verdad que es necesario ser muy bueno para llamar buena á esta noche del diablo.

—¿Y cómo vos, estando enfermo como decís, andais á estas horas al sereno y con una noche tan cruda?

—Por lo mismo que vos, que tampoco estais muy sano, trasnochais.

—Gozo de buena salud, don Francisco.

—No niego que podais tener buena salud del cuerpo, pero no podreis decir lo mismo acerca de la salud del alma.

—¿Por qué me decís eso, don Francisco?

—Porque andais en pasos que no son muy cristianos, á no ser que os tomemos por espion ó alguacil. ¿A qué vais á la hostería de Zampacrudo? Y perdonadme que me meta en oficio de juez, que en empezando á preguntar no acaban.

—Importábame ponerme al abrigo de esta mala noche.

—Señor don Juan de Tarsis, vos andais muy dejado de la mano de Dios; apuesto á que solo habreis venido aquí al olor del rey.

—¿Y qué, dijo haciéndose el desentendido el conde de Villamediana, el rey está en la hostería de Zampacrudo?

—No, señor; pero está en la hostería cierta persona que si en ella se encuentra es por el poder de haber venido siguiendo al rey en una noche tan húmeda al prado de San Gerónimo; reuma le ha dado en las piernas, y de tal manera, que el pobre no se puede mover y ha tenido que meterse en la cama.

—Mirad no le haya venido el reuma á beneficio de algun hierro aplicado á sus piernas con no muy sana intencion.

—Señor conde de Villamediana, me parece que los dos hemos venido esta noche al prado de San Gerónimo á buscarnos la vida, y bien pudiera ser, ahora que medito, que alguno hubiera venido á buscarse la muerte.

—No os entiendo, don Francisco.

—Pues venios conmigo, meterémonos en la hostería de Zampacrudo, y en cuarto aparte hablar podemos, si es que quereis que nos entendamos.

—Yo siempre quiero entenderme con hombres de tanto ingenio como vos.

—Pero cuyo ingenio no es tan alto como el vuestro, señor conde: todos saben que una copla vuestra vale más por lo intencionada y maldicientes, que treinta sátiras mías.

—¿Maldicientes decís?

—No lo tomeis al pié de la letra como suena; he querido decir mordientes, porque una copla vuestra equivale á un cáustico.

—¿Qué se murmura?

—Que cierta alta persona os mira con mejores ojos que con los que os debiera mirar.

—Maledicencias son esas del vulgo, don Francisco, á que yo no doy motivo.

—Y que os deben costar muy caras, conde de Villamediana, dijo sériamente don Francisco de Quevedo.

—Yo no puedo evitar que se murmure.

—Vos teneis la culpa de esa murmuracion.

—¿Yo?

—Sí, vos; no vá á parte alguna su magestad á donde vos no vayais; no seguís jamás á su magestad sin ir engalanado, afeitado y perfumado como una dama; en fin, como aquel que quiere parecer mejor de lo que es.

—Casualidades son esas que me ponen al lado ó detras de su magestad, dijo el conde de Villamediana.

—Pero como esas casualidades se repiten, y vos multiplicais las coplas presuntuosas, y hablais en ellas de hermosos imposibles, y de otras cosas de este jaez, han dado en decir que vos os atreveis á su magestad la reina: más claro, han dado en decir que la reina es vuestra amante, y los murmuradores no tienen otra palabra en los lábios que la siguiente: ¿donde está Villamediana? donde está la reina; no le llameis Villamediana, llamadle don Juan I: y otro rectifica, don Juan I no, que ya le hubo, llamémosle don Juan III: y esto es verdaderamente una herejia, señor conde, porque á mí me consta que la reina no ha reparado aun en vos.

—¿Eh, tanto como eso?

—Tanto como eso os digo, y entended bien, yo no me meto en asuntos de tercero, si no fuera porque me dais lástima.

—Lástima, dijo con cierto acento de ironía Villamediana.

—¿No quereis que me cause lástima un hombre que vive de sueños, y que aprovecha la murmuracion para satisfacer su vanidad, y que dando ocasion á que los tontos crean lo que no existe, dá tambien motivos para que caiga en cierta parte una noticia terrible que traiga sobre vos todas sus consecuencias?

—Y qué, ¿habeis oido algo, don Francisco?

—Yo no oigo esas cosas, delante de mí no se dicen; además ando alejado de la corte, y de tal manera que he tenido que esperar al rey esta noche donde yo sabia que alguna noche habia de venir, y acometerle como salteador para arrancarle por compromiso una audiencia á fin de que me dé limosna.

—¿Tan mal estais, don Francisco?

—Cuidad de que yo puedo pedir limosna al rey, á quien he

servido bien y fielmente, y que no se la pido á ningun otro.

—No, no lo he dicho por tanto, Quevedo, contestó Villamediana; pero si tan mal os tratan, yo, que tengo algun arrimo en la corte, os podré favorecer: ¿quereis que os lleve mañana á palacio?

—No por Dios, dijo Quevedo, no sea que á mí por ir junto á vos me venga parte del peligro que os amenaza: iré yo solo, que ya sé el camino, y en cuanto á andar por el alcázar, nadie tiene que guiarme; en él me crié, y conozco todos sus escondrijos más que lo que vos creéis: sitio hay en el alcázar de todos desconocido, por el cual me he colado ya más de una vez: y descuidad, que no seré yo el que me quede sin ver á su magestad, y sin que su magestad sepa más de cuatro cosas que á muchos no conviene se digan en la real cámara.

—¿Y qué direis?

—Nada tengo que decir de vos á su magestad; pero creedme, señor conde, creedme; no seais imprudente; mirad, os vá la vida, y no lo tomeis á chanza; ved qué yo tengo la nariz larga y el olfato fino, y al veros esta noche me dió un olor á sangre fresca que me causó pena.

—¡Bah! vos exagerais las cosas, don Francisco, ó teneis interés en asustarme.

—¿Que yo tengo interés en asustaros? ¿por qué, ni para qué? ¿podeis vos hacerme más ó ménos de lo que soy? ¿cuándo yo he terciado en asunto en que vos os hayais metido, ni cuándo podeis vos meteros en asuntos míos? Vos vais por un lado y yo por otro; vos os contentais con que todo el mundo diga que teneis un grande ingenio y que donde poneis vuestra pluma levantais un chichon en la honra, y yo he desistido ya de eso, me he puesto bien con Dios, he guardado la pluma de punzar, y escribiendo estoy obras piadosas en descargo de mis pecados y más no deseo sino que el rey me deje ir á morir tranquilo y con una corta pension á mi torre de Juan Abad; pues como sois jóven y yo voy entrando en viejo, por mucho que vivais, yo he vivido lo que podeis vivir, y os aconsejo que no os desvanzeais por tonterías: yo conozco ya la verdad de todo: vos quereis guerra, provocais el peligro; yo busco la paz y el sosiego y un rincón en donde morir tranquilo, puesto bien con Dios y olvidado de los hombres.

—No se os conoce, Quevedo.

—Es que he sufrido mucho, que he visto que de los combates humanos no se saca más que cansancio y hastío del corazón; es que

ya desespero de mí mismo, y que si de mí mismo no huyo, es porque no puedo huir de mí propio; en fin, creed á un hombre que ha vivido mucho, que ha vivido la vida de muchos hombres en los años que Dios le ha dado, que ha aprendido en una gran escuela, y encojeos á tiempo, no sea que cuando querais encojeros no lo hagais tanto que no os alcance el golpe en la cabeza.

—Veo que ya estamos en la hostería de Zampacrudo, y si hemos de continuar hablando, hagamos que nos den aposento donde de nadie podamos ser oídos.

—Señor conde, yo entro aquí á asistir á un enfermo: lo que tenia que deciros, os lo he dicho ya: creedme, volveos á vuestra casa, vos teneis espiones al lado del rey, no me cabe duda, puesto que estais en el prado de San Gerónimo en la misma noche en que el rey ha estado en él: comprendo vuestra intencion, vos quereis saber á lo que viene el rey aquí, y os lo voy á decir: el rey está enamorado de la Calderona, esta no hace caso del rey; pero esta historia se vá poniendo en tal peligro y de tal manera, que se vé que desesperado vos, os venís aquí para ver si el rey entra casa de la Calderona, y ver si conseguís por la vanidad lastimada de la reina, lo que no habeis podido lograr ni por vuestra buena figura, ni por la fama que teneis entre las mujeres, ni por el poder de vuestros versos: sed dócil, Villamediana; mirad que un viejo bien intencionado y cristiano os aconseja; mirad que estais en un mal camino y que si no retrocedéis á tiempo, os vais á encontrar con una catástrofe.

—¡Bah! los años y las desgracias os han acobardado.

—Pues mirad, de años no soy tan viejo que hayan de llamármelo por la calle; que cuarenta y dos años son la mejor edad del hombre, y si yo quisiera ser eterno, no pediría á Dios otra edad que la que tengo, porque en esta edad es cuando se conoce todo, cuando se goza mejor de todo si es que el corazon tiene hambre y sed de gozar: conque adios, señor conde, bastante os he dicho, mi caridad me llama adentro. Por caridad os ruego os vayais á vuestra casa y no continueis en el camino de perdicion que habeis emprendido.

—Si no teneis nada más que decirme, don Francisco, adios.

—Vaya con Dios el señor conde.

Pero Villamediana no se movió.

—¿Necesitais algo más? dijo impaciente Quevedo.

—Sí, necesitaba saber una cosa que vos sin duda no quereis decirme.

—¿Y qué cosa es esa?

—Os acompañaba una mujer, ó vos la acompañábais, tanto dá; esa mujer ha desaparecido, ¿quién es esa mujer?

—Cuando me preguntais es señal clara que no habeis dado en quién es, y no habiendo dado en ello, no he de ser yo quien os lo diga; pues qué, ¿creeis que he muerto? ¿creeis que no sea yo bastante para enamorar damas? ¿se os figura que una principal señora no puede venir acompañada de sus criados en silla de mano junto á las tapias de San Gerónimo y dejar allí su servidumbre y reunirse conmigo á dar un paseo por esta pradera, aunque la noche no es muy apacible y más está para pasarla entre sábanas que paseando? ¿qué más quereis que os diga?

—Saliais de la hostería de Zampacrudo.

—Pues estar en la hosteria de Zampacrudo, tal cual ella es, es peor, mucho peor que estar al cielo abierto; en fin, mujer era con la que estaba, de eso no podeis dudar; pero quién sea ó no sea, averiguadlo, señor conde, si os interesa, que creo os importe muy poco: sabed, Villamediana, que aunque viejo soy vengo á buscar aventuras al Prado de San Gerónimo, y que siempre las encuentro; vánse ellas donde reluce el ingénio, y mientras ingénio no me falte, no me ha de faltar amor ni hermosura; conquie buenas noches, señor conde; reconoceos y acordaos de que Quevedo, que á nadie aconseja porque nadie le importa nada, os aconseja, y ved en esto una prueba de que le importais algo.

—Podeis aconsejarme por otra persona.

—Por otra persona os hubiera yo metido el consejo en el corazón con la punta de la espada.

—¡Cómo!

—Cuando os digo que os hubiera metido, es que no pienso meteros; y cuando os aconsejo, es porqué me lastima el que otro os meta, y que os meten algo en el cuerpo, no tengais duda, como vos sigais por el mal camino en que os veo.

—¿Conquie decididamente nada puedo recabar de vos?

—Ya habeis recabado todo lo que de mí puede recabarse; es decir, un consejo.

—¿Pero á dónde se ha ido la dama que os acompañaba?

—¿A dónde ha de haberse ido sino á donde ha dejado su litera y su silla de manos y su servidumbre, despues de haberme encargado que os dijera que no la siguiéseis?

—¿Tan principal es?

—Principalísima.

—Cuando la reina era princesa de Astúrias, siguió alguna vez al príncipe su esposo.

—Estais loco y no pensais más que en la reina: ¿á quién se le ocurre que su magestad anduviese por estos barrios como una dama andante en una noche tan cruda y tan oscura? Vamos, Villamediana, torpe sois, no dais en el quid, y sobre todo, presuntuoso: ¿creéis que no siendo como vos, no puede haber mujer que por mí se pase un mal rato, que para ella ha podido ser muy bueno? Señor conde, el mundo es infinito, no se acaba de tener experiencia, las cosas se repiten á cada paso; además, no deis sueltas á vuestra imaginacion; sea quien fuere, no os lo han de decir; adivinadlo si podeis, pero os aconsejo que os dejéis de pensar más: por última vez, buenas noches, señor conde.

—Buenas noches, don Francisco, espero que nos veremos.

—Pues ya lo creo; todos los dias voy al Mentidero.

—Pues hasta mañana.

—Hasta luego.

Villamediana se separó de Quevedo lleno de desconfianza por lo que Quevedo le habia dicho; y este llamó á la puerta de la hostería, que se abrió, cerrándose inmediatamente detras de él.

CAPITULO XV.

De cómo antes de dormirse Quevedo dijo lo bastante á don Lope para que con ello soñara.

I.

Mientras Quevedo habia estado fuera, habian acudido un médico y un cirujano, á los que se habia llamado, y se ocupaban de don Lope.

Declararon que las heridas eran tan poca cosa, que el jóven no se veria obligado á guardar cama.

—Buena mano y misericordiosa ha tenido quien ha hecho estas heridas, dijo don Francisco, porque paréceme á mi segun están dadas, que si el tal hubiese tenido mala intencion, no tan leves serian como aparecen; y acaso, acaso, no podría levantarse nunca mi buen amigo.

—Pues gracias á mi contrario, dijo don Lope, que tan misericordioso ha sido.

—No deis gracias á nadie por su misericordia, dijo Quevedo, porque las obras de misericordia para con Dios se hacen y en el cielo se encuentran.

—Os aseguro que me hubiera dolido mucho el que me hubiesen quitado tan pronto de este mundo.

—Con ménos pecados hubiérais ido al otro, y con ménos cuenta de años de purgatorio.

—Sin embargo, vivamos como podamos, y que la muerte tarde

cuanto sea posible, que ya tenemos tiempo de saber lo que nos ha de suceder por allá.

—Indudablemente, dijo Quevedo: conqué decidme, amigos míos, añadió dirigiéndose al médico y al cirujano, ¿creeis que este caba-llero puede abandonar dentro de algunas horas el lecho?

—Sí señor, sí, contestó el doctor; todo consiste en que cojee algo, y tenga que apoyarse en un baston.

—Me alegro, dijo Quevedo, y como es ya tarde, me parece que todos debemos recojernos; tomad lo que os corresponde por vuestro trabajo, y que os guarde Dios.

Quevedo dió al médico y al cirujano algunos reales de plata que sacó del hondo bolsillo de sus gregüescos con muestras de no haber quedado muchos más en él.

El cirujano y el médico despues de saludar cortesmente á Quevedo y á don Lope, salieron.

Quevedo cerró la puerta, se quitó la capa, el sombrero y el cinturon con la espada, la daga y la linterna de que siempre iba provisto, porque él se servia de alumbrador á si mismo cuando estaba pobre, porque no podia pagar paje; y cuando podia pagarle, porque no queria que nadie fuese testigo de sus cosas y de sus aventuras.

Echóse vestido en otro lecho que habia en la habitacion.

—Oid, don Francisco, dijo don Lope; en mi ropilla traigo dinero, cobraos de lo que habeis pagado á esos hombres.

—¿Tan cruel Tiberio me creeis, que despues de haberos herido os deje pagar la cura? Eso seria heriros otra vez en el bolsillo.

—Como querais, don Francisco, no disputemos por eso; pero oid otra cosa; ¿por qué me habeis puesto tan al descubierto con la Calderona? Se ha ido irritada.

—Tormenta de verano que truena fuerte, relampaguea vivo, se deshace en un chaparron y pasa; desgraciadamente, no se acabarán por este enojo esos amores, se le irá la rabia entre el llanto, chaparron en que se deshará su tormenta y ansiará veros; y si os manteneis firme, no sabrá qué hacer para contentaros, si ingrata la teniais; que bien me parece que no habeis alcanzado de ella más que palabras, segun cierto olorcillo que tiene y que me ha dado en las narices: habeis ganado el que por mí, y dentro de poco si sabeis valeros, dejará de oler á lo que ahora huele para oler á otra cosa; y si me he engañado y favorecido habeis sido por ella y cansado os habeis, ocasion se os presenta con su enojo para volverla la espalda y dejarla allá como cosa pasada y repasada.

—No sé lo que os diga, don Francisco, contestó el capitán; pero la verdad es que si yo venia á dar música y á rondar á la Calderona, y si alguna vez con la oscuridad que todo lo encubre me la llevaba á cenar conmigo, más era por el rey que por mí.

—Repréndoos de nuevo y ágríamente el que os hayais bajado á oficios de dueña, todo en provecho del conde-duque y á cambio de una mala recompensa; pero seguid, ¿no os habeis enamorado de María?

—Me deleita su hermosura, la deseaba; pero ya no la deseo.

—Porque habeis deseado sin duda otra, que os ha abierto más el apetito: así sucede con todos los movimientos torpes de los sentidos: cuando el alma no se fija con toda su voluntad en aquello que deseamos, ni el deseo tiene fuerza, ni dura: ¿qué ángel disfrazado de mujer habeis visto que os ha parecido más hermosa que la hermosísima Calderona?

II.

Don Lope contó á Quevedo toda su aventura de aquella noche con doña Esperanza.

—¡Diablo, diablo! dijo Quevedo quedándose un tanto pensativo, enredado estais, mozo, y con muerto encima posiblemente; porque si como vos decís habeis dado de lleno un tajo á un cristiano, lo más probable es que á estas horas esté dando cuenta de sus culpas al Padre Eterno; pero dejad, que al alcalde de Casa y Corte del cuartel del alcázar le conozco muy mucho y es muy mi amigo y yo sacaré la pua al tronco y sabremos á qué atenernos.

—No es posible que se sepa que he sido yo quien ha malherido ó muerto á aquel hombre, dijo don Lope, porque yo no le conocia ni me conocia él.

—Pero conóceos esa doña Esperanza que fué testigo del lance, y á ella acudirá el alcalde de Casa y Corte, y por el hilo se sacará el ovillo, y os tendremos preso y obligado á lo que el conde-duque quiera por que os saque de prision; y estoy viendo aquí ya danzando á la Calderona y á doña Esperanza, y puede ser, puede ser que tambien á vuestra buena tia; que se me antoja que si os ha alejado de sí, es porque ha temido teneros cerca.

—¿Qué decís, don Francisco?

—Ah, ¿tambien os gusta vuestra tia? generalísimo sois, don Lope, y tanto, que bien pudiérais mandar todos los ejércitos del mundo.

—Me estais abriendo los ojos de á palmo, don Francisco.

—Y á mí me los está cerrando el sueño de tal modo, que cada párpado me pesa más que si fuese una suegra: dejémoslo, si os parece, y durmamos; que á vos no os hará mal el descanso y yo lo necesito de todo punto, para ir despavilado mañana á la audiencia que me ha concedido el rey nuestro señor, y no me hableis más porque no respondo y dentro de dos minutos duermo.

Quevedo se rebujó en las ropas del lecho y poco despues roncaba.

Don Lope no pudo dormir.

Le aquejaba de la una parte el dolor de las heridas que por más que fuesen leves le escocian, y por otra le desvelaba la máquina de sus pensamientos.

CAPÍTULO XVI.

De la mala noche que pasó el alcalde de Casa y Corte y de lo que hizo cuando se levantó.

I.

El señor Pedro Gutierrez de Santisteban pasó muy mala noche; no era lo que le acontecia para ménos.

Veia cierto misterio en la muerte de don Mendo de Salvatierra.

De una parte habia tropezado con el conde-duque de Olivares por medio de su mayordomo Gil Perez, de la otra habia dado con la condesa de Santurces.

Los dos personajes eran importantísimos.

El uno estaba apoderado del rey, el otro estaba apoderado de la reina.

Bastaba esto para poner en gran cuidado al señor Pedro Gutierrez, que hombre experimentado, sabia que en asunto en que median tales personas es necesario irse con piés de plomo.

Andrés del Páramo, aquel salteador que le habian sentenciado á muerte en rebeldía, empezaba á crecer á sus ojos de una manera formidable.

¿Quién era aquel hombre? A todas luces no era lo que parecia; debia ocultarse tras su nombre, tras su estado, otro nombre y otro estado anteriores, y veia algo de respetable en aquello que le habia dicho la condesa de Santurces de la encomienda de Calatrava vista en el pecho de aquel hombre por quien le conocia.

II.

Por lo mismo el señor Pedro Gutierrez, despues de desayunarse y vestirse, lo que no pudo hacer hasta más de las diez de la mañana porque se acostó, ocupado en aquel negocio, al amanecer, se fué, suprimida la vara y la toga, al Consejo de Ordenes, y á su secretario, á quien conocia, le dijo:

—Señor Sancho Sarmiento, á vos me traen mis desdichas.

—¿De qué desdichas podeis quejaros vos, señor Pedro Gutierrez, que estais muy bien quisto y á quien no faltan bienes de fortuna?

—Señor Sancho Sarmiento, contestó Pedro Gutierrez, no todo consiste en que le traten á uno bien y en tener con qué vivir, ni administrar la justicia como uno de los más altos ministros de su magestad; todo esto es muy bueno y muy santo, pero todo esto trae gravisimos compromisos. Necesito que me saqueis de uno de ellos, señor Sancho Sarmiento.

—¿Y de qué compromiso quereis que os saque? que lo haré de muy buena gana, dijo el secretario del Consejo de las Ordenes.

—Necesito saber si se ha perdido algun caballero de Calatrava hasta el punto de no saberse dónde para.

—Pues eso os lo diré sin apelar á antecedentes de ningun género ni revolver papeles. El caballero que se ha perdido, que no se sabe por dónde anda, ni se le echa la vista encima, ni se acierta á dónde haya podido ir, ni qué ha sido de él; es el muy noble y muy rico caballero, natural de Lucena, que se llama don Alonso de Fuensalida.

—Y decidme, señor Sancho Sarmiento, ¿qué edad puede tener ese don Alonso de Fuensalida?

—Podrá tener de veinte y cinco á veinte y seis años.

—¿Le conoceis vos?

—Sí, le conozco porque ha estado algunos años en la corte.

—¿Y qué señas tiene?

—Alto, buen mozo, cabellos y ojos negros, mirada penetrante, noble y altiva, y la barba cerrada, y muy bien compuesta.

Pusóse pálido Pedro Gutierrez.

Aquellas señas convenian con las de Andrés del Páramo.

—¿Y no se sabe qué desgracias han acontecido á ese caballero?

—Amores, segun se dice, ha habido de por medio con la hija del marqués de Velarte, amores muy desgraciados, porque las dos familias á causa de un antiguo pleito eran enemigas.

—¿Y no se sabe más de esas cosas?

—No señor, y aun esto ha sido por un rumor que ha llegado hasta el Consejo, cuando el comendador de allá nos escribió de que don Alonso de Fuensalida habíase perdido y no se sabía por dónde andaba, á pesar de que se le buscaba para hacer en él justicia.

—¿Y no se sabe ni más ni ménos de esas cosas?

—No, no señor; pero puede saberse con escribir al comendador de Montilla, que era grande amigo del señor don Alonso de Fuensalida y del marqués de Velarte.

—¿Y por qué decís que era y no que es amigo del marqués de Velarte?

—Porque el marqués de Velarte apareció muerto de una estocada en las zorreras de Córdoba, cuya muerte se achaca al señor don Alonso de Fuensalida.

—Me parece que vais sabiendo algo más de lo que me habeis dicho.

—Sí, eso no me había acordado de deciroslo: en efecto, se dice que habiendo desaparecido de su casa la señora doña Angélica de Villoslada, hija de don Juan de Villoslada, marqués de Velarte, este, no atribuyendo á otro que á don Alonso de Fuensalida la desaparición de su hija, le buscó, y que habiéndole encontrado, tuvo un desafío del cual fué víctima el señor marqués.

—¿Pero no hubo quien presenciase ese desafío?

—Si le hubo no se sabe quien fuese: esto se reduce á deducciones, porque ¿quién había de matar al señor marqués de Velarte si no tenía enemigo ninguno más que el hombre que se había llevado á su hija?

—¿Y entonces cómo se sabe que fué en duelo?

—Porque el marqués estaba muerto por delante y con la espada en la mano.

—¿Y cómo se sabe que el señor don Alonso de Fuensalida fué el que se llevó á la señora doña Angélica si no ha habido testigos de nada de esto?

—Porque doña Angélica de Villoslada amaba que se perdía por él á don Alonso de Fuensalida, y don Alonso amaba que se bebía los vientos á doña Angélica; y claro está, que habiéndose perdido doña Angélica que era una excelente dama, no podía haberse perdido sino por amor; y siendo así, como no amaba á otro que á don Alonso, se deduce que con don Alonso se escapó; y como don Juan de Villoslada, marqués de Velarte, no tenía enemigo alguno que pudiese matarle y se le encontró muerto, claro está que quien le mató fué don

Alonso de Fuensalida; y como tenia la espada en la mano y la herida en el pecho, se dedujo con mucha razon que la muerte habia sido en duelo.

—¿Pero no hay ninguna prueba?

—No señor, pero yo me atreveria jurar por la salvacion de mi alma, que don Alonso de Fuensalida amaba á doña Angélica y que por la enemistad que habia entre las dos familias, el marqués negó la mano de doña Angélica á don Alonso; que este y doña Angélica creyeron sin duda que huyéndose ella de la casa paterna obligarian al marqués de Velarte á consentir aquel casamiento; mas el marqués de Velarte que era muy firme, no sucumbió á la necesidad en que se le ponia, pretendiendo más bien tomar venganza de la ofensa que se le habia hecho, y en su demanda feneció. Esto es lo que aparece de todo lo que se sabe, señor Pedro Gutierrez, y esto es todo lo que yo puedo deciros.

—¿Y era rico ese don Alonso de Fuensalida?

—Riquísimo, como que la mitad de Lucena es suya, y cuenta por docenas las casas que tiene en Cordoba, entre ellas su casa solar y gran número de cortijos en que mide por leguas, segun dicen, las tierras de sembradura.

—Pues señor, dijo el señor Pedro Gutierrez, entonces no puede ser ese señor el que yo creia; porque ese señor siendo tan rico, aunque haya desaparecido, podia estar puesto de acuerdo con su mayordomo y tener en cualquier parte del mundo donde estuviese, dinero bastante para vivir sin verse obligado á salir por esos caminos de Dios, arcabuz en mano y acompañado de otros perdidós para robar á todo viandante.

—De ninguna manera, señor Pedro Gutierrez, de ninguna manera: suponer ladron á don Alonso de Fuensalida, seria lo mismo que... iba á decir una blasfemia y por eso no lo digo; en fin, eso no es posible, don Alonso de Fuensalida no puede ser ladron.

—¿Quién sabe, quién sabe? cosas se han visto más terribles que esta. Supongamos que don Alonso de Fuensalida quiere ocultar de tal modo su existencia, que no se fia de sus mayordomos, ni de sus administradores, y que por consecuencia, no pudiendo entenderse con ellos, no puede tener dinero, y se vé obligado á buscarlo por los caminos; y si se tiene en cuenta que este Andrés del Páramo, que yo creo que puede ser muy bien don Alonso de Fuensalida, porque las señas que me habeis dado convienen con las de ese Andrés del Páramo, no maltrata á los pasajeros, ni insulta á las mujeres, ni

roba todo lo que los robados llevan, ni quita á los pobres, sino que les dá. En esto, señor mio, se encuentra algo de hidalguía y generosidad, que no se puede suponer en un salteador comun; si á esto se añade aun, que tiene muy buena presencia, y cara de hombre principal, y palabra reposada é imperativa, y que lleva con mucho *domaire* su trage, y que contesta poco y á tiempo, se conoce bien que no ha nacido en malos paños, y que mucha persona ha sido antes de ser salteador.

—Pues dígoos, señor Pedro Gutierrez, que basta con que ese señor haya llevado el hábito de Calatrava, para que no sea posible que e haya dado en bandido.

—Cosas más grandes se han visto, señor mio; que ya se han ahorcado comendadores por delitos infames.

—Pero eso sucede una vez cada siglo.

—Concedido, pero puede ser que Andrés del Páramo, ó don Alonso de Fuensalida, sea la vez que á este siglo le toque.

—Bien puede ser, pero eso merece averiguaciones, y he de ponerlo en noticia de los señores del Consejo de las Órdenes, para que se haga una informacion.

—Y qué más informacion, torpe de mí, dijo el señor Pedro Gutierrez, que ir á ver á ese mismo Andrés del Páramo; ¿no decís vos que conocéis á ese señor don Alonso de Fuensalida?

—Sí, sí señor, como os conozco á vos.

—Pues entonces, señor mio, con un careo con ese señor y vos se sale del paso; que si vos decís que es él don Alonso de Fuensalida, yo no lo dudaré, y entonces la cuestion será otra; porque al fin y al cabo será menester examinar detenidamente el proceso, y ver qué desgracias ó qué desesperaciones han traído á tan buen caballero al punto de salirse á los caminos á sorprender á los caminantes, robándoles quieran ó no el dinero, por más que esto lo haga con gran mesura, y sin despojar completamente á nadie, y siendo un favorecedor de los pobres menesterosos y desvalidos.

—Pues estoy á vuestra disposicion, señor Pedro Gutierrez; pero no ahora mismo, porque antes de poco se van á reunir los señores del Consejo y necesito asistir á su junta.

—¿Y cuándo podremos vernos, señor Sancho Sarmiento?

—¿Os parece bien á las tres de la tarde?

—Muy bien que me parece: ¿dónde os busco?

—No me busqueis, señor Pedro Gutierrez, que yo iré á buscaros á vuestra casa.

—En buen hora; así tendré el gusto de obsequiaros con una riquísima mistela y algunas confituras que me ha regalado mi prima la monja de las Vallecas: ea, quedad con Dios, que ya se vá haciendo tarde, y necesito ir á ayudar á mis compañeros en la sala de alcaldes de Casa y Córte y á la cual estoy faltando hace más de una hora.

—Id con Dios, señor Pedro Gutierrez, y que él os guarde.

El alcalde de Casa y Córte salió; pero apenas habia puesto el pié fuera del Consejo de las Órdenes, cuando se le acercó un hombre de muy buen talante y le dijo:

—Vos sois el señor Pedro Gutierrez de Santisteban, alcalde de Casa y Córte por el rey nuestro señor, ¿no es verdad?

—Sí señor, sí, todo eso soy, le dijo secamente el alcalde mirando con fijeza y con recelo al hombre que le hablaba.

Era alto, robusto, gentil, con trazas de soldado, jóven, de fisonomía inteligente, y por su expresion y manera de hablar, de despierto ingénio.

Llevaba colete y armas de soldado.

—Necesito explicarme con vos, señor Pedro Gutierrez de Santisteban, dijo aquel hombre.

—¿Y quién sois, hidalgo? preguntó el alcalde.

—Eso no os importa, porque para hablar, con cualquiera puede hablarse; pero como no quiero que nos oigan ni en nosotros reparen, venios acá hácia la calle del Codo y os haré algunas preguntas que os interesan demasiado.

Habia tal no sé qué en el aspecto, en las palabras, en el acento de aquel hombre, que el alcalde tuvo curiosidad de saber lo que tenía que decirle, y le siguió hasta la retorcida calleja del Codo, en medio de la cual, solo y sin peligro de que pasase un alma, sino de hora en hora y así por casualidad, el desconocido dijo al señor Pedro Gutierrez:

—Sé á lo que habeis ido al Consejo de las Órdenes, señor alcalde.

—Bien ¿y qué? dijo este.

—Habeis ido á informaros acerca de don Alonso de Fuensalida.

—Y si eso fuera, ¿á vos qué se os daba?

—Deciros que no os metais en este negocio ¿lo entendeis? porque pudiera costaros caro.

—Hola, hola, dijo el señor Pedro Gutierrez, ¿con desacatos os meteis con la justicia? pues mirad no os meta yo en la cárcel y en ella os pudrais.

—Importaría poco que yo estuviera en la cárcel, porque la desgracia que os sobrevendría por haber mal usado del nombre de don Alonso de Fuensalida y por haberme á mi encarcelado, sería tal que os pesaría despues.

—¿Sabeis, señor mio, que á mí no me asustan las amenazas?

—No amenazo, aviso.

—Una palabra, dijo Pedro Gutierrez; Andrés del Páramo es en efecto el señor don Alonso de Fuensalida.

—Nadie nos oye ni aunque querais podeis prenderme, y no tengo inconveniente en deciroslo; Andrés del Páramo es don Alonso de Fuensalida; pero guardaos bien de decirlo, porque en el momento que este secreto salga de vuestro pecho os atravesarán el corazon cien espadas.

—¡Oh! exclamó el alcalde, os repito que yo no tengo nada de cobarde, y que si os escucho sin tenderos encima la vara de la justicia es porque quiero que me digais lo que supiéreis acerca de ese don Alonso de Fuensalida.

—¿Quereis saber la historia de ese señor? dijo el desconocido.

—¿Que si quiero? con el alma y con la vida, porque así podremos esclarecer algunos puntos oscuros del proceso que traigo entre manos contra Andrés del Páramo.

—Pues bien, veníos detrás de mí y no llameis vos á nadie para que me prenda, porque si me prenden os quedareis sin saber algo que puede servir de mucho.

—Ya os sigo, y no temais que yo apellide favor á la justicia ni que pretenda prenderos. En efecto, deseo mucho más tener esas noticias que vos podreis darme.

—Pues seguid conmigo.

Y el hombre echó á andar por la calle del Codo abajo, revolvió otra callejuela, se encontró en el barranco de Segovia, y en la parte media á la derecha, se entró por el estrecho y largo zaguan de una casa á la malicia, denegrida, y en la cual al parecer vivian muy pocos vecinos.

III.

Empezó á inquietarse el alcalde, pero no era ya tiempo de retroceder; aquel hombre se habia puesto entre la puerta y él, y su aspecto feroz asustó al alcalde cuando este se volvió para ganar la puerta y ponerse en medio de la calle.

—Seguid, dijo aquel hombre con acento ronco, seguid y no me obligueis á que haga lo que no quiero.

—Os ahorcaré, dijo el alcalde sulfurado y firme, á pesar del miedo que le imponia la situacion en que se encontraba.

—Ahorcadme si podeis cojerme despues de que hayais salido de aquí, en lo cual no hareis mucho, porque sin esto que hago y por lo que ya he hecho me enviaríais á la horca si daba en vuestras manos. Yo me llamo Juan García.

—¿Qué me importa á mí que os llameis Juan García ó Juan Perez?

—Yo soy teniente del capitan Páramo.

Dió un salto sobre sí mismo el alcalde.

Este salto, producto de un movimiento nervioso, se comprendia.

Figuraos á un gato que vé á un raton y no puede arrojarle sobre él.

El alto ministro de justicia tenia delante un salteador y no podia prenderle, ni podia, por consecuencia, encausarle ni ahorcarle.

El señor Pedro Gutierrez sentia una especie de horror, que nos atrevemos á llamar judicial.

Lo que le acontecia era la peor cosa que le habia acontecido en toda su vida.

IV.

—Vamos, seguid adelante y encerrémonos, dijo con imperio Juan García.

—¡Favor á la justicia! gritó el alcalde.

Juan García se arrancó de la cintura una daga buida de media vara de larga, y se fué para el alcalde que dió un salto atrás: con tal impetu se le habia ido encima Juan García, que le alcanzó.

Pero volviendo á tiempo el arma, en vez de tocarle con la punta le tocó con el pomo.

Lo que hubiera podido ser puñalada, se habia convertido en puñada, no muy ligera, porque el alcalde exhaló un grito.

—Ha podido saliros la punta por la espalda, observó Juan García, y á fé á fé que así no hubiérais gritado. Ea, seguid adelante, y no más contestaciones.

—He de prender hasta las ratas de esta casa, contestó el alcalde.

—Con las ratas os contentareis, porque aqui no hay más criaturas humanas que vos y yo.

—Prenderé al dueño.

—Mirad lo que me importará á mi; pero en fin, ¿adelantais ó no?

V.

Cuando el alcalde supo que en aquella casa estaba solo con Juan García, se resignó y echó adelante atravesando un pequeño patio.

Juan García cerró por dentro la puerta que existia en este patio al fin del pasadizo.

No habia ya medio de escapar, y el alcalde tembló visiblemente creyendo llegada su última hora.

—No os asusteis, le dijo Juan García, que no lo vais á pasar mal.

Y llegando á una puerta que habia en el fondo del patio, la abrió con llave.

VI.

—Entrad, dijo al alcalde.

Entró este aturdido.

Inmediatamente que hubo entrado, Juan García cerró la puerta y se alejó.

El efecto que esto produjo en el alcalde, fué indescribible: imaginóse que lo menos que le podia acontecer allí, era que le tuviesen secuestrado, Dios sabia cuanto tiempo.

Oyó que la puerta del patio se abría y se cerraba otra vez.

Era indudable, á juzgar por las apariencias, que le dejaban allí preso.

El lugar en que Juan García le habia encerrado, era un aposento como de cuatro varas en cuadro, bajo de techo, húmedo, con una mala cama en un ángulo, una mesa de pino, tres ó cuatro sillas ordinarias, y no recibia otra luz que la opaca que entraba por un ventanillo alto, enrejado y cerrado por vidrios comunes.

El alcalde se subió á una silla, y miró á través de aquel ventanillo.

Daba á un patio muy estrecho, triangular, en el que no se veia ninguna otra ventana.

El alcalde se bajó desesperado de la silla, y se fué á la puerta por ver si podia forzarla.

Pero la puerta era muy fuerte, encajaba muy bien, y no habia medio de forzar la cerradura.

El alcalde probó por primera vez lo que era estar preso sin saber cuales podian ser los resultados de la prision.

Muchas veces habia él mismo dejado en aquella situacion desesperada á más de un prójimo, sin que de ello le hubiese importado nada, ni se hubiese acordado del preso sino cuando le habia sido forzoso tomarle declaracion.

VII.

Viendo que no podia forzar la puerta, apeló al recurso de hacer todo el ruido que pudiese, y de dar desaforadas voces, á fin de ver si llamaba la atencion de los vecinos de las casas inmediatas, y acudian á ver lo que era.

Cogió, pues, una silla y se puso á golpear con todas sus fuerzas contra la puerta, y á gritar con toda la extension de su voz, que era terrible, porque tenia los pulmones muy sanos y muy desarrollada la cavidad pectoral.

—¡Vecinos, decia, acudan aquí donde se está cometiendo un crimen! ¡acudan aquí, vecinos! ¡favor á la justicia! ¡favor al rey!

Y repetia estas voces y otras muchas al par que los golpes que daba con la silla sobre la puerta sin conseguir otra cosa que ponerse ronco y cansarse.

VIII.

Pasó así muy bien una hora sin que nadie acudiese: una hora que fué un siglo para el señor Pedro Gutierrez, que estaba irritado como un lobo cogido en trampa.

De nada habia servido todo el estrépito que habia causado: no parecia sino que se encontraba en medio de un desierto.

Al fin oyó el ruido de la cerradura de la puerta del patio, y sintió una alegría tan grande como no la habia experimentado en toda su vida.

Aquello era distinto; volvia más pronto de lo que él habia esperado.

Abrióse al fin la puerta del aposento, y apareció Juan García trayendo bajo la capa un bulto enorme que el alcalde miró con sumo recelo.

Pero cuando despues de haber cerrado de nuevo la puerta se desembozó Juan García, dejó ver una grandísima cesta cubierta por un mantel muy blanco, fuera del cual asomaban las cuellos de algunas botellas.

IX.

—He tardado algo, dijo Juan García, poniendo la cesta en el suelo y quitándose despues la gorra y la capa, la espada y la daga, que puso sobre la cama; pero no debeis extrañarlo, porque no se echa ménos tiempo en asar una ánade, en freir unos róbalo y en componer una empanada de olla podrida. Caliente viene todo, porque se ha hecho en la hosteria de Puerta de Moros.

Y á todo esto, Juan García cubria la mesa y ponía en ella platos, cubiertos, pan y botellas, y las viandas que en la cesta venian.

En aquel momento dieron las campanas de la inmediata parroquia de San Pedro la oracion de las doce.

El alcalde y el bandido se descubrieron.

—Echad las Aves Marías, dijo este último, puesto que de nosotros dos, vos sois la persona de más calidad.

Rezó el alcalde, respondióle Juan García, y cuando el rezo hubo concluido y se cubrieron alcalde y salteador, este puso dos sillas, una á cada lado de la mesa, y dijo al alcalde:

—Sentaos.

—¿Y para qué he de sentarme? exclamó el alcalde: lo que yo quiero es irme.

—Ya os ireis, contestó Juan García, pero os ireis comido: son las doce, hora en que todo el mundo come, en que vos sin duda acostumbrais á comer y no quiero que paseis mal rato. Pastel de olla podrida es ese que no se come mejor en la mesa de su majestad, y la ánade es exquisita y los róbalo están frescos y fragosos, y las conservas se han traído de las monjas de la Concepcion Gerónima, y el vino es de Arganda, y para los postres viene allí una generosa botella de Jerez: con que no seais niño, y no dejéis de comer ni os deis mal rato, por temor de que yo quiera envenenaros, que en comiendo yo y bebiendo de lo mismo que vos comais y bebais, claro está que en la comida ni en la bebida no hay veneno.

—¿Y á qué fin me habeis traído aquí?

—Veréislo ahora: pero entretanto comed.

Y sirvió al alcalde una gran porcion de pastel de olla podrida, sirviéndose despues á sí mismo.

Y llenando los vasos con el contenido de una misma botella, bebió el primero y empezó el primero á comer para persuadir al alcalde de que nada dañoso habia en la comida.

—Comamos, pues, dijo el alcalde, y satisfagámonos en algun modo de la violencia que nos habeis hecho.

—Violencia necesaria, señor Pedro Gutierrez de Santisteban; necesaria de todo punto si hemos de apoderarnos de nuestro capitán y llevárnoslo para que no le acontezca en vuestras manos la desgracia de ser ahorcado, y seria gran pena muriese en la horca un tan principal caballero.

—¿Es en efecto Andrés del Páramo el señor don Alonso de Fuensalida, del hábito de Calatrava? dijo Pedro Gutierrez engullendo pastel de lo lindo, porque le habia sabido muy sabrosa la olla podrida.

—Sí, señor, sí; contestó Juan García: y á mí, que me veis aquí, me sale lo hidalgo por encima de la tapa de los sesos, y antes de que á mi amo le aconteciese la desgracia que á tal punto le ha traído, ya era yo su mayordomo y su confidente, y sigo siéndolo en la aperreada vida que la desgracia ha hecho tomar á mi amo.

—¿Y por qué no habeis buscado otra salida mejor? dijo el alcalde.

—Porque el delito que mi amo cometió fué grandísimo, por el cual le sentenciaron á ser degollado.

—Pues hé aquí, dijo el alcalde, un hombre que ha nacido para el cadalso; como don Alonso de Fuensalida, le sentencian á ser degollado; y como Andrés del Páramo, á horca le sentencian.

—Eso es nacer con mala ventura, dijo Juan García; y en verdad, en verdad os digo que mi amo es el señor más noble y más generoso que habeis visto en vuestra vida.

—Trazas tiene de ello, dijo el alcalde; pero por lo que yo sé de él, es ladrón y tiene encima la culpa de dos homicidios.

—A quitar á los que van por el camino parte de lo que llevan le obliga su mala ventura; pero es generoso.

—Tan generoso como los que le ayudan; que dejan á los caminantes con que seguir su camino.

—Poco á poco, dijo Juan García; que lo que se hace con todos es quitarles el dinero y alhajas que llevan, y dejarles sin aún prenda de ropa que sea de valor, de lo cual se hacen cincuenta partes,

porque cincuenta somos; y tres tiene el capitán por ser capitán, y dos yo por ser yo su mayordomo; y de estas cinco partes, quedándonos los dos con lo necesario para el vestido y el sustento, damos á los despojados la una tercera parte de lo que se les había quitado, y á los pobres que nada tenían los socorremos para que puedan seguir su camino; y así sucede que como hacemos bien por los lugares por donde pasamos, todos nos quieren y nos acogen y nos amparan, y los cuadrilleros no pueden dar con nosotros por más que lo desean.

—¡Bien gobernado anda el reino! dijo el alcalde devorando un anca de ánade; la culpa tienen los alcaldes de los pueblos y el no haberse ahorcado á uno de ellos; porque como son personas principales, se les tolera y se les tapa lo que no se le taparía á un pelon; pero esto no es justicia: ¿y qué decís de los dos homicidios que tiene sobre sí el señor don Alonso?

—Digoos, contestó Juan García, que no tiene ninguno.

—¡Cómo que no tiene ninguno! pues ¿y el del señor marqués de Velarte, á quien mató en desafío?

—Digoos que no le mató mi amo, porque le mató yo.

—¿Vos?

—Sí señor, yo; lo mismo que fui yo quien mató anoche equivocadamente á ese pobre señor don Mendo de Salvatierra.

—¡Conque habeis matado á dos hombres y estais impune delante de mí, que soy todo un alcalde de Casa y Corte, y cometeis contra mí desacato!

—Pero os doy muy bien de comer, señor alcalde; eso no podeis negarlo.

—De ningún modo, dijo Pedro Gutierrez; está riquísima esta ánade.

—Pues bien; acordaos de ello, señor alcalde, para darme de comer del mismo modo si me prendéis.

—No lo olvidaré.

—Pero me parece que no me prendereis, porque no he de ponerme yo donde me cojais.

—Eso lo veremos.

—Por visto, señor alcalde; á más de eso, que se anda en el indulto de mi amo, y el indulto vendrá, porque se pagará bien, y el conde-duque no niega nada á quien bien paga; y entonces mi amo quedará exculpado de los homicidios que no ha hecho y que se le atribuyen; porque se le ha juzgado en rebeldía por lo que parecía y no por las pruebas; y mi amo pagará á sus acreedores, y resultará

que no ha sido homicida ni ladrón, sino que no teniendo dinero, ha tomado á préstamo de los que pasaban por los puertos de Guadarrama.

—¿Cómo queréis que se crea eso? dijo el alcalde: ¿qué ladrones ese que llama préstamo al robo? pues os advierto que á los tale prestamistas se les ahorca.

—No ahorcareis vos á mi amo, os lo aseguro.

—¿Y por qué no ahorcaré yo á ese salteador?

—Porque sois muy poca persona para tanto.

—¿Cómo que soy yo poca persona? ¡insolente!

—El que incurre en insolencia sois vos.

—¡Cómo!

—Sí señor; todo el que responde mal á su amo es un insolente, y aquí, bien á la vista está, vuestro amo soy yo.

—Vos no sois mi amo, sino mi tirano.

—Tanto da; puesto que puedo hacer con vos todo lo que quiera, vuestro amo soy: y no me obligueis á que os lo pruebe, porque os podrá pesar.

—De esta violencia que hacéis á un ministro de justicia, os lo aseguro, no habrá indulto para vos.

—¡Bah! Vos sereis uno de los acreedores de mi amo á quien se pagará bien: se os pondrá el primero en la lista.

—¿Cómo en la lista?

—¡Ah! pues qué, ¿no os lo he dicho? mirad: cuando mi amo detenía á alguno ó algunos para robarlos, lo primero que hacia era preguntarles el nombre, la patria, la condicion y el estado; y apuntaba en su librito de memorias todo esto, y más la cantidad que le habia quitado; y luego, del librito de memorias se pasaba á un papel grande y me lo entregaba á mi, como que soy su mayordomo; y aquí teneis, añadió sacando de una cartera de seda, tres ó cuatro de esos papeles grandes llenos por las cuatro caras, y dió al alcalde uno de aquellos papeles.

—¡Cáspita! dijo el alcalde: aquí veo el nombre del duque de Monistrol.

—Para nosotros no hay duques ni príncipes ni altos ni bajos ni chicos ni grandes; á todos los tratamos del mismo modo, y á todos les quitamos el dinero.

—Veinte mil ducados se le quitaron á este señor.

—Y el corazón de su hija que se enamoró de mi amo; y no sé cómo tuvieron tiempo de entenderse, que mi amo montaba á caballo

y se iba todas las semanas á Segovia y hablaba con la tal doncella, y no sé qué cosas pasaron ó dejaron de pasar; lo cierto es que mi amo suspira cuando oye nombrar á una doña Violante, porque Violante se llamaba y se llama aquel sol de hermosura.

—¡Ladron de honras! dijo el alcalde atracándose de conservas.

—No se puede decir que uno roba lo que le dan: eso seria lo mismo que si yo dijera, que la comida que os doy me la habiais robado.

—¡Fortuna ha tenido hasta ahora vuestro amo!

—La ha tenido hasta ahora y la tendrá luego.

—Hásele acabado la fortuna, porque le tengo preso y mal herido.

—Preso estareis vos hasta que mi amo esté libre: y en cuanto á lo de mal herido, no es tanto, segun me han dicho el médico y el cirujano, que no se le pueda salvar.

—¿Y decís que yo voy á estar preso hasta que vuestro amo esté libre?

—¡Sí, por cierto! pero no os aflijais por eso, porque mi amo estará libre esta noche.

—¿Y cómo lo vais á libertar?

—¿Cómo? con un auto que vos extendereis, y que se presentará al alferez de la guardia de las reales caballerizas, á donde mi amo está.

—Yo no daré ese auto.

—Entonces lo siento mucho, señor Pedro Gutierrez; pero dareis la vida.

—¡Qué decís! exclamó levantándose violentamente Pedro Gutierrez.

—No os asustéis, señor alcalde, no os alboroteis, que os va á hacer mal asiento lo que habeis comido, y puede sobreveniros una enfermedad. Bebamos, bebamos un buen vaso de Jerez, y vereis cómo os animais y cómo se os abren los sentidos.

—¡Lo que á mi me sucede no es para contarlo! dijo el alcalde.

—Pues buen remedio; no lo contéis.

—Estais perdiéndoos, dijo Pedro Gutierrez.

—Quien se pierde sois vos: y si salís perdidoso, será porque querais.

—El alferez no soltará el preso aunque yo dé el auto, si no le presenta ese auto una persona de justicia.

—Tan bien untadas tiene ya las manos el alferez, que tomará



«Aquí hay cien doblones de á ocho, dijo; y aquí una
puñalada.»

todo lo que le lleven; y á vos se os untarán tambien las vuestras con ungüento de Méjico, dorado que dá gozo verlo: y si no, mirad.

Y Juan García sacó de sus gregüescos un pesado bolson de seda, le abrió y dejó ver el brillo del oro al asombrado alcalde.

—Aquí hay cien doblones de á ocho, dijo, y aquí una puñalada.

Y puso su daga desnuda sobre la mesa.

—Pues á fé á fé, dijo el alcalde, que me dais una buena sobrecomida.

—Elegid.

—El alférez bien creo yo que quedándose resguardado con una orden mia, soltará sin temor al preso y le entregará á quien por él vaya; tanto más, cuanto que como yo no he dado parte todavía al rey por falta de tiempo, el preso está allí como olvidado.

—Pues mejor para vos, señor alcalde; porque olvidado podeis dejar á mi amo.

—¿Y el muerto de la calle de los Autores? dijo el alcalde.

—Con decir que no conoceis á quien le mató, estais cumplido.

—¿Y doña Esperanza, la hija del muerto, que lo sabe todo?

—Doña Esperanza ama á mi amo y sabe que no fué él quien mató á su padre.

—¿Y los alguaciles que me acompañaron en la prision y en el registro de la casa de don Mendo?

—Los alguaciles nada tienen que ver con esto: esto es cosa del alcalde y del escribano.

—Mi secretario es, como yo, un hombre muy de bien.

—Vuestro secretario está en estos momentos tan preso como vos.

—¿Cómo que está preso mi secretario!

—Si señor: le ha engañado uno de mis compañeros como yo os he engañado á vos; pero con la diferencia de que no se le ha dado de comer tan bien como á vos á vuestro secretario, ni se le ha ofrecido tanto dinero; en fin, vuestro secretario pondrá al pié del auto de libertad de mi amo la diligencia de soltura.

—Pero, señor, ¿cómo voy yo á justificar la libertad de un tal bandido?

—Decid que no le conocisteis.

—Pero, señor, ¿y su nombre?

—Decid que no habeis recordado; que teneis la seguridad de que Andrés del Páramo no fué el autor del homicidio de don Mendo de Salvatierra, y todo ha concluido.

—Sí, todo ha concluido con echarme á mí á galeras si hago lo que violentamente me demandais.

—Os doy de término para pensarlo hasta el oscurecer; y si al oscurecer no me dais ese auto de libertad para llevarlo á vuestro secretario, á fin de que ponga al pié la diligencia de soltura, os mato; y una vez metido en sangre, salvo á mi señor como pueda, y hemos concluido. Ahí os dejo esos cien doblones de á ocho.

—Yo no los quiero.

—Recreaos con su vista y con su peso, á ver si os enamorais de ellos. Conque adios, que estoy haciendo falta en otra parte.

—No me dejéis solo, dijo el alcalde; cuando me quedo solo se me figura que se me va á caer el mundo encima.

—No se le figura ménos á aquel á quien prendéis, y, sin embargo, no os quedais para hacerle compañía.

Y tomando su daga, su espada, su capa y su sombrero, salió dejando encerrado con los cien doblones y con el resto de la comida y del vino al alcalde.

Este, desesperado, pesado por lo mucho que habia comido y bebido, se acostó en el lecho, y tal estaba, que á los pocos minutos se durmió.

X.

Así pasaron cuatro horas.

Al cabo de ellas, si el alcalde hubiera estado despierto, hubiera oido abrirse primero la puerta del patio, y luego la del aposento á donde se encontraba.

Juan García acababa de entrar.

—Hé aquí, dijo contemplando fijamente al dormido alcalde, á un pícaro que reposa con la tranquilidad de un justo, y que ronca como un piporro de entierro: ¡eh! ¡señor alcalde! ¡señor alcalde!

Despertóse sobresaltado Pedro Gutierrez, y exclamó:

—¿Eh? ¿qué? ¿quién es?

—Vuestro amigo Juan García, exclamó el bandido.

—¿Y qué quereis?

—Qué he de querer, sino que pongais vuestra firma en este papel que traigo, para que podais hacer lo cual, voy á encender luz.

Y en efecto, mientras se incorporaba y se desesperaba el alcalde, Juan García encendió un cacho de vela de cera, y sacando un tintero de cuerno del bolsillo, le puso sobre la mesa en que habia esten-

dido un papel sellado y escrito por una de sus caras.

El alcalde se acercó y dijo:

—¿Qué es esto?

—Eso lo ha escrito vuestro secretario Pedro Ponce, y no ha costado poco trabajo sacárselo, porque decia, que primero se dejaría hacer pedazos que escribir tal cosa; pero se le dieron algunos doblones, se le puso una daga al pecho, y de susto estendió los brazos, agarró los doblones, se los guardó sin saber lo que hacia, y sin saber lo que hacia escribió lo que está ahí.

XI.

El alcalde con los ojos dilatados, asombrado, leyó lo siguiente:

«Visto que Andrés del Páramo, herido en la noche de ayer y llevado por nos y puesto en prision en el cuerpo de guardia de las reales caballerizas, por creer que á causa de su herida no podia ser conducido á la cárcel, no es culpable ni contra él resulta cargo alguno de la muerte del capitán inválido don Mendo de Salvatierra; mandamos, por este nuestro auto, se le ponga en libertad y se entregue por el alferez de dicha guardia á la persona que se presentase para trasladarle á donde mejor le conviniese.»

Seguia la fecha.

Quedaba un claro para la firma del alcalde y se leia seguido.

«En la dicha villa de Madrid y en el dicho día mes y año, yo el infrascrito secretario de su señoría puse en ejecucion lo que se manda en el auto precedente y lo firmo por diligencia.»

XII.

—Pues yo no firmo esto, dijo el alcalde, ni aunque me hagan tajadas.

—Lo mismo decia el señor Pedro Ponce, contestó Juan Garcia, y observo que está todavia sobre la mesa el bolsillo que yo dejé con cien doblones; tomadlos, señor alcalde, como tomó los otros doblones el señor Pedro Ponce, ó de lo contrario, os echo yo una firma en el corazon con la punta de mi daga.

Y con un aire tremendo, echó al aire la hoja de su terrible arma Juan Garcia.

El alcalde se estremeció, se puso pálido, tomaron sus ojos un color amarillento, señal de la revolucion que la amenaza terrible de

Juan García habia causado en sus hipocondrios, y barbotando algunas palabras ininteligibles, se acercó á la mesa y tomó la pluma.

—Mirad cómo firmáis, exclamó Juan García; contened el temblor de vuestra mano, haced una firma clara y limpia, porque si no, os mato.

—Y diciéndome esto, exclamó el alcalde, ¿quereis que me tranquilice?

—Pues debeis tranquilizaros, para no morir.

El alcalde hizo un esfuerzo sobre sí mismo, logró dominar la alteracion de su pulso, y producir su firma acostumbrada.

XIII.

Juan García se apresuró á apoderarse del papel, y salió dejando encerrado y medio muerto á Pedro Gutierrez.

Un cuarto de hora despues, el alferez de la guarda de las caballerizas reales, hablaba en una esquina próxima con Juan García, al que acompañaban cuatro hombres que llevaban una camilla.

—¿Y decis, amigo, que ningun cargo se me puede hacer por haberos entregado el preso?

—¿Qué cargo quereis que os hagan si traigo aquí el auto de libertad?

—Es que yo he dado un recibo del preso.

—Traigo yo tambien ese recibo, contestó Juan García.

—Pues si traéis el recibo, todo lo demás me importa muy poco: venid os entregaré el preso: pero me parece que el pobre está en un estado muy lamentable.

—Eso no importa: no se ha de empeorar porque nos le llevemos, que en buenas manos dá, que tanto saben curar heridos como hacerlos: conque no perdamos tiempo, que estas cosas suelen echarse á perder á veces por un solo momento.

—¿Pero se os olvida algo, amigo? dijo el alferez.

—No se me olvida, que ya me estoy metiendo la mano en el bolsillo, y hé aquí que la saco con un bolsa con cincuenta doblones: tomad.

Y dió un bolson al alferez que este se guardó rápidamente.

Despues de esto se encaminaron al cuerpo de guardia, seguidos de los cuatro hombres que conducian la camilla.

Otros seis hombres de muy mala facha y embozados hasta los ojos, quedaban en lo alto de la calle del Viento.

Juan García y el alférez penetraron en el cuerpo de guardia.

Don Alonso de Fuensalida, que ya sabemos que así se llamaba Andrés del Páramo, estaba tendido boca arriba, con la cabeza vendada y dominado al parecer por una violenta fiebre.

Un alguacil estaba sentado junto á su cama de guardia de vista.

—¿Conoceis esto? dijo Juan García con gran serenidad al alguacil.

—Si señor, contestó el alguacil: este es un auto de libertad en forma, firmado por nuestro alcalde; ¿pero por qué no ha venido á practicar la diligencia el señor Pedro Ponce?

—Porque está ocupado en negocios graves, contestó Juan García, y como yo estaba impaciente por ver libre á mi amo, me ha dado este documento, así como el recibo que de mi amo ha dado el señor alférez.

—Bien, dijo el alguacil tomando el auto: entonces yo nada tengo que hacer aquí.

—Allá lo vereis vos, respondió Juan García.

Y como el alguacil no se moviese, Juan García le dijo sacando un doblon de á dos:

—Vamos, lo que vos quereis sin duda, es que os dé algo para beber: tomad.

El alguacil tomó el doblon, saludó respetuosamente á Juan García, y salió.

Un cuarto de hora despues, Juan García salia con su amo, conducido en una silla de manos por cuatro hombres y escoltado por seis, por la puerta de Segovia.

CAPITULO XVII.

De lo que hablaron en la antecámara del rey Quevedo y Lope de Vega.

I.

Mal dormido, mal contento y melancólico, en la mañana de aquel mismo día se fué Quevedo al alcázar.

Subió lentamente por las anchas escaleras, no solo por la dificultad que le costaba andar de prisa, sino porque cuando entramos de mala gana en un lugar, por más que necesitemos entrar en él, adelantamos muy lentamente.

Parece como que reflexionamos demasiado y que la reflexion determina nuestra lentitud.

Quevedo era hombre reflexivo y además de esto muy altivo.

Habia soltado invectivas y sátiras contra el conde-duque, en las cuales, como era preciso, dada la íntima union entre el favorito y el soberano, habia alcanzado no pequeña parte á Felipe IV.

Olivares aborrecia á Quevedo, y por esta razon, el rey no podia quererle mucho.

Entraba, pues, con su acostumbrada valentia en terreno enemigo; de aqui lo reflexivo de Quevedo al subir por las anchas escaleras de mármol ricamente ornamentadas, con arreglo al gusto del Renacimiento, del alcázar.

Otro sí: Quevedo, por lo mismo que habia acribillado á sátiras al conde-duque, se sentia humillado por sí mismo al meterse como pretendiente en la jurisdiccion del conde-duque de Olivares.

—¿Por qué y á qué vengo yo aquí, santo Dios de Israel, más que á pedir una limosna vergonzante, lo que van á leerme en la cara todos estos cortesanos voraces que no hacen otra cosa que buscar honras mendigantes para hacer platillos de ellas y saborearse como los grajos sobre carne muerta? ¡Ah! gran duque de Osuna, contigo se ha hundido todo lo que de grande teníamos, y contigo he muerto yo, que tal estoy, que no me conozco sino como alma en pena de mí mismo. ¡Oh, noble don Pedro Tellez Giron, mi amigo! pero tú no has muerto, no; sobre tu sepultura se levanta la gloria de tus hechos.

Y murmuró aquel gran soneto que empieza

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa, sus hazañas;
Diéronle tumba en cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus desdichas una á una
Con las propias naciones las extrañas,
Su tumba son de Flandes las campañas
Y su epitafio la sangrienta luna.

Aquí se detuvo Quevedo suprimiendo los tercetos, porque sin duda como á nosotros no le gustaban, y dijo:

—Érase un hombre á una nariz pegado.

Lo cual iba derecho al conde-duque, que aunque aplastadas, tenia unas grandes narices.

No podía don Francisco de Quevedo acordarse con amor, dolor y veneracion de su gran duque de Osuna, sin acordarse con ódio, rabia y desprecio del conde-duque de Olivares.

Por eso, siempre que murmuraba su soneto á Osuna, se le venia á la punta de la lengua su soneto al conde-duque.

II.

A este punto llegaba don Francisco al primer descanso de la escalera, donde abigarrados y cubiertos de plumas empezaban los centinelas de alabarderos suizos.

Con arreglo á la etiqueta, Quevedo se quitó el sombrero; pero de una manera nerviosa, dejando descubierta por completo su gran

cabellera negra en que habia ya algunas canas, y su ancha y altiva frente que parecia ensombrecida por una nube siniestra.

Los alabarderos, al ver la venera del hábito de Santiago que llevaba al pecho don Francisco, dieron un golpe con el regaton de sus alabardas sobre el mármol del pavimento.

Quevedo bajó imperceptiblemente la cabeza, devolviendo su saludo á los centinelas, y pasó tieso y erguido, murmurando:

—Cualquiera que viera esto, creeria que yo era mucha persona, y se echaria á buscar la primera palabra para entrarme á saco el bolsillo, convertido hoy en una caverna de Pluton, segun está de horrible por lo vacío. ¡Ah! vanidades y soberbias del mundo, ropilla nueva por milagro, que ahí se quedó de otros tiempos no sé donde, gola y puños limpios por casualidad, hábito tenido por milagro, que gran milagro es que los reyes paguen verdaderos méritos; pero bolsa ética y cicatera, que si tiene quince ochavos viejos de Segovia y dos reales mohosos, con lo que hay bastante para comprar una sogá, es todo lo del mundo.

Y volvió á bajar la cabeza, porque al llegar á lo alto de las escaleras, habian resonado otros dos golpes de alabarda sobre el pavimento.

Entróse Quevedo por una crujía, y saliéndole al encuentro un ugiar muy inclinado y muy respetuoso, le dijo:

—¿La gracia de vuestra señoría?

—Mi desgracia se llama don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad.

Pintóse una expresion de asombro y de contento en el semblante del ugiar, una expresion que queria decir:

—¿Conque vuestra señoría es...

—Sí, dijo Quevedo contestando á aquella expresion, yo soy aquel por quien los tontos rien, y los pícaros si no lloran rabian: ved, hermano, si teneis en vuestra lista de audiencia á don Francisco de Quevedo.

—En efecto, señor, contestó el ugiar, y podeis pasar.

—Milagro, dijo Quevedo.

Y pasó murmurando:

—No creia yo que al fin tendria que agradecer algo al señor rey don Felipe; de los tres Felipes que he conocido, el uno pudo llamarse el grande, aquel segundo que traia revueltas á las naciones, que no conoció favoritos, que no vendió la justicia ni amancilló á la patria ni sufrió mosca que delante de las narices le pasase; el otro, el

tercero, todavía podia estimársele; era hombre de bien y buen cristiano y buen caballero, aunque corto de vista, y obligado á usar antiparras tan malas como el duque de Lerma: pero este señor, esta hinchazon de rey, esta cosa nula, ¡válgame Dios! con Felipe III tuvimos á Calderon, con Felipe IV tenemos á Olivares; sobre las picaduras de las sanguijuelas nos ha venido el cáustico corrosivo, y así estamos dando gritos; y si á todo esto no se lo lleva el diablo, es porque los españoles de hoy no tienen vergüenza, ni son dignos de heredar el nombre de los españoles que tan alta tenían la España con Carlos V y Felipe II; del leon no quedan ya más que los pelos y se los lleva el viento.

Y á todo esto Quevedo atravesaba la gran saleta tieso, altivo, ceñudo, sin mirar á nadie de los que en la saleta estaban, y se entró en la antecámara usando del privilegio que tenia como caballero de hábito y señor de vasallos, porque aunque Quevedo no tenia un cuarto ni por donde le viniese, tenia vasallos, *in nomine*, como si dijéramos vasallos *in partibus in fidelium* por aquello de que tenia señorío, y porque aun duraban, si bien como letras muertas, todas las formas del feudalismo.

III.

En la antecámara habia algunas personas graves, y destacándose entre ellas por un no sé qué particular un eclesiástico de regular estatura, de cabellos, bigote y perilla blancos como la nieve, pálido, de semblante apacible y de mirada que imponia á un tiempo amor y respeto, mirada en que aparecia algo no comun para la generalidad de los hombres, mirada lúcida y profunda que parecia reflejar un fuego proveniente de más allá de lo humano.

Este hombre era capellan mayor de la congregacion de sacerdotes naturales de Madrid, doctor en teología, promotor fiscal de la reverenda cámara apostólica, notario inscrito en el archivo romano, caballero de la inclita orden hospitalaria de San Juan de Jerusalem y familiar del Santo Oficio, como lo mostraban las dos veneras que llevaba al pecho y sobre todo esto, poeta y autor dramático, la gloria más alta en fin de la escena española.

Nuestros lectores habrán reconocido ya á don frey Félix Lope de Vega Carpio en aquel sacerdote.

IV.

Quevedo, que en nada reparaba, ó que mejor dicho se hacia el indiferente á todo, reparó en Lope de Vega, ardió en sus ojos un relámpago de alegría y de afecto y cuanto rápidamente pudo, se acercó á él con las dos manos extendidas.

Lope de Vega acortó la distancia, asió las manos de Quevedo y las estrechó vivamente.

—¿De dónde venís, don Francisco? exclamó.

—Cuando me veis en el purgatorio, contestó Quevedo, podeis imaginaros que vengo de la sepultura: de prision salgo, y á purgar aquí vengo aquello que no purgué bastante en mi enterramiento en vivo: ¿y á vos cómo os va?

—Si no dichoso tranquilo, contestó dulcemente Lope de Vega.

—Tranquilo por buen cristiano, contestó Quevedo, y no dichoso, porque no sois tonto; y la poca felicidad que Dios ha echado sobre la tierra, se la reparten ellos sin dejar ni una pizca para el ingenio; como el judío errante somos, hermano don frey Lope, y siempre nos está atronando los oidos como una maldición el anda, anda, y anda que nunca cesa.

—Encuéntroos tan mal avenido con la fortuna como siempre, hermano don Francisco.

—¿Conoceis á hombre que haya podido avenirse con su suegra? pues suegra y aun madrastra y aun tía á tras mano ha sido para mí la fortuna, que no parece sino que soy yo hijo de mala ganancia y no de padres de tan limpia sangre y tan honrados como los míos.

—La política os cuesta muy cara, hermano don Francisco, dijo Lope de Vega, y cada día me alegro yo más de no haberme metido en ella.

—Metiéronme, que yo no me metí, dijo don Francisco; y si el gran duque de Osuna no existiera, hubiérame yo estado quieto en mi torre de Juan Abad ó en mi casa de la calle del Niño (1) y no escribiera más que como escribí cuando hice aquel libro de poesías á quien dí por autor un Francisco de la Torre, es decir, un don Francisco de la Torre de Juan Abad: no puse lo que faltaba entre el

(1) Así se llamaba antes la que ahora se llama calle de Quevedo, como de Francos y de Cantarranas las inmediatas en que vivieron Cervantes y Lope de Vega. ¡Cuánta gloria en tan poco terreno!

Francisco y la Torre, comiéndome el don, por la cortedad natural del que tiene buen ingenio cuando saliendo del nido con torpes alas se arroja en medio del mundo.

—Pero á poco empezásteis vuestros romances satíricos, vuestras charadas enigmáticas, vuestras jácaras que ocultaban bajo una apariencia inofensiva y casi ridícula una intencion agresiva, y vuestros libros sobre historia, política, religion y filosofia.

—No tan pronto, no tan pronto, dijo Quevedo, que á los trece años empecé yo á escribir esos pobres versos que firmé como Francisco de la Torre, y hasta los veinte no me metí en obras de más sustancia: las poesías de Francisco de la Torre las escribió el niño, el page del rey cuando volaban en torno suyo las auras de la primavera y todo tenia para él color de rosa; lo demás lo escribió el hombre, el escolar de Alcalá, viejo ya aun en su juventud, lacerado por desengaños, buscando sediento lo que no encontraba, la mujer y el hombre, el alma partida entre la amistad y el amor; ni cómo era posible callar cuando me punzaba por todas partes el mundo malo en que me encontré sin quererlo y para venir al cual no hice pedimento ni eché memorial alguno; sentenciado vine, é irritóme lo injusto de la sentencia, que si yo antes de venir al mundo le conociera y pidiera venir á él, quejarme no podria, si lo pretendiera, como no puede ni debe quejarse el que se ve cogido por un mal negocio que él ha escogido: vida es esta en que por un instante de placer se sufren largas horas de amargura y de soledad del alma, y á cosa no tendéis la mano que no os salga otra mano en busca de dinero, que el mundo es mercado donde todo se vende hasta aquello que Dios ha querido que no pueda venderse, que es el alma; y tan arraigada vi en todos la ponzoña de la corrupcion y de la desvergüenza, que el veneno que me rodeaba se me metió en el corazon y le agrió y le hizo desvergonzado y vomitó sátiras y filípicas para aliviarse algo del veneno que encerraba.

—Y puesto con todo el mundo en guerra, ¿qué habeis alcanzado, don Francisco?

—Pobreza, miseria, heridas, enfermedades; pero tambien la certeza de que se me tiene en mucho por lo mucho que daño, y se me respeta no por virtud sino por miedo.

—Uno contra todo el mundo.

—Qué quereis, don Frey Lope; el toro acomete porque Dios le ha hecho para que embista, y todo se lo lleva por delante hasta que la turba multa le cansa y le echa el lazo y le derriba y viene el cache-

tero; medio cansado estoy ya y tan mudado de lo que fui, que no me conozco, y veo el lazo y el cachete en las manos del conde-duque, pero él ó yo, don Frey Lope, que aunque cansado valgo, y en verdad, en verdad que el conde-duque quisiera no ser tan valido con tal de que yo valiera menos.

—Avenios, avenios, don Francisco, que ya estais en la edad madura, á las puertas de la vejez, y necesitais reposo. ¿Por qué no os arrojaís como yo en los brazos de la Iglesia?

—Casado fuisteis tres veces, don Frey Lope, y ellas os acostumbraron al yugo y os maduraron para la Iglesia; tanto, que yo creo habeis hecho muy bien en abrazar el sacerdocio, aunque no haya sido más que por penitencia de los tres pecados mortales que cometisteis casándoos por primera, segunda y tercera vez: yo estoy entero y no pienso en sufrir coyundas que me obliguen á arrepentirme y si me veo libre buscar la absolucion de mis pecados en la vida contemplativa: pero cuchicheos siento; de nosotros se habla ó mas bien de mí, porque debe sin duda parecer extraño, que siendo yo quien soy y habiéndome divorciado de palacio, aunque en él nací, con razones bastantes para ello me venga ahora á hacer antecámara euando reina mi mayor enemigo.

—No creo que su magestad sea enemigo vuestro, sino por el contrario, muy grande amigo, á causa de vuestro ingenio.

—¿Y quién se acuerda ahora de su magestad? cuando yo digo que quien reina es enemigo mio, claro se vé que hablo de don Gaspar de Guzman.

—Que podrá ser el valido, pero no el rey, dijo Lope de Vega.

—El que vale, y de lo que vale porque quieren que valga se prevale, y lo que quiere puede, ese es el que manda, y el que manda, reina; de lo que resulta, que quien reina en España no es el rey nuestro señor, (que Dios guarde para ejemplo de reyes vasallos de sus favoritos) sino el favorito señor del rey; y como señor del rey, y como señor del reino, y como señor de todo, dador de injusticias y amparador de pícaros y enemigo de los que, como yo, no bajan su frente más que ante la razon y la justicia.

—Por Dios, don Francisco, dijo algo cuidadoso Lope de Vega, que estais hablando en palacio como pudiérais hablar en un desierto donde no os oyera nadie.

—Tan llagado estoy, dijo Quevedo, que ya no pueden llagarme más, porque todo mi cuerpo es pura llaga y dolor y gangrena y tan acostumbrado estoy á estar preso, que aun cuando me tienen libre,

yo no encuentro otra diferencia sino que la cárcel es más grande, y como la única libertad que tengo es la de la lengua, por donde sale la libertad de mi pensamiento, hème encariñado de tal manera con ella, que para que me la quiten, necesario será que me aten la lengua con la muerte; y aun así, libre mi espíritu, pediré á Dios licencia para que me deje meterme en otro cuerpo vivo, para que no falte lengua que diga la verdad sobre la tierra.

—Así andais de medrado, dijo con algo de impaciencia Lope de Vega.

—Medro con esclavitud no le quiero; y entre dos enfermedades, la del cuerpo y la del alma, á la del cuerpo me atengo; y quédese esto aquí, que no quiero disgustaros ni os disgustaria por mi gusto, sino porque tan acre me han puesto, que hánme convertido en espinos que punza sin voluntad á todo el que se le acerca: mas ved que ya asoma á la puerta de la cámara un ugie, y mira á todas partes como quien busca una cosa extraña en un lugar donde no acostumbra á haberla, y que por esto, á quien busca sin duda es á mí.

Y como corroborando estas palabras, el ugie dijo:

—Don Francisco de Quevedo y Villegas.

—¿No os lo decia yo, don Frey Lope? dijo Quevedo: adios, os quedad, que yo allá me cuelo con mi saco de desvergonzadas verdades debajo del brazo, y rogad á Dios que como entré salga, y no entre alabarderos y camino de la cárcel.

Y se fué, erguido, tieso, campanudo, por decirlo así, y se metió en la cámara dejando mortificado á Lope de Vega, porque el rey llamaba á Quevedo antes que á él.

Otros muchos habian quedado de igual modo, mal contentos porque el rey antes que á ellos, habia llamado á Quevedo; y como Quevedo era un hombre político, de una talla inmensa, y todos conocian su grande enemistad contra el conde-duque de Olivares, empezaron los comentarios y las deducciones: dióse por derribado al conde-duque, y no faltó alguno que saliéndose del alcázar se fuese á llevar aquella grave noticia al Mentidero.

CAPÍTULO XVIII.

De lo que habló con el rey Quevedo, y de lo que habló fuera de palacio con otros particulares.

I.

Atravesó Quevedo la cámara, grave, sério, con una seriedad agresiva, y bajando imperceptiblemente la cabeza á los gentiles hombres, se entró en la recámara del rey, encontrando á Felipe IV, como quien dice trás de la puerta.

Detúvose Quevedo, se inclinó respetuosamente, y dijo:

—Si no es ya que vuestra magestad teme contagiarse dejándose tocar por un leproso de desdichas, déjeme besar sus reales piés.

Felipe IV, que estaba un tanto sério y otro tanto en curiosa expectativa, extendió su real mano hácia Quevedo.

Este adelantó, hincó una rodilla en tierra, y besó la mano del rey.

—Grande encuentro á vuestra magestad, dijo al levantarse.

—¿Grande, decís, don Francisco? dijo el rey con acento en que se notaba alguna contrariedad: vuestras palabras hay que oirlas con reserva.

—Resérvome yo tan poco, contestó Quevedo, como que por no reservarme me reservan de ver á vuestra majestad los que me quisieran tan reservado que me reservaran siete pies de tierra; y digo que encuentro grande á vuestra magestad, por que no es poca grandeza el que vuestra magestad se allane á escuchar á mi pobreza; y como

estoy seguro de que á vuestra magestad debe haberle costado algun disgusto la aproximacion de mi humildad, ya es esto bastante para que yo encuentre grande al rey, mi señor; que los reyes nunca hacen lo que les disgusta, por tan pequeño momento, por tan insignificante cosa como un tal de Quevedo.

—¡Válgame Dios, don Francisco, válgame Dios, y qué mal humorado venís! dijo el rey.

—Gasto lo que tengo, señor, y lo que tengo os doy, que aunque quisiera no os pudiera dar otra cosa; pero aunque envuelto en esta bilis negra que en el cuerpo me han metido los hombres con las cosas que conmigo han hecho, os traigo mi afecto y mi lealtad sin embozo, y resuelto vengo á decir á vuestra magestad verdades como puños, amargas como tueras, que lo amargo es buena medicina, en especial para los reyes.

—Basta, basta, don Francisco, dijo el rey dominado por aquella audacia, ó mejor dicho, por aquella entereza que tan alto y tan claro, y de una manera tan inusitada hablaba al rey: decidme lo amargo que os sucede, á fin de que yo vea si puedo dulcificarlo, y habreis dicho bastante, y lo único que yo quiero oir de vos.

—Es, señor, dijo Quevedo, que mis amarguras son las amarguras de vuestros reinos, que os deben saber amargo, porque causas son de injusticias que á todos alcanzan; que si con justicia se gobernara, no estuviera yo amargo y ágrío y dolorido y llagado; porque las persecuciones que yo he sufrido, de persecuciones más altas son compañeras; persecuciones hijas del miedo y de la traicion, (hizo el rey un movimiento de asombro y de disgusto) de la traicion, sí, continuó Quevedo; porque aquellas persecuciones que hasta á mí se alargaron, dieron muerte al vasallo más grande, más noble y más leal que ha tenido rey sobre la tierra: del gran don Pedro Tellez Giron hablo; y hablo, como vuestra majestad lo vé, con las lágrimas en los ojos; llanto de duelo que mis ojos vierten por el valor, por el corazon, por la hidalguía del vasallo sacrificado, y por la pobreza de la monarquía, rodeada de reptiles que envenenan á los leones que son de la monarquía honra y sustento.

—Alzarse quiso con Nápoles Osuna, exclamó el rey mirando frente á frente á Quevedo.

—Calumnia enjendrada por la rabia entre las tinieblas de la envidia, dijo este: asechanza del gato al tigre, á quien temia, y que engañó al leon coronado; asunto que está muy oscuro, y que yo pondré de claro en claro ante los ojos de vuestra majestad para que

se vea quiénes fueron los malos y los traidores, y quiénes los buenos y los leales.

—Se conspiró contra la señoría de Venecia, poniendo traídoramente en juicio la honra y la lealtad, para con aquella república, del señor rey mi augusto padre.

—Oscurecido se ha este asunto y embrollado, y no se verá claro si no meto yo entre estas tinieblas la luz de mi linterna: pedido he yo que se me escuche, y no se me ha escuchado, cuando de tanta monta era oirme á mí, como que secretario he sido de Osuna, y tan de veras su secretario, y tan en su alma metido, que bien sé yo como lo propio mio lo que se albergaba en aquella alma buena y generosa: razon mia no se ha oido, y en vano razon se ha buscado para ponernos á la garganta el cuchillo del verdugo á don Pedro Tellez Giron y á mí: murió él en prisiones, resistí yo porque escama de cocodrilo me ha dado el cielo, que resiste cuantos golpes la asestán; y pues vivo quedéme, obligacion tengo de volver por la honra del duque y por la mia; que no murió él por sentencia de jueces despues de un madurado proceso y deliberacion de la justicia, sino al rigor de sus desdichas y á mano de su despecho, por verse encerrado y tildado por lo que él si lo pensara se diera á sí mismo la muerte: y justicia vengo á pedir á quien la tiene y obligacion de darla, y no se me llame traidor á mi duque de Osuna sin que la prueba lo acredite; que sin probanza no hay verdad, ni sin verdad justicia, ni sin justicia cosa buena más que tiranía y desgracia; y ábrase el proceso y dése á cada uno lo que es suyo, y pongámonos bien con Dios, y otra cosa no pido ni para otra cosa he pretendido ver á mi rey y mi señor de quien espero que mirando á su gloria y á la de sus preclaros predecesores, haga de modo que se restaure la buena opinion y lealtad de quien no puede defenderse porque le sujeta con sus brios é insolubles lazos la muerte.

—¡Lerma, Lerma fué! dijo el rey aturdido por la energía de Quevedo.

—Empezó Lerma y acabó Olivares, dijo Quevedo: y tan inicuo es el que empieza una iniquidad, como el que la continúa; Osuna ha muerto sin que se le juzgue; y si yo he sobrevivido, mirad, señor, cómo me hallo.

Y abriéndose violentamente la ropilla, enseñó al rey el pecho, y en él algunas cicatrices purulentas en un estado alarmante.

—Señales son estas que vuestra magestad vé, de mi honra; que en defensa de mi honra las he ganado: á los dados jugué mi vida

siempre que mi honra se puso por algun maldiciente en tela de juicio: cada herida de estas es un hombre muerto, porque en el juego de las espadas, señor, cuando se quiere tomar mucho, hay que dar algo: testimonio claro son estas cicatrices de que yo en ménos estimo vida que honra; y lo que enemigos mios capaces de jugarlo todo hacer no pudieron, esto es, quitarme lo que Dios me ha dado en el cuerpo y en el alma, la vida y la honra, á punto ha estado de quitármelo todo junto Olivares; que con las humedades de la prision, y el mal trato, y la miseria y el frio, hánse mis heridas enconado, y si muerto hubiera, conmigo muriera mi honra; pero Dios que no consiente el triunfo de la iniquidad, me ha dado fuerzas para que pueda llegar arrastrándome hasta los piés de vuestra magestad en busca del remedio de la honra del duque y de la honra mia; y á esto estais obligado, señor, porque todo rey está obligado á satisfacer la justicia, que si ser rey no obligara, oficio seria este deseable para todos los que no miran las grandes obligaciones, los sagrados empeños que un rey echa sobre sí al ceñir la corona, porque suyos son la paz, la prosperidad y la honra de sus reinos; porque no hay grandeza para un rey si sus reinos no son grandes como no puede haber cabeza sana sobre un cuerpo leproso; y ved, señor, que yo no he venido aquí esperando á vuestra magestad para pedirle audiencia al pié de la casa de la Calderona, para mendigar una pension que me dió vuestro padre por mis buenos servicios en Sicilia, y que por toda razon y derecho me corresponden, ni para quejarme de las tropelias, tiranías podria decir, que contra mí se han hecho; que yo mis cosas propias las dejo para lo último, y las pospongo y las pospondré á lo que es verdaderamente grande y necesario; y á vuestra magestad suplico se digne parar bien las mientes en lo que le digo, que no lo digo por mí, sino por la honra de vuestra magestad y por la honra de sus reinos, y por la de aquel que pudre, que era, lo repito, el mejor vasallo que mano de rey ha besado; que si por todas estas honras se vuelve, se habrá vuelto por la conveniencia y por la justicia, y quitádose habrán de enmedio las torpes orugas que todo lo roen y dejan la laceria y la miseria por donde pasan; y tenga presente vuestra magestad, que un vasallo como yo, á quien no ofusca el brillo de la corona ni el temor suspende, ni lo que podrá ser para, es un vasallo que vale tanto, que bien merece ser oido, y que se estime lo que se le escuche, que yo por mí y por las cosas de mi vida, no diria una palabra, mediante Dios, que atiende las necesidades de los suyos y que si por sus

pecados les aprieta, les dá resignacion bastante para soportar lo que sobre ellos se viene: y créame vuestra magestad, que vale más verdad ruda que lisonja encubierta, y que tanto más vale el que con los reyes habla, que más ante los ojos les pone la verdad con todas sus deformidades; que la verdad es cáustica; pero, como el cáustico que un buen médico aplica, produce efectos saludables, salvando la vida á costa del cuero que queda escocido y ulcerado; y apiádese vuestra magestad de sus reinos y ponga á servir al conde-duque de Olivares que es la carcoma de ellos en sus principios, cuando todavía no ha criado bastante sangre para hacer que no puedan quitársele de encima el rey ni el reino, sino por medio del verdugo: y aprenda vuestra magestad en el ejemplo de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, que fué tan gran privado y dueño de todo, que para estirparse el cáncer la monarquía, hubo de verse en la necesidad de traerle á miserable fin con espanto de todos, que no podian convenirse que de tanta grandeza se viniese á tan grande y sangrienta caída: que cuando los reyes quieren evitar los grandes castigos, deben anticipar el cuidado providente de la justicia, y escudados con ella, no dejar que los soberbios crezcan de tal modo, que al herirlos por el pié se asombre el mundo del estrépito de su derrumbamiento; que si los reyes no sufrieran ladrones concusionarios y criminales capaces de todo, podrida el alma y entregada al diablo por la lascivia, la avaricia y la vanidad, no se verian tales escándalos, que vienen á herir de rechazo á la monarquía robándola el respeto que deben tenerla los reinos: y no digo más y ceso, porque creo haber dicho bastante, y haga de mí vuestra magestad lo que fuere servido; que yo, habiendo cumplido con mi conciencia y con Dios, he cumplido con todo el mundo; y tal estoy de postrado y descorazonado, que de todo se me dá un ardite, y venga lo que Dios quisiere, y si luce para mí claro el sol, que lo dudo, agradecérselo hé á Dios, y si la tormenta arreciare la soportaré como he soportado tantas y tan negras tormentas.

II.

Felipe IV sudaba: no se habia atrevido á interrumpir á Quevedo por más que las razones de Quevedo, que eran hasta cierto punto una acusacion, le hubiesen contrariado.

Ardia en la mirada de Quevedo algo supremo: habia en su voz,

vibrante, acentuada, incisiva, algo de otro mundo; porque en otro mundo desconocido está la verdad.

Se alzaba un rey enfrente de otro rey: el rey del génio creado por Dios y coronado de un laurel invisible por sus contemporáneos, y el rey de hecho, hecho por la casualidad del nacimiento y por el derecho hereditario: la majestad legada por Dios, esto es, la majestad de Quevedo dominaba á la majestad de Felipe IV hecha por las leyes y por las costumbres por lo humano.

III.

Felipe IV guardó por algunos instantes un silencio de vacilacion.

Quevedo, que se habia echado como quien dice, el alma á la espalda, dijo:

—A trueque de parecer menesteroso é impertinente, insisto: ó justicia ó no justicia: ó cárcel y finamiento miserable, ó reparacion equitativa de todo cuanto he expuesto á vuestra majestad.

—Lo veré, lo veré, lo consultaré con mi consejo, dijo el rey: yo no puedo hacer por mí mismo nada: yo haré... yo procuraré...

—Beso las reales manos á vuestra majestad, dijo Quevedo hincando una rodilla y besando la mano al rey.

Despues de esto, se alzó, y retrocediendo hasta llegar á la puerta, en la cual hizo una profunda reverencia, salió sin volver la espalda al rey.

IV.

Pero apenas hubo salido, se enderezó como una buena espada de Toledo, pasó altivo junto á los gentiles hombres, se fué á donde esperaba aún Lope de Vega, le estrechó la mano y le dijo:

—Pídoos perdon por haber entretenido tanto á su majestad: vos le entretendreis ménos: adios, señor Frey Lope; doléisme.

—¿Que os duelo?

—Fuérais como yo sufridor de todo, acometedor de todo, y á todos mejor nos fuera; que uno de aquí, dos de allá, tres del otro

lado, hacen guarismo, y guarismo contra guarismo es la vida, y en la resta se vé el resultado, y adios.

Quedóse pensativo y algo ofendido de Quevedo Lope de Vega, y el primero atravesó la saleta y la crugia, y bajó las escaleras y se salió del alcázar murmurando:

—Ingenio, sí, mucho ingenio; pero ingenio que no sale de la escena que alumbran candilejas y que para nada sirve en la gran escena del mundo que alumbra el sol ó que espanta el relámpago: todos sumisos al que impera; todos buscando su acrecentamiento en su humillacion: mentira: no hay ingenio donde no hay altivez: no, no, el ingenio es rey: Dios le ha dado la majestad si no le ha dado el poder: y sí, sí, le ha dado un poder terrible; la historia escucha al ingénio: sí, sí, el ingenio es inmortal: generaciones y generaciones rinden pleito homenaje á su grandeza: los ingenios cortesanos, los ingenios que se doblegan al oro, á los títulos, á las vanidades... ¡Ah! ¡Bah! esto es incomprensible: arde un volcan en Lope: las criaturas de sus comedias tienen en sí el fuego de la vida; y sin embargo, ese creador, ese sér omnipotente, ese sér que no puede morir, se arrastra palaciego humilde sobre las alfombras de los palacios: ¡quién comprende el espíritu humano! ¡quién puede unir en un solo cuerpo sin escandalizarse de sí mismo, la vida y la muerte, la salud y la lepra, la grandeza y la miseria! ¡Oh mi buen amigo Miguel de Cervantes! ¡Tú soportaste la miseria de tu altivez! ¡Tú moriste pobre y desesperado, llevando á la tumba la gloria de Lepanto, tu grandeza de Argel, tu gloria de ser padre de tu loco manchego! ¡Pobre Miguel! Pobre de mí... y bien, ¿qué importa, qué importa? esta es la gran frase de los séres: ¿qué importa? adelante: ¿qué es la muerte? un accidente: ¿qué es la miseria? un sufrimiento: ¿qué es el alma? una hija de Dios, que cuando es buena á Dios se eleva y de Dios recibe su fortaleza: consultaré mi consejo: eso es escapar, contestar con una palabra vacía: buen consejo: consejo de necios, enjendrador de disparates: pobres reyes que no ven dos dedos más allá de sus narices, ensoberbecidos, envanecidos, desvanecidos por la adulacion de los que los rodean, y que no se acercan á ellos más que para sacarles á túrdigas el pellejo, y para dejarlos en los huesos, en esqueleto miserable ante el tremendo tribunal de la historia: y bien, allá ellos, allá ellos: tienen el extraño discernimiento de arrojar de sí á los leales y pegarse á los traidores: mi gran duque de Osuna... yo... ¿por qué he de haber creído yo que estamos necesitados de la justicia de un rey? Pues qué, para

hacernos ver cómo somos, ¿no está ahí la severa é imparcial historia, amiga y buscadora incesante de las verdades, que con su clara antorcha disipa las tinieblas de la mentira? Pues qué, ¿la historia pondrá en parangon al exclarecido duque de Osuna, á don Francisco de Quevedo y Villegas, con ese á quien llaman Felipe IV de Austria? ¡Bah! don Francisco, no seamos como el vulgo, que no estima más que aquello que se come: cuando se sabe positivamente que se tendrá una cosa, es lo mismo que tenerla: grandes nos hará la historia, grandes somos, y es indigno de los grandes afligirse por ruindades.

Y aquí dió fin con una carcajada, á punto que salia del alcázar, á su monólogo Quevedo, y consecuente á su último pensamiento, dejó de pensar en lo que le habia traído á Madrid y le habia llevado al alcázar, y se echó á buscar la salida de su situacion del momento.

V.

Quevedo, por más que fuese rico de ingenio y de valor, se encontraba harto apurado de medios.

En su casa de la calle del Niño, el fogon se encontraba tan limpio, que el gato, segun la expresiva frase de un amigo nuestro que ha sufrido mucho, se subia en él á tomar el fresco.

Una pobre mujer que le servia de criada, entretenia haciendo calceta azul al sol del huertecillo, los largos ayunos á que la sentenciaba, no su cristiandad, sino la pobreza de su amo.

Quevedo solo tenia algunos maravedises en su bolsa.

Habia gastado su hacienda en mantenerse en prisiones y en cuidar sus heridas.

Los reales con que se mantenia los ganaba escribiendo, y los libreros le pagaban muy poco por sus libros.

—¿Y á dónde voy yo, dijo Quevedo, á hacer verdad aquello del pan nuestro de cada dia? Son las doce; la hora obligada del pasto universal: meteréme, ¿dónde?... casa de la Calderona: esta inspiracion vale más que la de un romance, porque de seguro ha de valer más que por lo que por un romance me dieran los libreros, la buena comida que me dará la Calderona. ¡Loca como ella! De lo que robó dejola su padre rica, y en tal manera, que bien podria pasarse sin la gloria cicatera que se alcanza en los corrales. Pero no nos descuidemos, don Francisco, si no quieres quedarte sin comer,

y procuremos llegar antes de las doce al templo de aquella sirena, que ó mucho me engaño, ó ha de dejar memoria de sí en el mundo.

Y Quevedo apresuró el paso por la Puerta del Sol y Carrera de San Gerónimo, llegando al fin con tiempo antes de las doce á la casa de la Calderona, á la que llamó y con dar su nombre fué recibido.

CAPITULO XIX.

De lo que habló Quevedo por hablar algo con la Calderona, mientras comia en su casa.

I.

Recibióle María Calderon en el retrete de los espejos, del que ya hablamos cuando describimos su casa, lo que es lo mismo que decir, que le recibió en el *sancta sanctorum* donde no entraba nadie.

Estaba María vestida de una manera bella, pero con una marcada negligencia, lo que demostraba que estaba dominada por una grave situacion moral; porque solo por estas situaciones olvidan las mujeres el cuidado de su atavío.

—Os esperaba, dijo María á Quevedo.

—¿Y por qué me esperábais, señora mia? contestó Quevedo sentándose sin ceremonia.

—Porque teneis buen corazon y habeis comprendido cuánto debo yo sufrir.

—¿Que sufris?

—Sí por cierto; he sido engañada.

—Os habeis engañado á vos misma; porque ¿á quién se le ocurre creer hoy en palabras de hombre ni de mujer?

—¡Ay don Francisco que yo me estoy muriendo!

—Créolo, porque se os ha muerto un hijo.

—¡Un hijo!

—Si por cierto: un hijo de vuestra imaginacion.

—¡Ah! ya, sí, contestó tristemente la Calderona: es verdad; hijo de mi imaginacion era, y no más que de mi imaginacion, el amor de don Lope.

—No sé yo hasta qué punto eso sea cierto; porque sois tan hermosa y valeis tanto, que es lo más natural del mundo que don Lope esté enamorado de vos.

—¡Ay! no, don Francisco, no: hoy los hombres no quieren más que aquello que les conviene, y la conveniencia que yo soy para don Lope me irrita, me ofende.

—¿Qué habeis creído?

—Que don Lope ha venido á mi enviado por el conde-duque de Olivares.

—Bien podrá ser, dijo Quevedo; pero tambien es muy posible, que el comisionado, al conoceros, se haya olvidado por vos de la comision.

—No deciais eso anoche, don Francisco.

—Anoche era noche, y hoy es hoy, y en la vida, el trascurso de algunas horas suele cambiar notablemente los sucesos.

—¿Sois tambien embajador, don Francisco? dijo con cierto sarcasmo la Calderona.

—¡No, vive Dios! exclamó vivamente Quevedo, que de estas embajadas no me encargo yo, así me las pesen á oro molido: vengo... no sé á lo que vengo, como no sea á consolaros, porque me parece que salisteis anoche muy desconsolada de la hosteria de Zampacrudo.

—No, salí desengañada, advertida.

—Pero hay desengaños, Maria, hay advertimientos que no pasan por el alma sin despedazarla. A propósito de advertimientos, os advierto que porque yo esté aquí no altereis vuestra hora de comer; porque esto puede ser nocivo á la salud, y visita traigo yo para rato, y no soy mosca que haya de caer en vuestro plato.

—Lo mismo os digo, don Francisco, contestó la Calderona; vos, como todo el mundo, debeis tener costumbre de comer á estas horas; y como el retardar la hora de comer puede ser, segun decís, nocivo, comed conmigo.

—Préstome á ello, dijo Quevedo, puesto que con tan buen gracejo me lo ofreceis.

—Y yo os agradezco el que hayais aceptado mi convite; dadme licencia para que yo dé algunas órdenes.

—¡Eh! cuidado, cuidado que no altereis por mí en nada vuestra costumbre.

—No, don Francisco, no; todo irá como va todos los días; no tengo que prevenir más que la adición de vino, porque yo no lo bebo, y vos debeis estar acostumbrado.

—¡Ya lo creo! aunque no sea más que para honrar á Noé, nuestro segundo padre, que plantó la viña.

II.

La Calderona salió y volvió á poco.

—Conque, ¿qué me decis de lo que me sucede, don Francisco? le preguntó.

—Digoos que os sucede lo que acontece á la mayor parte de las hijas de Eva: que de cien amantes que las soliciten, gracias si encuentran uno que merezca se le trate como á persona y á cristiano.

—¿Y creéis que don Lope sea uno de esos?

—¿Cómo quereis que yo os diga lo que vos siendo mujer y en estas materias no podeis deciros á vos misma?

—De modo, que he sido engañada, exclamó violentamente la Calderona.

—Engañada fué nuestra madre Eva, y todas sus hijas han venido al mundo con el sino de ser engañadas, ó más bien, de engañarse á sí mismas: porque os afirmo que nadie nos engaña, sino que nosotros nos engañamos, creyendo á quien no debemos creer; lo que estriba en la ceguedad humana, que nunca vé lo que le conviene, antes escucha á la voz interesada de sus pasiones.

—Pues buen consuelo me traeis, don Francisco.

—¿Y qué quereis que yo os diga? ¿Pretendeis acaso que os predique un sermón de fraile franciscano? si consolaros puede el que yo os diga que en don Lope he visto algo que puede llamarse enamoramiento por vos: tenedlo por sabido.

—¿Que don Lope está enamorado de mí? exclamó poniéndose pálida la Calderona.

—Indudablemente, pero está más enamorado de su ambición: él es rico y noble, y caballero de hábito; pero esto no le basta: quiere ser señor de título y gran personaje.

—¿Y á ello se encamina enamorándose á mí en beneficio del rey?

—¡Oh! dijo Quevedo; no creo que don Lope se atreva á tanto contra su corazon y su conciencia.

—Pues yo creo de él todo lo malo que se puede creer.

—Estais irritada.

—¿Y no lo estoy con justa causa?

—Nada habeis visto.

—He visto que el rey me ha dado música, y que él ha reñido con vos guardando las espaldas al rey.

—Accidentes.

—Sí, pero accidentes mortales; ¿qué amor ni qué confianza puedo yo tener en una persona que ha obrado de tal manera?

—¡Ah! esperad, esperad. Lo que ahora es endon Lope un principio de enamoramiento, puede ser mañana una pasion.

—Le desprecio.

—No, le llorais.

En aquel momento apareció un criado y anunció que la mesa estaba servida.

—¡Ah! por fin, dijo para sí Quevedo; hoy por lo ménos comemos; mañana Dios dirá: ¿pero con qué entretengo yo á esta loca?

Y pasaron al comedor.

III.

En él habia una mesa perfectamente servida, cubierta con vajilla de plata, ostentando en su centro un magnífico ramillete del mismo metal.

—Grandes alhajas os dejó vuestro padre, dijo Quevedo, metiendo sus manos en el aguamanil de plata sobredorada que le acababa de presentar un criado.

—¡Ah! ¡mi padre! exclamó María, y suspiró y calló.

Quevedo se enjugó las manos en una rica tohalla alemana.

Despues se sentó á la mesa.

La Calderona habia mandado á los criados se retirasen y no apareciesen sino cuando se les llamase.

—Y decid, María, dijo Quevedo haciendo el plato á la Calderona: ¿no habeis pensado nunca en vengar á vuestro padre el marqués de Siete Iglesias, en el cuerpo del conde-duque de Olivares?

—Sí, contestó María; la sed de venganza me devora; y creedme: si yo supiera que habia de dominar al rey hasta el punto de que el

rey hiciera todo lo que yo quisiese, ya hubiera hecho el sacrificio de mi gusto y de mi honra, y del rey hubiera sido.

—No me meto yo en estas intrigas, dijo don Francisco, que comia con muy buen apetito; y por lo tanto, no os aconsejo.

IV.

Interrumpió á Quevedo un criado que entró con una carta en una bandeja de plata.

—¿Qué es eso? dijo la Calderona; no he llamado.

—Perdonad, señora, contestó el doméstico; es que han traído con urgencia esta carta, y piden la contestacion.

Tomó la carta María, la abrió pidiendo vénia á Quevedo, y apenas empezó á leerla se puso pálida.

—Don Lope está preso, dijo.

—¿Preso?

—Preso, sí, por homicidio.

—¡Diablo! exclamó Quevedo; me parece que adivino: prision es esta del conde-duque; de cerca os sitian, María; os toman prenda.

—¿Que me toman prenda?

—Sí, y prenda del alma; dadme acá esa carta, á fin de que yo la rumie y la saque la sustancia que encierre.

María dió la carta á Quevedo.

Este leyó lo siguiente:

«Mi querida María: por más que esteis enojada conmigo, tan sin causa como yo sé, y como vos sabreis cuando oigais mis razones acerca de esto, no puedo ménos de deciros que apenas vuelto á mi casa he sido preso por homicidio y metido en la cárcel de las Órdenes: se me achaca una muerte que no he hecho, y es necesario que aviseis á mi buen amigo don Francisco de Quevedo, á fin de que haga lo que fuere menester con los alcaldes, para que este negocio no se tuerza en los principios y me achaquen delitos que no he cometido. Espero de vuestro amor hareis lo que os encargo, y quedo esperando la contestacion que más deseo, esto es, que venga á verme á mi cárcel don Francisco.—Vuestro, siempre vuestro, á pesar de que no creéis lo que os estimo, don Lope.»

—Y bien, gireis? dijo con avidez María.

—Iré, dijo don Francisco, sirviendo un plato de truchas á la Calderona.

—Se me ha acabado el poco apetito que tenia, dijo esta.

—Pues á mí no, dijo don Francisco; comed, comamos; que la debilidad hace débiles los pensamientos por lo mismo que da á la cabeza vahidos.

Y Quevedo, que aún no habia satisfecho su apetito, continuó comiendo.

—¡Qué paciencia teneis! dijo la Calderona; ¡cómo se conoce que no sentis lo que yo siento!

—Tanto he sentido, dijo Quevedo, que de tanto sentir se me ha encallecido el alma y ya no siento nada: no queráis vos sentir tanto como yo he sentido, porque vendreis á ser, como yo, insensible á las tonterías.

—¿Tontería llamais al amor?

—¿Que si el amor es tontería? Enfermedad de loco que no produce más que desesperaciones y hastios en cambio de algunos momentos inefables que pasan muy pronto y quedan como recuerdo de nuestra primera juventud, de la edad en que todo lo vemos, disfrazado por nuestro deseo, hermoso como nuestras ilusiones, fresco y puro como nuestra alma; pero cuando el amor se convierte en una necesidad, deja de ser pasión para convertirse en alimento, se conocen todos sus engaños, todas sus trapacerías, se pierde en ella confianza, y en vano se pretende buscar aquel hermoso fantasma de nuestra juventud que nuestra experiencia mató. Bah, bah, cuestión de hambre, no hablemos de eso; el amor me causa náuseas, porque le veo sin disfraz, y me le encuentro reducido á materia, y á materia asquerosa.

—¡Oh! ¡Dios mio, y qué manera de pensar! dijo María.

—Yo pienso con veinte años de delantera sobre vos; ¿y sabeis lo que son veinte años, hija mia, para el que ha vivido con el alma y siempre deprisa, siempre avaro de sensaciones, siempre buscando lo grande, lo bello ó lo terrible, sin encontrar más que lo miserable?

—¡Oh! maldiga Dios á los filósofos que no tienen corazón.

—¿Y qué es el corazón? Una entraña inflamable que al inflamarse irrita nuestra sangre, nos trae la irritación del espíritu y nos deja secos como una arista; el corazón, maldígale Dios y qué malos ratos nos dá, el corazón, depósito de lágrimas hervidas, de lágrimas amargas, con las cuales escalda nuestros ojos.

—¿Y sois vos el festivo, el alegre, el regocijado?

—Estúpidos que se rien de la ponzoña y del desprecio que se me salen del alma; mentecatos que no ven en mis sátiras la rabia

de la impotencia. Tambien se rien los locos; pero para el que conoce la risa de la locura, esa risa es horrible; nunca tengo yo más gracejo que cuando me irrito; y por eso mis romances muerden, y mis sátiras rajan, y la plebe estúpida se rie de mi risa á mandíbulas batientes, y dicen perecidos de gozo: ¡qué gracioso es Quevedo! y yo digo cuando les oigo: ¡qué estólido es el vulgo y qué tormento sufrirle!

—Pero esa no es la cuestion, don Francisco, dijo María; la cuestion es que don Lope está preso, que os llama, que yo me estoy muriendo, que necesito que vayais á verle, y que volvais á decirme qué hay de cierto en eso de que le acusan, porque yo quiero salvarle, porque yo puedo salvarle, y le salvaré, aunque muera.

—¡Ah, conde-duque, conde-duque! exclamó Quevedo acabando de apurar una conserva.

—¿Creeis que esto sea cosa del conde-duque?

—Como aquí veo una cosa mala, ó más bien, una mala intencion, y yo sé que el conde-duque no tiene intencion que buena sea, prevengome; y puesto que tanto amais á don Lope y que al verle en peligro se os ha pasado el enojo con que anoche os apartásteis de él, voyme á sondear este asunto y á ver si podemos navegar por él sin peligro de dar en un bajío.

V.

Y Quevedo se puso de pié, tomó su espada y su daga que estaban sobre una silla, se las ciñó y se puso la capa y el sombrero.

—Hasta la vista, dijo.

—Esperad, esperad, don Francisco, dijo María; paréceme que por hoy andais pobre.

Coloreáronse levemente las pálidas mejillas de Quevedo.

—Pobre, dijo; y bien, ¿cuándo no lo fui? si rico de oro, que nunca llegó á mucho, pobre fui de fortuna; salióme todo al revés de mi deseo; y tan acostumbrado estoy á la pobreza, que ya no me duele.

—Esperad, voy á daros una llave con que os podeis abrir la puerta de la prision de don Lope.

Vaciló un momento Quevedo.

—Y teneis razon, dijo al fin; para carceleros y alguaciles no hay cosa como una llave de oro; puesto que os sirvo y soy pobre, resignome á que vos hagais las costas.

—Podrá suceder tambien que don Lope carezca de dinero.

—Bien puede ser, dijo don Francisco.

—Esperad un momento, dijo la Calderona.

Y salió.

—¡Ah! bien, bien, don Francisco, bien, murmuró Quevedo; eres como todos, aunque busques pretextos para no parecerte á los demás; la miseria, el hambre, el frio, el dia de mañana, ¡cuerpo de Belcebú! la necesidad es un veneno que obra en todos del mismo modo; no hay diferencia más que en la manera. Hète aquí convertido en corre, vé y dile y procurador de una loca, que lo mejor que podia hacer era dejar que á don Lope se lo llevase el diablo; pero ¡bah! así son todas; ó desuellan ó son desolladas, ó matan ó mueren: ¡bah! ¡bah! todo lo que pasa en el mundo es despreciable: ¿por qué nos hemos de romper la cabeza girando en torno de sueños? Ahí está; se conoce la tormenta que la domina en la rapidez con que anda.

VI.

Entró en aquel momento María.

—Tomad, dijo.

Y puso en las manos de Quevedo un pesado bolso.

—Gastad, gastad sin piedad; y si hay peligro para don Lope, procurad romper sus prisiones á peso de oro; que todo lo que yo tengo es suyo.

—Loca de remate, dijo Quevedo guardando, no sin repugnancia, el bolsillo; Dios quiera que cuando despertéis no os arrepintais de haber gastado tan mal vuestro corazon y vuestro dinero.

Y Quevedo, estrechando fuertemente la mórvida y pequeña mano de María, salió y se alejó de la casa, atravesando el Prado de San Gerónimo disgustado de sí mismo, irritado contra su fortuna, y filosofando sobre ella.

CAPITULO XX.

De cómo desempeñó Quevedo un papel á que no estaba acostumbrado.

I.

Lo primero con que se encontró don Francisco en la cárcel de las Ordenes, fué con una especie de cancerbero que al abrirle la puerta le preguntó con muy mal talante:

—¿Qué busca y qué quiere?

—Busco á un hombre y quiero verle.

—¿Y está aquí ese hombre?

—Si aquí no estuviera, yo no le buscara.

—¿Y cómo se llama?

—Don Lope de Sanabria, capitan de [los tercios viejos, y como yo, caballero del hábito de la orden de caballería de Santiago; por lo que yo, como caballero de dicha Orden, soy vuestro superior, como que en la cárcel de las Ordenes me encuentro, y vos servís en ellas.

Y como Quevedo se desembozase y dejase ver sobre su pecho la roja cruz de Santiago, aquella especie de dogo que con él hablaba se quitó su gorra de pieles, y cambiando su tono grosero en servil y sumiso, exclamó:

—Perdone vuestra señoría; ¿quién había de pensar?... ¿y cómo se llama vuestra señoría, y perdóneme otra vez?

—Don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad, embajador y secretario de su majestad, etc., etc. etc.

El estúpido camarero se echó á reir como si acabase de oir un chiste agudo.

Tal era el privilegio de Quevedo, el de hacer reir solo con decir su nombre, porque su nombre recordaba los agudos chistes que eran conocidos de todo el mundo.

—¡Ah! dijo el animal carcelero; ¿con que vuestra señoría es ese grande ingenio, regocijo de las musas?

—¿A quién le habrá oido esa palabrota este animal? dijo Quevedo en voz alta como si hablara consigo mismo.

Y luego añadió:

—El regocijo de las nueve vírgenes monteses quiere ver á un triste y desamparado.

Púsose sério el carcelero.

—Mire vuestra señoría que me pone en grande aprieto, dijo, porque á vuestra señoría descontento, lo que me costará gran pesar, si descontento á quien puede ponerme en la calle y echarme á pedir limosna.

—Por eso no quede, que oro traigo con que endulzarte el peligro.

—Quemárame yo las manos, dijo el carcelero, si dinero tomara por servir á una tan ilustre persona y á un tan grande ingenio como vuestra señoría.

—¿Cómo te llamas, hombre benéfico?

—Llámome, para servir á Dios y á vuestra señoría, Lucas Gandaleon, y aquí me encuentro porque me ha puesto aquí mi antiguo amo el comendador de Ucles de la orden de Santiago, que santa gloria haya.

—¿Quién ha de haber gloria, la orden ó el comendador? dijo Quevedo que había adquirido el vicio de la gramática, y no podía sufrir un delito tan grave contra ella como la anfibología.

—Dígolo, contestó Gandaleon, por el comendador de Ucles, á quien yo serví, que se murió santamente hace diez años.

—Dios le haya perdonado, y perdóneme á mi la paciencia con que te escucho; que hay paciencias tales, que son pecados: con que vamos por fuerza ó por buena voluntad, llévame donde está el señor don Lope.

—Mire vuestra señoría que me espongo.

—Impórtame muy poco de eso.

—Mire vuestra señoría que se me ha mandado bajo recios apercibimientos que no solamente nadie vea ni hable á don Lope, sino que ni siquiera un papel salga de su encierro y entre en él.

—Faltado has á tu obligacion; cojite, exclamó Quevedo, que papel de don Lope ha salido para cierta dama.

—Dióme lástima de don Lope, que me suplicó que lo hiciese, con tal encarecimiento que me ablandó las entrañas.

—¿Eran de los buenos del emperador, de los del cuño de Aragon como estos?

—Venga, venga vuestra señoría y guárdese su oro, que aqui no lo han menester, dijo Gandaleon.

Quevedo tiró detrás de él.

II.

Como hemos visto, Gandaleon era el único guardian con quien se habia encontrado Quevedo, y se le habia abierto la puerta de la cárcel como la de una casa.

Y esto era en efecto la cárcel de las Ordenes; una gran casa gobernada por un alcaide y algunos carceleros, sin guardia ni aparato de ningun género, lo que no queria decir que los presos estuviesen ménos seguros que ahora.

Cuando un preso era de gran consideracion, se le cargaba de cadenas y se le ponian guardas de vista.

Muchas veces los presos no iban á la cárcel, sino que permanecian en su casa con guardia que se les ponía, y cuando eran altas personas y la causa era grave, solia guardarlos en la suya el alcalde de Casa y Corte que los juzgaba.

Cuando las prisiones de personas principales se dilataban, se las enviaba á un castillo.

Habia además muchas cárceles, tantas como jurisdicciones; la de la Inquisicion, la de las Ordenes, la eclesiástica, la de hijos-dalgos, la real, la de Casa y Corte y la de Villa.

A esta última iba generalmente la turba multa, porque los presos que tenian fuero ó exencion, iban á la cárcel de la jurisdiccion á que pertenecian.

III.

La de las Ordenes estaba en la plazuela del Conde de Barajas, y era una gran casa antigua que se remontaba á los tiempos de Carlos V.

Gandaleon atravesó un gran patio cubierto de yerba, y seguido de Quevedo llegó al fondo de una crugía que en un ángulo del patio empezaba, tomó por unas estrechas escaleras, llegó á otra crugía estrecha y subterránea que recibía una luz mortecina á través de profundos tragaluces que enrejados en su parte superior, daban á una de las galerías del patio.

A derecha é izquierda había puertas de calabozos, á una de las cuales se detuvo Gandaleon; la abrió, y bajando doce escalones encontró otra puerta que abrió también.

Quevedo sentía cierto espeluzno: tantas prisiones había habitado, que el encontrarse en una de ellas le crispaba los nervios.

—*Resurge, Lázaro*, dijo al abrirse la segunda puerta del calabozo.

—¿Ah, que sois vos, don Francisco? dijo don Lope apareciendo cerca de la puerta.

—Sí, yo soy, mi buen amigo, dijo Quevedo: á mal lugar os han traído para que os cureis de vuestras heridas: estas humedades son dañosas: harto lo sé á costa mía.

—¡Qué importa! dijo don Lope; las heridas del cuerpo son nada en comparacion con las heridas del alma: ¿á qué debo el placer de veros tan pronto en mi mazmorra?

—Primero á mí necesidad, despues á mis letrillas, á mis jácaras, á mis romances.

—No os entiendo.

—Pues digo la verdad.

Quevedo se volvió para ver si el carcelero estaba próximo.

Gandaleon se había subido prudentemente al último peldaño de las escaleras.

No podía oír.

—Digo á mi necesidad, continuó Quevedo, porque despues de la larga y mal empleada audiencia que he tenido con su majestad, y de haberseme revuelto la bilis, me entró tal apetito que dije: ¿á dónde irás tú, don Francisco, que te saquen noblemente de tu hambre sin que te veas obligado á devorar por algunos maravedises

una uña de vaca en algun figon cicatero? Pero ahí está la Calderona, que despues de lo que pasó anoche tendrá hambre de explicarse contigo: aun no son las doce; hagámonos un estorbo á la hora del comer y comamos.

—¡Ah don Francisco! ¿y tal estais?

—Y admirome de no estar peor y aún sin pellejo, segun que han sido las miserias que por mí han pasado; no mayores, sin embargo, que las que temo hayan de pasar todavia por mí: por último, peguéme famélico á la Calderona, aunque disimulándolo, y á principio de comida nos sobrecogió vuestra carta, á ella por lo que os ama, á mí por lo que os estimo; y despues de bien comido, hème aquí, en el zaguan de la cárcel de las Órdenes y delante del buen Gandaleon, que no me dejara veros si yo por los malos de mis pecados no me llamara Quevedo, y por mis romances y mis letrillas no divirtiera á todo el mundo, y de todo el mundo no fuera conocido mi nombre: pero vamos al caso: ¿por qué os han enjaulado?

—Achácanme la muerte del capitán inválido don Mendo de Salvatierra, segun me ha dicho por gran favor el alcalde de Casa y Corte que fué á prenderme de órden del rey esta mañana á las diez.

—¿Y á qué achaca is vos ese achaque, don Lope?

—Qué sé yo que os diga; porque todo es para mí dudas y confusiones: ¿quién ha podido decir que yo estaba por mis culpas en la plazuela de Santa María cuando mataron á don Mendo? ó el conde-duque á quien yo tuve la debilidad de contar lo que me habia acontecido para disculparme por mi tardanza en ir á escoltar al rey, ó mi buena tia doña María Estevez de Gormaz, á quien puede haber contado lo acontecido doña Esperanza; porque como mi tia me aborrece porque no he querido ser clérigo, y como el conde-duque puede haberse resentido de que no os maté, ando de la una al otro sin saber á quién debo el favor que se me hace, resuelto á agradecersele cumplidamente en el momento en que sepa de seguro quién de ellos es mi favorecedor.

—Pensativo me habeis puesto, dijo Quevedo, y bien puede ser que haya de lo uno y de lo otro: ¿estais seguro de que la devotísima, la cristianísima señora condesa de Santurces no os quiere tanto que no quiere veros de miedo de sí propia, y que al veros ir á su casa con una hermosa doncella no haya sido mordida de la vivora de los celos y se haya propuesto apretaros para que despues tengais que agradecerla el desaprieto?

—¡Bah! mi señora tia aborrece á los hombres.

—Puede ser que los aborrezca por vuestra culpa.

—Ha consagrado su castidad al Señor.

—¿De votos fiais? ¡bah! bien se conoce que habeis vivido poco y que no habeis sufrido mucho: muger de voto conozco yo que bolaria como una pelota contra el voto á poco que la urgasen, y me parece que vuestra tia es una de ellas: no fieis en mugeres que nunca dicen lo que sienten, y que por lo mismo hay que entenderlas al revés de lo que dicen; y guardaos Dios de celos de gazmoña beata, que son los más traidores y de peor digestion que yo conozco: bien es verdad que con el conde-duque basta; porque si imprudentemente habeis dicho al conde-duque lo que la Calderona os ama, puede ser muy bien os haya escogido por medio para lograr á costa vuestra dar al rey un entretenimiento que le vuelva el poco sentido que tiene y le haga más ciego de lo que ya lo es para los negocios públicos; y antójaseme que en esto deben andar, cada cual por su intento, de una parte vuestra tia y de otra el conde-duque; pero cobrad ánimo, que aquí estoy yo, que para desenredar sirvo lo mismo que para enredar, y los enredijos son mi comidilla, ó mejor dicho mi sino, porque nunca logro verme desenredado: vamos á otra cosa; ¿cómo teneis el corazon, si es que le gastais, de lo cual no estoy muy seguro?

—Mirad, don Francisco; yo no sé tampoco lo que me sucede: puestas tenia yo las miras en Maria Calderon por hermosa y por enamorada, y aun por vanidad, porque parecíame á mí mucha cosa que una muger por quien el rey tiene perdido el seso, al rey despreciase y por mí se muriese; pero no sentia nada en el corazon, y ved ahí, cuando me encontré en doña Esperanza desamparada con una divina hermosura: enamoréme quizás por la primera vez de mi vida, y apenas me hube enamorado, cuando el corazon empezó á tirarme de parte de la Calderona, con susto y asombro mio, porque no sabia yo que tenia metida á la Calderona en el corazon.

—¡Qué ciegos somos para nosotros mismos! dijo Quevedo: ¡cuán mal nos miramos, tomando por espejo el de nuestras ilusiones, apartándonos siempre del severo espejo de la verdad que se nos pone continuamente delante de los ojos! metióseos callandito en el corazon sin que vos lo sintiérais, el amor de la Calderona, porque no os habia resistido, antes bien se os habia entregado rendido y alegre, y cuando otra hermosura, metiéndoseos por los ojos fué á dar á vuestro corazon, como le teniais ocupado encontróse estrecho; pugnó por echar á la calle al poseedor antiguo, y como el corazon

es sensible, habeis conocido que amábais á la Calderona, cuando en vuestro corazon se han dado un récio combate esos dos amores. Amais, como todos los que de Adan venimos, lo hermoso y lo puro: puras y hermosas son las dos, y os tengo lástima, porque el amor, sabedlo, es el juego más grave de nuestra vida, el tirano mayor que puede martirizar á una criatura, y con lo que preveo, mucho me temo que no haya empezado ya para vos la vida ágría y triste cercada de sobresaltos y sinsabores; y esto, si no es ya que añadís un tercer amor á los dos que os combaten por causa de vuestra tia, que es tan hermosa y tan pura como la que más, y además rica y de título, y de edad madura, cuando aun en la juventud se encuentra. Mentira, mentira, no hay leyes ni reglas para el corazon; se ama, no la muger, sino el atractivo, y en cada muger encontramos uno de los atractivos que quisiéramos hallar juntos en una sola muger que nos fingimos: bien hayan los moros que han metido en su religion y en sus leyes la universalidad del amor del hombre y la clausura perpétua de la mujer, con lo cual aquellos bárbaros, no bárbaros en esto, han dado al traste con cien mil inconvenientes, y han hecho rarísimo el extraño enjendro que aquí es tan comun: el cornudo.

—Pero veamos, don Francisco, de qué manera salgo yo de este aprieto en que me encuentro, porque os juro me sienta muy mal el verme enjaulado.

—¡Ah! ¡constancia de alfeñique, sufrimiento de alcorza, paciencia de vidrio! ¿pues qué hubiera sido de vos si por las largas prisiones que yo he pasado pasárais? ¿si los enredos y los apuros y los disgustos y la ansiedad que á mí me han cogido os cogieran? bien se conoce que sois nuevo en el sufrimiento, y que el alma se os deshace con un soplo como la luz de una pajueta, que el aura más leve apaga: dejad, dejad, amigo mio, que todo lo que os sucede son tortas y pan pintado, y pedid á Dios que más no os suceda si no habeis de tener paciencia para sufrirlo; ¿y qué diré á la Calderona ya que soy por accidente y tan sin pensarlo vuestro corre, ve y dile?

—Decidla que la amo.

—Mirad no me hagais decir una mentira.

—Júroos que desde que me enamoré de doña Esperanza, conocí que estaba enamorado de María.

—¿Y qué diré á la señora condesa de Santurces?

—Que me saque de aquí, puesto que tanto puede con la reina, si no quiere que en vez de tenerla por tia y por madre la tenga por madrastra.

—Contar con la reina es como contar con la renta del excusado ó con la espada de Bernardo, que más está su magestad para ser válida que para valer á nadie: en fin, dejad en mis manos lo que haya de hacerse, que no soy torpe, y confiad en mí, que aunque no fuera por vos, por las cosas que hoy sin pensarlo vos, á vos atañen y á vos se enredan como las cerezas á otra cereza, haré más que lo que puede caber en pensamiento humano, ó no soy yo Quevedo y en vez de dar de través con el conde-duque, el conde-duque dá de través conmigo, y se acaban de una vez mis miserias. ¿Y quién es el alcalde de vuestra causa?

—El señor Juan Gamboa.

—¡Ah! ¡gran persona! pues dígoos que el asunto no se presenta tan mal como yo creía. ¿Pero cómo es, cómo es que os ha preso el señor Juan Gamboa? la muerte sucedió en el cuartel de Palacio, y el señor Juan Gamboa es el alcalde del cuartel de las Vistillas.

—Me ha preso de orden del rey, y por no haberse encontrado al alcalde de Casa y Corte del cuartel de Palacio.

—¿Que no se ha encontrado al señor Pedro Gutierrez de Santisteban? ¡pues si no hay otra cosa más de sobra que él en Madrid!

—¡Ahí vereis! ese señor se ha perdido como gota de agua que cayó en el mar, y lo que es más extraño, se ha perdido tambien su secretario.

—¡Ah! ¡ah!

—Y lo que es más extraño aún: el alferez de la guardia de las reales caballerizas ha dado parte al capitan de la guardia del alcázar, que tiene preso á un hombre herido que le fué entregado anoche por un alcalde de Casa y Corte: ese hombre herido es sin duda al que yo herí, y él es sin duda, ú otro que le acompañaba y que huyó, quien mató al capitan don Mendo de Salvatierra.

—¿Y habeis dicho eso al alcalde que os ha preso?

—Sí por cierto: pero como los alcaldes se respetan mucho unos á los otros, Gamboa no ha querido entrometerse en un proceso empezado por Gutierrez.

—Ni pudiera: pero Gutierrez parecerá y veremos lo que resulta: en cuanto á mí, en cuanto de aquí salga, voyme á ver á ese herido: pero á propósito de heridas: ¿quién atiende á las vuestras?

—Un barbero amigo del señor Gandaleon.

—¡Ah! pues para tan poca cosa basta y sobra un barbero: os viene bien la prision para que no os vean cojear vuestros amigos:

por en el hospital teneos, y no preso, que ó yo no soy Quevedo ó de aquí os saco tan sin pena como habeis entrado sin culpa.

IV.

—¡Don Francisco! ¡don Francisco! dijo en este momento Gandaleon.

—¡Qué! exclamó Quevedo.

—Uno de mis sotas, dijo con apresuramiento Gandaleon, acaba de decirme que ha entrado en las prisiones el comendador de Montiel, á quien temo más que á la peste.

—Mentira es esta cortesana, dijo á punto Quevedo á don Lope, que el tal comendador no anda por aquí porque no huele á necio, y si anduviera poco importára, porque el señor comendador de Montiel no es persona que importe más que el tiempo que se pierda en mirarle y escapar para no contagiarse: á qué tiempos hemos venido, ¡oh encomiendas y en qué débiles pechos os sustentais! Allá voy, hermano alcaide: quedaos con Dios, don Lope, no desesperéis, porque un hombre no debe desesperarse nunca, y confiad en que sea lo que fuere lo que os suceda, tendreis corazon bastante para encontrarlo fácil y pequeño.

—Adios, don Francisco, dijo don Lope, y ved que en vos confio para que me saqueis de esta soledad y de este fastidio, si os atreveis á ir á casa de mi tia.

—Por la otra lo haceis, pero yo iré á casa de vuestra tia por vuestra tia y por la otra. ¿Y la Calderona?

—Ya sé yo que vos ireis á verla sin que os lo encargue.

V.

Don Francisco, repitió desde lo alto de la escalera del calabozo:

—¡Gandaleon!

—Allá voy, allá voy á curaros la impaciencia, amigo alcaide. Ea, quedaos por fin con Dios, don Lope, y hasta la vista, que será cuando yo vea claro en vuestros negocios y pueda venir á deciros algo de sustancia.

—Id con Dios, don Francisco, respondió don Lope, y no os olvideis de que quedo aguardándoos con impaciencia.

Quevedo salió del calabozo y poco despues de la cárcel, dando á la puerta un doblon de á cuatro á Gandaleon, no porque Quevedo

fuese propenso á dar, sino porque sabia que nadie está propenso á servir si no le dan.

Quevedo rebozado en su capa tomó hácia Puerta Cerrada, y por la calle de Latoneros y Concepcion Gerónima, la de Atocha, la del Leon y la de Francos se metió en la calle del Niño, y al comedio de ella en una casa que tenia el número cuatro: llamó á una puerta.

Aquella puerta estaba en una tapia baja y no muy decentemente enlucida.

Tras aquella tapia descollaban las copas ó más bien las puntas de los esqueletos de algunos árboles frutales, lo que indicaba que detrás de aquella tapia habia un huerto no muy grande, porque por encima de la tapia, y á poca distancia se veian cinco vanos del piso principal de una casa, sobre los cuales corria inmediatamente un alero denegrido y ruinoso.

El vano del centro tenia delante de sí sobre cuatro zapatas un balcon de madera.

Los dos de cada costado eran ventanas.

Tanto las ventanas como el balcon estaban guarnecidos de vidrios ordinarios.

El muro de esta pequeña casa estaba manchado por largos chorreones, vestigios de uno y otro aguacero.

Vista la casa desde la calle inspiraba tristeza.

Pero vista desde su patio anterior, en cuanto se abria la puerta ofrecia la idea de la desolacion.

Una fuente seca compuesta por trozos de mármol desunidos y resquebrajados, algunos esqueletos de arbustos agostados alrededor de los árboles.

Un musgo verdinegro, viscoso, producto de la humedad, orlando el suelo alrededor de las paredes.

El hongo de aspecto repugnante, vicioso, brotando acá y allá en las umbrías.

Por último, el esqueleto más frio de todos los esqueletos, el de un jardin perdido, abandonado, al que falta una mano amante de las flores, que le cuide y le riegue y ayude á la bella lozanía de su primavera.

Aquello era triste como un cementerio.

Abrióse la puerta inmediatamente despues de haber llamado Quevedo y apareció una mujer de edad madura, pero aun conservada, de aspecto apacible y de expresion bondadosa.

CAPÍTULO XXI.

Los recados que encontró en su casa Quevedo.

—¿Ha venido alguien, Marta? preguntó don Francisco.

—Sí, señor, dijo la buena mujer siguiendo á Quevedo á través del jardín y entrando tras él en una sala baja, cuyas paredes estaban ocultas por un solo estante lleno de libros que la circuía.

—Veamos, dijo Quevedo, ¿quién ha dejado ahí sobre la mesa esos papeles?

—El señor beneficiado de San Sebastian, que quiere que vuesa-merced le haga un sermón sobre la castidad.

—Bien, muy bien; bueno es predicar lo que nadie conoce, y que lo predique de memoria quien lo predica. ¿Para cuándo?

—Para dentro de quince dias.

—Figúrasele al beneficiado que nos pide la fábrica de una catedral. Llevárselo mañana, si es que esta noche no me entre-tengo.

—Como os habeis entretenido la noche anterior, y yo he estado con mucho cuidado, porque en fin, como teneis tan mal genio y teneis tantos enemigos, y no estamos en la torre de Juan Abad, que esto es Madrid...

—Y hace frio, dijo Quevedo frotándose las manos y echándose en ellas el vaho; ¿por qué no has encendido brasero?

—Ayer se acabó el carbon, y como el carbonero no quiere ya fiar más porque se le deben quince reales, y dice que fiar á los poetas es como fiar al aire...

—¿Y por qué no has echado mano del sermón á fin de que pudiésemos calentarnos? dijo Quevedo sentándose de muy mal humor, y tal como estaba embozado y con el sombrero calado, en un gran sillón de baqueta colocado junto á una gran mesa de nogal.

—Es tan poco dinero ese, y hace falta para tantas cosas, señor, contestó dulcemente la anciana.

—¿A que no has comido, amiga Marta, desde ayer que nos desayunamos? dijo Quevedo.

—Bah, bah, contestó Marta, todo se pasa por Dios.

—Pero pasar sin pasar nada por el paso de la boca al estómago señora Marta, es traspasarse de necesidad, traspillarse y convertirse en alma en pena mucho antes de morirse: ya te he dicho que antes de sentenciarnos á una penitencia de que no han menester tus pecados porque eres un alma justa, echas de la casa y vendas lo que mejor te parezca.

—Como no vendamos los colchones ó la mesa ó los libros, no sé que haya otra cosa que vender.

—Colchones no, que tras de mal comidos, mal dormidos penitencia es que no puede imponerse voluntariamente nadie: libros no, que son el alimento del alma, y ya que no coma el cuerpo que el alma coma. Pero estamos hablando en valde, porque ha salido el sol un momento y estamos ricos. Toma, hija Marta.

Y Quevedo, sacando de sus gregüescos el bolson que le habia dado la Calderona, sacó de él diez doblones y los arrojó sobre la mesa.

II.

Se iluminó con una viva y melancólica alegría el semblante de Marta.

Pero no se entrometió á preguntar á Quevedo de dónde le habia venido aquel dinero por más que deseaba saberlo.

—¿Y ha venido, quién más? preguntó Quevedo.

—Sí, señor; un hombrecillo pequeño de mal semblante, insolente y burlon, que me dijo:

—Guardad bien este pliego, y entregádselo á vuestro señor cuando viniere: sabed para que le guardéis mejor que ese pliego es de su excelencia el señor conde-duque de Olivares.

—El pícaro de Estebanillo es quien ha traído ese pliego, dijo Quevedo. Y el pliego, ¿dónde está?

III.

Marta sacó de su pecho un papel en cuatro dobleces sujeto por una nema y le entregó á Quevedo.

En la nema de aquel papel se leía:

«A don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad y del hábito de Santiago, de su amigo el conde-duque de Olivares.»

—¡Ah! exclamó Quevedo al leer lo de amigo, esta es la primera vez que me afrentan de una manera tan grave: ¿qué hice yo, malos pecados míos, para que mi amigo se llame el matador á traición del inmortal Osuna?

Y centelleaban los ojos de Quevedo, y temblaba por efecto de una convulsion nerviosa la mano en que tenia el pliego.

IV.

Pero aquella violenta revolucion del espíritu de Quevedo pasó instantáneamente.

Dejó sin abrirle sobre la mesa el pliego, y quitándose las antiparras que se habia puesto para leer su sobreescrito, dijo á Marta:

—¿Y quién más ha venido?

—El sastre, á cobrar el vestido nuevo, y me ha dicho que si mañana en todo el día no se le lleva el dinero, va á poner á vuesa merced delante de la justicia.

—¿Y cuánto pide?

—Veinte ducados.

—Págale hoy mismo, y dile que no se me ponga delante porque no tengan que componerle algun hueso, no ya por lo que me roba, que no seria sastre si no robara, sino por lo que, siendo sastre, me amenaza. ¿Y no ha venido alguien más?

—Sí, sí señor, aún no há una hora llamaron y abrí; me encontré con una silla de manos muy rica con dos lacayos muy bien libreados, y uno de ellos abrió la silla de manos, y cubierta con un

muy cumplido y fino manto, salió de la silla de manos una dama y se entró en el huerto y me dijo:

—Don Francisco de Quevedo, ¿vive en esta casa?

—Sí, señora, la respondí.

—Decidle que le buscan, añadió.

—Diréle que le han buscado cuando venga, dije yo.

Hizo la dama un movimiento de impaciencia y me preguntó con no muy buen modo:

—¿Y á qué hora es posible encontrar á vuestro amo en casa?

—Eso no lo podré yo decir á vuestra merced, contesté, porque ó mi amo se pasa todo el día en casa ó no para en ella un punto.

—Pues bien; decidle que vaya esta noche al anochecer á la puerta de las Descalzas Reales y que espere, y si no pudiéreis decirselo hoy, decídselo mañana, y si no mañana, pasado mañana.

—Y así sucesivamente hasta el día del juicio, dijo Quevedo; iré esta noche á las Descalzas Reales. ¿Y qué más?

—Nada más.

—Amiga Marta, trae de todo lo que es necesario para vivir lo ménos mal posible; come, desgraciada mártir de la lealtad doméstica, y sobre todo, paga, al momento al sastre. Y adios.

Y Quevedo, tomando la carta del conde-duque, se levantó embozado y cubierto como se habia sentado, salió de la sala, de la casa y del huerto, dejando asombrada á Marta, porque al cabo de los años mil veía á su amo poseedor de oro; y tomando hácia la calle de Francos por la del Leon y la de Atocha, no paró hasta que dió en el cuerpo de guardia de las caballerizas de su magestad.

CAPÍTULO XXII.

Por qué no había leído Quevedo la carta del conde-duque.

I.

Hay cartas repuisivas que se leen por el sobre; que la dignidad las rechaza, porque el que las recibe no puede suponer en su contenido más que una injuria; que hay que leer, sin embargo, para apreciar la injuria en lo que vale, y cuya lectura se dilata cuanto es posible.

Esto había acontecido á Quevedo.

¿Y qué podía escribirle el conde-duque, su enemigo mortal, en una carta en cuya nema se había atrevido á llamarle su amigo?

Aquello no podía ser otra cosa que una infame proposicion de venta.

Por esto habian centelleado los ojos de Quevedo y le habia acometido una convulsion nerviosa al leer el sobrescrito de la carta.

Aquella carta le pesaba en el bolsillo como plomo.

—¿Quién creerá que soy yo, ese verdugo disfrazado, ese mal nacido soberbio, ese Júdas Iscariote sin honor? habia murmurado Quevedo al guardarse la carta: veremos, tomémonos tiempo para prepararnos á fin de no reventar de rabia cuando veamos las malas entrañas de este papel.

II.

Llegado que hubo al cuerpo de guardia de las reales caballerizas, dijo al centinela:

—Amigo, echadme para acá afuera á vuestro cabo.

Cabo tenia entonces la acepcion genérica de jefe.

Don Francisco se habia desembozado para que el centinela viese la venera del hábito de Santiago que llevaba al pecho, y la gran cruz de paño de la misma orden que llevaba cosida sobre la parte izquierda de su capa.

Esto que Quevedo habia hecho para infundir respeto al centinela y hacerse obedecer de él, produjo su efecto.

—Pase vuestra señoría, dijo el centinela, que dentro en su cuarto estará el alferez.

Entróse con su acentuada prosopopeya Quevedo por el cuerpo de guardia, y obedeciendo á una indicacion del centinela, por una puertecilla situada á la izquierda.

Un hombre embozado y de no muy buen talante que habia seguido á lo largo á Quevedo desde que salió de su casa y que se habia detenido en lo alto de la calle del Viento, bajó hasta colocarse cerca del cuerpo de guardia.

Las tardes son cortas en invierno, y empezaba á caer la tarde.

III.

Quevedo se encontró delante de un buen mozo cubierto con capote, ceñida una coraza, dejando ver las mangas y la faldeta de un colete de ante, unos gregüescos color de hoja seca, y unas calzas de grana en parte, porque el resto de la pierna estaba cubierto por unas adobadas botas de gamuza, armadas de anchas espuelas.

Espada de voluminosa empuñadura, daga con guardamano, guantes de ámbar, gran cuello á la walona sobre la gola, y banda de tafetan rojo con flecos de oro, eran el traje de este soldado, que por lo demás parecia jóven, buen mozo y de semblante franco.

IV.

De la rápida inspeccion del alferez, que era el que acabamos de describir, pasó Quevedo á la inspeccion del aposento, que

era reducido, y detúvose en un tablado que habia en un ángulo, sobre el cual se habia improvisado un lecho en el que estaba tendido con la cabeza vendada, inmóvil, y con el sombrío fulgor de la fiebre en los ojos, don Alonso de Fuensalida, ó Andrés del Páramo, como mejor queramos.

Al lado del lecho, silencioso é inmóvil, sentado en un banquillo y con la cabeza motilona descubierta por respeto al alferez, habia un alguacil bozal con cara de muy pocos amigos, puesto allí por el señor alcalde de Casa y Corte Pedro Gutierrez de Santisteban.

V.

—Guárdeos Dios, señor alferez, dijo Quevedo al de la guardia.

—Dios guarde á vuestra señoría, contestó el alferez mirando con respeto la cruz que llevaba al pecho don Francisco; porque entonces las cruces no se prodigaban; aún no habia motivo para que un satírico italiano escribiese:

Allá en tiempo de bárbaras naciones
Colgaban de las cruces los ladrones;
Y ahora que brilla el siglo de las luces
En los ladrones cuélganse las cruces.

Un hábito no se daba tan así como quiera, sino á quien probaba rancia nobleza y rico solar, lo que era lo mismo que probar grandes servicios de sus antepasados: y cuando estos hábitos se daban por merced del rey con relevacion de prueba y gastos, los que estos hábitos recibian se llamaban Lope de Vega, Velazquez ó Quevedo: cierto es que entonces se vendian los cargos públicos, pero esto estaba en las leyes y en las costumbres de entonces de tal manera, que se lee en antiguos papeles cosas semejantes á estas: «dióse á Juan de Villandrado el almojarifazgo de Valencia para que lo vendiese en lo que pudiese»; se vendian los títulos, puesto que se daban cédulas y cartas de nobleza y vinculacion al que lo pagaba; se vendia todo públicamente y sin escándalo, puesto que era costumbre y que esto no significaba otra cosa sino que el empleado compraba su cargo; en cambio, una vez adquirido el cargo, no se quitaba al que lo habia adquirido sino por medio de proceso, aconteciendo generalmente que los cargos pasasen de padres á hijos; era aquella una organizacion que no se ha estudiado bien, y en la que existian todos los gérmenes de la organizacion que necesitamos, perfeccionando la manera; porque entonces, aunque no se la cono-

ciese, existian la descentralizacion y el fuero municipal; la independencia municipal en aquello, de: «se guarda y no se cumple,» que el municipio soltaba al rey cada y cuando que era menester; y el socialismo que hoy lucha predominando por posponer el pobre al rico, existia representado por el lema de aquellos seráficos varones que escribian en sus claustros, bajo la imágen de San Francisco: *nihil habentes et omnia possidentes*, esto es, nada tenemos y todo lo poseemos; bajo lo cual dicen que escribió con carbon un chusco: «el que no tiene vergüenza, todo el mundo es suyo.»

VI.

La humanidad siempre ha sido la misma en el fondo; las variaciones solo consisten en la forma y en el carácter; los siete pecados capitales y las siete virtudes, sus contrarias, luchando siempre y determinando los sucesos, y siempre un número de ideas fijas modificándose, pero siendo siempre las mismas bajo sus diferentes modificaciones: pero como los signos de honor, esto es, las cruces de las Ordenes representaban unos servicios especiales y estaban fundadas sobre un cimiento aristocrático; como que para obtenerlas era necesario probar los cuatro abolengos ilustres, ó lo que es lo mismo, grandes servicios de los antepasados al rey, ó á la patria, y grandes riquezas; cuando estos hábitos se daban por merced, no se daban sino á personas de grandes merecimientos y de sangre ilustre, tales como Lope de Vega, Quevedo ó Velazquez, todos de antiguo solar, y todos coronados por la aureola del génio, vista y reconocida por sus contemporáneos: en estos casos, la relevacion de pruebas y gastos eran un nuevo honor, porque equivalia á decir: sus hechos propios valen por todos los altos hechos de una ilustre ascendencia; pero la corona se andaba con mucha parsimonia en la concesion de estas mercedes por miedo de levantar una polvareda en el consejo de las Ordenes, y producir el lamentable caso de que el consejo, al recibir la órden del rey, dijese con arreglo á la antigua y libre usanza castellana «se guarda y no se cumple», y mandase á sus alguaciles arrancasen el trapo de la Orden de sobre el pecho del indebidamente agraciado por el rey.

VII.

A causa de esta severidad en la concesion de hábitos de cual-

quiera de las Ordenes militares, los distintivos de ellas eran por todos muy respetados, porque se sabia de seguro que no era un cualquiera quien llevaba al pecho una encomienda.

VIII.

Por lo mismo el alférez, aunque no conocia personalmente á Quevedo, al ver sobre su pecho el hábito de Santiago le miró con gran respeto y se apresuró á darle tratamiento.

Quevedo respondió:

—Como ya va oscureciendo y hace aire y amenaza negra noche, héme metido aquí para encender el cabo de mi linterna.

Y como en el cuarto del alférez de la guardia hubiese ya luz porque en él habia ya oscurecido, Quevedo se quitó la linterna de una correilla de su cinturón en que la sujetaba, la abrió, sacó de ella un cabo de vela de cera, le encendió, volvió á ponerle en su cubillo, cerró su linterna y dijo al alférez:

—Gracias.

Y luego volviéndose hácia el rincón donde estaba el lecho que ocupaba don Alonso de Fuensalida, dijo:

—¿Enfermo teneis y herido á lo que parece por lo vendado y preso, porque aquí hay alguacil?

Enderezóse el corchete poniéndose de pié por respeto al hábito al aproximarse don Francisco, y este, inclinándose sobre el herido la área de su linterna, le iluminó de lleno el semblante.

—¡Vive Dios! dijo para sí, que yo conozco á este; saquémosle en limpio de entre su fiebre y su vendaje quién es.

Y al través del verdoso vidrio de sus antiparras, fijó una mirada penetrante en la mirada inmóvil y calenturienta del herido.

—¡Ah! ¡ya! continuó para sí Quevedo: ¿de dónde sale ahora este? Perdido se habia y de tal manera, que con todos sus vientos no daban con él los sabuesos de la justicia.

IX.

Pero como Quevedo nunca se olvidaba de la prudencia, no dijo ni una sola palabra; se retiró de junto al lecho, dió las gracias al alférez por la luz que le habia prestado y se retiró dejando suspenso á cada cual de por sí, al alférez y al alguacil, que no podian explicarse lo que aquello significaba.

X.

Apenas habia puesto el pié en la calle Quevedo, cuando se puso en su seguimiento el bulto que desde su casa le habia seguido, y que le habia esperado cerca del cuerpo de guardia.

Quevedo no lo notó, porque el que le seguia sabia seguirle: iba á la larga pegado á la pared, en paso natural, templado al de Quevedo, sin quitar ojo de este y dispuesto á aparecer como transeunte en el momento en que fuese notado.

Quevedo tomó por el Arco de caballerizas, atravesó la plaza de Armas, salió por otro arco á la calle de Requena, dejóse caer á la calle del Arenal y por la de San Martin se metió en la plazuela de las Descalzas y llegó á la puerta de la iglesia del convento, y el bulto siempre detrás.

XI.

Estaban las monjas en visperas, sonaba el órgano y el canto gangoso del coro: se habia levantado un buen frio, oscurecia á toda prisa, y por la plazuela apenas de tiempo en tiempo pasaba de prisa alguna persona.

Delante de la puerta de la iglesia habia una gran silla de manos, bastante rica para demostrar la alta alcurnia de su dueño, pero sin escudo de armas en sus portezuelas.

Cuatro lacayos cuyas libreas no se veían porque estaban embozados en sus capas, aparecían en fila apoyados á manera de cariátides sobre el muro á la derecha de la puerta de la iglesia y hablando de una manera lacayuna.

—Para mucha carga han traído la silla, dijo Quevedo, porque son muchas las acémilas. ¡Ojo y mucho ojo! don Francisco, no sea que buscona te echen y tu primer encierro sea esa silla misteriosa.

Aun no habia acabado de murmurar Quevedo estas palabras cuando cesaron el órgano y el canto y empezaron á salir los fieles que no eran muchos, porque salieron muy claros y acabaron de salir muy pronto; pero por más que se puso alerta Quevedo y avizoró cuidadosamente á todos los que salieron, no vió más que beatería vieja y mal oliente.

—¿Por mal acudidor á citas me tiene la tapada y hace tiempo para no exponerse á salir y no encontrarme? ó es que sabe

que con la impaciencia crece el deseo; pero el sacristan echáramela fuera y no dentro de mucho que ya oigo el retintín de sus llaves con que avisa á los morosos.

En efecto, se oía dentro de la iglesia el sacudimiento por intervalos de un manojo de llaves.

—¿Será que todavía las hay capaces de enamorarse de mí? Las mujeres, que como la alondra, se van á lo que reluce; el triste privilegio del ingenio que convierte á un hombre en libro que todas quieren leer y que la mayor parte de ellas no abren porque cuando el libro se les viene á las manos, le encuentran viejo y mal encuadrado: asunto de forro, cosa de apariencia, así es todo, mentira y hastío y peste: pero retráctome, huelo bien. Guárdeos Dios, ilustre señora, si ilustre sois y á más la que ha citado al más traído, más llevado, más asendereado, ménos contento de su madrastra, la fortuna, de todos los animales bípedos é implumes como llamó á los hombres Platon.

Habíasele venido encima á Quevedo una tapada alta, esbelta y de admirable empaque y deliciosamente perfumada que habia aparecido por la cancela de la iglesia y á la que habia dirigido sus últimas palabras.

XII.

—Dejaos de retóricas, don Francisco, dijo la tapada, y venios si quereis á mi silla de manos, que importa mucho.

—¡Eh! ¡sí! ¿y por qué no? contestó Quevedo, prendado me habeis á bulto y á bulto préndome en vos; entrémonos, señora, y sea lo que Dios quiera.

La tapada tiró hácia la silla de manos que estaba delante de la iglesia, acudieron presurosos los lacayos abriendo uno de ellos la portezuela, entróse la dama, metióse tras ella Quevedo, cerróse la portezuela y nuestro ingenio empezó á ensancharse y acomodarse de tal manera, que la dama hubo de decirle con mal contenida cólera:

—¡Eh! don Francisco, manteneos en los buenos términos de la cortesía, que no soy lo que pensais.

En aquel momento se dejó sentir el vaiven de la silla de manos que levantaban los lacayos.

—Pues no es ni entrometida, ni entretenida, ni buscona, lo que no quita que pueda ser gancho, que tambien se prende con ganchos de oro; veamos lo que es.

Y Quevedo, preparando cautelosamente su linterna, que era de resorte, la abrió y aplicó de repente su luz á la cabeza de la tapada, pero se encontró con un cumplidísimo antifaz de terciopelo.

—Yo os creía más hidalgo, dijo severamente la dama.

—Y yo á vos ménos retraida, contestó Quevedo: empiezo por no entenderos, aventura es esta que huele á inquisicion de Venecia: ¿para qué me habeis citado?

—Ya os he dicho que para mucha cosa.

—¿Lleváisme preso?

—Por una hora.

—¿Y á dónde?

—Veréislo.

—¿Es por vuestra cuenta la aventura?

—Sí, porque me importa mucho la persona por quien me aventuro.

—Os agradezco grandemente vuestro interés.

—Es que yo no me intereso por vos.

—¿Usaisme, pues? dijo Quevedo de muy mal humor.

—Ni uso ni abuso, os cazo.

—¡Oh tiempos! exclamó Quevedo; ya cazan las palomas y son cazados los halcones; no me conformo, y por lo tanto, hago mia la aventura.

—Si no estais quedo, dijo la dama, me salgo; y de acompañante me convierto en escolta, y mal que os pese, os llevo á donde me han mandado llevaros.

—Iré yo porque quiera, dijo Quevedo; que echarme á mí para que me sujeten esos cuatro galopines de la silla, es la propia cosa que echar guindas á la Tarasca.

—Yo os creía más juicioso, don Francisco.

—No pidais juicio ni á los locos, ni á los borrachos; y loco me habeis vuelto con una morenita mano que os he visto; y de lo bien que oleis y á hermosa, se me habeis subido á la cabeza.

—¡Válgame Dios por lealtad! ¡y que mi lealtad me haga oir á mí cosas que nadie se ha atrevido á decirme! ¡y que quien tales cosas me dice sea tal persona!

Quevedo se encogió.

—Pues señor, dijo, no acierto; misterio tenemos, es verdad que á mí han dado los misterios en perseguirme; cállome.

—No, por el contrario, hablad, hablad; necesito saber...

—¿Y qué necesitais saber, señora?

—Anoche un hidalgo, mejor dicho, un caballero, desde Puerta de Moros se fué al alcázar.

—Créolo bien.

—Del alcázar salió una hora despues con algunos embozados.

—Tambien lo creo.

—Uno de aquellos embozados era el rey.

—¡Ah! el rey ronda, como dicen que rondaba el rey don Pedro el Cruel.

—Sí, pero el rey don Pedro rondaba para ver si sus jueces y sus vasallos cumplan sus leyes; y el rey don Felipe se va á rondar cómicas.

—Si el rey don Pedro no rondaba cómicas, porque en su tiempo no las habia como ahora, rondaba cortesanas, ó lo que es lo mismo, cómicas de la comedia del mundo.

—Malas comediantas que debian estar encerradas en las Recogidas.

—No me opongo, dijo Quevedo; pero ¿quién habia entonces de representar comedias?

—Sin ellas pasaríamos.

—No acabaremos nunca con la comedia del mundo, que empezó á representarse cuando Eva engañó á Adán.

—El caballero de que hablo, acompañando al rey y al conde-duque de Olivares, se fué al Prado de San Gerónimo, y cerca de cierta casa donde vive cierta comedianta.

—¿Y cómo se llama esa comedianta? preguntó Quevedo, como si hubiera ignorado dónde vivia Maria Calderon.

—Se llama la Calderona.

—¿Y á ver á la Calderona se va el rey tan desembozadamente acompañado del conde-duque de Olivares y de otro caballero? Mienta; de un caballero, porque decir otro caballero, en esta situacion es como confesar que el conde-duque es caballero; y yo téngole bien por jinete, pero por caballero no; y aquello que no creo, no lo confieso.

—Teneis razon; el conde-duque es un infame.

—Y no solo infame, sino archi-infame; pero ¿qué os ha hecho el conde-duque, hermosa incógnita? su enemiga sois, ó por lo ménos lo pareceis.

—Háme hecho muchas cosas; y en cuanto á aborrecerle, le aborrezco con toda mi alma.

—Por este lado somos grandes amigos; confiésome vuestro servidor, y me obligo á serviros.

—No decís la verdad, porque si quisiérais servirme no pretenderiais engañarme.

—¿Y en qué habeis conocido que yo pretenda engañaros?

—En que finjís ignorar el que en la casa del Prado de San Gerónimo, que ha ido á rondar su magestad acompañado del conde-duque, de un mal caballero y de músicos, vive la Calderona, y no podeis ignorarlo vos que, como poeta, conoceis á todos los cómicos.

—En San Márcos he estado más de cuatro años, señora, y no sé cuánto tiempo en mi torre de Juan Abad, tan preso como en San Márcos, y he perdido la brújula de la corte; y esa comedianta, segun me han dicho, es nueva y no la conozco; ando además triste y descontentadizo, y viviendo de escribir sermones para que los luzcan clérigos bozales, y no voy á ninguna parte, y mucho ménos á los corrales; porque cansado de la comedia del mundo, las casas de comedias y los cómicos de oficio me dan hastío, porque me parecen unos malos charlatanes de lo que no entienden; y me causan pena los ingenios que en tales lenguas y en tales manos se ponen, que más les valiera ponerse en las del diablo. Pero ¿cuándo acaba de andar esta silla?

—Cuando acabemos de hablar lo que hablar necesitamos.

—Lastimome de los lacayos, porque el cuento tiene trazas de no acabar tan pronto.

—Es verdad, dijo la dama; como que es un cuento de cuentos.

—Pues sigamos contando.

—Decia yo que vos me engañábais, y con razon; porque diciendo que no conoceis á la Calderona, mentís; con ella habeis estado comiendo hoy.

—¿Os envia la Calderona, señora? dijo Quevedo que estaba todo curioso.

—¿Habeis visto muestras en mí de que yo sirva para servir á tan baja gentecilla? dijo la dama.

—A hermosa me oleis, á noble trascendeis, que sois discreta lo dicen vuestras palabras; todo lo cual junto hace una dama principal; pero tales son las mujeres y en tales enredos se meten por lo que las interesa, y á veces por lo que no las interesa, que nada tendria de cosa de espanto el que sirviéseis á una comedianta sirviéndoos á vos misma.

—A más alta, á mucho más alta persona sirvo, y por ella estoy aquí á vuestro lado.

—¡Ah! ¿Servís á la reina?

—No lo niego.

—¿Sois de su casa?

—Soy su amiga.

—¿Y qué tiene que ver la reina con la Calderona?

—Lo que la Calderona tiene que ver con el rey.

—Cogido me habeis en enredo que no me agrada mucha cosa; que enredos en que andan reyes y reinas, y comediantas, y condes-duques, tienen mala salida; y si andan de por medio Villamedianas, mucho peor.

—¿Qué decís de Villamediana?

—Nada digo; le nombro y nada más.

—¿Qué hacíais vos anoche en la calleja donde se metió para guardar las espaldas al rey don Lope?

—Esperar al rey.

—¿Y herísteis á don Lope y acuchillásteis á los músicos?

—Necesario me fué para ver á su magestad en descampado.

—Despues hablásteis con un hombre.

—Sí, con Villamediana.

—¿Y á qué iba al Prado Villamediana? preguntó con cuidado la dama.

—A observar si el rey entraba ó salía casa de la Calderona.

—El rey no entró, dijo la dama.

—La Calderona no le quiere.

—¿A quién, pues, quiere la Calderona?

—A don Lope.

—Cierto que sí, dijo la dama con despecho; porque despues de que vos hablásteis con Villamediana, os fuísteis á la calleja donde habíais dejado herido á don Lope, y os le llevásteis á una mala hostería, á donde acudió despues la Calderona.

—¿Y cómo sabeis todo eso, señora?

—¿No os he dicho que un hombre habia seguido á don Lope desde Puerta de Moros?

—En Puerta de Moros vive la señora condesa de Santurces.

—¡Ah! exclamó impremeditadamente y con cierto acento particular, cogida de improviso la dama.

—Quitaos el antifaz, señora, dijo Quevedo, porque ya no le habeis menester, y dadme la felicidad de que vea sin nubes el sol de vuestra hermosura.

—¿Pues quién creeis que soy yo? se apresuró á decir la dama.

—Vos sois la señora condesa de Santurces, la buena tía de mi querido amigo don Lope de Sanabria; si, eso es, camarera de su magestad la reina, y más que su camarera, su amiga; ¿á qué embozaros de tal manera para mí? ¿No os inspira confianza el buen Quevedo?

—No mucha.

—Se conoce que os han hablado de mi enemigos míos.

—La verdad es que no teneis muy buena fama, don Francisco.

—Tengo la que me quieren dar, y de ello hago bien poco caso; porque si caso hiciera, diera gusto á los que de mí dicen por desesperarme; y creedme, señora, no se debe dar gusto á los enemigos.

—Por lo mismo, yo no doy gusto á mi sobrino, dejándole que sirva con mengua de su honra al conde-duque de Olivares.

—Y que á más de eso galantea á la Calderona y os lleva á la media noche, quitándoos el sueño, doncellas desamparadas.

—¡Ah! ¿Cómo sabeis eso?

—Don Lope es grande amigo mio, no me guarda ningun secreto, y anoche estuvimos mucho tiempo juntos.

—Y decidme, don Francisco: ¿vos acometeis y herís á vuestros buenos amigos?

—De la misma manera, señora, que vos encarcelais á los que amais.

—Yo no amo á mi sobrino.

—Confesádome habeis que le habeis preso, y no exijo que me confeseis que le amais, porque con lo que habeis hecho lo habeis confesado bastante.

—Pero vos creéis lo que suponeis: ¿qué es eso de que yo he preso ó dado ocasion á que prendan á mi sobrino?

—Preso le han por un delito que no ha cometido él, sino otro que por él fué herido, y á quien acabo de ver yaciendo en el lecho, con la cabeza llena de trapos y ardiendo de fiebre.

—¿Y quién es ese?

—Una gran persona.

—¿Su nombre?

—Don Alonso de Fuensalida.

—¡Señor, señor! ¿pero es esto posible? ¿no habia desaparecido don Alonso de Fuensalida, de resultas de haber muerto en desafio al padre de una dama de Córdoba?

—Pues ahí vereis, señora: esos son los enredos: en medio de ellos aparecen cosas que se creían pasadas, y personas á las cuales

se tenia de pérdidas por difuntas: pero entendámonos, condesa, y si os parece, porque estoy mal de mis heridas y me desvanezco con este vaiven de la silla, parémonos cerca de aquí; porque á lo que veo por los vidrios, y aunque la noche es oscura, estamos en la plazuela de Anton Martin, á dos dedos de la calle del Niño, donde sabeis que vivo, puesto que habeis tenido la bondad de favorecerme yendo hoy á buscarme á mi casa.

—¿Y quién vive en vuestra casa, don Francisco?

—El ama de gobierno que habeis visto en vuestra casa.

—¿Y no hay en vuestra casa entrantes y salientes á todas horas?

—Sí señora, los ratones; aunque no sé por qué frecuentan mi casa cuando saben de antiguo que no hay despensa en ella.

—¿Tan pobre estais?

—No me quejo.

—Perdonad, don Francisco, que yo no lo habia dicho por tanto.

—Perdonada estábais antes de que hablárais, porque vos, señora mia, no podeis ofenderme más que en el alma, y para eso sin hablar desde que os conocí me habeis ofendido: pero si os place, decid á vuestros criados que enderecen hácia el número cuatro de la calle del Niño.

La condesa tiró de un cordon que del interior de la litera iba á parar en el brazo de uno de los conductores, y la litera se detuvo, y una portezuela se abrió.

La condesa dió orden de que los llevasen al número cuatro de la calle del Niño.

Se cerró la portezuela, y la silla se puso de nuevo en marcha.

—Gracias por la confianza que me otorgais, dijo Quevedo.

—Tengo que consultaros mucho: os tomo por mi confesor; porque aunque no sois ordenado, sois más teólogo que muchos de orden.

—Tiráronme las Sagradas Escrituras, dijo Quevedo; pero no me tiró la Iglesia por culpa de mis pecados; que si yo me ordenara, sería ya por lo ménos obispo, sino arzobispo ó papa, y me iria mejor.

—¿Pues qué, tan mal os trata la fortuna?

—Como enemiga á muerte.

—Pues servid bien á la reina, y acaso acaso os irá mejor.

—¿Pero de cuántas cosas hablamos, señora? de la reina, del rey, de Villamediana, de la Calderona, de vos y de vuestro sobrino; pero la silla se para; hemos llegado, esperad, voy á salir y á llamar.

Se abrió la portezuela, y Quevedo salió y llamó á la puerta de su casa.

Apareció poco despues con una lamparilla en la mano Marta.

—Gracias á Dios que vuesamerced se recoje temprano, dijo.

—No me recojo, es que recojo, contestó Quevedo.

Y se fué á la silla de manos, á tiempo que salia de ella la condesa de Santurces y adelantaba completamente cubierta con el manto.

—¡Oh Dios mio! dijo para sí Marta: la tapada de esta mañana: ¡y la trae á su casa! ¡y yo tengo que sufrir!... Nunca ha sucedido esto: mañana me despido de don Francisco; me iré á morirme de hambre á otra parte; no importa; yo no puedo tolerar estos escándalos. ¡Qué mugeres las de hoy, señor! en mis tiempos era otra cosa.

Y acabó de murmurar esto, á tiempo que habiendo entrado en la sala baja que servia de estudio á Quevedo, habia encendido dos velas de cera que estaban sobre la mesa en dos candeleros de bronce.

La condesa de Santurces y Quevedo habian entrado detrás de Marta.

—Ve, amiga mia, dijo á esta Quevedo, y da algun refresco á los criados de esta señora: si no le hay en casa, sal y cómpralo, que aun es temprano y estarán abiertas la tienda y la taberna.

Marta salió con muy mala cara.

Quevedo cerró la puerta con llave, y en la llave puso su sombrero; se quitó la capa y el cinturon en que estaban su linterna, su daga y su espada, y fué á sentarse junto á un brasero encendido al lado del cual se habia sentado la condesa.

CAPITULO XXIII.

En que se revuelven una intriga de corte y una consulta teológica.

I.

La condesa observaba cuanto veia, esto es, aquellos estantes de pino, cerrados con alambreras y cargados de libros en fólio, que rodeaban las paredes; aquella gran mesa de nogal con su tintero de piedra, cubierta de papeles y libros en desórden, y aquellos dos fascículos pequeños puestos á ambos lados del sillón, y que en cada uno de sus lados mostraban un libro abierto.

En el suelo no habia alfombra, ni aun estera: el pavimento estaba desnudo, y se componia de baldosas viejas y resquebrajadas.

Todo aquello respiraba talento, ciencia; pero estaba envuelto en una fria atmósfera de miseria.

II.

—Dichoso de mí, dijo Quevedo, que logro verme á solas y encerrado con un tal serafín.

—¿Conocéisme, don Francisco? dijo severamente la condesa, que se habia echado atrás el manto, descubriéndose por completo, apareciendo vestida de corte, con un traje de brocatel color de lila,

cubierto de joyas en el pecho, bellamente peinados los ricos cabellos, y embellecidos con un prendido de perlas y esmeraldas.

Doña María, á pesar de sus cuarenta y más años, estaba hermosísima, y fresca como una muchacha, solo que su turgencia era ya en cierto modo la de la matrona.

—Sí que os conozco, aunque bien quisiera no conoceros; porque no os conozco más que para pasar fatigas, dijo Quevedo.

—Pues si me conoceis, debeis ahorraros los galanteos, y excusar el que me enoje, porque yo no puedo oir sin faltar á mi deber tales cosas.

—Sí, sí, ya sé que teneis hecho voto de castidad, dijo Quevedo; pero sé tambien que os pesa más que si fuera una suegra.

—¿Y quién os ha dicho eso?

—Vuestro corazon.

—¿Y qué sabeis vos de mi corazon?

—Que no es vuestro.

—Es de Dios.

—En lo eterno, bien; en lo temporal no.

—Sois muy mal pensador.

—Tengo buena vista aunque gasto antiparras.

—¿Y qué habeis visto en mí?

—Que estais ciegameute enamorada de vuestro sobrino.

—¿Cómo podeis decir eso, si le aborrezco?

—Le aborreceis porque no puede casarse con vos.

—¡Oh Jesús, y qué cosas teneis, Quevedo, y qué cosas me estais haciendo oír!

—Apostaria, señora, á que sabiendo vos que yo soy teólogo, teneis en las mientes una pregunta que no os atreveis á hacerme; pero yo voy á hacérmela por vos.—Decidme, don Francisco de Quevedo, ¿mi voto de castidad es irrevocable?

—¡Pero Dios mio! exclamó asustada la condesa: ¿quién os ha dicho que yo quiero haceros esa pregunta?

—Dejad, dejad, señora; que yo lo arreglaré todo: hé aquí que yo contesto á la pregunta que á mí mismo me he hecho en vuestro nombre.—Los votos que no imprimen carácter son revocables: vos no habeis pronunciado votos solemnes para entrar en Orden; podeis, pues, pedir la dispensacion de vuestro voto; y la obtendreis, cien doblones más, cien doblones ménos.

—Pero Dios mio, si yo no quiero la revocacion de mi voto.

—Y entonces, ¿para qué habeis delatado para que le prendan á vuestro sobrino don Lope?

—¿Y quién os ha dicho que yo le he delatado?

—La prision de vuestro sobrino, que no ha podido ser sino mediando vos; porque nadie más que doña Esperanza de Salvatierra que está en vuestra casa, ha podido deciros que don Lope estaba en la plazuela de Santa María un momento despues de haber sido muerto en la calle de los Autores don Mendo de Salvatierra.

—Lo habrá sabido la justicia por medio de sus alguaciles.

—No ha habido más medio que vos, que habeis sido este medio por medio de los celos que os ha causado el ver á vuestro sobrino, á quien vos quereis para vos sola, metido en una doble aventura amorosa: ¡ah! es verdaderamente digno de envidia el señor capitan Ponferrada, á no ser por su debilidad en servir al conde-duque en oficios bajos, que es lo mismo que haberse vendido á Satanás.

—Por lo mismo, alégrome de que esté preso y apartado del conde-duque y de esas dos mujeres.

—Y si le aborreceis, ¿por qué os interesais por él y quereis apartarle de infamias y de peligros?

—Es mi sobrino; le he tenido bajo mi tutela.

—Le amais, condesa, le amais, y no así como quiera, sino con toda vuestra alma: hacedle conde.

—Quitad allá: ¿y mi voto?

—Pedid su dispensa.

—¿Y me la darán?

—Si no os la dan á vos, la darán á tantos ó cuantos doblones de oro: porque al fin, la mayor penitencia que puede imponérsele al prógimo es tocarle sériamente al bolsillo: y por lo mismo, cuando la curia romana tiene que dispensar alguna culpa gravísima, exige montes de oro: pues ahí es nada; las gentes de hoy primero que un doblon sueltan las entrañas.

—¿Pero por qué hablamos de esto, dijo la condesa que estaba muy encendida, si yo no pienso como decis?

—¡Ah! ¡si le hubiérais oido en la prision! ¡Y herido el pobre, y sufriendo de las heridas en un calabozo húmedo!

La condesa se puso pálida.

—No lo siento, continuó Quevedo, exclamaba, más que por mi tia, por mi buena, por mi hermosa, por mi virtuosísima tia á quien adoro: ya veis, don Francisco, despues de años y años en que me tenia cerrada su puerta, me la abre al fin y en alta hora; la veo apa-

recer más hermosa que nunca, acoje una obra de caridad que yo la propongo: y cuando pienso proponerla la obra de caridad de que pida la dispensacion de su voto y se case conmigo, hé aquí que me encierran y me desesperan y me matan.

La condesa temblaba de emocion.

—Pero efectivamente, dijo, ¿es revocable mi voto de castidad?

—Tan revocable, que yo me obligo á procurároslo para dentro de dos meses.

—¡Ah! no me atrevo, don Francisco, Dios...

—Dios vé lo que pasa en vuestro corazon, pobre mártir, cándida paloma, tórtola enamorada, y no de mí por desgracia; que si así fuera, yo me tendria por bien nacido, porque para vivir en un eden habia venido al mundo, y Dios no quiere corazones que se violentan y se desesperan.

—¡Oh! es que vos no sabeis, no sabeis, don Francisco, dijo la condesa.

—Sé, que como todas las hijas de Eva, habeis perdido la cabeza por un hombre, y alégrome de no saber que como la mayor parte de ellas, no la habeis perdido por dos ó por doscientos ó por todo el género humano masculino.

III.

Púsose vivamente encendida la condesa y tembló.

—Sois un tesoro, dijo Quevedo, un copo de nieve, no tocado y conservado en la umbría.

—Es que no sabeis, no sabeis, don Francisco.

—¿Que no sé que amais con toda vuestra alma, con todo vuestro cuerpo desde más abajo de los piés á más arriba de la cabeza?

—Es que yo... dijo la condesa.

—Es que vos, ¿y qué es que vos? dijo Quevedo.

—Es que yo...

La condesa volvió á detenerse.

—Amais más que á vuestra alma á don Lope, y teneis escrúpulos inocentes: pues sabed que todas cuando hablan de veras aman así: para ellas, Dios las bendiga, no hay más Dios ni más vida que su amor.

—Es que yo... repitió la condesa.

Y se interrumpió de nuevo.

—¿Pero acabaremos? dijo Quevedo; á cada momento estais más encendida y más azogada.

—Tengo un grandísimo remordimiento, un gran cargo de conciencia.

—El Santo Padre es la mano suprema que ata y desata: *quecumque tu soleveris in terra, ipso solutus, erit a me in coelo*.

—¡Ah! no sabeis; yo no amo á don Lope por don Lope.

—¡Ah! le amais por el amor; pues eso les sucede á todas: personifican en un hombre su amor, y aman á su amor; por eso todas dicen cuando nos requiebran: amor mio.

—No, no es eso, dijo á cada momento más confusa la condesa; es que yo no amo en don Lope á don Lope, sino á su padre.

—¡Ah! pues eso no quiere decir otra cosa sino que la mejor herencia que mi amigo ha tenido de su padre, sois vos.

—¡Oh! qué conciencia tan ancha teneis, don Francisco.

—No es que tengo ancha la conciencia, sino que tengo experiencia: para tener buena conciencia, es necesario pensar bien; si no, podemos tener molestada la conciencia por errores: ¿amais ó no amais á don Lope?

—¡Oh, sí! ¡con toda mi alma! dijo la condesa.

—Pues soñais, respondió Quevedo.

—¡Que sueño! ¿pues no he sufrido dia por dia largos años de martirio con el pensamiento fijo en él, con el alma entregada á él y teniéndole apartado de mí, porque me temia á mi misma, con el pretexto de que me habia desobedecido escapándose del colegio de Santa Cruz de Valladolid para sentar plaza de soldado?

—Afortunadamente el chico pensó más discretamente que vos. ¿Qué seria de vos, señora, si en vez de ser capitán de ginetes fuera canónigo ú obispo? Entonces sí que no podríais aveniros con vuestra conciencia; entonces sí que os horrorizaria vuestro amor: pero ahora tened celos si quereis, porque nuestro hombre esta más de lo que parece enamorado de la Calderona, y más de lo que fuera menester deslumbrado por la hermosura de esa joven hija del capitán difunto, á la que encontró en la calle y llevó á vuestra casa; en fin, vos lo sabeis demasiado, puesto que vuestros celos han sido los que han metido en la cárcel de las Órdenes á vuestro sobrino, y en esto habeis andado acertada y discreta, no hay que dudarlo, porque entre si sale ó no sale de prision don Lope, el conde-duque habrá tenido tiempo para armar una intriga que concluya en que la Calderona

sea amiga del rey, cosa, que una vez sucedida, hará que don Lope renuncie á la Calderona, porque no creo que don Lope sea hombre capaz de partir una mujer ni con el rey mismo.

—Sin embargo, exclamó la condesa, ya veis que ha tenido la poca vergüenza de ir escoltando al rey cuando el rey iba á dar música á esa mujer, esperando que por la música saliese á la regilla y tuviese ocasion de hablarla.

—Don Lope no es del todo católico, dijo Quevedo, y ya le he echado por ello una buena reprimenda: hasta ahora ha vacilado entre el amor de la Calderona y su ambicion.

—¡Su ambicion! exclamó la condesa.

—Sí señora, sí; el conde-duque le habia ofrecido hacerle señor de título, si enamorando á la Calderona y envolviéndola en una intriga, la entregaba en una ocasion preparada de antemano al rey.

—Pero esto es vergonzoso.

—Es una vergüenza sufrida á oscuras, que daria por resultado un título llevado á la luz del sol. Así hay muchos engrandecimientos, señora mia; títulos se dan con el pretexto de grandes merecimientos de los agraciados que no han hecho más que cometer á oscuras, sin que nadie pueda ser testigo de ello más que sus cómplices, grandes infamias.

—¿Pero si mi sobrino queria ser señor de título, no estaba yo aquí?

—¡Ay condesa, condesa, estais más enferma de lo que parece! perdeis la memoria; ¿cómo quereis que vuestro sobrino buscase en vos ni amor ni título, si le teneis agoviado con vuestra maldicion, apartado de vos, y vos estais además imposibilitada con vuestro voto de castidad? Sueños y más sueños, desconocimiento de vos misma; os horroriza el amor de vuestro sobrino porque creéis que no sea á él á quien amais, sino á su padre, que se murió y que santa gloria haya. Dejad en paz á los muertos, no revolvais impiamente sus cenizas, y estad segura de que amais á don Lope porque don Lope os enamora. Abreviemos y vengamos á la otra cosa para que sin duda principalmente me habeis buscado: pedid la dispensacion de vuestro voto, que os la concederán tanto más pronto cuanto mayor sea la penitencia que os impongais sobre vuestro bolsillo, y así que tengais el Breve, se le enseñais á vuestro sobrino, le mirais enamorada, es lo mismo que decir que le matais, y para resucitarle le haceis conde de Santurces.

—¡Ay! exclamó la condesa envolviendo su exclamacion en un suspiro que se la salió envuelto en fuego de lo más recóndito del alma.

—¡Las beatas, el amor de las beatas, padre eterno, padre de justicia! exclamó Quevedo, ¡válganos Dios por continencia, por humildad y por ojos bajos que cuando se levantan arrojan de sí un Vesubio! Mentira, todo mentira; materia, materia y no más que materia; la materializacion de lo divino ó la divinizacion de lo material; músculos, sangre, vísceras irritables, lodo, putrefaccion, escándalo, polvo, nada.

—Teneis razon, teneis razon, don Francisco; yo me acuso, yo me culpo, yo estoy loca, yo estoy condenada.

—Pues y ya lo creo que estais condenada á moriros por un otro con el cual quereis uniros tan apretadamente que no resulte más que uno: como todas, condesa, como todas; y la que no lo dice, miente, porque no pudiendo tener lo que desea, no quiere que el que la oiga se alegre, porque rabia. La manzana maldita, la pepita venenosa de la manzana que fructifica en todos los corazones humanos; la ley eterna, la carne de la costilla y la costilla de la carne, el *crescite et multiplicamini, et replete terram* que no se dijo á sordo ni á mancebo; las palabras formidables que trageron la tormenta sobre el apacible paraíso y el pecado y la muerte sobre los multiplicados.

—Bien dicen, bien dicen, don Francisco, que no creéis en hombre honrado ni en mujer buena.

—Todos, todos, todos ellos lo son por cualidad hereditaria, y lo son ellas todas, todas, todas por la propia razon; y el que no lo es, se extraña y se asombra y duda; y la que no lo es, se tiene por desdichada y se aflige y llora.

—Gracias.

—Justicia.

—Pero Dios mio, vos no respetais nada.

—¿Y qué hay de respetable en el lodo? Y es todo lodo: lo que no es lodo está enlodado; cuando llueve recio, todos se mojan; y quien anda entre lo pestífero, lleva pegada la pestilencia: yo he perdido ya el olfato y el paladar y doy de ello muchas gracias á Dios, porque como y bebo y respiro cosas que no habria medio de pasarlas sin percibir su hediondez. ¡Oh espíritu humano, ciego y loco que empiezas por no verte á ti mismo ni comprenderte, da muchas gracias á Dios por tu torpeza, que

si torpe no fueras, te matarias por no sufrirte á ti mismo!

—¡Jesús, Jesús, Jesús! dijo la condesa, vos estais desesperado, don Francisco.

—No tanto como vos, lo que por vos siento mucho, y mucho alégrome por mí; me voy quedando como los santos de Francia, con los ojos claros y sin vista y convirtiéndome á todo convertir en uno de esos mentecatos á quienes no se les dá nada por nada. Pero ved, condesa, que se nos pasa el tiempo divagando y que no hemos venido al asunto principal; habeisme dicho que me buscábais por la reina: hablemos de esa noble señora, duélome de ella con las entrañas, está de Dios que yo me duela de las dos reinas que he conocido: ¡pobre Margarita de Austria! sucumbió bajo el crimen de Calderon: Dios quiera que la esposa de Felipe IV no sucumba bajo un más horrible crimen de Olivares.

—¡Ah! qué hombre tan infame, don Francisco.

—Ya veis, mató al duque de Osuna, haciéndole morir de rabia en una prision injusta y degradante; y si á mí no me ha hecho reventar, no ha sido porque no haya querido, sino porque Dios me ha dado piel de lagarto.

IV.

Llamaron entonces violentamente á la puerta de la casa.

—¿Apostais que vienen á prenderme? dijo Quevedo.

Y se puso vivamente de pié, se fué donde estaba su cinturón, se le puso y se le ajustó.

La condesa se levantó asustada.

—¿Que vienen á prenderos? dijo.

—¿Pues á mí, cuándo no andan buscándome? contestó Quevedo; para prisiones nací y no me dejan los alguaciles,

Llamaron entonces á la puerta.

Quevedo abrió y se encontró con Marta.

V.

—¡Señor! dijo, ahí está un sujeto muy embozado, que dice es aquel cuya visita se os anunció por la carta de esta mañana.

—¡Ah! malos de mis pecados, exclamó Quevedo, y que de la tal carta no me haya acordado yo desde que me la metí en el bolsillo.

—Esperad, Marta; perdonad, señora; voy á ver lo que es esto.

Y Quevedo sacando de sus gregüescos la misma carta que habia guardado no atreviéndose á leerla, la abrió, y acercándose á la luz, leyó lo siguiente:

«Señor don Francisco de Quevedo y Villegas. Señor mio.

—Señor suyo, dijo Quevedo, y esta es letra del conde-duque... si yo fuera su señor, me habia quedado sin criado, y continuó leyendo:

«Lo que aconteció anoche y lo que ha acontecido hoy entre el rey y vos, es demasiado extraño para que yo no pretenda que nos expliquemos: iré por lo tanto esta noche antes de las ánimas á vuestra casa, y si no os encuentro en ella, comprenderé que ningun medio de avenimiento hay para nosotros. Guárdeos Dios.—El conde-duque.»

VI.

—¿Y habeis dicho á este que yo estaba en casa, Marta? preguntó con acento vibrante á su ama de gobierno Quevedo.

—Si señor, contestó toda enojada y temerosa Marta, porque veia á su amo irritado; como vuesa merced no me ha dicho nada...

—¿Y qué hay que decir? exclamó Quevedo, el que está encerrado en su casa con una dama, no está en su casa.

—Pero señor..

—Que no estoy en mi casa.

—Pero es que ese señor se ha entrado y le siento venir hácia aquí.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la condesa poniéndose el antifaz y cubriéndose apresuradamente con el manto.

VII.

—¿Por qué os negais á vuestros buenos amigos? dijo en aquel momento entrando el conde-duque; y al reparar en la condesa que estaba de pié y completamente cubierta con el manto, añadió: ¡ah! perdonad, no sabia que estábais tan bien acompañado.

—No pasárais nunca de donde no ¡debiérais pasar y mejor andaria todo, dijo Quevedo.

Y salió, cambió la llave de adentro afuera, y dejó encerrada á la condesa.

CAPÍTULO XXIII.

De cómo el conde-duque salió dado á los diablos de casa de Quevedo.

I.

—Pues en la cocina os recibo, que es la otra pieza que queda del piso bajo, dijo Quevedo; que en el alto solo hay trastos viejos del tiempo de mi abuelo, y no quiero darles el mal trago de que os vean y os oigan.

—Grande enemiga me teneis, dijo el conde-duque, y no justa; que si yo os tuve en prisiones, fué porque os embrollásteis de tal modo con vuestro duque de Osuna...

—No consiento ni una palabra más, dijo Quevedo, ó meterélo todo á barato, aun estando en mi casa, que á la verdad no podia figurarse le cupiese tal honra como mirar dentro de sí á vucencia.

—Si estábais decidido á recibirme de tal modo, ¿por qué me habeis esperado?

—No esperaba yo en hora mala para mí, dijo Quevedo, que quien esperaba sin ser leida era vuestra carta en mi bolsillo; porque tuve asco y reparo, y no la leyerá si cuando me anunciaron há poco que uno me buscaba, no me dijeran que el que me buscaba era el de la carta de esta mañana: conque así, tenedme por no encontrado y por enemigo vuestro, que si yo leyerá la carta, á fé á fé que no me hubiérais hallado en casa: y quédese esto así, y salios ó iréme yo, que todo me es igual con tal de no teneros delante; que yo no

os veria con gusto delante de mí sino espada en mano, y esto no puede ser, porque vos sois un hombrecillo, y yo no me deshonro poniéndome con espada en mano frente á tales como vos.

—Don Francisco, mirad no sea tarde cuando querais buscarme mañana, dijo el conde-duque contrariado.

—Sentaos para esperar á que yo os busque, que de otro modo os esponeis á cansaros mucho y á tener que dormir de pié: ¡busca-ros yo! yo no puedo buscaros, porque el terreno en que yo os buscaria me está cerrado por mi mala fortuna: en fin, si me soltásteis de la prision y despues me levantásteis el destierro con que me obligábais á estar fuera de la corte, porque yo os lo agradeciese, os habeis engañado: yo no puedo agradecer lo que no es ni siquiera una reparacion de lo que tan injustamente he sufrido, de lo que tan vilmente se me ha calumniado, y todo porque se sabia que yo era un espiritu discolo que no podia permanecer quieto mientras un favorito audaz y desatentado se tragaba al rey y al reino.

—¡Don Francisco! exclamó irritado el conde-duque.

—Verdad digo; la verdad es santa, se deja oir por sí misma, y en vano cierra los oidos para no escucharla quien la teme: inútil es, conde-duque, que hablemos ni una palabra más; no podemos entendernos, puesto que sois el valido y el poderoso, y yo soy el desamparado y el débil; volved á meterme preso, extremad los rigores que se han hecho conmigo, y dejadme en paz.

—Habeis pedido al rey el pago de la pension que os concedió su augusto padre.

—No me acuerdo, dijo Quevedo; pero como le he pedido muchas cosas que por lo que veo no me ha concedido, he querido tambien pedirle el pago de mi pension; no me acuerdo, pero la pension es justa y debe ser pagada.

—Se os quitó cuando se os procesó por delito de traicion, y aún no está terminado el proceso.

—De traicion, sí; he sido traidor á todo lo que es bueno, santo y justo, porque me he descuidado, porque os he dejado crecer sin ponerlos inconveniente ni tropiezos que hubieran dado con vos en tierra: por lo que he hecho traicion á todos aquellos á quienes el ser vos quien sois ha hecho daño.

—Yo no tengo la culpa de que los ambiciosos me hayan hecho la guerra.

—Si por mi amigo el duque de Osuna, difunto, lo decís, os desmiento con cuanta fuerza puedo, que era el duque de Osuna dema-

siado grande para ponerse á hacer la guerra á un hombre como vos, tan pequeño.

—Sabia lo que me esperaba, y vengo armado de paciencia, contestó el conde-duque, á quien á pesar de esta observacion le temblaba la voz.

—Pues proveeos de mucha paciencia, dijo Quevedo, que de una parte la paciencia es gran virtud, y de otra bien la habreis menester; porque si el gran duque de Osuna por desprecio no os declaró la guerra, declaráosla he yo, que aunque os desprecio, comparado con vos me tengo por un gigante: necesito castigaros, y si me prendeis y me haceis reventar en la prision, siempre os quedará un grande enemigo, vos mismo.

—Concedido os habia la pension que me habeis pedido, ó que habeis pedido al rey.

—Repito que no me acuerdo.

—Mejor si no la habeis pedido y se os dá, sino que os traia la encomienda de Ocaña.

—Guardaos lo uno y lo otro; que siendo de vos, no lo quiero: comprarme queriais: ¿quién os habian dicho que era yo? hambriento véisme, y como vos no comprendeis que se puede hacer nada sino por el dinero que vale lo que se hace, dijisteis: este sirvió bien al duque de Osuna porque le pagó bien: paguémosle mejor y nos servirá. Es cosa que desespera ver cómo los malos se obstinan en creer que todos son malos como ellos, y como no hay quien convenza á los usureros de que nadie es capaz de dar sino como ellos á usura: parécese toda esta gentecilla á las mujeres perdidas, que se pierden por ganar, y que no creen ganadas á las otras sino por perdidas: cada cual ve con el humor que tiene en los ojos, y por el vicio de este humor, los ven á todos viciados.

—¿Conque ni amistad, ni pension, ni encomienda?

—Vos lo habeis dicho: tomara yo del rey lo que el rey me diea en justicia; pero de vos no tomaria ni la salud, aunque me encontrara rabiando de dolor de muelas y con las entrañas en las manos: idos ó iréme yo. Basta ya, que harta penitencia y basca he sufrido con el tiempo que os he tenido delante de mí: y no se diga más, porque ó salis vos, ó salgo yo.

—Quedad con Dios, don Francisco, dijo el conde-duque; pero acordaos.

—Acordaréme siempre de que os tuve en mi casa, y no os eché al pozo para bien de España y de la cristiandad. Que os guarde Dios.

—Os arrepentireis.

—Nunca tanto como de haberos sufrido, contestó Quevedo.

Y el conde-duque salió.

II.

—Ya que no puedan sufrirme de otro modo, que me sufran de lengua; y es el caso, que la pension y la encomienda me hubieran venido de ángeles: pero no: horror y espeluzno: yo no puedo tomar de ese hombre más que el mal corazon que tiene: pero viniendo á la realidad á que me sentencia la debilidad real, ¿qué hago yo ahora? ¡bah! tengo dos puñados de oro: seguiremos haciendo sermones para los curas menesterosos, y sátiras, romances y letrillas para que se satisfaga la mala intencion de todo el mundo por dos cuartos: ¡y esa pobre condesa encerrada, asustada! y es muy posible que gentes del conde-duque se hayan quedado en acecho para perseguirnos: pues que preparen las costillas y las cabezas; cintarazo y tajo va á haber que les hagan ver el sol á media noche: vamos á tranquilizar á nuestra encerrada.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo de resultas de unas endiabladas aventuras, se vió convertido Quevedo en lacayo.

I.

El exterior de la casa de Quevedo estaba ocupado de la manera siguiente.

En el huerto, tres de los lacayos de la condesa pegados á la pared por la parte de la casa, murmurando largamente de su ama, porque no era menos que para murmurar el paso que habia dado, ó por mejor dicho los pasos, metiéndose primero en la silla de manos con Quevedo, y saliendo despues de ella para meterse con Quevedo en su casa: esto no podian menos de extrañarlo los criados de la condesa, que estaban acostumbrados á la gran rijidez de costumbres de su señora.

—De palacio no puede salir nada bueno, decia uno; allí anda todo manga por hombro, la portería de damas es una cañería de gatos por donde entran y salen toda clase de bichos, aunque bichos nobles.

—De servicio en palacio habia de haber estado nuestra señora, para hacer lo que ha hecho, dijo otro, y yo creo que estos no son pasos que nuestra señora hace por sí misma.

—¿Pues por quién? dijo el tercero.

—¿Qué sé yo? pero si cosas de la señora fueran estas, no se hubiera esperado á hacerlas estando de servicio.

—Pues mejor, dijo otro; las damas de la reina se cubren las unas á las otras, y una escapadilla es fácil, pero la escapadilla lleva más de dos horas.

—Lo que más me llama á mí la atención, es que haya entrado y salido el conde-duque, porque no tengo duda de que es el conde-duque ese caballero que acaba de salir; he estado sirviendo tres años en su casa y le conozco por el olor, así es que digo que la señora ha debido venir aquí á cosas que no sean suyas.

Y así seguían murmurando los tres lacayos.

II.

En la puerta del huerto y atendiendo á la silla de manos estaba el otro lacayo.

Detrás de la esquina de la calle de Francos, aterido y atisbando á la de Quevedo, había un hombre embozado y no de muy buenas trazas.

Aquel hombre era el que desde aquella tarde había seguido constantemente á Quevedo.

A la otra esquina de la calle de Cantarranas había un grupo de hombres ocultos también, entre ellos uno pequeñuelo.

Cuando el conde-duque salió, se dirigió en paso rápido á la calle de Cantarranas, torció la esquina, y dijo siguiendo adelante hacia la calle del Leon:

—¡Gil Perez!

Del grupo de los hombres que estaban en la esquina, se apartó uno que se acercó al conde-duque y siguió andando á su lado hacia la calle del Leon.

Los otros hombres que junto á la esquina estaban, y que pasaban de seis, incluso el pequeñuelo de que hemos hablado, siguieron al conde-duque y á Gil Perez.

III.

Estos se detuvieron cerca de la calle del Leon.

—Es necesario no perder de vista á Quevedo, dijo el conde-duque; es posible que no salga esta noche de su casa sino muy tarde, porque tiene en ella una dama encubierta que no he podido conocer, pero que sin duda es una dama principal, porque la esperan silla y lacayos.

—Pues si la esperan lacayos, podremos saber quién es la dama, señor, si importa saberlo.

—Todo lo que concierne á Quevedo importa mucho, dijo el conde-duque, y esa dama que no tiene trazas de buscona, sino de muy noble y muy rica, puede ser amiga de la reina y haber venido por la reina á ver á Quevedo.

—¿Cree vucencia que la reina se interesa por don Francisco de Quevedo?

—Lo que creo es que no he podido evitar que el rey dé audiencia á Quevedo esta mañana; que Quevedo habló de tal modo con el rey á juzgar por el aspecto que el rey tenía despues de la audiencia, que no he debido de salir muy bien librado. Quevedo es enemigo mio á muerte.

—Matadle, como matásteis á don Rodrigo Calderon.

—No puedo, no tiene sobre sí como Calderon, crímenes.

—¿Y lo de Venecia?

—Aquello está muy oscuro y el rey no quiere que se toque á ello.

—Pues volved á don Francisco á San Márcos de Leon, y que le guarden bien.

—Ya he tentado la voluntad del rey á propósito del desacato que cometió anoche Quevedo con su majestad, y el rey me ha dicho: dejemos, dejemos eso por ahora; harto tiempo hemos tenido preso á Quevedo, y creo que se queja con justa causa; está pereciendo y enfermo de sus heridas; ved si le podemos dar algo para que ese espíritu rebelde se sosiegue: despues el rey se metió en la cámara de la reina.

—¿Y ha resistido á las promesas don Francisco?

—Me ha echado de su casa á cajas destempladas.

—Ese hombre está loco.

—No, confía en algo.

—¿Y en qué cree vucencia que confía?

—En la reina; no hay quien me persuada de que esa dama que he sorprendido en casa de Quevedo no es una dama de la servidumbre: se va haciendo necesario obrar decididamente contra la reina: ¡y esa Calderona que resiste!

—Sucumbirá: adora á don Lope de Sanabria, y ya sabe vucencia que con lo que pasó anoche hay motivo bastante para poner en grande aprieto al capitan Ponferrada.

—Tú no le quieres mucho, Gil Perez, esta es la verdad, y te alegras de que yo por tu consejo le haya puesto preso.

—A lo que nos ha ayudado la noble condesa de Santurces, que debe ser tambien algo enemiga del capitan Ponferrada: créame vucencia, es demasiado altanero para que no ofenda á los que le tratan.

—Y dime, Gil Perez, ¿estás seguro de que la Calderona ama tanto á don Lope, que si le ve en aprieto no se pare en hacer por él un sacrificio?

—¿Cree vucencia que la Calderona se saldria de noche de su casa con don Lope, si no estuviera loca por él?

—Te aseguro, dijo el conde-duque, que no veo claro, y que estos enredos me van fatigando: es necesario no perder de vista á Quevedo, sitiarle en su casa, seguirle cuando salga, seguir á esa dama, y averiguar quién es: que me acompañen dos, y tú con los otros y con Estebanillo, quédate ahí en observacion.

—Muy bien, señor, contestó Gil Perez.

Y separándose del conde-duque llegó á los hombres que los seguian, y dijo:

—Tú Elías, y tú, Miguel, acompañad á su excelencia, y vosotros venios conmigo.

Los dos nombrados se fueron siguiendo al conde-duque.

Gil Perez, con Estebanillo y con los otros, se fué á la esquina inmediata á la calle del Niño.

IV.

—Estebanillo, dijo Gil Perez, es de todo punto necesario que averigües quién es la dama que en aquella silla de manos ha venido á casa de Quevedo.

—¿Y cómo averiguo yo eso?

—Por los criados que han conducido la silla.

—¿Y quién me dice que no puede salirme mal el lance?

—¡Eh! contestó Gil Perez; tú eres hombre de buen ingenio.

—Sí, pero cuando una dama viene de tapadillo á una casa, toma sus precauciones para no ser conocida, y se vale de criados fieles.

—¿Y si no fuera así, para qué se necesitaria ingenio? Anda, hijo, anda, y no perdamos el tiempo, que importa mucho á nuestro amo saber quién es esa dama.

V.

Estebanillo dobló la esquina, adelantó hácia casa de Quevedo, llegó á su puerta, vió la silla y encontró al lacayo que cuidando de la silla estaba en la puerta.

—Gracias á Dios, dijo Estebanillo, parándose junto al criado, que encuentro una persona á quien preguntar: yo creia que en Madrid, como que es la corte, andaria la gente más tarde por la calle; no como en mi pueblo, que al oscurecer todos se han recogido.

—Perdone por Dios, hermano, dijo el lacayo; que aquí somos muy sastres para que se nos venga con monsergas, y pasad de largo no sea que os pese; que tanto teneis vos de lugareño, como yo de obispo: y presto idos, y que no os lo diga otra vez.

—Angeles para mi alma, dijo Estebanillo, si no soy yo de Colmenar de Oreja, donde mi tio, hermano de mi padre, es maestro de escuela.

—¿Qué estás ahí diciendo, mal cristiano, embustero? contestó el lacayo, si yo soy de Colmenar de Oreja y conozco al maestro de escuela y sé que no tiene padres, ni hermanos, ni hijos, sino que está solo como un espárrago sobre la tierra.

—Miren qué casualidad, dijo Estebanillo, que vos sois de Colmenar de Oreja: mentira, hombre; porque si fuérais de Colmenar de Oreja, no diriais que el maestro de escuela no tuvo hermanos; porque fuera de mi padre que era el mayor, tuvo seis. ¡Bah! vos no sois de Colmenar de Oreja; decís lo que quereis: y si no, ¿quién es el cura de Colmenar de Oreja?

—El licenciado Gil Pelaez.

—¿Cómo que el licenciado Gil Pelaez? pues medrados estamos: el cura de Colmenar de Oreja se llama Diego Godinez, y su ama la Melindrosa, y sus sobrinas la Tona y la Gila.

—Vos si que estais gilando, contestó el lacayo: tanto sabeis vos de Colmenar de Oreja como yo de la gran Tartaria.

—Vos sí que no sabeis ni siquiera dónde está Colmenar de Oreja, contestó Estebanillo.

—Hombre, Colmenar de Oreja está ahí, á dos pasos.

—A dos pasos, eh: ¿á cien leguas llamais dos pasos? muy gigante debe ser el hombre que en dos pasos se ponga de aquí en Colmenar de Oreja: como que Colmenar de Oreja está cerca de Luarca, en Astúrias.

—Hombre, vos estais loco ó ese es otro Colmenar de Oreja.

—Pero vos, amigo, ¿de qué Colmenar de Oreja hablais?

—Del que está á dos pasos de Madrid.

—¿Y cómo puede ser que haya en España dos villas que se llaman del mismo modo?

—Hombre, ¿pues no sabe usted que hay más Alcalás en España que frailes en un convento de franciscos, y más Colmenares que abejas? Mire usted, en Andalucía hay un Colmenar; cerca de Madrid hay dos; Colmenar Viejo y Colmenar de Oreja: ¿qué tiene de particular que haya en Astúrias otro Colmenar? tanto más, que Astúrias es tierra de osos, y á los osos les gustan mucho las colmenas.

—Como á los colmeneros el vino: y ya que de vino hablamos, y que habrá por ahí cerca alguna taberna, ¿por qué no hemos de ir á tomar un vaso, ya que los dos somos colmenareños, aunque asturiano el uno y castellano nuevo el otro?

—Eso es distinto, dijo el lacayo, que á un envite de medio digo yo siempre, quiero; pero esperad, que voy á decir á uno de mis compañeros que venga y eche aquí un ojo, no sea que pasen algunos chuscos y nos lleven la silla: ¡bonita se pondría la condesa!

—¿Condesa dijisteis? preguntó Estebanillo cogiendo al vuelo esta palabra que se habia escapado al lacayo: ¿conque servis vos á la señora condesa de Santurces?

—Vaya, ¿y quién os ha dicho que mi ama es la condesa de Santurces?

—¡Toma! ¿pues qué otra condesa hay en Madrid? dijo Estebanillo.

—No seais bárbaro, exclamó el lacayo; que en la corte están las condesas á montones como las hojas de los árboles.

—Pues cuando el alcalde de mi pueblo me dió á mí cartas de recomendacion para esa señora condesa, me dijo: véte allá, Blasico, y á cualquiera que encuentres cuando estés en Madrid, le preguntas donde vive la condesa de Santurces, que allí no hay otra cosa como ella, y la conoce todo el mundo, y al primero á quien le preguntes te dará razon.

—¿Y habeis preguntado ya?

—Sí señor.

—¿Y sabeis dónde vive la condesa?

—¡Toma! vive en Puerta de Moros en una casa grande que hay entre la calle de don Pedro y la Carrera de San Francisco, que

no tiene pérdida, y me lo he estado haciendo decir hasta que lo he aprendido de memoria: y ved aquí, que he llegado esta tarde al meson del Rábano, y que en seguida pregunté por la señora condesa, y me dieron razon, y yo alquilé un hombre y le di dos reales para que me guiara á Puerta de Moros; pero el muy pícaro, que sin duda no queria andar mucho, al doblar una esquina se me perdió; y como yo no tenia más dinero para alquilar otro hombre, porque el dinero me lo he dejado en la maleta en la posada, no he podido hacer más que preguntar, y se han reido de mí, y me he perdido, y dando vueltas he llegado aquí, y he tenido el gusto de conoceros y de convidaros.

—¿Y á qué me vais á convidar si no teneis dinero? dijo el lacayo.

—Callad, amigo, que si no tengo dinero, tengo cosa que lo vale; que aquí traigo un rosario de coral engastado en plata, que bien vale cinco ducados, y dejarélo empeñado, y ya nos darán algo que beber sobre el rosario.

—¿De corales y de plata, amigo? dijo con cierta codicia el lacayo.

—Y muy fino, y con bendicion del Papa.

—¿Me vendeis esé rosario, dijo el lacayo, que tengo yo entretenida á una chicota alcarreña, que tiene la garganta más blanca que el ampo de la nieve, y le sentará como de ángeles ese rosario?

—Bueno, os lo vendo barato; pero con tal de que me digais de quién sois criado, para ver si me puedo fiar de vos, porque no teneis vos trazas de llevar cinco ducados encima.

—Pues señor, dijo el lacayo, yo soy criado de la señora condesa de Santurces, y me llamo Ginebrin Somonte, y gano al mes tres ducados, y tengo ahorrados más de ciento con lo que gano y con lo que me regala mi moza.

—Ginebrin, dijo desde adentro una voz, abre la silla que sale la señora.

—¡Por vida! dijo Ginebrin; y el rosario... oid, amigo, venios tras la silla, que donde paremos haremos el trato.

—Pues ya se vé que me iré tras la silla, contestó Estebanillo.

Y se alejó rápidamente hácia la calle de Cantarranas, mientras Ginebrin se dirigía á la silla de manos y la abrió.

VI.

—Es ella, es ella, dijo Estebanillo á Gil Perez; la condesa de Santurces.

—¿Y cómo lo has averiguado? dijo Gil Perez.

—No hay tiempo de hablar, porque la condesa iba á entrar en la silla de manos en el momento en que yo me he venido.

—Pues tras la silla de manos, dijo Gil Perez, y apoderémonos de la condesa, que importa á nuestro señor.

—La silla de manos viene para aquí, dijo Estebanillo.

En efecto, la condesa de Santurces habia entrado en la silla: y como Quevedo presentia que la silla podia ser esperada por gente del conde-duque, no entró en ella, sino que siguió á su lado escoltándola.

La silla tomó hácia la calle de Francos, lo que observado por Gil Perez, hizo que este con Estebanillo y con los hombres que la acompañaban, se fuese tras la silla, recorriendo la calle del Niño.

El bulto que como hemos dicho estaba oculto tras una esquina de la calle de Francos, al ver que la silla de manos venia hácia él, cambió de acera y tomó distancia para poder seguir la silla sin ser notado.

En cuanto la silla volvió la esquina, Quevedo que se habia apercibido al momento de que era seguido, dejó adelantar la silla, se pegó á la esquina y esperó.

Gil Perez, Estebanillo y los otros hombres doblaron la esquina, y sin reparar en Quevedo siguieron tras la silla.

VII.

La calle de Francos era muy solitaria, porque entonces se encontraba en uno de los extremos de Madrid.

Podia tenerse en ella sin cuidado un lance de armas.

Quevedo, pues, no esperó á más, sino comprendiendo que aquella gente era del conde-duque y que le convenia quitarla de encima, la acometió por detrás, y con tal furia, que antes de que los hombres que acompañaban á Gil Perez pudiesen ponerse en defensa, ya uno de ellos habia caído al suelo, y otros dos habian sido heridos.

Revolviéronse, echaron mano á las espadas, y se armó una de aquellas buenas riñas, que tan frecuentes eran en aquellos tiempos.

Quevedo tenia contra si cinco espadas, sin contar con Estebanillo por su pequeñez, aunque tambien arremetia.

Los criados de la silla de manos apretaron el paso asustados para salvar á su señora, que asustada tambien, los escitaba desde adentro.

Muy pronto la silla de manos hubo de detenerse.

Dos de los hombres que con Quevedo reñían, mandados por Gil Perez, se arrojaron sobre la silla de manos, y apaleando á los lacayos, los obligaron á abandonar la silla.

Y hubieranse apoderado de la condesa, si Quevedo y otro hombre que de improviso se habia puesto á su lado, arremetiendo con furia á la gente de Gil Perez, no se hubiesen llevado á este y á ella, incluso Estebanillo por delante, á estocada baja Quevedo, á tajo limpio el otro.

Los que huían arrastraron consigo á los otros dos que habian ahuyentado á los lacayos, y todos se alejaron, dejando de perseguirlos Quevedo y el que tan bravamente le habia ayudado, y que no era otro que el que tan largamente á Quevedo habia seguido, porque oyeron las voces que dentro de la silla daba la condesa de Santurces.

VIII.

—¡Ah, que estais ahí, señora! dijo Quevedo acercándose á la portezuela: huélgome de ello: emboscada nos tenia armada el conde-duque, pero no temais ya, que el enemigo huido se ha dejado dos atunes en la calle, y no le han quedado ganas de volver; pero tambien han huido vuestros criados y no era para menos, porque la tormenta de cuchilladas venia espesa; nosotros tenemos que huir tambien, no sea que nos encuentre por casualidad una ronda, y Dios quiera que algun vecino curioso no nos haya reconocido, por mí, que desgraciadamente soy más conocido que el no tener, que todos le conocen; y vámonos de aquí y llevémonos esta silla, que si en la calle la dejamos, por la silla podemos ser ensillados de mala manera para que se nos ponga de ginete un alcalde, y nos trate duro de espuela y freno.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! exclamó la condesa, ¡y qué compromiso, y yo que estoy haciendo falta allá!

—Allá iremos, señora, allá iremos, dijo Quevedo, cuando pase un tanto la tormenta; que los del conde-duque como el conde-duque son y es gente que ni debe ni teme más que al hierro, deben estar buscando por ahí gente con la que venir amparados; y si encuentran una ronda, por los fueros que les dá su amo, traeránsela: y no nos entretengamos más, no sea que por torpes nos perdamos.



...á estocada baja, Quevedo, á tajo limpio, el otro.

IX.

Entre tanto el hombre que habia seguido á Quevedo, y que le habia ayudado, permanecia inmóvil á alguna distancia.

—Pues convirtámonos en acémilas, dijo Quevedo á aquel hombre, si no es ya que os negais á ayudarme ahora como me habeis ayudado antes.

—Para servir á vuestra señoría estoy yo siempre dispuesto, contestó aquel hombre, y si yo solo pudiera, yo solo con la silla cargára; pero esto es imposible, y siento mucho que un hábito de Santiago se convierta en librea, y un caballero tal como vos, en ganapan.

—¿Conocéisme?

—Mucho, pero no es este tiempo de entretenernos en largas conversaciones en la calle; así es que cojamos la silla y suplico á esta señora, que pues la silla es de cuatro lacayos, es decir de las mayores, y nosotros no somos más que dos y habremos de llevarla con mucho trabajo, no haga imposible la conduccion entrando en ella.

—Ah, no, de ningun modo, dijo la condesa; pero vámonos de aquí, que tengo miedo.

—Sí, vámonos, contestó Quevedo pasándose sobre el hombro el correon de la parte posterior de la silla, y exclamando al asir las varas: ¡ah don Francisco, don Francisco, y á dónde os han traído los rigores de vuestros hados cicateros, y cuánto pesa este armatoste! descoyúntome, me desconozco; ¿quién me hubiera dicho tal, que en acémila habia de verme convertido?

—Dejad, don Francisco, dijo el otro colocado ya en su sitio, que aunque yo no tengo como vos tan claro nacimiento é ingenio, tampoco bajára á lacayo por mucho que me apretára la fortuna, y haced un esfuerzo y vamos, que ya me tarda el verme lejos de esos difuntos y perdido el rastro. A una, á dos, á tres.

Enderezóse Quevedo, y mohino, dado á los diablos y renegando de su fortuna, hizo un esfuerzo y la silla de manos se puso lentamente en movimiento.

Era demasiado pesada, como que cabian en ella dos personas y estaba fuertemente construida para resistir un gran peso.

Afortunadamente la casa de Quevedo estaba cerca, y obligados por la necesidad, llegaron á ella en poco tiempo Quevedo y el incógnito.

La condesa asustada los seguía.

—No falta ahora más, dijo suspirando al librarse de la carga Quevedo, sino que la silla no quepa por la puerta.

—Allá lo veremos, dijo el incógnito, y si no cabe haréla yo pedazos.

—Forzudo sois.

—Más de lo que pensais.

—Pues empezad á ser fuerte, nuevo Sanson, dijo Quevedo, que habia medido el ancho de la puerta, porque la silla no cabe.

—¿No? dijo el incógnito, pues allá vereis: llamad entre tanto.

Quevedo llegó, llamó, y el incógnito volcando la silla puso un pié sobre una de sus varas y agarróse con las dos manos á la otra.

Oyóse un crujido seco que creció en sonido hasta que al fin se oyó el ágrío romperse de la madera.

El varal se habia llevado consigo todo el larguero de un testero.

Una vez rota por una parte la silla, las demás roturas fueron más fáciles.

Las maderas al crugir hacian mucho ruido y crugian sin intermision.

Aquel hombre debia tener una fuerza hercúlea, que deshacia la silla: al crugir de las maderas se unia el rajarse de la tela del forro.

Marta habia abierto, y con una luz en la mano miraba con asombro aquello.

La condesa se habia metido en el interior.

Quevedo, que era hombre que no carecia tampoco de fuerzas, arrojaba dentro del huerto los pedazos de la silla á medida que el otro la deshacia.

Al fin la silla hecha pedazos estuvo dentro del huerto.

Quevedo se dirigió al incógnito que tenia puesto un antifaz.

—Entrad, le dijo, y conozcámonos.

—Concluid los asuntos que tengais con esa señora, dijo el incógnito entrando, y despues me oireis algunas palabras y hareis lo que os parezca.

—Concluido tengo con esa dama, se apresuró á decir Quevedo cerrada ya la puerta del huerto, y tan concluido como que no he empezado; que lo que con ella trato yo no es cosa que me concierne á mí sino á otras personas.

—Milagro que tan bien tratais á una muger hermosa.

—Respeté yo siempre lo respetable, dijo Quevedo entrando en la casa, y nunca puse lengua ó pluma sino en lo que merecia casti-

go: entrad, entrad ahí en la cocina, hidalgo, donde os pondrán una luz, y perdonad que no os reciba en lugar más decente, que no le tengo libre; y esperadme, que en cuanto pida licencia á esa dama para no asistirle por algunos momentos, soy con vos.

Y Quevedo se entró en su despacho al mismo tiempo que el incógnito, siguiendo á Marta, se entró en la cocina.

CAPITULO XXV.

Del buen conocimiento que hizo don Francisco de Quevedo.

I.

El hombre que habia entrado en la cocina, en la cual le habia dejado Marta, era alto, robusto, buen mozo y vestia á lo hidalgo con cierto lujo.

De su semblante no podia juzgarse porque le tenia cubierto con un cumplido antifaz.

Pero habia un no sé qué en su actitud, en su aspecto, que hacia presumir á un mismo tiempo á un hombre bravo y de buena cara.

II.

Quevedo se presentó á poco y miró profundamente al desconocido.

—¿Por qué ese antifaz? dijo: seais quien fuérais, impórtelos lo que os importe cubriros el *bultus facie*, ¿creeis que yo tengo cara de alguacil?

—Teneis razon, don Francisco; ha sido una distraccion, pero lo mismo sacareis con que me quite el antifaz, porque no me conocéis.

Y se lo quitó.

—Eso es, dijo Quevedo; siempre conviene el ver á las gentes

la cara, porque si no se conoce el nombre, se conoce la persona, y el nombre importa poco: parecéisme un buen hombre.

—No lo cree así la Santa Hermandad, que si me coje me ahorca.

—Por vuestros méritos sin duda; pero os confieso que los méritos de horca no los llevais en la cara: fiome de vos, y es decir mucho, decir Quevedo que se fia de un hombre.

—Y podeis fiaros, que tengo el alma hidalga, y solo mis desventuras han podido traerme al punto en que me veo: yo me llamo Pablo el Renegado.

—Mal apodo teneis, pero no le he oido hasta ahora; no ando yo por el mundo en que os conocen, porque vos debeis ser muy conocido.

—Conóceme la gente brava, y me conoce sobre todo la gente de justicia; pero si no me conoceis, conoceis mucho á la persona á quien yo he dejado mi puesto, porque vale más que yo.

—¿Y qué puesto es el vuestro?

—Capitan de bandoleros.

—Muy señor mio, y agradézcoos la confianza, dijo Quevedo; para tratarme con bandoleros nací yo; solo que los bandoleros con quienes me he tratado hasta ahora, todos tienen señoria y excelencia, y no se inquietan ni se desvelan por el temor de la horca, y en vez de perseguirlos los cuadrilleros los reverencian; y vive Dios que á mí me agrada mucho más el bandolero que se arroja al peligro sin medirlo y se espone á morir miserablemente y deshonorado, que el otro ilustre bandolero hipócrita, que hiere á mansalva, no en las trochas ni en los caminos, sino en las cámaras de los poderosos, y causa más daño que una tempestad, sin que ellos paguen ni en la mínima parte la costa: y estos tales merecen ser quemados. ¿Y quién es esa persona á quien habeis dejado vuestro puesto, y á quien decís que conozco yo mucho?

—Un gran caballero.

—Que se ha convertido en bandolero.

—Por su desventura.

—¿Y cómo se llama ese desventurado?

—Compañero vuestro es de hábito.

—Pero su nombre.

—Don Alonso de Fuensalida.

—¡Ah! ¡cuerpo de mi abuela pecadora! exclamó Quevedo: ¿y á tal ha llegado ese pobre de don Alonso que bandolero es?

—Achacáronle la muerte de un señor muy poderoso de Córdoba, con cuya hija habia tenido amores: de tal manera sucedieron las cosas, que don Alonso, viendo que no podía probar su inocencia, huyó con un criado, y á ella, á la dama causadora de la desdicha, metiéronla en un convento, y ya ha profesado.

—Ved aquí por donde esa ha encontrado el camino del cielo: pero continuad.

—Habíame yo entonces dilatado hácia los montes de Toledo y entrada de las Andalucías con mis gentes, porque acá en Guadarrama habian cargado mucho sobre mí los cuadrilleros, cuando una mañana, en una senda, en las asperezas del Viso, nos encontramos con don Alonso y con su criado, llevando cada cual de la mano un muy buen caballo. La apostura y lo noble del vestido de don Alonso, y la buena librea de su criado, me indicaron que habíamos tropezado con un hombre principal que debia llevar bien provista de oro la maleta: ¿y á qué estábamos? Saludé cortesmente á don Alonso, porque yo soy bien criado y no excusó nunca la cortesía, y le mandé me entregase el haber que trajese consigo; á lo que don Alonso me contestó: que él estaba dispuesto á dar lo que graciosamente se le pedia, pero no daba más que las entrañas al que le pedia con visos de fuero, y que para esto era necesario se las arrancasen; y como dijese estas palabras reposadamente, sin jactancia de bravo, y sin apresuramiento de cobarde, que se hace hombre con miedo por ver si escapa, agradéme de él, y le dije: que podia seguir en buen hora su camino, y que yo me contentaba con que me diese una pequeña prenda suya, aunque no fuese más que un lienzo de narices para memoria.

Agradé yo á don Alonso como don Alonso me agradó á mí, convidéle á almorzar, aceptó el convite, y sentados al par sobre la fresca yerba bajo unos copudos y humbrosos árboles, en tanto que almorzábamos contóme la tragedia de sus desdichas: díjome cómo andaba huido, más por temor de perder su honra que su vida, y para ganar tiempo por ver si un día se deshacia el misterio de quién fué el que hizo aquella muerte, y entretanto, aunque era rico veíase reducido á pobre, porque no se fiaba de sus administradores para decirles donde se encontraba, y que en cuanto gastase quinientos doblones que en la maleta llevaba, no sabia qué hacer ni en qué entretenerse para entretener la vida.

Contéle yo entonces la hilacion de las desdichas no comunes que á bandolero me habian traído; cómo habiendo sido cautivado

por piratas tunecinos en el mar Mediterráneo, estuve en Túnez tres años hasta que me rescataron los padres de la Redencion; y cómo al volver á mi tierra me encontré casada á la mujer á quien queria más que á mi alma, por tiranía de sus padres; y cómo maté al marido y me hui con ella al moro, donde ya me conocian, y donde no habiendo renegado antes para dejar de ser cautivo, renegué desesperado, con otra multitud de extraordinarios sucesos que en Túnez me acontecieron, y que son de largo relato que ahora no viene á cuento; y que habiendo tenido que huir del moro por haber matado á uno muy principal con algunos bravos españoles cautivos que liberté por industria, y en un cárabo de un pirata que sorprendí por mi ingenio, me vine con mis compañeros á España; y habiendo desembarcado una noche oscura en Salobreña, y abandonado la nave, con mis compañeros que quisieron seguirme, emprendí esta vida de bandolero que todavía traigo, viviendo primero en Andalucía y pasándome luego á Castilla. Díjele cómo yo no insultaba ni maltrataba á los viajeros, ni permitia que se deshonrase á las mujeres, satisfaciéndome con tomar lo que necesitaba y algo más por si no volvía á presentarse ocasion, y no dejando nunca á los viajeros completamente desposeidos y desamparados.

—Pues digoos que os pareceis mucho á aquel bandido Roque que el buen Miguel de Cervantes introduce en la segunda parte de su DON QUIJOTE.

—No lo inventó Cervantes, dijo el Renegado, sino que le conocí, como ya viejo le he conocido yo tambien. Pero volviendo al propósito de don Alonso, os digo, que despues de que escuchó mi historia, se quedó tan pensativo, que en algun tiempo no dijo palabra; y por último, arrojando de lo más profundo de su alma un grande suspiro, me dijo si queria admitirle entre mi gente, á lo que yo le respondí, que sí le admitia: y de allí á poco tiempo, como yo viesse que en prudencia, en ingenio y en valor me aventajase, y que mi gente inclinada á él por lo que en él veia, de mí murmuraba, juntélos á todos, y les dije, cómo viendo yo lo aventajado que era sobre mí Andrés del Páramo (que este nombre habia tomado don Alonso al convertirse de caballero en bandido), les proponia le hiciésemos nuestro capitan, quedándome yo por teniente, para suplirle cuando él por acaso faltare.

Aclamóle, dicho esto, por capitan la gente, gané yo más con lo que hice que si en abierta oposicion y enemiga con don Alonso me pusiese, y así se han pasado tres años: vueltos á Guadarrama, sin

suceso particular que de relatar sea, hasta que habiendo encontrado un día con su padre en el camino una hermosísima jóven en memoria de ella don Alonso, olvidado ya de aquella causadora de sus desdichas, empezó á hacer escapadas á Madrid, en una de las cuales, y anoche, muerto desgraciadamente don Mendo de Salvatierra, padre de doña Esperanza, que así se llama la señora del alma de don Alonso, y siguiéndole este cuando de su casa huía, dió con un hombre que le mal hirió de tal modo, que sobreviniendo la justicia le prendió sin que valerse pudiera. Bien es verdad que esta misma noche le hemos salvado, y parte de mi gente le ha llevado no sabemos si para que viva ó muera, que tan mal herido está, á un caserío, y yo, ansioso de venganza por don Alonso, me he venido á buscaros y os he seguido, y os hablo al fin.

III.

Quedóse mirando profundamente Quevedo al salteador, y le dijo despues de algunos momentos de silencio:

—Fatígame y desesperóme cuando quiero buscar la causa de algo y no atino con ella, porque en verdad, no encuentro por qué vos habeis de buscarme cuando se trata de la venganza de vuestro capitan.

—No quiero vengarme yo de quien le ha herido, que, segun me ha contado Juan García, mayordomo de don Alonso, aventura fué aquella de las que se vienen encima, y hacen que dos hombres sin conocerse se maten; pero quiero sí vengarme de quien ha sido la causa de la muerte de don Mendo, y de lo demás que ha acontecido.

—¿Y quién ha sido la causa?

—El conde-duque.

—Está de Dios que me encuentre yo con el conde-duque hasta en la escalera de la horca; ¡válgame Dios y qué conde-duque de mis culpas, y qué desesperado y qué mal avenido me tiene con mi suertel pero contad.

—El cuento se reduce á pocas palabras: conoció el duque en palacio á doña Esperanza, acompañando á su padre que solicitaba no sé qué intereses: enamoróse y procuró que doña Esperanza lo supiese. Desahució esta al conde-duque, que esperando le diese la codicia lo que no le daba el amor, ofreció montes de oro, lo que indignando á doña Esperanza, hizo que esta desesperase de todo punto al conde-duque; y como este señor priva grandemente con el rey, y por su

privanza se atreve á todo, determinó que algunos hombres, contando con un esclavo de don Mendo, penetrasen en su casa para robar á doña Esperanza; y habiendo penetrado en ocasion en que don Alonso estaba dentro de la casa, emprendió este á cuchilladas con ellos, llegó el ruido á don Mendo, alborotóse, acudió, quiso matar á su hija, huyó esta, púsosele delante don Alonso con la sana intencion de hablarle, de detenerle, de explicarle; pero habiéndole acometido fieramente don Mendo, equivocándose Juan García que guardaba las espaldas á su amo en la calle, mató de una estocada á don Mendo, por lo cual huyeron amo y criado, encontrándose bajo el cobertizo de Santa Maria con un hidalgo que tenia en sus brazos á doña Esperanza desmayada. Trabáronse, y con tal espada dió don Alonso, que á pesar de que le ayudaba Juan García, que es muy bravo, don Alonso fué herido, y el otro se vió obligado á huir para no tener la misma suerte. Supe yo esto, acordéme de que muchas veces don Alonso me habia dicho que érais grandes amigos, y mientras Juan García y mi gente salvaba á don Alonso, yo me vine á buscaros, y os he seguido desde esta tarde que fuisteis á ver en su prision á ese caballero que en tan mal punto ha puesto á don Alonso.

—Cuento de cuentos, dijo Quevedo; ¿y en qué puedo yo, si os parece, serviros ni servir á don Alonso contra el conde-duque, que me trae aperreado?

—Hombre sois de valia, por lo mucho que valeis en la corte, y bien sé yo que con el respeto y aún con el miedo que se os tiene, y dándoos dinero cuanto fuere menester, no para vos, que os conozco bien, sino para que unteis los ejes del carro de la justicia, podeis hacer de manera que se saque en claro que no fué don Alonso quien mató al marqués de Velarte, primera causa de sus desdichas; que no fué él tampoco quien mató á don Mendo de Salvatierra, y que se le indulte por lo de salteador, puesto que solo sus desdichas y su desamparo le han obligado á serlo; y sobre todo, quiero que me ayudeis á encontrar á la hija de don Mendo, que bien sé yo cuánto la ama don Alonso y cuánto podrá ser cuando vuelva en sí de la fiebre que le causa su herida, le estorbe para sanar el cuidado de doña Esperanza.

—Lio y más lio, maraña y más maraña, dijo Quevedo; pero sepamos: ¿podré yo contar con vos contra el conde-duque en lo que hubiere menester?

—No soy mio esta noche, ni sé cuándo podré cobrarme; porque los enredos me oprimen, me estrechan y no me dejan resollar.

Carga se ha venido sobre mí más pesada que la de aquella maldita silla de manos, y tal estoy que tengo que afirmar bien los piés para no resbalarme; pero esperad: forzosamente he de ir con esa dama á palacio: en palacio hace falta esta, y no la hago yo ménos; pero sitiados estamos por el miedo, y bueno será hacer un reconocimiento á fin de saber si podemos escurrirnos por la sombra sin temor de ser cogidos: hacedme pues, la merced de salir; la aventura de los atunes ha sido en la calle de Francos; asomaos á la esquina á ver lo que pasa, y dad luego la vuelta por la de Cantarranas á ver si está libre.

IV.

Levantóse el Renegado, salió, siguiéndole Quevedo, abrió este la puerta y el Renegado se puso en la calle.

Adelantó apercebido á todo hácia la calle de Francos, llegó á la esquina, asomó la cabeza y miró.

La calle estaba envuelta en un profundo silencio y en una lóbrega oscuridad.

Adelantó el bandido, y con los piés más que con la vista, se cercioró de que todavía estaban allí los dos difuntos.

Aventuróse por la calle en vista de su quietud, llegó á la del Leon, y vió que estaba tambien silenciosa y oscura por arriba y por abajo.

Entróse por ella en direccion á la de Cantarranas, y cuando llegó, la encontró sumida en el mismo silencio y en la misma oscuridad que las otras.

La siguió, llegó á la del Niño, y habiendo dado completamente la vuelta á la manzana, tocó á la puerta de la casa de Quevedo.

Abrióse esta, y Quevedo preguntó:

—¿Qué noticias?

—Ni una mosca se mueve en el barrio; los muertos están tomando tranquilamente el fresco.

—Pues escape mos: esperad aquí.

V.

A poco volvió Quevedo trayendo consigo á la condesa, que temblaba de miedo.

Salieron, cerraron, recorrieron la calle del Niño, tiraron por la

derecha la calle de Cantarranas abajo, torcieron por la de San Agustín, y ganaron la Carrera de San Gerónimo.

Allí se detuvo Quevedo con la condesa.

El Renegado que los seguía á alguna distancia, se llegó á ellos.

—¿Habeis notado si nos siguen? dijo Quevedo; que bien pudiera ser que amparados por la oscuridad tuviéramos hombres en acecho.

—Nadie nos sigue, dijo el Renegado.

—Pues bien, contestó Quevedo: ganemos la calle de Cedaceros y la de Alealá, y por la del Arenal démos con nosotros en palacio.

Media hora despues, Quevedo llamaba á un postigo del alcázar.

Preguntaron desde adentro, dió la condesa una seña, el postigo se abrió, y Quevedo dijo al Renegado:

—Esperadme, que yo no he de pasar dentro toda la noche.

Tras esto, entraron la condesa y Quevedo, el postigo se cerró, y el Renegado se sentó en su dintel, murmurando:

—Es mucho hombre este don Francisco; creo que con él tenemos todo lo que necesitamos.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que le pasó en el alcázar á don Francisco de Quevedo.

I.

Encontróse don Francisco siguiendo á la condesa de Santurces casi en las tinieblas; tan mal alumbrado estaba el alcázar.

De trecho en trecho, y largos estos, habia algun farol agonizante.

El patio, aunque todavía no se habia cerrado la puerta principal, porque aun no eran las diez, estaba completamente solitario.

La condesa le atravesó de ángulo á ángulo, se metió seguida de Quevedo por un corredor oscuro, y á su fin encontró una puerta cerrada que abrió con una llave, diciendo á Quevedo:

—Pasad, esperad ahí, no os impacientéis.

II.

Quevedo entró y se encontró en un patinillo triangular, á lo que podia ver, á la néutra luz de la noche.

La condesa cerró.

—Héme aqui en una ratonera, dijo Quevedo, ¿si me habrán tendido un lazo? Bah, no puede ser: ¿para qué tantos rodeos?

Y Quevedo, rebozándose cuanto pudo en su capilla, se dió á esperar con más paciencia que la que realmente tenia.

III.

Entretanto, la condesa, por una escalera escusada que daba á la misma crujía oscura en cuyo fondo estaba el patinillo, se aventuró á oscuras tambien, y á los treinta peldaños se encontró en una galería opaca, recorrida la cual, dió en otra más ancha y mejor iluminada, á cuyos costados se veian puertas.

Sobre una de aquellas puertas se leia:

«Dueña mayor de su magestad la reina.»

La condesa abrió la mrmpara de aquella puerta, penetró en un recibimiento, despues en una estensa cámara; y por último en una recámara.

En ella, sentada junto á la chimenea con gran toca y gran camándula, habia una señora como de cincuenta años que aun conservaba notables restos de hermosura.

—Guárdeos Dios, mi señora doña Mariana, dijo la condesa dirigiéndose á aquella señora.

—¡Ah! Dios os guarde, contestó aquella levantándose; gracias á Dios que habeis venido: la señora estaba y está con mucho cuidado.

Esta señora era la reina.

—Ay, Dios mio, doña Mariana, dijo la condesa: me han pasado esta noche no sé cuantos trabajos, hasta cuchilladas.

—¡Cómo! ¡Qué! exclamó la dueña mayor, ¿cuchilladas os han dado, señora? pues no se os conoce.

—Yo no digo que me hayan dado cuchilladas, lo que digo es que nos hemos visto perseguidos por gentes del conde-duque, con los cuales se han dado de cuchilladas don Francisco de Quevedo y otro hombre que con don Francisco iba. Han resultado muertos, señora.

—¡Dios mio! exclamó la dueña mayor: esta es la fin del mundo, no suceden más que desgracias: ¿conque os perseguia el conde-duque?

—Sí señora, sí, el conde-duque no descansa, no reposa, atiende á todo, todo lo sabe.

—¡Oh! es necesario dar al traste con ese hombre.

—Quisiéralo Dios; ¿pues no sabeis que me ha preso á mi sobriño, á aquel loco que no quiso ser eclesiástico, achacándole una muerte que no ha cometido?

—Ese hombre hará cualquier cosa. Dos muertos, señor, dos muertos, y habrá habido escándalo.

—No señora, ninguno, porque la calle estaba solitaria como un desierto; y si hubiérais visto á don Francisco de Quevedo convertido en lacayo.

—¡Qué decís! ¿cómo puede ser eso?

—Mis criados que conducían mi silla, asustados con la pendencia, dieron á correr y fué necesario ocultar la silla para que la justicia cuando encontrase los muertos, no encontrase tambien la silla, y por el hilo diera con el ovillo. Don Francisco y el otro que le acompañaba cargaron con ella, la rompieron en la calle y á pedazos la metieron casa de don Francisco.

—Lo que quiere decir que os han hecho un perjuicio, porque la silla siendo vuestra debía valer mucho.

—Poco me importa, dijo la condesa, lo único que me aflige es el cansancio, porque he venido á pié por falta de silla desde la calle del Niño, y me he cansado, sí por Dios, me he cansado: decid, sin embargo, á su magestad que estoy aquí.

IV.

La dueña mayor se levantó y salió por una puerta inmediata.

A poco volvió y dijo á la condesa:

—Pasad, su magestad os espera.

—Hasta luego, señora, dijo la condesa de Santurces.

Y salió por la misma puerta por donde habia salido antes la dueña mayor.

Tras la puerta habia un pasadizo, alfombrado y entapizadas las paredes, alumbrado medianamente por un farol.

Al fin de aquel callejon habia una puerta que la condesa abrió, entrando en una gran cámara.

V.

En aquella cámara habia una dama de veinte y dos años, blanca, rubia, hermosa y vestida con gran lujo, aunque seriamente, con un traje de brocatel de color oscuro.

Aquella muger era la reina doña Isabel de Borbon.

VI.

—Y bien, dijo con ansiedad levantando la vista de un libro en que leía, cuánto habeis tardado, cuánto he sufrido.

—No ha estado en mi mano evitarlo, señora: han pasado por mí una multitud de percances, ha habido hombres muertos.

—¡Oh, qué decís! exclamó la reina.

—Sí, si señora, hombres muertos, hombres del conde-duque.

—Siempre ese hombre, exclamó la reina; ¿pero cómo ha sucedido eso? ¿habrá habido escándalo, se habrá echado encima la justicia?

—Nada de eso ha acontecido, por fortuna era ya tarde y nadie pasaba por la calle.

—¿Y no puede esto traer trascendencia?

—Ninguna, porque nadie me ha conocido.

—¿Y habeis traído á don Francisco?

—Ahí está, en el pasadizo.

—Esperando sin duda, impacientándose: ¿cuánto tiempo hace que le teneis ahí?

—Lo menos un cuarto de hora.

—Pues bajemos, no le hagamos esperar más.

La reina abrió una puertecilla de servicio, se encontró unas escaleras y bajó por ellas.

Detrás iba la condesa de Santurces con una bugía de cera en una palmatoria de plata, en la mano.

Al llegar al fin de la escalera, la reina dijo á la condesa:

—Esperad aquí.

Y adelantó.

La condesa se sentó en el último peldaño de la escalera.

VII.

La reina adelantó por una sala baja, dirigiéndose en derechura á una reja cuyas maderas abrió.

—¿Estais ahí, caballero? dijo con acento trémulo, en que se notaba una gran contrariedad.

—Aquí estoy, señora mia, dijo Quevedo; pero no conozco la voz.

—¿Que no conoceis mi voz, caballero? dijo la reina: es verdad,

no me habeis hablado nunca; desde que yo estoy en la corte, vos habeis estado siempre fuera de ella ó preso.

—Esa es mi vida, ó más bien mi muerte, dijo Quevedo; andar aperreado ó estar en conserva; pero no sabia yo que hubiese damas francesas en la corte.

—¿Y en qué conoceis que yo soy francesa? dicenme todos que yo hablo con mucha pureza el castellano.

—¡Ah! perdoneme vuestra magestad si no la he conocido antes.

—¿Y por qué habeis conocido que yo soy la reina? dijo notablemente turbada doña Isabel.

—En la adulacion que se vé en los que dicen que vuestra magestad habla el castellano como si hubiera nacido en estos reinos.

—¿Qué, no lo hablo bien?

—Trasciende vuestra magestad á francesa.

En efecto, el acento de la reina era marcadamente francés.

—¿Y por qué dicen todos que yo...

La reina se detuvo.

—A los reyes nadie les dice la verdad.

—Os equivocais, caballero, porque me la estais diciendo vos.

—Siempre la dije: caséme con ella en cuanto tuve uso de razon, y no me divorcio.

—He oido hablar mucho de vos.

—Pues habrá oido vuestra magestad muchas cosas malas.

—¿Y por qué?

—Porque de mí no se dice nada bueno.

—Señal de que teneis envidiosos.

—No señora, no, tengo tontos.

—No os comprendo.

—Pues fácil es de comprender: para envidiar al que rabia y no vive sino que agoniza y anda de ceca en meca corrido ó preso, es necesario ser tonto y con ganas; que trocárame yo y aun diera los dineros que pidiesen, si los tuviera, por trocarme en pobre pelon cuyo nombre no sabe nadie, y que vive en paz, ni envidioso, ni envidiado.

—Mucho vale aquel á quien mucho envidian.

—Quisiera yo valer mucho ménos, porque el tal valor se paga más de lo que vale; y tal nos pone la calumnia, que es necesario tener concha de tortuga para no resentirse con el incesante golpe: perdono el homenaje que hacen á ciegas los tontos al que vale más que ellos, acometiéndole insensatos para echarle por tierra: si yo

fuera soberbio, me inflaría; pero temo á las hinchazones, porque se resuelven en malos humores. Cansado estoy, en fin, de vivir y de la soledad en que me tienen, que á mí todos me huyen temerosos sin duda de acercarse á mí, porque creyéndome un gigante no quieren que se mida por los otros la diferencia, y á ellos los encuentren pequeños: ¡misericordia humana! ¡pequeñez del espíritu! *vanitas vanitatum!* tiña del entendimiento, que hace asqueroso al vulgo.

—La verdad es que os temen.

—Porque muerdo y pincho y rajo y digo la verdad desnuda, y todos se espantan de verla; porque la verdad, señora, es un esqueleto repugnante sobre el que se pasean los gusanos; porque espejo es la verdad, que el más hermoso, cuando á él se mira, se encuentra feo, y nadie quiere ver sus propias deformidades: por eso Dios no nos ha puesto los ojos en las manos, para que no podamos vernos la cara, y ha echado un velo sobre la inteligencia de los más, para que ciegos y necios se dejen desollar, estrujar y chupar por lo menos: humanidad loca, ejército de tontos llevados á la muerte por pícaros: peste y lepra; y perdonad, señora, que aunque nací en palacio no soy palaciego, y como estoy acostumbrado á vivir solo y á no hablar con nadie, sino es con Dios, que está con todo el mundo, y que es padre de la verdad y no se espanta de ella, á decir sin envolturas lo que pienso acostumbréme, y aunque esta costumbre me ha hecho sufrir muchas desdichas, especialmente la de pobreza, no he podido perderla ni quiero.

—Decis bien y haceis bien, dijo la reina; y si todos fueran como vos, no andaria el mundo como anda.

—Tal vez andaria peor que ahora; porque si todos los vivos fueran como Quevedo, moriríamos todos de hambre y no habria medio de gobernarnos ni de tenernos en paz. Dios en sus altos juicios hizo al tonto para que pudiera haber repúblicas, porque si no hubiera pobres, ni vasallos, ni tontos hubiera, en vez de un rey, que no le habria, habria tantos reyes como hombres, que no se podrían sufrir los unos á los otros, y andarian siempre al mordisco, teniendo al mundo más alterado que lo está, y hecho morondanga de negros: bien están las cosas como Dios ha querido que sean, que Dios no se equivoca ni nadie le enmienda la cartilla.

—Pues dígoos, que cosas suceden harto dolorosas, dijo la reina suspirando.

—Dios lo quiere.

—¡Blasfemais!

—Distingo: Dios quiere la variedad en la unidad: Dios hace que en un jardín muy cuidado, la planta lozana viva á costa de la enfermedad de su planta vecina: no hay cosa que más compasion me cause que un árbol seco entre árboles pomposos é insolentes; que una pobre flor marchita en la punta de una rama seca, mientras que en otra rama del mismo tronco, sus compañeras se ufanan con su frescura, su fragancia y su lozanía.

—¡Ah! me habeis lastimado el corazón, don Francisco, porque yo soy uno de esos árboles secos en medio de árboles viciosos, que elevan insolentes su follage.

—¿Y qué hace el rey, mi señor, que no corta esos insolentes árboles para que su árbol querido prevalezca?

—El rey es otro árbol seco.

—No lo cree así su magestad.

—Su magestad está ciego.

—Dios le ilumine.

—¿Y por qué, vos, que estais alentado de espíritu tan valiente, no arrancais de los ojos del rey la venda que le han puesto los traidores?

—Cánsome: Marte he sido en lo belicoso: he embestido con mi sombra; pero siempre que he embestido me he roto las narices: tanto he peleado y tan vencido he salido de cada pelea, menos de las materiales en que en vez de ingenio he usado espada, que ya el pelear me dá susto, y tan entregado estoy, que un niño puede mofarse de mí sin peligro. Grandes cosas he hecho en este mundo; pero aunque las hice, nunca salí sin descalabro, que más puede el traidor y el bajo, que el leal y el digno, y más se adelanta en la sombra arrastrándose como los reptiles, que volando hácia el sol como el águila y mirándole frente á frente; que al águila la hiere el rayo que no alcanza al reptil en las profundidades por donde se escurre, y reptil es el adulador y el mañero que se apodera de los reyes, deslizándose suavemente desde sus piés hasta su corazón, en que hince el diente venenoso; y águila el que se atreve á mirar al rey frente á frente y decirle la verdad sin disfraces, y ved aquí cómo puede ser que el que vale no valga y caiga, y que valga el que no vale y se levante soberbio; pero quisolo así la voluntad suprema, y contra ella no hay poder en lo humano, ni más que resignacion y paciencia.

—¿Tan sin alma os encontrais, don Francisco?

—Hánmela arrancado á pedazos, y ya me veo en grande apuro cuando quiero encontrar una mínima parte de ella.

—¿Y si yo os dijese que vuestra reina vé su esperanza en vos?

—Yo diria con gran sentimiento á la reina, mi señora, que era tan pobre como su esperanza.

—¿Si habeis perdido el amor para vos mismo, no le encontrareis para defender á una dama?

—Valor tengo, y tanto, que me rebosa por todas partes; pero faltanme fuerzas, y valor sin fuerzas es como alma sin cuerpo, que va donde el aire la lleva: juntádonos hemos dos tristes, de aquí no pueden salir más que compunciones y lágrimas: vos débil, yo viejo; tan mudado de lo que fui, que ni al espejo me reconozco; tan amilánado y tan pobre, que á mí mismo me apesto, y de tal manera, que á veces dóime á correr pretendiendo huir de mí mismo y de mí propio despegarme: ¡ah! señora, señora, y en qué ocasion sois venida á mí, ó yo soy venido á vos.

—Sé que os temen; sé que el rey os estima en mucho.

—Pues esta mañana le hablé, y Dios maldiga la estimacion que le conocí. Y sin embargo, el rey decia: Gran hombre es Quevedo: me ha hablado un corto espacio y me ha dejado asombro para un año.—Menos asombro quisiera yo y más convencimiento: relucir ménos y herir más; que mejor quiero ser yo buena espada mohosa de Toledo, que hoja acicalada, pero cicatera y blanda, que al dar en hueso se dobla y de allí no pasa. ¡Asombro! asombrárame yo de sacar nada en limpio de un rey; que de dos que he conocido, no encuentro materia ni para medio, y perdonad que así os hable, señora, puesto que ya sabeis que boca de verdades es mi boca, y tan mal me han tratado haciéndose instrumento de sus favoritos el señor rey don Felipe III y el señor rey don Felipe IV, que si en poco los tengo, es por lo poco que me han valido, y que por lo poco que, no valiéndome á mí, han valido á sus reinos; porque yo no les he hablado nunca sino con la voz severa de la necesidad y de la justicia. *Vox clamantis in deserto* que dice la Escritura.

—Afligídomé habeis, llevado habeis al colmo mi desventura, porque negándoos á mí, habeis matado mi esperanza.

—No mato, es que há ya tiempo que soy difunto: sin embargo, veremos. ¿Queréisme vos ayudar?

—¡Oh, sí! con todas mis fuerzas, con toda mi voluntad.

—¿Os ama el rey?

—¡Ay! ¡no!

—Sois difunta; que la mujer para con el hombre no tiene más fuerzas que el amor que el hombre la tiene; pero veamos: ¿aquejais

vos á su magestad? ved que en confesion hablamos, y que como el confesionario tiene una regilla, hay entre los dos una reja: las tinieblas nos cercan, y hay ciertas cosas que se hablan mejor á oscuras, que con luz: ¿tiene el rey fundadas quejas de vuestra magestad?

—¡Ah! ¡no, no, don Francisco!

—Os creo, porque os ha dolido la pregunta; sin embargo, dicen que si Olivares es valido del rey, Villamediana es valido de la reina.

—Hay cosas á que no se contesta, don Francisco, y que no se sufren á nadie más que á vos que teneis licencia para decirlo todo.

—Pues la verdad que tal vez seria más provechosa... me callo.

—Hablad, hablad, yo os lo suplico.

—Me lo ordenais, señora.

—¡Ah no! yo no puedo ordenar á un hombre tal como vos.

—Ved no me infleis y me hagais dar por primera vez en el feo y necio pecado de la vanidad.

—¿Y de qué habeis de envaneceros si lo teneis todo?

—Menos salud y fortuna, y lugar digno de mí, en el que no se respiren los átomos pútridos del lodo en que se meten hasta los tobillos mis piés deformes.

—Hablais de resignacion y estais desesperado.

—Hablo de la resignacion como hablan del dinero los mendigos, con ánsia de tenerla, que si yo me resignára no sufriera y no agonizára, y no me diera á los diablos: pues vagueando andamos, el tiempo perdemos; vengamos á lo que importa: ¿quereis combatir á mi lado?

—Combatamos.

—Pero si hemos de combatir juntos, respetadme como á general y haced lo que yo os mandare.

—Lo haré.

—Decidme: ¿os amaba el rey en los principios de vuestro matrimonio?

—¡Oh, sí! estaba loco, y era muy feliz; pero Olivares...

—¡Siempre Olivares!

—Olivares buscó al rey otra felicidad más nueva.

—Eso es; ¡el infame! ¡el maldecido! ¡el indigno!

—Por indignos escalones ha subido á grande alteza, y comiéndose poco á poco al rey y al reino, ha llegado á tal punto, que debia decirse don Gaspar I por la gracia de Dios etc.: ¿y vos qué hicisteis cuando el rey fué feliz por cuenta de Olivares?

—Perseguí á la felicidad del rey, del príncipe, porque entonces

aun era rey mi buen padre Felipe III, que ayudó mucho á su hijo.

—Es cierto, la ayudó á que el marido la tomase ojeriza, porque su esposa se le habia convertido en un inconveniente, y mal aconsejada, sigue siendo el inconveniente hoy; haceis mal, muy mal: el que acomete se hace odioso.

—Me he sometido, he llorado, he suplicado.

—Habeis cambiado de improviso, de soberbia habeis pasado á rendida, habeis encontrado debilidad, os habeis humillado; el que se humilla se envilece, y el que se envilece se hace despreciable.

—¡Dios mio!

—Decid, señora; sois hermosa; el rey sediento de hermosura, de tiempo en tiempo se volverá á vos enamorado.

—¡Ah, sí! pero su amor no me engaña ya; pasa como un relámpago.

—Cuando ese amor vuelva, cerradle la puerta; enviadle á paseo; no seais débil, convertíos para el rey en una dificultad tenaz, y el rey empezará por respetaros; seguirá por empeñarse; acabará por irritarse: luchad, luchad, combatid frente á frente con el conde-duque, pero sin que nadie, ni él mismo pueda comprender que luchais con él, y si así lo haceis, veremos.

—Os obedeceré, don Francisco; no es la reina la que habla con vos, sino la esposa abandonada, la amante desesperada.

—¡La amante! vuelvo á repetiros que estais hablando como en confesion. ¿Qué hay de Villamediana?

—¡Oh! callad, callad, don Francisco; que á no ser por la oscuridad, no necesitaria responderos mi lengua; ya habríais encontrado respuesta en la vergüenza que vuestra pregunta ha hecho salir á mi semblante.

—Temo que para atraeros al rey hayais pretendido darle celos.

—¡Y qué mujer honesta, qué dama digna de respeto, recurre á ese vergonzoso medio, ni qué marido honrado ni caballero dejaria de castigarla á muerte!

—¡Ah! perdonad; luego mienten: lo creen todo: Olivares y siempre Olivares: y ese necio de Villamediana que se jacta, que va á todas partes donde vais vos, que no desmiente á estocadas esa calumnia, que sirve sin saberlo por vanidad los malvados proyectos del conde-duque y de su bando de aduladores estúpidos: ¡ah! ¡pobre reina! me dais lástima; por vos lloro; á vos me consagro; veremos si otra vez me rompo, al embestir, las narices; pero sed paciente y

fuerte; esperad, y sobre todo, haced lo que os he aconsejado: usad bien de la última fuerza que os queda; apretad á vuestro ingenio de mujer para encontrar un medio, á fin de que el rey se empeñe por vos, y concluyamos: no es prudente esteis mucho tiempo fuera de vuestra cámara.

—Teneis razon: adios; no será esta la última vez que nos veamos.

—Beso las reales manos de vuestra magestad. ¡Ah! suplico á vuestra magestad no se olvide de encargar á la buena condesa de Santurces me eche de este encierro en que me ha metido.

—¡Ah, no! descuidad. Adios.

VIII.

Se cerraron las maderas de la reja, y Quevedo se quedó murmurando:

—¡Y hay quien envidie estas grandezas! ¡hay quien cree que un rey es feliz! ¡cuántas mujeres dichosas envidiarán á esta real desventurada! pero señor, señor; la traicion crece, y es cada dia más valiente; ya se atreve á meterse hasta las entrañas de la familia real; ya juega con el honor del rey; ya no la detiene nada; pues bien, me alegro; la ambicion enloquece, y Dios permite que enloquezcan aquellos á quienes quiere perder; bien, bien, señor conde-duque, la batalla será larga, reñida, con varias alternativas; pero ya no estoy solo; ¡la reina!... ¡ah! yo me haré, no una espada sino un hacha con la que os partiré el cráneo, de esa pobre reina á quien vos despreciais, á quien vos deshonorais: nos veremos, conde-duque, nos veremos; y bien puede ser que como tuve el gusto de ver degollado á don Rodrigo Calderon, le tenga de veros degollar á vos.

IX.

A este punto se abrió la puerta del patinillo, y la condesa de Santurces dijo con voz contenida:

—Salid, don Francisco, salid.

—Ya me avisó la llave; allá voy: ¿y vos os quedais?

—Sí, tengo miedo de volver á ponerme sin buena escolta en la calle.

—Pues adios, y hasta la vista; tengo que hablaros mucho acerca de vuestro sobrino; adios.

Y separándose de la condesa, salió al patio, le atravesó, tomó por la puerta principal que aun estaba abierta, y dando la vuelta llegó al postigo del alcázar, donde estaba esperando aún Pablo el Renegado.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo las noches oscuras protegen á los pícaros, y de cómo la falta de una cuerda puede poner á un hombre en peligro de ser ahorcado.

I.

Quevedo habia creído que su conversacion con la reina no habia sido oida por nadie.

¿Y cómo creerlo? el patinillo á que correspondia la reja, por la cual la reina y Quevedo habian hablado, era profundo y estrecho.

Una especie de perforacion hecha de alto abajo, para que tuviesen luz, aunque escasa, algunas habitaciones, que de otro modo hubieran sido tenebrosas.

Hemos dicho que aquel patinillo era triangular.

Dos de sus lados, compuestos de dos paredes de ladrillo sin revocar, no tenian ventana ni resquicio alguno.

El otro lado, que era más estenso, tenia en la parte baja un postigo por donde se entraba al patinillo, y á la izquierda del postigo, en la misma línea, dos colosales rejas de cuerpo entero.

Encima tres enormes balcones.

Sobre estos balcones, una galería sostenida por pilares de madera.

Luego la techumbre.

Quevedo, que como sabemos se habia criado en el alcázar, le conocia demasiado: sabia que los balcones del piso principal corres-

pondian al cuarto de la reina y á las habitaciones de la primera dama de honor, y que el espacio que corria sobre estas habitaciones era una especie de desvan abierto.

Por aquella parte no habia que temer que escuchase nadie: por lo mismo, la reina y Quevedo habian hablado descuidados.

II.

Ahora bien, Quevedo aunque habia entrado en el alcázar por un postigo, y habia continuado por una crujía oscura y poco frecuentada, habia sido visto.

Un hombrecillo que bajaba de las cocinas, se habia detenido en el último peldaño de una escalera de servicio, al oír las tardas y características pisadas de Quevedo.

Le reconoció, como que aquel hombre era Estebanillo Mercuelo, que habia nacido en un rincon de un desvan del alcázar, se habia criado en él, y conocia á todos los que el alcázar frecuentaban.

Quevedo lo habia frecuentado mucho.

—¡Ah! ¡ah! dijo Mercuelo, retrocediendo y ocultándose sin hacer ruido en lo oscuro del hueco de la escalera: pareceme que en otro tiempo he oído por el alcázar pasos como estos: ¡ah! ¡sí! don Francisco de Quevedo y Villegas, del hábito de Santiago, señor de la Torre de Juan Abad: ¿y á qué viene? ¿quién le acompaña? se oye el taconeó de una dama... tal vez de una dama de la reina: este don Francisco, este poeta del diablo, era muy afortunado con las mujeres; pero ya debe estar viejo: no importa... las mujeres... ¡ah! echan por la galería que dá al patinillo: ¡oh! ¡oh! al patinillo dan los balcones del cuarto de la reina; pero tambien dá al patinillo un balcon del aposento de la primera dama de honor; pero esta primera dama es la duquesa de Sástago, y esta señora no vive en el alcázar... además, es vieja y fea: su cuarto, como que no le habita, está cerrado á piedra y lodo, y luego que si la duquesa fuera la causa de esta ida de don Francisco al patinillo, no le guiaria una dama... ¡ah! entra, ¡no! entra solo don Francisco: ¿quién será la dama? ¡cierra! ¡se vuelve! evitemos que nos vea, pero procuremos verla.

III.

Y Mercuelo se retiró vivamente de la entrada de la crujía, y se

ocultó detrás de una de las inmediatas pilastras que sostenían la arcada del magnífico patio del Renacimiento del alcázar.

La condesa de Santurces, salió al fin gallarda, rápida de la galería, taconeando de una manera deliciosa, como taconeaban las buenas hembras, y haciendo crujir la doble seda de su guardapiés.

La condesa atravesó un ángulo del patio y se perdió por una puertecilla que iba á dar á una escalera que terminaba en la portería de damas.

Mercuelo había mirado ávidamente á la condesa, que iba cuidadosamente tapada.

—Huele á doncella, dijo Mercuelo, y no de servir; yo no me equivoco, lo conozco en el andar, en un no sé qué que no puedo explicarme; hay ahí una entereza que no se puede desconocer, ¿y quién es la dama doncella de la reina? Bah, todas las damas son casadas, y las camaristas... Esta para camarista es talluda, ¿quién es, señor, quién es? Torpe ando, ¡ah! sí, esta es la señora condesa de Santurces; ya lo creo, sí, doncella y muy doncella; ¿pero señor, no es devota y mogigata y de estas que se santiguan por todo? ¿Cómo la virtuosísima condesa de Santurces ha traído á un hombre á encerrarle en un patipillo á donde caen los balcones del cuarto de la reina? Bah, fíaos de virtudes ariscas, descansad sobre las apariencias: ¡qué mundo, qué mugeres! y bien, intriga, intriga, intriga, venga intriga; así se come, así se vive; de seguro que el conde-duque me dá un buen regalo en cuanto sepa lo que pasa: ¡qué vida! ¡qué dos noches! Anoche, corrido y asustado, corrido y asustado esta noche también; llueven las estocadas, y si esto sigue, una noche nos parten por la mitad. ¿Le diré á Gil Perez para que se lo diga á su amo, que don Francisco de Quevedo está encerrado en un patinillo del alcázar? Bah, mientras busco á Gil Perez y le hallo, puede haberse perdido mucho que sea digno de ser sabido y contado, y pagado y repagado: es necesario que yo vea para qué ha sido encerrado en el patinillo don Francisco de Quevedo. Sobre el cuarto de la reina está el desvan de la tía Gascuña, de aquella mala vieja que nadie sabía cuantos años tenía, y que creía que la había parido y criado una araña, según era de pequeñuela y negra y fea y picante: pero desde allí arriba con lo oscuro que hace, poco se vá á sacar en claro; necesito una cuerda. ¡Ah! me la darán en la portería, el tío Trapisondas tiene de todo cuanto se puede tener en el mundo.

Y Mercuelo dió á correr hácia la portería del alcázar.

IV.

En ella encontró algunos lacayos sentados junto á una gran chimenea, y en el lugar preferente de ella en un enorme sillón, estaba adormilado un viejo con gran librea de la casa real.

Mercuelo entró y se acercó á la chimenea.

—¿A qué vendrá este engendro? dijo uno de los lacayos, cuando el cuervo asoma, es que hay carne muerta.

—Animal, exclamó Mercuelo, pues no parece sino que yo soy un hombre de *requiem*.

—Tú eres cualquier cosa mala, respondió el lacayo, y de esto estábamos hablando, de que hay unas criaturas que á donde quiera que van llevan consigo la desgracia.

—De la misma manera, dijo Mercuelo, que cuando se acerca uno á lugar donde hay asnos, está seguro de oír algún rebuzno. Eh, tío Trapisondas, añadió acercándose y moviendo al viejo que despertó de mal humor, á ver si me dais lo que necesito.

—¿Y qué necesitarás tú, hijo de tu madre? dijo Trapisondas.

—Un cordel para ahorcarme, contestó Mercuelo, y vengo á pediróslo, porque vos teneis de todo, menos salud y pocos años.

—Pues con tal de que para ahorcarte sea, dijo el tío Trapisondas, voy á dártelo. Hola, Garrapiña, toma una luz, vete al cuarto oscuro, y allí entre otras cosas encontrarás más de un cordel que sea fuerte.

—Y de diez ó doce varas de largo, dijo Mercuelo.

—Tú no piensas hacer nada bueno, dijo el tío Trapisondas; pero en fin, Garrapiña, hijo, anda por el cordel, ya sabes, fuerte y de diez ó doce varas. A este, como que es criado del señor conde-duque, y de los de escalera arriba, es necesario darle gusto porque al fin aunque ruin y malo, por el amo á quien sirve es ya una personilla principal. ¿Y qué se dice, qué se cuenta, qué se miente? añadió el tío Trapisondas.

—Se miente, se cuenta y se dice mucho, muchísimo, y tanto que, pone grima y quita el humor de ocuparse de ello; en fin, lo que fuere sonará y no tardará mucho.

—¡Válgame Dios, señor, dijo el tío Trapisondas, y qué tiempos alcanzamos! no se tiene un momento de tranquilidad.

¿Qué hubiera dicho el tío Trapisondas si hubiera vivido en

nuestros tiempos, en que á juzgar por lo que dice cierta gente, vivimos de misericordia al borde de un volcan?

V.

Garrapiña volvió trayendò en la mano un largo cordel hecho una madeja.

—Tomad, dijo á Mercuelo.

—Muchas gracias, contestò este, y quedaos con Dios que voy á ahorcarme al momento.

—La lástima es que no es verdad, pícaro, dijo el tio Trapison-das, que si verdad fuera, nos habíamos librado de un mal bicho y tendria el diablo uno más con quien entretenerse.

Mercuelo no habia oido estas últimas palabras.

En cuanto habia tenido en las manos el cordel habia salido á escape.

VI.

Por el camino iba echándole al cordel nudos de trecho en trecho.

Por un rincon del patio acometiò unas escaleras de caracol, densamente oscuras, y trepó por ellas como una araña.

Salió á la parte alta de una crugia estrecha iluminada por algunos faroles, á un lado de la cual habia puertas de aposentos, y al otro lado claraboyas.

Abrio la vidriera de una de estas Mercuelo, se agarró á su borde, se engargoló, se izó por la estrecha abertura y salió al tejado, sobre uno de los cornisones que daban al patio; luego como un gato avanzó, llegó á una empinada montera de pizarra, acometiò una de sus lucanas y se perdió por ella, dió un salto de unas tres varas y se encontró en el desvan que corria sobre parte del cuarto de la reina y de la primera dama de honor.

Se avanzó á la balaustrada que estaba sobre el patinillo, en cuyo fondo hablando con la reina se encontraba Quevedo.

Se oia el murmullo de las dos voces.

—¡Ah! exclamó Mercuelo; ¡la reina! es la reina, y pela la pava con Quevedo mientras el rey estará rumiando algun soneto para la María Calderon, en que la llamará Filis ó Clóri: es necesario que yo sepa lo que hablan la reina y don Francisco; he hecho bien en bus-

car un cordel: qué talento tengo: de seguro y aprovechando bien las cosas, he de llegar á ser una gran persona.

Y Mercuelo ató fuertemente un extremo de la cuerda á uno de los pilares que sostenian la techumbre, y luego quitándose la capa y echándose fuera de la balaustrada descendió por medio de los nudos de la cuerda hasta el balcon que estaba encima de la reja por donde hablaban la reina y Quevedo.

Aquel balcon correspondia á uno de los aposentos de la primera dama de honor.

VII.

Mercuelo se inclinó hasta poner su cabeza á nivel del rodapié del balcon.

No habia hecho ruido alguno.

Se habia deslizado por la cuerda como un duende.

Hemos dicho que la reina y Quevedo hablaban descuidados, seguros de no poder ser oidos por nadie.

Mercuelo lo oyó todo, asombrándose, alegrándose, reteniendo las palabras, para poder relatar fielmente al conde-duque lo que habia oido.

Cuando terminó la conversacion, cuando se retiró la reina, cuando se hubo retirado Quevedo, Mercuelo se apresuró á asirse de la cuerda para volver á subir; pero se encontró con que la cuerda no existia.

Alguien se la habia llevado.

En vano palpaba Mercuelo á la derecha y á la izquierda en busca del cordel.

Este no parecia.

Uno de los lacayos, lleno de curiosidad y enviado por Trapisonadas, que buen nombre tenia el viejo para no ser un enredador, se habia ido detrás de Mercuelo á la larga, entró en la galeria alta y le vió en el momento en que desaparecia por la claraboya.

Acudió allá, y vió que Mercuelo tiraba por la izquierda.

—Pues por ahí, dijo el lacayo, no se puede ir más que al camaranchon de la tia Gascuña: ¿irá ese pícaro á cazar ratones? Pero para eso no necesitaba una cuerda: ¿se habrá propuesto verdaderamente ahorcarse? No, pues para eso, el sitio es el mejor del mundo: ahí no entra nadie, y no se sabia que Mercuelo se habia ahorcado, sino cuando avisase el olor: es necesario impedirlo: ningun

cristiano debe consentir que un prógimo suyo se ahorque pudiendo impedirlo, á no ser que quiera que vaya todas las noches á hacerle una visita y á tirarle de los piés el ahorcado, y yo no estoy de humor de eso.

Y Garrapiña, que este era el lacayo que habia seguido á Mercuelo por encargo de Trapisondas, se engargoló, se izó como lo habia hecho Mercuelo, salió por la claraboya al cornison, llegó á la lucana del desvan y á poco estuvo dentro.

Ya habia descendido Mercuelo: el silencio que allí dominaba, impuso algo de pavor á Garrapiña.

—¿Se habrá ahorcado ya? dijo.

Y sacando fuerzas de flaqueza, encontrando valor en el miedo, adelantó con las manos estendidas; pero nada encontró en todo e ámbito del desvan.

Tropezó con una tela fuerte, se inclinó y palpó.

Era la capa de Mercuelo.

—No me viene mal, dijo poniéndosela: hace frio, es buena; pero debe venirme por las corvas, porque el tal Mercuelo es un hombre-cillo; ¿pero y dónde estará? que ha estado aquí no hay duda, porque lo está diciendo á voces su capa: ¿para qué queria la cuerda? ¡Ah! ¡oh! ¡eh! La señora duquesa de Sástago está de servicio, con una cuerda y por este desvan, puede cualquiera bajarse hasta el balcon de su aposento. ¡Cáscaras! pícaro, cómo se aplica; así tiene capa de paño fino de Segovia: vea vuesamercéd, y quien se fia de lo que las mugeres parecen; ¡quién habia de creer esto en su excelencia! tan respetada siempre, tan seria y luego con setenta años debajo de la peluca: pero ¿qué hay que extrañar de esto? las viejas son peores que las jóvenes, porque están desesperadas; ¡y dónde tendrá los ojos la señora duquesa, que viéndome á mí todos los dias como me vé cuando acudo á ponerla el banquillo para que baje de la carroza, y siendo yo un buen mozo, no ha echado mano de mí, sino que se ha agarrado á ese alcaravan de Mercuelo! no, pues caro les sale á Mercuelo y á la duquesa el lance; ya lo creo, para eso queria el infame la cuerda y decia que era para ahorcarse; bribon, para bajar con los bolsillos vacíos y subir con los bolsillos llenos. Pues no, lo que es subir no sube, porque voy á buscar la cuerda y á quitársela y áirme y á contárselo á todo el mundo, y lo que es vino y salchicha bebemos y comemos esta noche á costa de Mercuelo, quiero decir á costa de su capa: anda que rabie. ¡Válgame Dios y con qué cosas se tropieza á media vuelta que se dé por el alcázar! ¡Vaya, vaya, que

la aventura es divertida! antes de todo, voy á verme á la Rosario y á contárselo, que en contándoselo yo á la Rosario, la cosa marcha, de la Rosario á los pajes, de los pajes á las meninas, de las meninas á las camaristas, de las camaristas á las damas, de las damas á la reina: ¡vaya un lío! el escándalo vá á ser pequeño; mejor, así salen los dos castigados, la duquesa por el mal gusto que tiene, y Mercuelo por los sendos doblones que le debe sacar á la duquesa.

Y Garrapiña recogió la cuerda, la desató, salió por la lucana al tejado, se metió por el tragaluz en la crujía, bajó por las escaleras, recorrió un laberinto de callejones, salió al fin á la galería de los Infantes, llamó á una mampara, junto á la cual, en una tabla, se veía este rótulo:

Excelentísima señora condesa de Picovan, dama de honor de su magestad.

VIII.

Si á esta señora condesa, en vez de llamarla de Picovan la hubieran llamado de Pico sangriento, no hubieran dicho nada de más, porque esta señora no vivía sin dar picotazos á todo y por todo, y cada picotazo suyo se llevaba un pedazo de carne, ó lo que es lo mismo, un pedazo de honra.

En el recibimiento del cuarto de esta señora, se encontró Garrapiña con una especie de rodrigon adormilado.

—Eh, viejo petate, le dijo, ¿no ha venido María del Rosario á asistir á la señora?

—Paréceme que sí, dijo el rodrigon, que por ahí dentro debe de andar.

—Pues buscadla y decidla que venga.

—Yo no me meto en eso, mozo, dijo el rodrigon con enérgico acento de protesta.

—Id, id allá, viejo, contestó Garrapiña sacando de debajo de la capilla el cordel doblado en trozos, de lo que resultaba una especie de enorme disciplina; id, os digo, ú os doy un trato de cuerda que os descoyunto.

—¿A mí, vos? dijo el rodrigon echando mano á la media espada que llevaba al lado.

—Eh, que os habeis dejado la llave en casa, Matusalen; id, id, y buscad á la Rosario, que la traigo un cuento que la va á gustar á su señora, como no es nada menos sino que Estebanillo Mercuelo el

raton del alcázar, el correo del conde-duque, está encerrado con la señora duquesa de Sástago, y en prueba de ello, aquí está el cordel anudado con que ese pícaro se ha dejado caer desde el desvan de la tia Gascuña al balcón del cuarto de la señora duquesa de Sástago.

—¿Qué me contais? señor Garrapiña, exclamó el rodrigon.

—Lo que ois, señor Mostagan, contestó Garrapiña.

—¡Qué escándalo! pero esto parece increíble.

—Nada hay increíble en el mundo, tío Mostagan, y si á mi me dicen que han visto volar un burro, lo creeré.

—Verdad es que pasan cosas en el mundo más raras que el que un burro vuele; pero la señora duquesa de Sástago tan virtuosa, tan viuda...

—Se habrá cansado de la viudez.

—Pero hombre, hubiera echado mano de un buen mozo.

—Pues ahí vereis, las viejas tienen unos caprichos...

—Mirad no os equivoqueis, señor Garrapiña.

—Aquí está el cuerpo del delito, dijo Garrapiña meneando el cordel, y con sus nudos, ya lo creo, para bajar con más comodidad; si ese bribon de Mercuelo es una araña: y ¿veis esta capa? es suya, y bien se puede empeñar por seis ducados. Mirad, señor Mostagan, vamos á traer todo el vino y toda la salchicha que nos den sobre esta capa, y nos lo vamos á tragar buenamente en la portería principal: ¿quereis ser vos uno de tantos?

—Allá iré yo, que me nacerán alas, dijo Mostagan; pero que el mosto sea bueno, que no puedo yo con los vinillos.

—El mostagan será de lo rancio, señor Mostagan; pero id á buscar á la Rosario y decidla que aquí está su novio, y vereis cómo viene perdiendo los talones.

—Calla, ¿conque vos sois novio de la Rosario! dijo el rodrigon.

—¿De qué os admirais?

—Es que yo no lo sabia.

—Pues si eso es más viejo que la sarna: pedido tengo una plaza de ugier, y ella otra de moza de retrete, y en cuanto las dos cosas nos salgan, nos casamos y vivimos en paz y gracia de Dios para quitar habladurías.

—Ah, pues si esas son vuestras intenciones, no tengo inconveniente en entrar á decirle que aquí está su novio, dijo el tío Mostagan.

Y se entró para adentro.

IX.

Garrapiña estaba alegre, á su gusto, como que se armaba un buen enredo y se le iba á echar un remojo de buen vino y un cimiento de salchicha.

A poco que hubo entrado Mostagan, volvió con una buena moza como de veinticuatro años, á la que se le rebosaba la alegría por todas partes porque la habian llamado de parte de su novio.

—¿Ves este cordel? dijo Garrapiña agitando aquella especie de disciplinas formidables.

Rosario palideció y se quedó estática porque creyó que á Garrapiña le habian ido con el cuento de que ella se entretenia con cierto pájaro.

—¿Y por qué me dices eso? dijo al fin la muchacha.

—¿Tú lo ves? repitió Garrapiña.

—Sí que lo veo, pero yo no merezco que tú me enseñes un cordel, dijo temblando ya Rosario.

—¿Qué te has creído tú, paloma? dijo amartelado el inocente Garrapiña, pues me ahorcaria yo con este cordel de un pino si me hubiera pasado por las mientes ni aun en sueño, el tocarte á ti al cútis.

—Hombre, ¿qué quieres tú que una se crea cuando le enseñan un cordel doblado de ese modo? dijo tranquila ya Rosario.

—Es que por este cordel se ha bajado cierto picaro al balcon de cierta dama, dijo Garrapiña.

—¿Qué me cuentas? dijo Rosario.

Garrapiña contó el cuento por completo á Rosario, que abrió tanta boca y tanto ojo.

—Pues es menester que lo sepa todo el mundo, dijo: miren el señor Mercuelo, y sobre todo la señora duquesa de Sástago: ¡ay qué cria!

Y se echó á reir con toda su alma de una manera estrepitosa.

—Con que ya lo sabes, Mariquita, ya lo sabes, dijo Garrapiña; se lo cuentas á tu ama por un lado, y por otro á los compañeros, á los pages, á las mozas de retrete, en fin, campanada gorda.

X.

Apareció en aquel momento en una puerta del interior un page rubio, y dijo muy sério:

—La señora condesa me envia á saber quién se rie aquí con tal estruendo.

—Yo, Felipito, yo, dijo Rosario; y como yo me rio se reirian los más tristes, y no es cosa lo que se va á reir tambien la señora condesa; allá voy, allá voy, y quedad con Dios, señor Garrapiña, y gracias por la noticia; yo creo que mi ama os enviará una gratificación.

—Quedad con Dios, señora Rosario, y vos, hermano page, y vos, tio Mostagan.

Y Garrapiña salió á escape.

—¿Pues no creí, dijo poniéndose seria Rosario y dirigiéndose al page, que Garrapiña me iba á dar un sobo de cuerda?

—¿A tí él, vida mia? dijo Felipito metiéndose para adentro con Rosario y rodeándola un brazo á la cintura, apenas no los pudo ver Mostagan; pero ¿tú has tenido algo con ese hombre, lucero?

—Y que me preguntes tú eso, Felipito; como si no supieras tú que yo no he tenido nada con nadie.

—Pero eres su novia.

—Porque antes de conocerte á tí, corazon mio, ya nos habíamos dado palabra, pero no más que palabra.

—¿Y por qué no lo despides?

—Porque es muy bruto, está loco por mí, y me rompería algo.

—Bueno, yo me entenderé con él y le meteré miedo; pues no estaria mal que un lacayote zafio se estuviera dando lustre con decir que era novio del amor de un page: cada cual debe ocupar su lugar: esto se va volviendo un revoltillo: déjame tú á mí hacer, y ya verás.

—Ay, no, Felipito, que es muy colérico y muy bruto Garrapiña, y si te mete mano te va á dejar hecho una algarroba; no me des tú ese sentimiento, corazon mio, que yo te quiero mucho y no me consolaria si te sucediese algo, que yo me las compondré con él.

La verdad era que Rosario los queria á los dos, á cada cual por su estilo.

—¿Y por qué te reias? dijo Felipito dejando de insistir en lo de poner miedo á Garrapiña.

Rosario contó el cuento á Felipito, que se echó á reir, tambien á costa de la pobre é inocente duquesa de Sátago.

Cuántas calumnias tienen por fundamento un motivo tan ridiculo.

XI.

En resolucion, á los diez minutos de haber ido con el mensaje á Rosario Garrapiña, ya sabia todo el mundo en el alcázar, incluso los reyes, que la señora condesa, viuda de Sástago, primera dama de honor de su magestad, recibia misteriosamente en el aposento que tenia en el alcázar á Estebanillo Mercuelo, criado del conde-duque.

XII.

Súpolo Estefanía, la doncella de confianza de la duquesa, escandalizóse, y dijo á su ama, que estaba sentada al lado de un brasero, cerca de la puerta de la cámara de la reina, leyendo tranquilamente en el *Flox sanctorum* la vida del santo del día.

—Justicia, señora, justicia, desagravio de las injurias que se nos hacen, y que lleguen los gritos al cielo.

—¿Pues y qué sucede, Estefanía? dijo con voz ágría, porque no la habia daño otra Dios, la duquesa de Sástago, que tenia algo de la fisonomia de la lechuza, á la muchacha.

—¿Qué ha de suceder? que dice todo el mundo que vucencia recibe secretamente á un amante en su aposento.

Renunciamos á describir lo que pasó por el semblante y por todo el sér de la duquesa; fué una cosa extraordinaria, un crispamiento espantoso, un espeluzno general, se puso en veinte uñas, como suele decirse, y exclamó desentonada y trémula:

—¡Ave María purísima! ¿y quién es el traidor, el mal nacido, el judío condenado que se ha atrevido á decir eso de la más noble, de la más cristiana, de la más pura de las viudas? yo que no he querido casarme con mi primo el conde de Barbados, porque no se muera de pena el alma de mi difunto; ¡á qué tiempos hemos venido, que no hay honra segura! ¡sí, sí, venganza y justicia! he de llevar á la horca á quien se ha atrevido á decir eso.

—Es, señora, que lo dice todo el mundo y no se sabe de dónde ha salido la noticia: en la portería de damas han colgado un cordel con nudos, y dicen que por aquel cordel y por el desvan de la tia Gascuña, se ha descolgado al balcon que da al patinillo, Estebanillo Mercuelo.

—¿Y quién es Estebanillo Mercuelo? dijo sulfurada la pobre duquesa.

—Estebanillo Mercuelo es un insolente enano que sirve al conde-duque de Olivares.

—Ah, exclamó la duquesa como quien hace un gran descubrimiento, el conde-duque, el conde-duque que me aborrece, porque como noble y leal á mis señores, no le ayudo en sus infames intrigas; el conde-duque es el autor de todo esto; pero sobre todo, Estefanía, sobre todo, ¿ese mochuelo está en mi aposento?

—No es mochuelo, señora, sino Mercuelo.

—Pues es un Mercuelo mochuelo, porque hace sus picardías de noche: ¿está ó no está?

—He registrado, señora, todos los aposentos, y no está en ninguno.

—¿Y has mirado en el balcon, Estefanía?

—Ay, no señora, exclamó la muchacha estremeciéndose.

—¿Por qué te pones pálida, Estefanía?

—Porque si está en el balcon y le abro y me dá un golpe, ya vé vucencia, un hombre desesperado...

—Vamos allá las dos.

Y la duquesa salió violenta con más ligereza y con más fuerza de lo que parecia podian permitirle sus años, y alumbrándola Estefanía, llegó al aposento donde estaba el balcon, le abrió y se encontró en efecto con Mercuelo, que estaba desesperado.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo el conde-duque se vió frente á frente y en un ágrío compromiso con la duquesa viuda de Sástago.

I.

La duquesa, alentada por su alta posicion propia, y por la no menos alta que la daba su empleo de primera dama de honor de la reina, echó sin miedo mano á una oreja de Mercuelo y le metió para adentro.

—¿Qué haces aquí, mal hombre? le dijo sacudiéndole de la oreja de una manera formidable.

—Me he caído, señora, contestó Mercuelo todo aturdido y cubierto de sudor frío, porque el compromiso en que se encontraba no era para otra cosa.

—¡Que te has caído, infame! exclamó la duquesa; y eres feo como un demonio: ¿cómo se han podido figurar?.. ¡Jesús, Maria y José, qué infamia!

Y dió un tirón tal y tan furioso á la oreja de Mercuelo, que este exhaló un grito agudo; pero no se atrevió á echar mano á la mano de la duquesa para libertar su oreja, de miedo de agravar su situacion.

—Sueltéme vucencia, por caridad, señora, dijo, que me está haciendo vucencia mucho daño.

—Que te suelte, ladron, que te suelte, dijo la duquesa repitiendo sus tirones: no, yo no te suelto sino cuando vengan aquí para

cargarte de cadenas para que expies en la horca tu atrevimiento en venir con intenciones siniestras, que sabe Dios cuáles eran, á este aposento, donde yo paro cuando estoy de servicio.

—Que me he caído en el balcon, señora, por el amor de Dios, que me he caído, yo estaba cazando mochuelos.

—¡Ah, con que estabas cazando mochuelos! dijo la duquesa apretando otro tirón de la oreja del malaventurado Mercuelo: tú si que eres un mochuelo condenado, alma de judío: anda, anda, Estefanía, llama al alcaide de palacio y al capitán de la guardia para que vengan por este.

Estefanía salió.

II.

La duquesa no soltaba la oreja de Mercuelo.

Esta oreja tenia ya dos dedos más de largo que la otra.

Mercuelo empezaba á sentir calentura.

—Por las llagas de nuestro Señor Jesucristo, y por el sacratísimo corazón de la virgen de los Dolores, señora, exclamó Mercuelo, llorando ya, que vucencia me vá á perder, que van á hacer conmigo una atrocidad y que yo no tengo la culpa.

—¡Ah, raton maldito, has caído en la ratonera y chillas! exclamó la duquesa agarrada siempre y cada vez con más fuerza á la oreja de Mercuelo que estaba doblegado con la cabeza en un hombro, y el un ojo mirando al techo y el otro al suelo.

—Juro á vucencia, dijo cada vez más compungido Mercuelo, que esta ha sido una desgracia; porque mire vucencia, teníamos allí en casa de mi señor el conde-duque, un gran mochuelo que se comia las moscas y los bichos malos y tenia limpia mejor que un gato la casa de ratones, porque estas aves nocturnas son muy útiles, se nos murió, empezaron los ratones á sacar la cabeza, y yo dije: se necesita otro mochuelo y me vine á buscar uno muy grande que yo sabia andaba en el desvan de la tía Gascuña, y mire vucencia, le encontré y me tiré á él y le agarré de un ala; pero el bicho era muy grande, aleteó, hizo un esfuerzo para escapárseme, me volteó por la barandilla, caí en el balcon y...

—¿Y una insolente cuerda con nudos que hay colgada en la portería de damas? dijo la duquesa.

—¡Y qué me sé yo! exclamó Mercuelo, yo no tengo que ver nada con esa cuerda.

—Dicen que por esa cuerda te has descolgado.

—Quien lo dice miente: ¿á qué tenia yo que descolgarme por ninguna cuerda y á ninguna parte? esa cuerda me la achacan á mí con muy mala intencion.

—Tú eres el que has venido aquí con una intencion perversa; á tí te ha enviado ese mal nacido de conde-duque, para que me comprometas.

—Mi amo no me ha enviado á ninguna parte, mi amo no sabe nada de esto.

—Ya veremos si lo sabe ó no; ya veremos si el conde-duque puede ofender impunemente á la duquesa de Sástago; veremos si el rey me hace justicia ó no me la hace; confiesa, confiesa que el conde-duque te ha enviado contra mi honra y mi buena reputacion y fama.

Y la duquesa zarandeaba por la oreja á Mercuelo que rugia de dolor y se arrepentia de haber querido servir tanto á su amo.

III.

En aquel momento entraron dos señores muy graves, el marqués de Soto-rico, alcaide de palacio, y el conde de Quirós, capitan de la guardia italiana que guarnecia aquel dia el alcázar.

En cuanto los vió la duquesa, les arrojó á Mercuelo.

—Llevadme á ese hombre á donde empiece su castigo, señores, exclamó.

Con tal impetu habia tirado de la oreja de Mercuelo la duquesa al arrojarle de sí, que el mezquino cayó de rodillas y quedó en una posicion cicatera y ridicula delante del marqués de Soto-rico, que miró con aire de inteligencia al conde de Quirós, como diciéndole:

—Ya pareció aquello.

—¿Y qué es esto? dijo en voz alta.

—Esto es, que ese picaro, ese ladron, ese infame estaba en ese balcon, y que todo el mundo dice, segun se me ha dicho, que este hombre... yo no puedo decir lo que dicen, amigos míos: en la portería hay colgado en un clavo un horrible cordel con nudos: mi reputacion rueda, mi honestidad se menosprecia, se me calumnia, se me injuria; yo no puedo, no, yo no debo permitir... la muerte antes mil veces: se me hará justicia, si señor, justicia cumplida; por lo mismo, vos marqués, como alcaide de palacio, vos conde, como capitan de la guardia, encerrad á ese hombre y guardadle, y dad parte

á su magestad de que está preso á cuenta y riesgo de la duquesa viuda de Sástago.

—Bien, amiga mía, bien, dijo el marqués de Soto-rico; se hará todo eso y más que fuere necesario, y se le aplicará por vía de interin á este mal hombre una vuelta de azotes; pero no os sofoqueis tanto, mi señora doña Gertrudis; os vais á poner mala.

—No, no voy á ponerme mala, lo estoy ya gravemente: ¡yo calumniada! ¡yo amante de un hombre tal, de un tal bicho! ¡y ese cordel que está en la portería de damas!

—¡Señores, por el amor de Dios! ¡excelentísimos señores, por los clavos de Jesucristo, que yo no tengo la culpa de esto! exclamó Mercuelo completamente aterrado: ¡que yo he venido á cazar un mochuelo al desvan de la tía Gascuña, y habiéndome agarrado el mochuelo este, que tenía mucha fuerza, me sacó fuera y me caí en el balcón de la señora duquesa!

—¡Ah! ¿conque os habeis venido á cazar mochuelos por este lado del alcázar? dijo el conde de Quirós que era burlon y chancero, dándose de ojo con el marqués de Soto-rico, pues os habeis metido á cazar en vedado, y en coto real, y os va á costar más caro de lo que creéis: por lo pronto sois preso: descuidad, mi señora doña Gertrudis, descuidad, que se le pondrá á buen recaudo, se dará parte á su magestad, y se avisará al alcalde de Casa y Corte del cuartel, para que instruya el proceso.

—¿Pero qué necesidad hay de instruir ningún proceso, exclamó Mercuelo, si yo no he cometido delito alguno?

—Eso ya lo verá la justicia, hermano, dijo el conde de Quirós; por lo pronto, vuestro mochuelo se os indigesta: ea, echad á andar, y vos, duquesa, tranquilizaos: no hagais caso de nubes que pasan y que solo pueden oscurecer por un momento el limpio sol de honras como la vuestra.

Despidiéronse los dos grandes de la otra grande y salieron llevándose á Mercuelo.

IV.

En el momento en que se quedó libre la duquesa, se puso á escribir la carta siguiente:

«Excelentísimo señor conde-duque de Olivares: sois un villano; me habeis echado en el balcón de uno de los aposentos que tengo en el cuarto que ocupó en el alcázar cuando estoy de servicio, uno de

vuestros inmundos satélites, y habeis hecho correr la voz de que esa criatura miserable y asquerosa es mi amante: esta es una injuria que no puede perdonar mi ilustre sangre, y aunque viuda y sola, os arrojo á la cara vuestra miserable é infame calumnia, y os anuncio, que no teniendo yo más que parientes indignos y cobardes que os adulan por el poder que teneis, y que no se atreverían á vengarme por no perder el vil precio con que pagais sus indignos servicios matándoos, yo tomo por mi cuenta el que os den de palos mis lacayos cuando menos lo penseis, afrenta por cierto mucho menor que la que habeis querido echar sobre mi honestidad y fama, y todo porque no he querido prestarme á vuestras bajezas: esto os dice y esto hará vuestra enemiga á muerte.—LA DUQUESA DE SÁSTAGO.

Esta carta, escrita con mano trémula, y con mano trémula cerrada y sobrescrita, fué entregada por la duquesa á Estefania, para que un criado la llevase al momento al conde-duque.

V.

Estaba este en el alcázar, en la cámara reservada que ya conocemos, cuando Gil Perez su confidente, su *tu autem*, le llevó esta carta.

—¿Qué es esto, Gil Perez? preguntó el conde-duque.

—Una carta que me han entregado para que la entregue á vuestro señoría, luego, luego, luego, de parte de la señora duquesa viuda de Sástago; y ha sido una casualidad, porque me han atrapado al entrar en el alcázar; que si no, sabe Dios cuándo llegaría á manos de vuestro señoría esta carta.

—Carta con tres luegos, urgentísima, de la primera dama de honor... ¿qué será esto? veamos.

Y el conde-duque rompió la neta y abrió la carta.

—¡Vive Dios! exclamó el conde-duque, esa vieja está loca; oye lo que me dice, Gil Perez.

Y el conde-duque leyó la carta á su confidente.

—¿Qué satélite es este que hemos echado en el balcón del cuarto de esta señora? Gil Perez, ¿sabes tú algo de esto?

—Ni una palabra, señor.

—¡Cuando yo digo que esta mujer se ha vuelto loca!

—¡Ya lo creo! respondió Gil Perez, desesperada porque su primo el conde de Barbados no se ha querido casar con ella.

—¿Y quién se casa con una tal comadreja, Gil Perez, aunque

nade en oro? dijo el conde-duque; pero aquí hay algo, sí, indudablemente aquí hay algo; es necesario que yo vaya á ver al momento á esta mujer; y me contraría, vive Dios; el rey me aguarda impaciente; ¿qué ha resultado de la Calderona?

—Que está aterrada con la prision de don Lope.

—¡Diablo de hombre! y por lo que se vé, la Calderona está loca por él.

—Le adora.

—Mejor: ya enredaremos el proceso de manera que se vea claro que él mató, por quitarle su hija, á don Mendo de Salvatierra.

—Es que doña Esperanza declara lo contrario.

—Que no se la tome declaracion; sobre todo, matemos de una pedrada dos pájaros: la condesa de Santurces, segun lo que ha pleiteado en pocas horas, está ciegamente enamorada de don Lope, su sobrino, y tiene en su poder á doña Esperanza, de quien debe estar celosa; esto hará que manejando bien una intriga, la condesa nos entregue á doña Esperanza, y de este modo satisfago el incurable amor que por doña Esperanza siento, y evito toda exculpacion de don Lope: despues, con un par de testigos que nos sirvan, tenemos lo bastante para que caiga una sentencia de muerte sobre don Lope, y su indulto será el precio de la sumision de la Calderona: esto es indispensable, preciso; la reina empieza á influir en el ánimo del rey; es mi enemiga; lo de Villamediana no da luz; Villamediana es un necio; si perdemos un momento, lo arriesgamos todo; la Calderona, la Calderona; es necesario distraer al rey; ¿qué ha respondido ella?

—Se ha prestado de mala gana á hablar con su magestad por la reja.

—Bien: ¿y don Francisco de Quevedo y la dama que con él iba?

—Señor, don Francisco nos ha matado dos hombres y nos ha hecho huir: es un demonio; además, le ayudaba otro demonio que salió no se sabe de dónde; pero no hay duda de que la dama que estaba en casa de Quevedo, era la condesa de Santurces: Mercuelo le sacó esta noticia con mucho ingenio á uno de los criados de la condesa, que estaba en la puerta de la casa de Quevedo.

—¿Y por dónde anda Mercuelo?

—No he vuelto á verle, señor.

—Que le busquen; debe de haber venido al alcázar.

VI.

Gil Perez, salió.

El conde-duque se quedó profundamente pensativo, paseándose á lo largo de la cámara.

A poco, volvió Gil Perez.

—Señor, dijo, sucede una novedad extraña.

—¿Y qué novedad es esa? dijo vivamente el conde-duque, que estaba siempre alarmado.

—Estebanillo ha sido preso.

—¡Preso! ¿y por qué?

—Le han encontrado en el balcon del cuarto de la duquesa de Sástago.

—¡Ah! exclamó el conde-duque, pues ya entiendo algo de la carta de esa mujer. Mercuelo era el satélite mio de que habla; es necesario, necesario, que yo vaya á ver á esa señora; espérame aquí, ó mejor, infórmate como pudieres acerca de la prision de Mercuelo.

El conde-duque salió.

VII.

Algunos minutos despues, llegaba á la puerta del cuarto de la primera dama de honor, y se hacia anunciar.

Doña Gertrudis lo recibió terriblemente espetada, biliosa, hosca, con el semblante más agresivo del mundo, y temblando toda de los pies á la cabeza.

Ni aun le invitó á que se sentára.

—Sois un mal nacido, un mal caballero, un infame, le dijo por todo saludo.

—Señora, exclamó el donde-duque violentado, excitado, conteniéndose mal.

—¡Un pícaro! y un pícaro de leva, añadió la duquesa, que debia estar remando en una galera.

—¡Doña Gertrudis! dijo el conde-duque: vos os equivocais, no hablais conmigo.

—¿Que no hablo con vos? ¿qué, no sois vos don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, intrigante y mal hombre, que á fuerza de bajezas, intrigas y crímenes ha llegado á una altura que no

merece, porque la única altura en que estaria bien seria en el patíbulo?

—Estais irritada, señora, por no sé qué cosa que os ha sucedido, y que yo no entiendo: dicese y me habeis dicho vos en vuestra carta, que os habeis encontrado en un balcon de vuestro cuarto á un criado mio.

—Sí, señor, sí; á un criado vuestro, á uno de vuestros satélites; á un tal Mercuelo, á un avechuelo repugnante; ¿y el cordel con nudos? ¡ese horrible cordel con nudos que ha colgado no sé qué mano asesina en la portería de damas; un cordel horroroso del que pende ahorcada mi limpisima honestidad, mi intachable honra! ¿y esto, señor duque? ¿y esto?

—Esto es que yo no entiendo ni una palabra de lo que me decís: cierto es que ese Mercuelo es criado mio antiguo, uno de mis ayudas de cámara.

—Uno de vuestros infames satélites, robados á la horca.

—Sea como vos querais; pero yo no entiendo cómo Estebanillo Mercuelo ha podido encontrarse en un balcon de vuestro cuarto.

—¿Y ese cordel con nudos?

—No lo entiendo tampoco, señora.

—Pues yo sí, yo sí lo entiendo, lo entiendo perfectamente; ese cordel con nudos, ese cordel espantoso que todo el mundo mira pronunciando mi nombre, ha servido á vuestro satélite para descolgarse desde el desvan que corre por encima de este cuarto y desde el de su magestad la reina hasta mi balcon: ¿y quién ha podido hacer esto, esta intriga infame más que vos, siendo criado vuestro el que ha cometido el delito, y habiéndose divulgado como se ha divulgado en el momento la noticia? que si al fin esto no hubiera sido una campanada de escándalo, podria creerse que vos no érais cómplice, que ese Mercuelo habia venido, no por mí, sino tal vez por alguna de mis doncellas, aunque no quiero hacerles la injuria ni aun de suponer que habian de prendarse de un tal bicho, que en lo feo y lo renegrido parece una imágen viviente de Satanás. No, no, lo que vos habeis querido es deshonrarme para que su magestad la reina me arroje de su lado; porque como yo soy leal y amo á mis reyes, no podeis disponer de mí para vuestras torpes intrigas, y os estorbo...

—¡Ah, duquesa, duquesa, y qué ciega estais! dijo el conde-duque, ¿creeis que yo pueda valerme de medios tan mezquinos?

—¿Pues qué habeis hecho vos hasta ahora que mezquino y miserable no sea? ¿pues qué, no nos sabemos aquí todos de memoria?

¿pues qué, ignora nadie cuál es la causa de vuestra privanza? ¿y qué hombre de honor querría ser privado á costa de las bajezas que habeis cometido vos? ¡bajeza de largos años en que arrastrándoos sobre lodo habeis llegado á una altura inicua!

—La cólera justa de que estais poseida, señora, me obliga á escucharos sin ofenderme de los dieterios que me prodigais, y que de seguro vos confesareis en cuanto os sereneis, son injustos: yo he seguido el mismo camino que siguen todos los políticos.

—Teneis razon, dijo la duquesa; porque no he conocido ningun politico que no sea tan bajo y tan miserable como vos, empezando por vuestro tio don Baltasar de Zúñiga.

—Todo sea por Dios, señora, dijo el conde-duque, ¿y no os convencereis de la ninguna parte que yo tengo en el hecho incalificable, extraño, que con razon os irrita, cuando sepais que yo no vengo á otra cosa que á satisfaceros?

—¿Y de qué manera podeis satisfacerme?

—Haciendo que parezca, no como amante vuestro, que esto es absurdo y no lo cree nadie, sino como ladron, Estebanillo Mercuelo: yo os juro por mi honor, señora, que ese hombre irá á galeras.

—¡Ah! exclamó la duquesa; pues si haceis eso, si haceis de modo que nadie dude de mi honestidad y buen nombre, me retracto de todo lo que os he dicho.

—Yo no quiero que os retracteis, señora; lo que quiero es que comprendais que habeis formado de mí un juicio erróneo; que me considereis tal como soy, que me estimeis y seais mi amiga.

—¡Ah! ya, sí, comprendo: me habeis tendido un hábil lazo para atraerme á vuestro partido, dijo variando completamente de tono la duquesa: teneis mucho ingenio, conde-duque, y se entiende bien hayais llegado á donde estais.

—Os juro por mi salvacion, señora, que no dudareis de que yo no quiero condenarme, que ninguna parte tengo en la caida de ese criado mio en vuestro balcon, y que no sé cómo ha podido ser esto; pero ya que ha sucedido, y sin culpa mia, alégrome en el alma, puesto que ha hecho que al fin nos entendamos, y que acabemos por ser amigos.

—Sí, sí, bien, conde-duque, bien, convenido; pero cuento con que mi honra quedará libre de toda mancha.

—¡Oh! descuidad, duquesa: el ladron irá á galeras.

—¿Y ese cordel con nudos?

—Ese será un cuerpo de delito que caerá sobre el ladron.

—¿Y por qué no ahorcarle con él?

—¡Ah! si vos lo quereis le ahorcaremos; y que lo tiene bien merecido, por haber atentado al aposento de una dama tal y tan respetable como vos: ¡y en el alcázar! ¡horrendo crimen, horrendísimo! teneis razon, mi señora doña Gertrudis: ya se vé, con los negocios tengo la cabeza... horca, sí, horca; no puede ser otra cosa: ¡infame! ¡audaz! al momento, al momento, yo hablaré á los alcal-des y se os hará justicia.

—¡Ah, conde-duque, conde-duque! creo que no os conocia y que ahora empiezo á conoceros.

—¡Ah! no, duquesa, es que sois buena y sencilla; os repugna creer que nadie se atreva á decir cosas tales como las que de mí falsamente dice la venenosa envidia, y habeis creido de buena fé la calumnia.

—Sí, indudablemente, calumnia, dijo la duquesa, que á cada momento se encontraba más afable con el conde-duque: me retrac-to de cuanto he dicho contra vos.

—¡Ah, duquesa! vos no habeis dicho nada, puesto que cuando se dicen equivocadamente las cosas, nada se ha dicho: ¿y no teneis otro deseo que yo pueda satisfaceros, á más del justo desagravio que recibireis con el castigo de ese miserable Mercuelo?

—Ay, yo ya no tengo deseos, don Gaspar.

—Antójaseme que tuvisteis algo de amores con vuestro primo el conde de Barbados.

—¡Oh! no me hableis de eso: es un ingrato, abusó de mi buena fé.

—¿Quereis que yo sirva de mediador, duquesa?

—¡Oh, Dios mío! no, exclamó la duquesa aturdida: ante todo mi dignidad; le desprecio, es un loco, un mentecato.

—Le habeis amado tanto, segun mis noticias, que debe quedaros algo demasiado arraigado en el corazon, si él os satisfaciese.

—Ah, no me hableis de eso, conde-duque, exclamó la duquesa poniéndose vivamente encendida.

Cuando una muger fea y vieja se ruboriza, se pone tan horrible, tan ridículamente horrible, como hechicera y adorable una niña: hay algo de voraz en el rubor de una vieja cuando se habla del hombre de que está enamorada.

—Vamos, duquesa, dijo el conde-duque: daremos un vireinato de que tiene grandes deseos á vuestro primo, y un vireinato cercano, el de Portugal; pero con la condicion de que se case con vos.